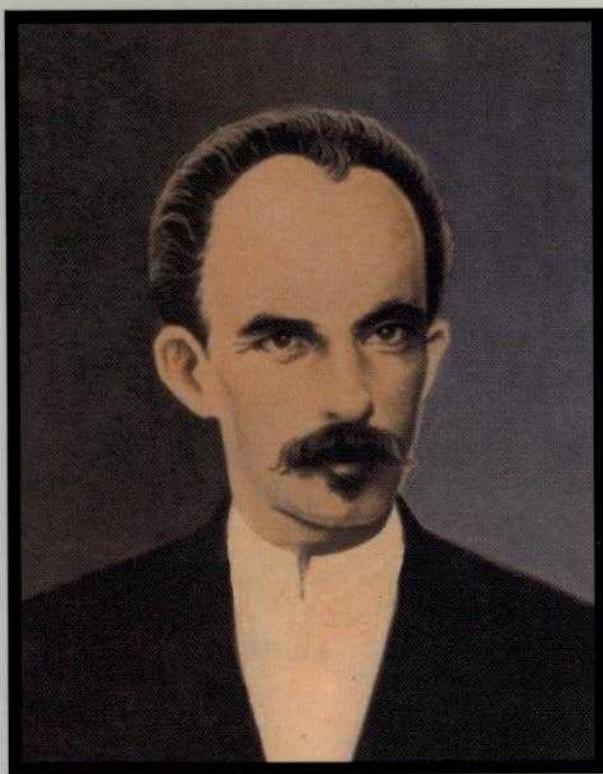


MARTÍ POR MARTÍ



SELECCIÓN, PRÓLOGO Y CRONOLOGÍA
SALVADOR BUENO MENÉNDEZ

INTRODUCCIÓN
FREDO ARIAS DE LA CANAL

FRENTE DE AFIRMACIÓN HISPANISTA, A.C.
MÉXICO, 2003

MARTÍ POR MARTÍ

SELECCIÓN, PRÓLOGO Y CRONOLOGÍA
 SALVADOR BUENO MENÉNDEZ

INTRODUCCIÓN
FREDO ARIAS DE LA CANAL

FRENTE DE AFIRMACIÓN HISPANISTA, A. C.
MÉXICO, 2003

INTRODUCCIÓN

EL HÉROE

Platón en **Cratilo** comentó sobre los héroes:

Todos ellos nacieron ya sea del amor de un dios por una mujer mortal, o bien el de un hombre mortal por una diosa. Piensa en la palabra del antiguo lenguaje ático y comprenderás que la palabra héroes es sólo una pequeña alteración de Eros, dios a quien le deben la vida.

En el Libro IV de **Disputas tusculanas**, Cicerón cita del libro **Orígenes** de Catón:

Era una costumbre de nuestros antepasados que los conviados a los banquetes cantaran al son de la flauta elogios de los méritos de hombres ilustres.

También recordaban nuestros castellanos:

Mío cid Rodríguez Díaz
en Burgos, la villa, entró:
hasta sesenta pendones
llevaba el Campeador;
salían a verle todos,
la mujer como el varón:
a las ventanas la gente
burgalesa se asomó
con lágrimas en los ojos
¡qué tal era su dolor!

Todas las bocas honradas
decían esta razón:
«¡Oh Dios y qué buen vasallo,
si tuviese buen señor!».

Freud en su ensayo **Moisés fue egipcio** (1938), citó el libro de Otto Rank **El mito en el nacimiento del héroe** (1914):

Es un hecho que casi todas las más prominentes naciones civilizadas se iniciaron glorificando a sus héroes, reyes y príncipes legendarios, **fundadores** de religiones, dinastías, imperios o ciudades; en breve, sus héroes nacionales a través de cuentos y leyendas. Según Rank se observan las siguientes características:

El héroe es hijo de padre prominente, por lo general de un rey.

Durante la preñez de la madre, surge una profecía en forma de sueño u oráculo, advirtiéndole al padre del peligro de que nazca su hijo.

Como resultado de esto el recién nacido es condenado a muerte por órdenes de su padre y es abandonado en su cuna a la deriva de las aguas de un río.

Más tarde es rescatado por un animal o una mujer pobre que lo amamanta.

Ya adulto, descubre su ascendencia noble y luego de una serie de aventuras, se venga de su padre por un lado y por el otro logra **grandeza y fama**.

La más antigua de estas figuras históricas a quien se puede relacionar este mito de nacimiento se llamó Sargón de Agade, fundador de Babilonia (2, 800 a. C.), quien dijo:

Yo soy Sargón, el poderoso rey de Agade. Mi madre fue una virgen del templo y no conocí a mi padre, pero sí a mi tío que moraba en las montañas. Mi madre me parió en secreto en Azupirani que está en la ribera del río Eúfrates. Me puso en una cuna cerrada de cañas y cerró la tapa con resina y dejó que me llevara la corriente del río y no me ahogué. Del río me sacó con cariño el portador de agua de nombre Aki, quien me crió como su propio hijo. Luego Aki me hizo jardinero y mientras trabajaba, la diosa Ishtar se enamoró de mí, llegué a ser rey y mantuve el cetro durante cuarenta y cinco años.

Resume Freud:

Los nombres más familiares son los de Sargón, Moisés, Ciro y Rómulo. Mas Otto Rank colecciónó otras figuras heroicas de la poesía y la leyenda, cuyas historias de nacimiento son parecidas, como las de Edipo, Karna, París, Telefos, Perseo, Hércules, Gilgamesh, Anfión, Zetos y otros más.

Dejemos que Nicolás Heredia (1855-1901), nos informe en **La sensibilidad de la poesía castellana** de la importancia secular que los héroes significan para la cultura (**Clásicos cubanos**. Academia Cubana de la Lengua. Prólogo y notas de Salvador Bueno. Edit. Pablo de la Torriente. La Habana, Cuba 2001):

La poesía vive de recuerdos. La **epopeya**, su forma más elevada, busca sus argumentos en la cuna de los pueblos, poniendo a contribución la fábula y la historia. A medida que pasan los siglos se enriquecen las estratificaciones poéticas, porque las leyendas, **los recuerdos heroicos son al arte lo que las capas geológicas a nuestro globo**. Pero la crítica se ha hecho para algo, y aplicada a la historia, debe distinguir la verdad de la ficción, aunque tolere –conociendo las grandes exigencias del ideal– que el sol de la imaginación alumbe los vastos dominios de la poesía.

Rubén Darío (1867-1916), en su **Himno a Bolívar** es fiel a la tradición de nuestros griegos, romanos e hispanos. Tomado de **Repertorio americano** (Nueva época. N 11. Enero-junio 2001):

¡Gloria al genio! A la faz de la tierra
de su idea corramos en pos,
que en su brazo hay ardores de guerra
y en su frente vislumbres de Dios.
¡Epopeya! No pinta la estrofa
del gran héroe la espléndida talla
que en su airoso corcel de batalla
es su escudo firmeza y verdad.
Y subiendo a la cima del Ande,
asomado al fulgor infinito
coronado de luz lanza un grito
que resuena doquier ¡libertad!

El patriota puertorriqueño Francisco Matos Paoli (1915-2000), en su discurso **A los héroes de Lares**, pronunciado en septiem-

bre de 1950, a 82 años de la Proclamación de la República y del Centenario de la Bandera Cubana, dijo:

Toda sangre derramada está siempre en alto, hermanos míos, esperando su supremo rescate en la encarnación de la Libertad. Toda cárcel magulladora de carnes heroicas en la fina casa en que se mueve a sus anchas el grafitado por la Libertad. Y por encima de toda represión armada, de todo terrorismo gubernamental, queda el hombre, queda la Patria, queda el espíritu, queda Dios en la sabiduría de su vuelo infinito. **Quedan los héroes de Lares.** Con su vivificante memoria negadora de la muerte en el coloniaje. De otro modo, el heroísmo no tendría significado alguno. **Los puertorriqueños de hoy perviven y son porque la memoria de los héroes de Lares los salva de la ignomina de la esclavitud.** Y los puertorriqueños dignos, que no quieren ser pasto en que vomita la tiranía sus heces más amargas, reciben esa gracia del martirio como una verdad permanente que deben sostener en alto, como se sostiene la honra de unos padres que no pudieron concebir hijos para el servilismo que degrada la herencia recibida. **La trasmisión de la honra apostólica en el hecho por excelencia del hombre histórico.** Los pueblos viven imantados a la huella del amor que se transmite de generación en generación, como se transmite el pan para salvar la vida. **Y son los héroes, los mártires, los abanderados de la libertad**

Joseph Campbell en su libro **El poder del mito**, dijo:

Existen ciertas secuencias de acción típicas del héroe que pueden ser detectadas en las leyendas de todo el mundo y

de muchos períodos de la historia. Se puede decir que esencialmente existe sólo un héroe arquetípico mítico cuya vida ha sido reproducida en muchas partes por la gente.

1. El héroe es tanático.

La conquista del temor a la muerte es la recuperación de la alegría de vivir. Uno puede experimentar una afirmación de vida incondicional sólo cuando uno ha aceptado la muerte, no como contraria a la vida sino como aspecto de la vida. La vida al estar siendo siempre se está desprendiendo de la muerte y está a un paso de la muerte. La conquista del temor le da valentía a la vida. Esa es la iniciación fundamental de toda aventura heróica: osadía y hazaña. Muchos de ellos pierden la vida, mas el mito informa que del sacrificio surge una nueva vida, que ya no es la vida del héroe sino la nueva vida, una nueva forma de ser y de llegar a ser.

2. El héroe es idealista

El objetivo moral del héroe es el de salvar a un pueblo o una persona, de apoyar una idea. El héroe está dispuesto a dar su vida por algo grandioso.

3. El héroe es justiciero

La aventura típica del héroe comienza con la injusticia de que algo ha sido usurpado, entonces inicia una serie de aventuras extraordinarias, ya sea para recuperar lo perdido o para descubrir la fuente de la juventud.

4. El héroe es fundador

Un héroe legendario generalmente es el fundador de algo, ya sea de una nueva época, religión, ciudad o forma de vida. Para fundar algo nuevo hay que destruir lo antiguo e ir en busca de la idea germinal que tenga la potencialidad de generar lo nuevo.

Campbell omitió una acción típica del héroe: su **ambición de inmortalidad**. Dejemos hablar a Cicerón en el Libro I de la obra citada:

¿Qué mejor tipo de naturaleza podemos encontrar entre los seres humanos que la de aquellos hombres que se consideran haber nacido en el mundo para ayudar, proteger y preservar a sus congéneres? Hércules jamás hubiera podido unirse a los dioses después de morir, si en el curso de su vida mortal no hubiera construido para sí el camino que viajó.

¿Qué pensamientos nos suponemos que tenían en la mente la muchedumbre de hombres ilustres que perdieron sus vidas por Roma? ¿Acaso que sus nombres estuvieran encasillados en los estrechos límites de su vida? Ninguno se hubiera expuesto a la muerte por la patria sin la buena esperanza de la inmortalidad.

D. K. Simonton en el capítulo VI de **Orígenes del genio** nos habla de la importancia de la poesía en la cultura:

No quiero dejar la impresión que la creatividad se ha dedicado exclusivamente al descubrimiento de nuevas

tecnologías. Las formas de creatividad más intangibles o simbólicas son tanto o más importantes. Por ejemplo, el éxito de cualquier sociedad depende en gran medida en la fuerte identificación de sus miembros con las cualidades culturales específicas que distinguen a su grupo. Es difícil defender una inferioridad evidente de cara a la pretendida superioridad de otro grupo. Gran parte del orgullo se basa en la creatividad cultural de los miembros del pueblo. La gente debe de sentir que sus hazañas son las mejores, por lo menos en los géneros valorados por la cultura. En las sociedades pre-literarias, esta cohesión etnocéntrica puede descubrirse en los mitos dichos en el hogar, en la destreza de sus artesanos, en los cantos y danzas de sus ceremonias.

En las culturas urbanas, esta fuente solidaria es aún más señalada. Los ingleses proclaman a Shakespeare como el mejor escritor; los alemanes a Goethe; los italianos a Dante, los españoles a Cervantes y así sucesivamente en todas las lenguas humanas. Esta identificación popular se manifiesta en el orgullo sentido cuando un premio es otorgado en su país.

Una vez que un pueblo comienza a adquirir conciencia de sí mismo como de una cultura *sui generis*, comienza a acentuar su personalidad y superioridad. Este proceso por lo general comienza con la creación de la poesía épica, tal como la **Ilíada** de Homero, la **Eneida** de Virgilio, el anónimo **Cantar del Mio Cid**, **La canción de Rolando** y el **Cantar de los Nibelungos**. Como quiera que comience este proceso, pronto influye a los demás géneros de creatividad. En pocas generaciones, el pueblo se forma un poderoso cuerpo de hazañas creativas que fundan una formidable base cultural.

En mi **Teoría sobre el mito de Uichilopochtli**, hice una comparación de los héroes de las mitologías babilonia, egipcia y mexica, en que todos ellos se rebelan contra la imagen materna punzante, mutilante y devorante, actuando una repetición compulsiva contraria contra dicha imagen, a la que Marduk, Horus y Uichilopochtli punzan, mutilan y devoran.

Ahora bien, ya que todo héroe obedece a un complejo arquetípico, comparemos a Teseo con Hernán Cortés:

- a) El minotauro del laberinto de Creta exigía jóvenes víctimas de Grecia para el sacrificio.
- a') Los sacerdotes del gran Teocalli de Tenochtitlan exigían jóvenes víctimas de Tlascala para el sacrificio.
- b) Teseo con la ayuda de Ariadna, quien le proporcionó la manera de regresar del laberinto, se introdujo en él y mató al minotauro aboliendo el sacrificio humano.
- b') Cortés con la ayuda de doña Marina, quien le proporcionó la comunicación del idioma nahua para poder adentrarse en el Imperio azteca y destruirlo, también acabó con los sacrificios humanos.

Tendrá que hablar la historia de la mitología de un héroe que se atrevió con un grupo de colegas a expugnar un pertrechado cuartel del ejército, por cuya osadía conoció la cárcel y el exilio. Más tarde, con otro grupo de compañeros a desembarcar en un punto de su isla dispuesto a matar al minotauro –que exigía el sacrificio de los jóvenes– con la ayuda de una mujer llamada Celia. Luego fundar una sociedad nueva, ideal y justa para todos y defenderla durante medio siglo contra Poseidón quien siempre quiso punzar, mutilar y devorar a su patria. Como Odiseo, descender al Hades para aprender del profeta

Tiresias cómo evitar la ira de aquel dios monstruoso. Y así como Hércules viajó a la morada de los muertos para rescatar al atrapado Teseo que había ido en busca de Perséfone, ahora descenderá nuestro héroe de nuevo al Hades a rescatar a sus camaradas, para de allí dirigirse todos a la morada de los héroes y mártires hispanoamericanos en la ladera oriental del Aconcagua, donde están Bolívar, de San Martín, Hidalgo y Martí.

Ya los aedos hispanos conciben los cantos épicos del héroe de Sierra Maestra cuyas hazañas tanto guerreras como diplomáticas servirán de estímulo al sacrificio, valor y honra de todos los martistas hispanoamericanos del futuro. Escuchemos con devoción el **Canto a Fidel** de Armando Rojo León, de Marruicos:

Por el sol encendido,
por el mar azulada
brilla Cuba en el trópico,
entre olas meciéndose suavemente, entre palmas.

Cartel de falso edén para turistas,
Cuba paradisiaca
que a Cuba verdadera
como máscara el rostro le ocultaba.

Mas Cuba en tu sepulcro
desesperadamente goteaba
llamándote... y has vuelto de la muerte
al verla arrodillada.

Martí resucitado eres, Fidel... has vuelto
al ver a Cuba en el infierno, esclava,

a Cuba, madre dulce del azúcar blanquísmo
sudando luto en el infierno, amarga

doliéndole el tabaco hoja a hoja, doliéndole
como piel tira a tira de su cuerpo arrancada,
y el café, grano a grano, cual lágrima tras lágrima,
bajo el sol, tristemente rodando por su cara.

Y en su pecho clavándose,
una a una, las cañas
de azúcar no, de hiel, una a una clavándose
fieramente en su pecho como espadas.

Martí, resucitado eres, Fidel... has vuelto
cuando un clamor oíste entrándote hasta el alma,
el idéntico, aullante clamor de un pueblo entero,
un clamor sólo, un sólo clamor de angustia humana.

Tú lo oíste, encendiéndote
el corazón volcánico en rebeldía indómita;
tú lo oíste, encendiéndote
en colérica llama.

Tú lo oíste, encendiendo, gigantesca, titánica,
Fidel, desde la Sierra Maestra hasta La Habana,
la generosa lucha contra la tiranía
y para todo el pueblo la esperanza.

Tú lo oíste, volviendo
para borrar sus lágrimas;

tú lo oíste, volviendo y devolviéndole
al pueblo tierra y patria.

El veintiseis de julio volviste de la muerte
para guiar a Cuba de la noche hacia el alba
con la radiante estrella que apagaron tiranos
y con tu sangre brilla nuevamente alumbrada.

El veintiseis de julio,
con la radiante estrella solitaria,
volviste de la muerte
para que fuese Cuba al fin cubana.

El veintiseis de julio volviste de la muerte
por esta libertad de Cuba negra y blanca,
isla cuya cintura
de fuego ciñe el mar con un brazo de agua.

El veintiseis de julio volviste de la muerte
por esta libertad que sobre Cuba canta
una canción de júbilo
desde el árbol del sol cada mañana.

El veintiseis de julio volviste de la muerte
por esta libertad que se levanta
desde tu pensamiento
y vuela siempre, infatigable el ala.

El veintiseis de julio volviste de la muerte
por esta libertad que vuela y vuela, amplia,

como tu pensamiento
volando en la bandera de Cuba soberana.

¡Ay, Cuba!, en tu sepulcro,
¡ay, Cuba golpeaba
desesperadamente
llamándote... y has vuelto al verla arrodillada.

(Ávidamente un águila de estrellada tiniebla
su cuerpo desgarraba
devorando su seno de azúcar... pero has vuelto
y ya arrojaste al águila de tiniebla estrellada.)

Martí resucitado eres, Fidel... Has vuelto
dándole vuelo a Cuba encadenada,
dándole vuelo, y Cuba, sin pesadumbre, vuela,
tierra que vuela alada.

Tierra entre mar y cielo
volando de alegría iluminada,
tierra donde cultivas una flor para el pueblo
y para los tiranos afilas una espada.

José Martí, en 1891 se reunió con los integrantes del Club revolucionario **Ignacio Agramonte** en Tampa. José Manuel, hijo de Eligio Carbonell en su discurso pronunciado el 24 de febrero de 1953, para conmemorar el centenario natal del Apóstol en La Habana, recordó:

De sobremesa, oyó de boca del anfitrión patriarca, cuentos y episodios trágicos o cómicos de la guerra larga; las

arengas y poesías de los paladines y aedos del 68. Comentaba, indagaba. Y sacudido en más de una ocasión por la anécdota; exaltaba su fe patriótica por el discurso, por la estrofa o por la carta reafirmadora del ideal separatista, le dijo a mi padre:

No se le ocurra a usted caer en la tumba sin antes recoger en un libro ese **polvo de oro de nuestros héroes**.

FREDO ARIAS DE LA CANAL

Enero del año 2003

FACSIMILAR

MARTÍ POR MARTÍ



BIBLIOTECA BÁSICA
DE LITERATURA CUBANA

**MARTI
POR
MARTI**

José Martí

**Selección, prólogo y cronología
de Salvador Buene**



**EDITORIAL LETRAS CUBANAS
CIUDAD DE LA HABANA, 1982**

Edición
ALBERTO BATISTA REYES

Redacción:
MÍRIAM OCAÑA

Cubierta.
RUSKY GAMBOA

© Todos los derechos reservados.
© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 1982

Impreso en el Establecimiento 08
«Mario Reguera Gómez» en abril de 1982,
Año 24 de la Revolución, Ciudad de La Habana

EDITORIAL LETRAS CUBANAS
Calle G núm. 503, El Vedado,
Ciudad de La Habana, Cuba.

INDICE

Sobre esta edición. 9

Prólogo. 11

- I. NIÑEZ, ADOLESCENCIA: FORMACIÓN 31
Yugo y estrella. 33
Carta a la madre, 23 de octubre de 1862. 35
Poema XXX de los *Versos sencillos*. 36
A mi madre. 37
Linda hermanita mía. 38
¡10 de Octubre! 39
Poema XXVII de los *Versos sencillos*. 40
Carta a Carlos de Castro y de Castro, 4 de octubre de 1869. 41
Carta a la madre, 10 de noviembre de (1869). 42
I Brigada-113. 44
Carta a Rafael María de Mendive, 15 de enero de 1871. 45
Fragmentos de *El presidio político en Cuba*. 46
A mis hermanos muertos el 27 de noviembre. 68
¡Madre mía! 75
Poema VII de los *Versos sencillos*. 77
Carta a Néstor Ponce de León, 15 de abril de 1873. 79
- II. CONOCIMIENTO DE NUESTRA AMÉRICA. 81
A Enrique Guasp de Peria. 83
Carta a Rosario de la Peña, [1875]. 85
Extranjero. 87
Carta a Nicolás Domínguez Cowan, 1 de enero de 1877. 91
Apuntes de un Diario en Guatemala para los hermanos Valdés Domínguez. 93
Carta a Joaquín Macal, 11 de abril de 1877. 115
Carta a Manuel Mercado, 1 de enero de 1877. 117
Carta a Manuel Mercado, 22 de enero de 1877. 121
Carta a Manuel Mercado, 19 de abril de 1877. 125
Carta a Manuel Mercado, 21 de septiembre de [1877]. 129
Carta a Manuel Mercado, 29 de septiembre de [1877]. 131
Carta a Manuel Mercado, 8 de marzo de [1878]. 133
Carta a Manuel Mercado, 30 de marzo de [1878]. 137
Carta a Manuel Mercado, 20 de abril de [1878]. 140

- Carta a Manuel Mercado, 6 de julio de 1878. 144
Poema 1X de los *Versos sencillos*. 149
Carta a Manuel Mercado, [1878]. 151
Carta a Manuel Mercado, 17 de enero de [1879]. 154
Carta a Miguel F. Viondi, 13 de octubre de [1879]. 157
Carta a Miguel F. Viondi, 28 de noviembre de [1879]. 161
Carta a Miguel F. Viondi, 8 de enero de 1880. 164
Carta a Miguel F. Viondi, 24 de abril de 1880. 167
Carta a Manuel Mercado, 6 de mayo de [1880]. 170
Carta a su hermana Amelia, [1880]. 173
- III. HACIA UNA PLENITUD. 177
Un viaje a Venezuela. 179
Carta a Fausto Teodoro de Aldrey, 27 de julio de 1881. 196
Carta a Miguel F. Viondi, 1 de diciembre de [1881]. 198
Carta a Manuel Mercado, 11 de agosto de [1882]. 199
Carta a Manuel Mercado, 14 de septiembre de [1882]. 202
Amor de ciudad grande. 204
Carta a Vidal Morales, 8 de julio de 1882. 207
Carta a Bartolomé Mitre, 19 de diciembre de 1882. 209
Carta a José García, [1884]. 213
Carta al General Máximo Gómez, 20 de octubre de 1884. 215
Carta a Manuel Mercado, 13 de noviembre de [1886]. 219
Carta a Manuel Mercado, [1886]. 225
Carta a Manuel Mercado, [1886]. 226
Carta a Manuel Mercado, [enero de 1887]. 233
Carta a José García, febrero de 1887. 236
Carta a Fermín Valdés Domínguez, 28 de febrero de 1887. 238
Carta a Fermín Valdés Domínguez, 7 de abril de 1887. 240
¡No, música tenaz...! 244
Domingo triste. 245
Al extranjero. 246
Envilece, devora... 247
Tienes el don... 248
Carta a Enrique Estrázulas, [junio o julio de 1888]. 249
Carta a Gonzalo de Quesada, 29 de octubre de 1889. 251
Carta a Juan Bonilla, 12 de junio de 1890. 258
Carta a Rafael Serra, agosto de 1890. 259
Carta a Rafael Serra, [septiembre de 1890]. 260
- IV. MADUREZ Y DEFINICIÓN. 263
Carta a Rafael Serra, marzo de [1891]. 265
Carta al secretario de la Sociedad Literaria hispano-americana, 30 de octubre de 1891. 267
Carta a Gonzalo de Quesada, [diciembre de 1891]. 269
Carta a la madre, [1892]. 270
Carta al General Máximo Gómez, 13 de septiembre de 1892. 271
Carta a Gonzalo de Quesada, [1892]. 276

- Carta a Juan Gualberto Gómez, 5 de agosto de 1893. 277
Carta al General Antonio Maceo, 15 de diciembre de 1893. 278
Carta a Rafaci Serra, [1893]. 280
Carta a Serafín Sánchez, [1893]. 281
Carta a Néstor Ponce de León, 17 de febrero de 1894. 282
Carta a Ulpiano Dellundé, 20 de abril de [1894]. 283
Carta a la madre, 15 de mayo de 1894. 284
- V. LA GUERRA NECESARIA. 287
Carta al General Antonio Maceo, 31 de enero de 1895. 289
Carta a María Mantilla, 2 de febrero de 1895. 290
Carta a Gonzalo de Quesada, febrero de 1895. 292
Carta a Gonzalo de Quesada, 19 de febrero de 1895. 296
Carta a María Mantilla, 19 de febrero de [1895]. 301
Carta a José Dolores Poyo, 19 de febrero de 1895. 302
Carta al General Antonio Maceo, 26 de febrero de 1895. 303
Carta a Carmen Mantilla, 18 de marzo de [1895]. 305
Carta a María Mantilla, 25 de marzo de [1895]. 306
Carta a la madre, 25 de marzo de 1895. 307
Carta a Federico Henríquez y Catvalal, 25 de marzo de 1895. 308
Carta a Gonzalo de Quesada, 1 de abril de 1895. 311
Carta a María Mantilla, [1895]. 315
Carta a María Mantilla, 9 de abril de 1895. 316
Carta a Benjamín Guerra y Gonzalo de Quesada, 10 de abril de [1895]. 322
Carta a Bernarda Toro de Gómez, [11 de abril de 1895]. 324
Diario. De Montecristi a Cabo Haitiano. 326
Carta a 28 de abril de 1895. 357
Carta a Manuel Mercado, 18 de mayo de 1895. 361
Diario. De Cabo Haitiano a Dos Ríos. 365
Carta al General Máximo Gómez, 19 de mayo de 1895. 397
Cronología de José Martí. 399

SOBRE ESTA EDICIÓN

De José Martí han sido publicadas en años recientes —por estar tan estrechamente vinculadas sus más perdurables y fecundas ideas al mismo proceso de nuestra Revolución Socialista— diversas antologías y recopilaciones que recogen sus trabajos políticos, sus obras poéticas, sus discursos y crónicas de muy diferentes temas. Resultaba necesario preparar igualmente una selección de sus cartas y diarios, de sus apuntes y poemas que dieran a conocer mejor su personalidad humana, la trayectoria de su existencia, sus particulares anotaciones en las que apareciera más nítidamente un Martí por dentro, en las que hablara el propio Martí de sus sentimientos y emociones, en fin, un Martí por Martí.

No sospeche el lector que al desentrañar este Martí íntimo va a descubrir en estas páginas confesiones audaces ni análisis psicológicos de su recóndito sentir y padecer, ya que el Maestro, muy al contrario, revela un esencial pudor a desnudar sus más entrañables impresiones y estados de ánimo. Ni tampoco queda escindido el revolucionario del hombre en estos materiales. Por eso en sus manuscritos más reservados afloran referencias a la esencial misión de su vida, la independencia de su patria, ni sus cartas y documentos públicos están despojados de matices muy peculiares de su personalidad.

Hemos incluido los materiales de Martí íntegramente, no fragmentos de ellos tomados de las *Obras Completas*, 1963-1965 (salvo en el caso de *El presidio político en Cuba*), ya que es peligrosa tarca exponer ciertas posiciones y aspectos de alguien recogiendo retazos de sus pensamientos. También hemos preferido no incorporar recuerdos o anécdotas referidos por sus coetáneos. Sólo escuchamos en estas páginas la propia voz de nuestro Héroe Nacional.

S. B.

PROLOGO

A la titánica empresa de emancipar a los pueblos que formaban parte del extenso imperio español en América, una verdadera epopeya que reveló a la humanidad el surgimiento de nuevas naciones, de un lejano continente que todavía muchos llamaban un tanto vagamente «las Indias occidentales», faltaba todavía una etapa para complementar la faena heroica y fecunda iniciada en 1810 que fue decidida por las hazañas de Simón Bolívar y José de San Martín. Quedaban por emanciparse del yugo colonial español dos islas del mar de las Antillas —Cuba y Puerto Rico— que durante el siglo XIX no habían podido lograr su liberación. Un hombre nacido en una de esas islas —aunque bien pudo nacer igualmente en la otra—, llamado José Martí y Pérez, pensó que a aquel poema épico para libertar a todo un continente faltaba una estrofa, y él quiso escribirla. Para él era más importante la acción que la palabra y a esa acción magna ofrendó su existencia. La profundidad de su visión histórica, la penetración esclarecedora de su pensamiento revolucionario y la misma potencia renovadora de su creación literaria lo convirtieron en uno de los hombres —quizás el primero— de mayor significación en el proceso de los países que en la actualidad reciben el nombre común de América Latina.

Uno de los más eminentes poetas de este continente, que pudo conocerlo en Nueva York mientras estaba en los trajes de organizar la guerra revolucionaria y emancipadora escribió después, cuando tuvo noticias de su muerte en el campo de batalla, una semblanza que permite entrever lo más característico de su personalidad humana. Era José Martí, según escribió el nicaragüense Rubén Darío:

...de temperamento nervioso, delgado, de ojos vivaces y bondadosos. Su palabra, suave y delicada en el trato familiar, cam-

biaba su raso y blandura, en las tribunas, por los violentos cobres oratorios. Era orador, y orador de grande influencia, arrastrando muchedumbres. Su vida fue un combate. Su cultura era proverbial; su honra, intacta y cristalina. Quien se acercó a él se retiró queriéndole. Y era poeta.

Si las guerras por la independencia de Cuba representan el clímax de la empresa por libertar las colonias españolas en América, la vida y la obra de José Martí constituyen la culminación en la historia de su patria de todo un largo proceso que desarrollaron los cubanos para obtener su emancipación política de España y definir su entidad nacional. Por otra parte, la creación literaria de este hombre viene a ser el punto más alto, de mayor calidad y proyección de toda la literatura cubana en el siglo XIX, heredero de una tradición que se consolidaba en los finales de dicha centuria.

Cuba alcanzó en las primeras décadas de ese siglo un gran desarrollo económico basado en la industria azucarera apoyado en el trabajo de miles y miles de esclavos. Con anterioridad, la historia cubana había sido opaca, una pequeña isla con escasa población que se dedicaba a la ganadería y a la agricultura y que sufrió durante mucho tiempo ataques de corsarios y piratas procedentes de Inglaterra, Francia y Holanda, que trataban de quebrantar la potencia del imperio español y apoderarse de sus colonias americanas. La Habana desarrolló el comercio gracias a las prolongadas estancias de las flotas que se reunían en su puerto para partir hacia España, mientras que en las costas alejadas de la capital los colonos establecían relaciones de contrabando con todas las gentes marineras que estuvieran dispuestas a dicho comercio de rescate.

Después de la ocupación de La Habana por los ingleses durante un año, en 1762-1763, el ascenso de la colonia fue cada vez más fuerte, sobre todo con posterioridad a las leyes dimanadas de los ministros «iluministas» del rey Carlos III, y, aún más, con la destrucción de la riqueza azucarera de Haití como consecuencia de la brava insurrección de sus esclavos a fines del siglo XVIII. Se iniciaba el florecimiento de la llamada «sacarocracia» que dominaría la vida del país hasta la toma del poder por la Revolución Cubana en 1959. Con el desenvolvimiento de su economía, sobrevino en Cuba en los inicios del siglo XIX un vigoroso movimiento

cultural que la hizo sobresalir entre las colonias que España había mantenido en el continente americano. Las luchas independentistas que se extendieron por estas colonias en los abores del siglo XIX tuvieron repercusión en la isla caribeña. Surgieron conspiraciones y alzamientos, nunca de mucha monta, así como aisladas pero repetidas insurrecciones de esclavos. El presbítero Félix Varela (1788-1843) reclamaba en 1824, desde el exilio, la independencia total de su patria en las páginas de su periódico *El Habanero*, mientras que el poeta desterrado José María Heredia (1803-1839) escribía inflamados poemas destinados a proclamar que «no en vano entre Cuba y España / tiende inmenso sus olas el mar». La introducción clandestina de esclavos llegó a tal grado que entre 1840-1860 el número de negros y mulatos era superior al de blancos peninsulares y criollos. El temor a que ocurriera en Cuba lo que aconteció en Haití frenó la ascendente burguesía cubana en sus timidos afanes por conquistar la separación de España.

Varias corrientes ideológicas chocaron como resultado de los cambios socioeconómicos que se produjeron por el aumento de la riqueza azucarera y del comercio libre. El movimiento independentista perdió fuerzas en la cuarta década del siglo; por una parte, porque España mantuvo un fuerte ejército para evitar la pérdida de aquel territorio que llegaron a denominar «la última joya de la corona española» e implantó un férreo régimen militar para sofocar cualquier intento de sublevación; por otra parte, porque los gobiernos norteamericanos maniobraron para que la Isla se mantuviera como colonia española y no se apoderara de ella ninguna nación más poderosa que la declinante España. Según la política de «la fruta madura», los gobernantes yanquis esperaban el momento propicio para que cayera sin dificultad en sus manos.

Ciertos movimientos de anexión a México o a Colombia tuvieron muy escasa repercusión. Ya en la quinta década surgió una corriente de anexión a los Estados Unidos sobre todo impulsada por propietarios de esclavos, que, temerosos de la vacilante política metropolitana, preferían proteger sus intereses integrándose a los estados sureños esclavistas. Esta corriente desapareció en cierta medida cuando se produjo el cese de la esclavitud en la unión norteamericana. Hubo, sin embargo, anexionistas sinceros que de-

seaban esta solución como paso previo para lograr la total independencia.

La corriente reformista, en sus sucesivas modalidades, fue perdiendo vigencia en el país. Los gobiernos metropolitanos nunca cumplieron sus promesas de reformar las leyes que regían esta colonia. La intransigencia y miopía de los gobernantes españoles sólo dejaron a los patriotas un camino: la insurrección armada. Así ocurrió el 10 de Octubre de 1868 cuando Carlos Manuel de Céspedes (1819-1874) se alzó en armas en la región oriental, proclamó la independencia y dio libertad a los esclavos. El fracaso de aquella larga lucha (1868-1878) no impidió advertir a los más sagaces que España no podría mantener por mucho tiempo su dominio en Cuba. Otro factor pesaba en el destino de la Isla: el incremento de los intereses económicos norteamericanos y el deseo de sus gobernantes por aprovechar la ocasión de apropiarse de aquel rico territorio tan cercano a sus costas. A mediados de la centuria, el 28 de enero de 1853, durante una madrugada fría, nació en La Habana, en una casa humilde cercana al puerto, un niño, hijo de un español de Valencia, celador de policía, Mariano Martí, y de su esposa, Leonor Pérez, originaria de las Islas Canarias. El padre había llegado a la Isla como soldado y en ella casó y formó una familia cuyo primer hijo fue este niño que recibió el nombre de José Julián. Vivía esta familia entre estrecheces que fueron aumentando no sólo por el nacimiento de varias hijas, sino también por el carácter irascible del padre —y por su estricta honradez— que no le permitió mantener los sucesivos empleos que desempeñó.

Al hijo mayor le atraían los estudios. Asistió primeramente a una modesta escuela hasta que pudo llegar a la enseñanza secundaria gracias a la ayuda de un pariente cercano. Era un jovencuelo cuando comenzó a asistir a las aulas donde el poeta y profesor Rafael María Mendive (1821-1886) impartía lecciones de historia y literatura y fraguaba conciencias nuevas en el amor a la tierra natal. Era delgado y taciturno aquel Pepe Martí que se interesaba por traducir a Shakespeare y a Byron, y a quien se le encendían los ojos cuando escuchaba a su profesor discutir con sus amigos sobre el proceso de la guerra emancipadora que había iniciado Céspedes en su ingenio «La Demajagua». Martí tuvo «amargas memorias de su casa». Su hogar estaba integrado por un padre

terco y enérgico, en el fondo sincero y bueno, pero incapaz de entender a su hijo, aunque éste más tarde escribiría que «el menor penetrante de todos es el que más justicia ha hecho a mi corazón»; la madre, mujer sensible que sin llegar a comprender a su hijo le entendía más que el padre, y sus hermanas menores que desarrollaron en él su inclinación protectora. Ya en los primeros años de su adolescencia ocurre el desajuste del hijo cubano con el padre español. Por eso la escuela y el magisterio humano y literario de Mendive son los sustitutos del hogar. Como poeta, profesor y animador de revistas literarias, Mendive puso a su discípulo en relación con la tradición cubana que venía de los primeros intelectuales separatistas e inconformes, pero ejerció además sobre él un maestrazgo ético; de él, diría Martí, recibió «las fuerzas para ser verdaderamente humano».

Mientras la guerra revolucionaria crecía en la región oriental, La Habana era escenario de repetidos incidentes. El nuevo capitán general dictó medidas para calmar los ánimos y suavizar las relaciones con los criollos. Gracias a una fugaz ley de libertad de impresión, surgió una multitud de periódicos de encontradas posiciones. Martí, estudiante de bachillerato, preparó dos modestas publicaciones: *El Diablo Cojuelo* y *La Patria Libre*. En esas páginas planteaba de modo tajante la disyuntiva: por el dominio colonial o por la independencia. En su poema dramático, *«Abdala»*, el joven príncipe de Nubia proclamaba la necesidad de luchar por la patria hasta llegar al sacrificio de la propia vida.

El 4 de abril de 1870, con la flor delicada de sus diecisiete años, entraba Martí en la cárcel. Había sido acusado, con su amigo y condiscípulo Fermín Valdés Domínguez, de haber dirigido a otro alumno de Mendive una carta en la que le llamaban «apóstata», por haber ingresado en un regimiento del ejército español. Condenado a seis años, la cárcel fue para el adolescente sitio donde templar el ánimo. Con la cabeza rapada, aberrojado por estrechos grilletes, iría cada día a las canteras donde el gobierno colonial enviaba a los presos políticos a cumplir trabajos forzados. Allí conoció a ancianos maltratados e injuriados por los carceleros, a niños inocentes que no comprendían la razón de su apresamiento. Estas escenas le ofrecieron el significado más hondo de lo que era el dolor, pero también le permitieron conocer la piedad.

Gracias a un amigo catalán, después de seis meses fue indultado, enviado por corto tiempo a la cercana Isla de Pinos (hoy de la Juventud) y poco después deportado a España. A partir de este momento Martí es un desterrado, sería por autonomía, «el desterrado», como «un árbol en el mar». Durante el viaje fue escribiendo un alegato terrible contra el régimen colonial. El presidio político en Cuba, que publicó inmediatamente después de su llegada a Madrid, en 1871. Más que un ensayo, es un verdadero poema en prosa que recoge las escenas dantescas del presidio. En una prosa que revela la lectura de la Biblia, sus largos versículos, pero también la de Victor Hugo, Martí increpa al gobierno español empleando un patetismo desesperado que no volvería a utilizar. Este poema elegíaco anuncia al gran creador en prosa que será más tarde, revela también la base estoica de su carácter: «Sufrir es gozar más, es verdaderamente vivir.»

En la universidades de Madrid y Zaragoza concluiría sus estudios graduándose como licenciado en Derecho Civil y en Filosofía y Letras. Leía intensamente a los clásicos españoles, sobre todo a Baltasar Gracián, a Francisco de Quevedo, a Teresa de Jesús. Se relacionó con otros desterrados cubanos, escuchaba los discursos de los políticos españoles sumidos en infructuosas controversias comineras. El 11 de febrero de 1873 se proclama la primera república española. Entre los cubanos corre un aliento ilusionado: los republicanos españoles harán justicia a la República de Cuba en Armas. Vana ilusión; nada ocurre. Martí escribe un folleto, La república española ante la revolución cubana y otros artículos en periódicos sobre la misma polémica cuestión. Uno de los dirigentes republicanos proclama: «¡Viva Cuba española!», a lo que Martí responde: «¡Viva Cuba española!, si ella quiere, y si ella quiere, ¡Viva Cuba Libre!»

Esta etapa inicial del largo destierro es de preparación. Vive Martí del producto de clases particulares, porque muy poco podía enviarle su padre. Además, los grilletes le dejaron dolencias por las que se somete a varias operaciones. De este padecimiento adolece toda su vida. El destierro penoso perfila su carácter. En una calle le encuentran un cubano y un joven puertorriqueño. Cuando hacen las presentaciones, Martí dice al desconocido: «Usted no me conoce. Antes de darme la mano piense si es digno de estrecharla un hombre ultrajado que aún no ha recibido satisfacción a

su decoro.» Y le muestra las cicatrices del presidio. El joven Martí percibe ya que su existencia no estaría dedicada a ninguna actividad profesional habitual, sino a la profesión de hombre destinado a transformar la trayectoria histórica de su patria, de su pueblo aún sometido a coyunda extranjera.

*El joven desterrado recibe noticias de su familia: se traslada a México para buscar mejor acomodo. Martí decide volver a América, ya no es necesario permanecer en España: ha completado sus estudios y debe ayudar a su familia. Además, en México estará más cerca de su patria, en la que persiste, entre dificultades innumerables y a fuerza de heroísmo y sacrificio, la guerra emancipadora. Sale de España después de una estancia de cuatro años, permanece muy breve tiempo en París, lo que no impide que visite las librerías y las exposiciones de arte, y haga amistad con Augusto Vacquerie quien le obsequia la última obra de Víctor Hugo: *Mess-fils*. Pasa por Inglaterra, y en Southampton embarca hacia Veracruz. Durante el largo viaje va traduciendo el libro del abuelo Hugo.*

La llegada a México no es alegre: acaba de morir su hermana más querida, Ana. Pronto debe empezar a trabajar. En esos primeros meses de 1875, Martí entabla relaciones con Manuel Mercado, amistad que duraría toda su vida. En los periódicos publica artículos y poemas. Escoge como seudónimo «Orestes», nombre claramente simbólico. En tierra azteca conoce por primera vez una de esas «repúblicas dolorosas de América», de su América mestiza. Advierte la explotación que sufren los indios, el poder y riqueza de la iglesia católica, los males del caudillismo y el predominio de las oligarquías que buscan alianzas con el imperialismo. Escribe una pieza teatral, «Amor con amor se paga», interviene en debates intelectuales, participa en la vida literaria mexicana. En México vivían por esos años dentro del régimen liberal que había establecido Benito Juárez, el indio presidente de la república, que había dirigido la lucha contra la ocupación francesa y el efímero imperio de Maximiliano de Austria.

Esta etapa mexicana dura dos años. En los artículos que publica, en los discursos que pronuncia, vamos observando ya la coherencia de un pensamiento unitario. En dichos artículos insiste en la necesidad de que México tenga un teatro nacional, que haya originalidad en su literatura y en sus artes plásticas. Aboga por la

instrucción popular y la obligatoriedad de la enseñanza. Sobre todo enfrenta uno de los problemas más graves de su América, el problema indígena. Habla de la desventurada población india que podrá ser redimida no solamente por la enseñanza obligatoria, sino por «el cuidado, el trabajo bien retribuido». De la raza indígena salió Juárez, uno de los mentores espirituales del cubano. En 1877 enfrenta el caudillismo; el general Porfirio Díaz se rebela contra el gobierno constitucional y establece una dictadura que duraría varias décadas. Decide abandonar su amado México.

Conocería durante su estancia en el país azteca a la que sería su esposa, la cubana Carmen Zayas Bazán. Ocurriría así el segundo drama de su vida privada. El hogar paterno no fue ambiente favorable para el adolescente. El hogar que forma con Carmen fracasa igualmente: ella no comprende que su esposo se dedique por entero a una causa patriótica y desdeñe las oportunidades lucrativas que le ofrecen su preparación profesional como abogado, sus capacidades como orador, su amplia cultura. No duraría por mucho tiempo la armonía conyugal.

La estancia en México se prolongaría hasta 1877. Realizó un rápido viaje clandestino a La Habana empleando su segundo nombre y su segundo apellido: Julián Pérez. Piensa casar y establecerse en Guatemala. En cuanto llega al pequeño país se le designa catedrático de literatura y de historia de la filosofía en la Escuela Normal Central que está bajo la dirección de un cubano desterrado. Sus discípulos le llaman pronto «el doctor Torrente». Conoce a la familia del general García Granados y a su hija María que haría famosa después con su poema «La niña de Guatemala», incluida en sus versos sencillos (1891).

Martí retorna por breve tiempo a México para contraer matrimonio con Carmen el 20 de diciembre de 1877, regresando inmediatamente con ella a Guatemala. Sería en México donde aparece publicado el opúsculo, Guatemala (1878), homenaje emotivo al país hospitalario. En agosto de 1878 se solidariza con la actitud de su compatriota, el director de la Escuela Normal, que ha sido injustamente separado de su cargo, y renuncia a su cátedra. ¿Adónde podría ir? En Cuba, la guerra llamada de «los diez años» (1868-1878), acaba de concluir con el Pacto del Zanjón, aunque algunos jefes libertadores como Antonio Maceo

continúan luchando un tiempo más, después de la digna y heroica Protesta de Baraguá. El artículo segundo del Pacto ofrecía una amnistía general a «cuantos hubiesen tomado directa o indirectamente parte en el movimiento revolucionario». No esperó más el desterrado. Embarcó hacia La Habana con su esposa que dio a luz en esta ciudad, el 12 de noviembre de 1878, al hijo único que recibió el mismo nombre de su padre.

Tiene ahora el desterrado veinticinco años. Martí debe velar por su nueva familia; comienza a trabajar en las oficinas de dos abogados, dos amigos: además, ofrece clases en escuelas privadas. Al mismo tiempo traba relación con los que no se han resignado a la derrota, los que contemplan con ira cómo no se cumplen las promesas ofrecidas en el Pacto del Zanjón. A sus contemporáneos revela sus cualidades como orador. Había muerto el poeta Alfredo Torroella, a quien conoció en México, y en el mismo sepelio y en un acto posterior interviene en forma que llama la atención de los asistentes. Mayor éxito obtiene por el discurso que pronuncia en un banquete ofrecido por cubanos de cautelosas ideas reformistas a un destacado periodista. Los que escuchan sus palabras se asombran de aquella oratoria nerviosa, del fervor con que alude a las realidades cubanas, del cariz tajante de sus pronunciamientos.

Las intervenciones de Martí en estas ocasiones suscitaron la curiosidad del capitán general español quien asistió a un acto en homenaje a un violinista cubano, en el que también habló el joven hasta entonces desconocido. Su discurso es de la misma traza de los anteriores. El gobernante se mueve con disgusto en su asiento. Después comenta: «Quiero no recordar lo que he oido y no concebí nunca se dijera ante mí, representante del gobierno español. Voy a pensar que Martí es un loco. Pero un loco peligroso.»

Entre las nuevas amistades que hace, Martí conoce a un joven mulato periodista, Juan Gualberto Gómez, que ha regresado de París, donde estudiaba, lleno de impulsos redentores. Entran en contacto con el Comité Revolucionario que se ha formado en New York. El 26 de agosto de 1879 se produce un nuevo levantamiento en las cercanías de Santiago de Cuba. El 17 de septiembre, Martí es detenido. A su celda el capitán general hace llegar

un mensaje: *no se le formará proceso si hace declaración pública que proclame su adhesión a España*. Responde: «*Digan ustedes al general que Martí no es de raza vendible.*» El 25 de septiembre sale desterrado por segunda vez hacia España. No volverá más a su patria sino para morir.

Poco tiempo demora esta segunda estancia en España. Pasa la frontera con Francia y vuelve a atravesar el océano. Está en New York en enero de 1880. Allí va a vivir, salvo cortos intervalos, los últimos quince años de su vida. Quiere prestar su ayuda a esa lucha que brota en Cuba y que, por su breve duración llaman los historiadores «la guerra chiquita». No todos los jefes de la pasada contienda secundan este nuevo empeño libertador. El 24 de enero tiene Martí el primer contacto público con la masa de los emigrados revolucionarios, pronuncia un discurso en Steck Hall que es como balance de experiencias pasadas y esclarecimiento de las tareas que el presente exige. Dice allí sentencias perdurables: «*Ignoran los déspotas que el pueblo, la masa dolorida, es el verdadero jefe de las revoluciones*»; «*La libertad cuesta muy cara y es necesario, o resignarse a vivir sin ella, o decidirse a comprarla por su precio.*» Se dirige especialmente a los cubanos negros y mulatos que algunos blancos miraban con recelo, y subraya que «*las culpas del esclavo caen íntegra y exclusivamente sobre el dueño.*»

Al servicio de esta guerra de 1880, Martí recibe graves responsabilidades. Es presidente interino del Comité, escribe circulares y proclamas. Pero la lucha en Cuba no cobra fuerzas. Martí advierte ya que la guerra no ha de ser producto de caudillos, sino resultado de una empresa colectiva a la que preste la masa popular todo su apoyo. En octubre de ese año tiene que cumplir un doloroso deber: escribe una carta al último jefe que todavía combate pidiéndole que desista de su inútil sacrificio.

El fracaso de esta insurrección sume a Martí en una situación difícil, comprende que debe transcurrir un periodo de preparación dentro y fuera de Cuba antes de iniciar otro intento con posibilidades de triunfo. Y en New York, ¿qué podría hacer el desterrado? No tiene muchas posibilidades de trabajo. Puede colaborar en The Hour y en The Sun cuyo director, Charles A. Dana, convierte en el periódico más apreciado de su época. Vive

en una casa de huéspedes de un matrimonio cubano Manuel Mantilla y su esposa de origen venezolano, Carmen Miyares. A la ciudad multitudinaria, de febril actividad, el proscrito puede traer por fin a su esposa y a su pequeño hijo. Ella le recrimina por no dedicarse a empleos lucrativos. Decide buscar mejor acomodo en Venezuela y hacia allí embarca. Es una nueva experiencia en otro país de su América.

La visita inicial que en Caracas hace es a la plaza en la que se alza la estatua de Simón Bolívar. Pronto está ofreciendo clases de oratoria y de francés, conoce a hombres ilustres de pensamiento liberal que en la república dominada por el dictador Guzmán Blanco tratan de forjar una juventud nueva, como hace Cecilio Acosta sobre quien escribe el cubano con motivo de su muerte unas páginas admirables que causan el desagrado del caudillo. Cuando éste observó que no lograba alcanzar palabras elogiosas de ese «extranjero» que tanta admiración suscita entre la gente progresista no demora mucho en señalarle la oportunidad de su partida del país. Martí, a los cinco meses de esta etapa venezolana vuelve a chocar con el caudillismo. Tiene que retornar a New York.

En Caracas fundó la Revista Venezolana de la que pudo editar sólo dos números. En el editorial del segundo publica un artículo «El carácter de la Revista Venezolana», en el que desarrolla el programa de las innovaciones que era necesario introducir en la literatura de lengua española. Allí escribe: «El escritor ha de pintar, como el pintor...» La prosa rítmica, plástica, de sus crónicas periodísticas encuentra su expresión teórica en estas reflexiones.

Durante las horas solitarias de Caracas fue escribiendo breves poemas en los que volcó el amor a su pequeño hijo que Carmen arrancaría de su lado cuando ella decidió volver a Cuba. En 1882 aparece editado en New York Ismaelillo, que Pedro Henríquez Ureña consideraría como verdadero iniciador de la renovación poética en nuestro idioma. Está compuesta de una dedicatoria a su hijo y quince composiciones poéticas. Hasta en su pequeño formato el libro evoca la gracia y la delicadeza de la niñez. Escogió el nombre de Ismael por lo que representa este personaje bíblico, hijo de Abraham y Agar que, cuando hombre,

«luchó contra el cielo», como Prometeo. A un amigo escribe: «Mi mente ha sido escenario y en ella han sido actores estas visiones. Mi trabajo ha sido copiar (...). No hay aquí una sola línea mental.»

Había escrito poemas desde los primeros años de su adolescencia, poemas de amor y de dolor de clara estirpe romántica. De esa labor inicial escribió a su discípulo Gonzalo de Quesada y Aróstegui, en carta que se estima como su testamento literario: «Versos míos no publiqué ninguno antes de Ismaelillo, ninguno vale un ápice.» Con este libro, Martí inicia las innovaciones que transformarán la literatura de lengua española. Sus lecturas de escritores franceses coetáneos no lo alejan del hontanar castizo —como hace en su poesía y también en su prosa— en el que busca sus vetas más límpidas del viejo romancero y los cancioneros populares hasta los autores barrocos del siglo XVII, como Gracián, Quevedo y Saavedra Fajardo.

Entre 1880 y 1890, Martí alcanzaría renombre en la América de habla castellana a través de los artículos y crónicas que enviaba desde New York a importantes periódicos, en especial La Opinión Nacional, de Caracas; La Nación, de Buenos Aires, y El Partido Liberal, de México. Más de veinte periódicos de distintos países hispanoamericanos reproducían estos trabajos. De la celebridad que conquista se explica que Argentina y Paraguay lo nombraran su cónsul en New York, que Uruguay lo designara su representante en la Conferencia Monetaria Internacional. También fue elegido presidente de la Sociedad Literaria Hispanoamericana que funcionaba en New York. Su actividad era enorme: empleado de una casa comercial, profesor de idiomas, traductor de inglés y francés en una casa editorial, labor que realizó mientras que no entorpecieron la esencial vocación de su existencia: la independencia de su tierra natal.

A su quehacer periodístico impuso una calidad insospechada. Advirtió con claridad cómo a través de este medio de comunicación la literatura se entrelaza más con la vida febril y dinámica de la época contemporánea. Sabía captar el sentido de los acontecimientos y comunicarlo en sus artículos de un modo ameno, darles vida sin caer en superficialidades. Por sus excelentes «Escenas norteamericanas» se ha podido decir que fue el gran cro-

nista de la vida estadounidense en esa década de 1880-1890. Entre ellas hallamos no sólo admirables semblanzas críticas de poetas y pensadores (Whitman, Emerson), sino también referencias a los grandes hechos de esta etapa de extraordinarias transformaciones en los Estados Unidos: su crecimiento capitalista, sus problemas sociales y religiosos, sus voraces empresarios, sus más famosos aventureros y bandidos. Sin duda fue el latinoamericano que más conoció a dicha nación. Pero su posición es crítica. Admiró a sus fundadores, pero percibió sus quiebras, sus apetitos de dominio: «No se debe exagerar sus faltas de propósito, por el prurito de negarles toda virtud, ni se han de esconder sus faltas o pregonarlas como virtudes.» En esos artículos, que alcanzan en ocasiones categorías de verdaderos ensayos, ofrece las muestras relevantes de su crítica literaria y artística. Dedicó muchas páginas a analizar a escritores de diversas literaturas (Espronceda, Heredia, Casal, Wilde, Flaubert, Pushkin) y a otros de no tanta relevancia. Prestó particular atención a la pintura, como revelan sus crónicas dedicadas a los pintores impresionistas, al húngaro Munkácsy y al ruso Vereschagin. Han errado los que creen que la crítica literaria de Meritt fue benévolamente extrema. Es cierto que dice: «Cuando tengo que decir bien, hablo. Cuando mal, callo. Éste es el modo mío de censurar.» No falta, sin embargo, la censura justa y el señalamiento de rasgos negativos en los autores y obras que analiza, aunque es cierto que siempre los apunta al pasar y como si le doliese reconocer estos defectos. Su crítica es impresionista; cuando juzga se identifica con el objeto analizado. Sabía sintetizar en un solo párrafo un juicio sagaz y completo. También su propio programa estético está esparcido en estos trabajos de los que podemos extraer su teoría sobre la prosa y la poesía.

Por supuesto, el mayor caudal de estos trabajos está constituido por su atención tenaz a los problemas cubanos y latinoamericanos. Para él, Cuba y «nuestra» América constituyen la parte y el todo, estos pueblos forman una sola familia, poseen similar conformación y desarrollo. Por eso proclama la unidad de esta América y su esencial mestizaje. Frente a colonialistas y neocolonialistas destacó la originalidad americana: «ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma». Sobre sus héroes dejó páginas imperecederas. De sus esenciales di-

ficultades esclareció la manera de resolverlas. En «Nuestra América» (1891), más ensayo que artículo periodístico, reunió sus ideas capitales sobre el proceso histórico del continente. Si la colonia sobrevivía en las nuevas repúblicas había que emprender la lucha por su definitiva independencia, enfrentar a sus explotadores internos y foráneos. De ahí su denuncia contra caudillismos y oligarquías, de ahí también, sus advertencias —y su propia labor— contra las amenazas imperialistas que fue el primero en subrayar. En su última carta a Mercado, escrita el día anterior a su muerte y quedó por eso inconclusa, le comunica: «Yo estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso.»

En 1885, el infatigable desterrado escribe la novela *Amistad* funesta, que publicó por entregas un periódico bimensual de Nueva York, y que pensó editar en forma de libro bajo el título *Lucía Jerez*, nombre de su protagonista, a cuyo fin redactó unas notas en las que se refiere con rigor a su propia obra. Una prosa nueva es lo más notable de su narración, que destaca sus descripciones de los personajes femeninos, sus ambientes urbanos y rurales, los objetos suntuosos. En su protagonista masculino, *Juan Jerez*, puso lo que consideraba de más valor en un hombre: la entereza moral, la capacidad de sacrificio. No deja de recalcar sus preocupaciones americanas, sus afanes en favor de la libertad.

Otra valiosa manifestación de su prosa se revela en los cuatro números de la revista *La Edad de Oro*, «publicación mensual de recreo e instrucción dedicada a los niños de América» que editó en New York en 1889. Es, sin disputa, una de las más logradas creaciones de la literatura para niños en lengua castellana. Habla a sus pequeños lectores de los descubrimientos y las creaciones humanas, de los héroes de la independencia americana, de las civilizaciones indígenas. Incluye también poesías y cuentos para los niños. Escribió estas páginas en una prosa sencilla y pura, permitiendo que la capacidad imaginativa de los niños pudiera expandirse. La intención docente queda subordinada siempre a una expresión amena, atractiva, pero no artificiosa ni pueril. Esti-

mula en los niños a tener decoro y sinceridad, a identificarse con los desposeídos. En una carta confesaba: «A nuestros niños les hemos de criar para hombres de su tiempo, y hombres de América.»

Con posterioridad a Ismaelillo fue escribiendo poemas que recogen una etapa tormentosa de su vida: cuando padece el fracaso de su hogar conyugal y no ha podido encauzar aún su vida en un servicio útil a la independencia de su patria. Nunca dio a conocer estos poemas, que se editaron muchos años después de su muerte: Versos libres y Flores del destierro. Sus Versos libres ofrecen una lírica insólita, bravía, llena de energía y movimiento, en la que predomina el contenido sobre la forma externa. La voz caudalosa parece encontrar freno en los «endecasílabos bursátos». Las emociones del desterrado inundan estos poemas como una catarata.

Publicó en 1891 un pequeño libro que tituló Versos sencillos, verdadera culminación de su creación lírica. Dedicado a dos amigos de «nuestra América», los cuarenta y seis poemas están precedidos de un prólogo que explica el momento en que fueron escritos, después de la Conferencia Internacional Americana, en Washington, en la que se desencadenaron sútiles maniobras del gobierno norteamericano que él mismo desentrañó y denunció en las crónicas que enviaba a La Nación, de Buenos Aires. A continuación, explica por qué publica «esta sencillez, escrita como jugando» y añade: «amo la sencillez y creo en la necesidad de poner el sentimiento en formas llanas y sinceras». Sus símbolos humildes y concretos, su vínculo amoroso con la naturaleza y con los hombres, el empleo hábil de la cuarteta y la redondilla que dan aire popular a estos poemas, manifiestan la madurez de su genio poético. Por algo estos Versos sencillos han recorrido en años recientes el mundo con la melodía rebelde de La Guantanamera.

La edición de los Versos sencillos en 1891 pone fin a la tarea literaria del proscrito, aunque en toda línea que escriba seguiría mostrando su alta calidad creadora. La etapa de preparación y espera del momento propicio para llegar a cabo la organización de la «guerra justa y necesaria» ha concluido. Por eso renunció a sus cargos consulares y a cualquiera labor que interfiriera su

*trabajo de organizar una auténtica insurrección popular que libera-
ra a su país, sin caudillismos infecundos ni dependencias com-
prometedoras.*

Desde el fracaso de la Guerra Chiquita se mantuvo al tanto de cualquier razonable intento de reanudar la guerra separatista. Escribió cartas notables a los jefes más prestigiosos como Máximo Gómez y Antonio Maceo. Quería explorar las posibilidades reales de un levantamiento armado con cabal apoyo popular, pero temía que pudiera producirse una dictadura militar si quedaba en manos de caudillos la dirección de la guerra. En 1884, en carta a Gómez le dice: «Un pueblo no se funda, general, como se manda un campamento.» Se aparta, pues, de tales preparativos y su retramiento le produce enojosos malentendidos.

Hasta 1887 mantiene ese apartamiento voluntario, el «tristísimo silencio», como afirmaba. En febrero de ese año, su padre ha muerto en La Habana. En la casa de huéspedes neoyorquina en que vive, Carmen Miyares y sus hijos Manuel, Carmita y María le ofrecen el calor de hogar que el desterrado necesita. El 10 de octubre del mismo año, en la conmemoración de la fecha inolvidable de la insurrección de Céspedes, pronuncia un discurso —como hará igualmente en los aniversarios sucesivos—, a los emigrados revolucionarios, que le va revistiendo de una autoridad rectora que iba más allá de la mera cuestión política. Para el definitivo perfil de su pensamiento revolucionario, el año 1889 es decisivo. En dicho año responde a unas opiniones menospreciadoras contra los cubanos expresadas en un periódico norteamericano con una enérgica réplica: Vindicación de Cuba. A fines de ese año se convoca la primera conferencia panamericana que Martí comentó agudamente en sus crónicas bonaerenses. A partir de este momento, los hechos de su vida se suceden con una rapidez increíble, están colocados bajo el signo de la urgencia más absoluta. Escribe cartas, pronuncia discursos, recorre los centros de los emigrados revolucionarios en los Estados Unidos. Viajaba a Tampa y Cayo Hueso, dos pequeñas ciudades del sur de la Florida donde se aglomeraban artesanos y tabaqueros cubanos. Trataba de forjar una estrecha unidad: de los negros y los blancos, de los viejos y los jóvenes, de los adinerados y los humildes. Fue como un fulgor nuevo que recorría las filas de los cubanos. Las intrigas fracasaban ante su persuasión, los

envidiosos y ambiciosos tenían que deponer sus malas artes captados por su voz entusiasta. Su elocuencia arrebatada y pasional conmovía y dominaba. Empleaba recursos emotivos, símbolos y metáforas inspirados en la misma realidad cubana, en un tono ardiente que invitaba a la acción a los emigrados.

El infatigable luchador logró unificar los distintos clubes y asociaciones revolucionarias. Al fin, a principios de 1892 quedó fundado el Partido Revolucionario Cubano, el primer partido de proyección antimperialista que surgió entre los latinoamericanos. Martí redactó las Bases y fundó el periódico *Patria*, como órgano del Partido. En funciones de Delegado visitó a los grupos de emigrados en Santo Domingo, Jamaica, Costa Rica y México. Ya está listo el aparato para iniciar la «guerra necesaria». A Carlos Baliño que le pregunta sobre la revolución pronta a estallar, le responde: «¿La revolución? La revolución no es la que vamos a iniciar en la manzana, sino la que vamos a desarrollar en la república.» La expedición que llevaría hombres y armas a las costas cubanas es sorprendida a causa de una delación, por agentes del gobierno norteamericano que ocupan los tres barcos que estaban prestos a partir. El fracaso de este «Plan de Fernandina» no le arredra el ánimo. Por último, el treinta y uno de enero de 1895, después de haber dado órdenes, como Delegado del Partido, que disponen el inicio de la guerra, sale de New York rumbo a Santo Domingo.

En tierra dominicana firma el 25 de marzo, junto con el general Máximo Gómez, el «Manifiesto de Montecristi», verdadero programa de la liberación, y el mismo día escribe su última carta a la madre lejana. La guerra ha comenzado en Cuba el 24 de febrero. Ya la región oriental arde en combates. Los últimos días antes de partir hacia el campo insurrecto son de recuento y afirmación, escribe cartas, realiza visitas, redacta los apuntes de su diario que envía a sus «niñas», María y Carmen Mantilla, que quedaron en New York. Su valioso epistolario llega a su clímax, con las cartas que escribe en estos días. A través de las muchas que escribió en su vida, las de carácter público y las de índole privado, conocemos sus inquietudes, su pasión patriótica, su espíritu generoso, su fondo valor humano.

En Cabo Haitiano (Santo Domingo) comienza las notas de su último diario y escribe a María Mantilla: «Tengo la vida a un lado y la muerte a otro, y un pueblo sobre las espaldas.» El once de abril, durante la noche, un bote se desliza al costado del barco. En él van Martí y Gómez con cuatro compañeros. Desembarcan en la zona más oriental de Cuba. Emprende el pequeño grupo su marcha entre los montes. Martí siente el olor de la campiña cubana, escucha sus rumores, se recrea la vista en sus contornos. Su prosa se despoja de refinamientos en este diario, es una prosa realista y directa, desnuda y precisa, que sobrepasa todas las innovaciones del modernismo. También hay que subrayar qué peso de amargura, qué hondas preocupaciones asaltan a Martí en estos días últimos. La obra a la que dedicó su existencia ya está en marcha, pero se siente asediado por nubarrones de angustia y temores de frustración. En un lugar llamado La Mejorana se reúnen Martí, Gómez y Maceo. Acuerdan la invasión que llevará la guerra al occidente de la Isla y que el Delegado retorno a los Estados Unidos para proseguir el envío de expediciones. Pero Martí se resiste a abandonar aquellos lugares de peligro. Necesita el contacto con el fogoso ardor de los combatientes. En una mañana clara, el 19 de mayo, en un sitio que llaman Dos Ríos, el enemigo sorprende a los cubanos y José Martí en medio del combate cae de su caballo herido de muerte.

Sustancial revolucionario, José Martí lo fue tanto en el ámbito del quehacer como en el pensamiento y la acción de carácter político. La radicalización que se advierte en su pensamiento y en su conducta revolucionaria, el desarrollo ímpar de su escritura, lo convierten en figura sobresaliente no sólo en la historia cubana sino también en la latinoamericana, maestro y guía no sólo para sus coetáneos sino también para las generaciones posteriores. La vigencia de su vida y de su obra lo convierten en un contemporáneo nuestro, símbolo de rebeldía, de libertad y de justicia.

Las clases dominantes cubanas, unidas al carro del imperialismo norteamericano quisieron desvirtuar el sentido de su vida, la significación de su ideología revolucionaria. Si no se le podía des-

prender de su aureola de Maestro, ya que sin género de dudas había sido el principal organizador y el ideólogo máximo de la guerra revolucionaria iniciada en 1895, se le quitó importancia a sus declaraciones antimperialistas (que no aparecen salvo muy contadas excepciones en las antologías y selecciones de su obra publicadas antes de 1959). La definidora carta a su amigo mexicano Manuel Mercado, escrita un día antes de morir, en la que expone que su deber es «impedir a tiempo con la independencia que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos, y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso» era apenas conocida por el pueblo cubano antes de la victoria de la Revolución en 1959. Quiso agregarse a su predica revolucionaria un sentido utópico, idealista; Martí era un soñador, decían. Muchos de sus biógrafos pretendieron recalcar esa imagen, utilizando conceptos tomados de lo religioso: Martí era un «místico del deber», un «santo de América». Pero el batallador revolucionario que reclamaba la independencia de su país identificándose con las clases populares —«con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar»—; el que denunciaba al monstruo voraz que se fortalecía en el norte del continente; no aparecía en esas interpretaciones amañadas. Se quiso presentar a Martí como un ser de mansedumbre extrema; de una inclinación amorosa de tal naturaleza que lo aproximaba a la beatitud; imagen difícil de aceptar en un hombre que había fundado un partido revolucionario y organizado tenaz y férreamente una guerra de liberación.

Fue necesario que surgiera, en la década de 1920 a 1930, una nueva generación de cubanos entre los que se encontraban los que iniciarian la empresa de transformar la realidad neocolonial del país, para que se comenzara a conocer al verdadero Martí a través de los artículos y ensayos de Julio Antonio Mella (1903-1929), de Emilio Roig de Leuchsenring (1889-1964), de Juan Marinello (1899-1977), de Raúl Roa (1907) y algunos pocos más. En la actualidad la imagen de Martí ha adquirido, para su pueblo, para todos los pueblos, el perfil exacto del revolucionario. Por algo Fidel Castro proclamó en 1953 que el autor intelectual de la hazaña heroica del asalto al cuartel Moncada el 26 de Julio de

ese año, era José Martí. Por eso en la actualidad el pueblo cubano entregado a la empresa extraordinaria de construir una sociedad socialista contempla a Martí como el luchador intrépido por la independencia nacional y el sagaz denunciador de la amenaza imperialista yanqui.

SALVADOR BUENO

I. NIÑEZ, ADOLESCENCIA: FORMACION

YUGO Y ESTRELLA

CUANDO nací, sin sol, mi madre dijo:
«Flor de mi seno, Homagno generoso,
De mí y de la Creación suma y reflejo,
Pez que en ave y corcel y hombre se torna,
Mira estas dos, que con dolor te brindo,
Insignias de la vida: ve y escoge.
Éste, es un yugo: quien lo acepta, goza.
Hace de manso buey, y como presta
Servicio a los señores, duerme en paja
Caliente, y tiene rica y ancha avena.
Ésta, oh misterio que de mí naciste
Cual la cumbre nació de la montaña,
Ésta, que alumbría y mata, es una estrella.
Como que riega luz, los pecadores
Huyen de quien la lleva, y en la vida,
Cual un monstruo de crímenes cargado,
Todo el que lleva luz se queda solo.
Pero el hombre que al buey sin pena imita,
Buey torna a ser, y en apagado bruto
La escala universal de nuevo empieza.
El que la estrella sin temor se ciñe,
Como que crea, ¡crece!

¡Cuando al mundo

De su copa el licor vació ya el vivo;
Cuando, para manjar de la sangrienta
Fiesta humana, sacó contento y grave
Su propio corazón; cuando a los vientos
De Norte y Sur virtió su voz sagrada,
La estrella como un manto, en luz lo envuelve,
Se enciende, como a fiesta, el aire claro,

Y el vivo que a vivir no tuvo miedo,
Se oye que un paso más sube en la sombra!»

—Dame el yugo, oh mi madre, de manera
Que puesto en él de pie, luzca en mi frente
Mejor la estrella que ilumina y mata.

Versos libres

A LA MADRE¹

Hanábana, octubre 23 de 1862

Estimada mamá: Deseo antes de todo que Vd. esté buena lo mismo que las niñas, Joaquina, Luisa y mamá Joaquina. Papá recibió la carta de Vd. con fecha 21, pues el correo del sábado que era 18 no vino, y el martes fue cuando la recibió; el correo—según dice él—no pudo pasar por el río titulado «Sabanilla» que entorpece el paso para la «Nueva Bermeja» y lo mismo para aquí, papá no siente nada de la caída lo que tiene es una picazón que desde que se acuesta hasta que se levanta no le deja pegar los ojos, y ya hace tres noches que está así.

Ya todo mi cuidado se pone en cuidar mucho mi caballo y engordarlo como un puerco cebón, ahora lo estoy enseñando a caminar ensorenado para que marche bonito, todas las tardes lo monto y pasco en él, cada día cría más bríos. Todavía tengo otra cosa en que entretenerte y pasar el tiempo, la cosa que le digo es un «Gallo fino» que me ha regalado Dn. Lucas de Sotolongo, es muy bonito y papá lo cuida mucho, ahora papá anda buscando quien le corte la cresta y me lo arregle para pelearlo este año, y dice que es un gallo que vale más de dos onzas.

Tanto el río que cruza por la «finca» de Dn. Jaime como el de la «Sabanilla» por el cual tiene que pasar el correo, estaban el sábado sumamente crecidos, llegó el de acá a la cerca de Dn. Domingo, pero ya han bajado mucho.

Y no teniéndole otra cosa que decirle dele expresiones a mamá Joaquina, Joaquina y Luisa y las niñas y a Pilar dele un besito y Vd. reciba de su obediente hijo que le quiere con delirio.

JOSÉ MARTÍ

¹ Esta carta la escribió Martí cuando no había cumplido aún 10 años de edad, y es la más antigua página escrita por él, de que se tiene noticia.

POEMA XXX

El rayo surca, sangriento,
El lóbrego nubarrón:
Echa el barco, ciento a ciento,
Los negros por el portón.

El viento, fiero, quebraba
Los almácigos copudos;
Andaba la hilera, andaba,
De los esclavos desnudos.

El temporal sacudía
Los barracones hinchidos:
Una madre con su cría
Pasaba, dando alaridos.

Rojo, como en el desierto,
Salió el sol al horizonte:
Y alumbró a un esclavo muerto,
Colgado a un ceibo del monte.

Un niño lo vio: tembló
De pasión por los que gimen:
¡Y, al pie del muerto, juró
Lavar con su vida el crimen!

Versos sencillos

A MI MADRE²

MADRE del alma, madre querida,
Son tus natales, quiero cantar;
Porque mi alma, de amor henchida,
Aunque muy joven, nunca se olvida
De la que vida me hubo de dar.

Pasan los años, vuelan las horas
Que yo a tu lado no siento ir,
Por tus caricias arrobadoras
Y las miradas tan seductoras
Que hacen mi pecho fuerte latir.

A Dios yo pido constantemente
Para mis padres vida inmortal;
Porque es muy grato, sobre la frente
Sentir el roce de un beso ardiente
Que de otra boca nunca es igual.

1868

² Estos son, probablemente, los primeros versos escritos por Martí.

LINDA HERMANITA MÍA

Feliz es el momento en que recibo
Carta tuya; feliz es este día,
Porque en tí pienso y de mi amor te escribo.
Versos esperas tú que te anunciaba,
Allá por la pasada nochebuena.
En el revuelto mar de mis papeles
No se sabe posar la paz serena,
Y, pues que soy doncel, obro sin pena
Como obran desde antaño los donceles:
Escribo, guardo, pierdo,
Te quiero mucho, y luego me perdonas,
Y si a mi loco juicio fuera cuerdo
Pensar un triste ornarse con coronas,
Las más bellas serían
Las que tus lindas manos me darían,
Los más consoladores tus laureles
Al perdonarme por haber perdido
Aquel que, por ser tuyo, hubiera sido
El más bello papel de mis papeles.
Impaciente y estúpido el correo,
Lucha y vence mi amor y mi deseo.
Carta es mi carta, mas si bien la peso,
Me une a tu imagen tan estrecho lazo,
Que es cada frase para tí, un abrazo,
Y cada letra que te escribo, un beso.

Ana mía: perdona si mis versos son malos. Así brotan de mí en este momento. Yo no corregiría nunca lo que escribiera para tí. Dime, hermana amada mía: ¿sería capaz Blanco de pensar y amarte así?

¡10 DE OCTUBRE!³

NO es un sueño, es verdad: grito de guerra
Lanza el cubano pueblo, enfurecido;
El pueblo que tres siglos ha sufrido
Cuanto de negro la opresión encierra.

Del ancho Cauto a la Escambrayaca sierra,
Ruge el cañón, y al bárbaro estampido,
El bárbaro opresor, estremecido,
Gime, solloza, y tímido se aterra.

De su fuerza y heroica valentía
Tumbas los campos son, y su grandeza
Degrada y mancha horrible cobardía.

Gracias a Dios que ¡al fin con entereza
Rompe Cuba el dogal que la oprimía
Y altiva y libre yergue su cabeza!

³ Soneto publicado por José Martí en «Siboney», periódico manuscrito que se repartía entre los estudiantes de segunda enseñanza de La Habana durante los primeros meses del año 1869.

POEMA XXVII

EL enemigo brutal
Nos pone fuego a la casa:
El sable la calle arrasa,
A la luna tropical.

Pocos salieron ilesos
Del sable del español:
La calle, al salir el sol,
Era un reguero de sesos.

Pasa, entre balas, un coche:
Entran, llorando, a una muerta:
Llama una mano a la puerta
En lo negro de la noche.

No hay bala que no taladre
El portón: y la mujer
Que llama, me ha dado el ser:
Me viene a buscar mi madre.

A la boca de la muerte,
Los valientes habaneros
Se quitaron los sombreros
Ante la matrona fuerte.

Y después que nos besamos
Como dos locos, me dijo:
«¡Vamos, pronto, vamos, hijo:
La niña está sola: vamos!»

Versos sencillos

A CARLOS DE CASTRO Y DE CASTRO⁴

Habana, 4 de octubre de 1869

Compañero:

¿Has soñado tú alguna vez con la gloria de los apóstatas? ¿Sabés tú cómo se castigaba en la antigüedad la apostasía? Esperamos que un discípulo del Sr. Rafael María de Mendive no ha de dejar sin contestación esta carta.

FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ

JOSÉ MARTÍ

⁴ Los españoles hicieron un registro en la casa de Fermín Valdés Domínguez y encontraron esta carta. Como consecuencia, fueron detenidos, acusados de infidencia, Martí, Fermín y Eusebio Valdés Domínguez, Manuel Sellén, Santiago Balvín y el profesor de francés Atanasio Fortier.

La letra de Martí y la de Fermín Valdés Domínguez eran muy parecidas, pero Martí sostuvo firmemente en el Consejo de Guerra que la carta la había escrito él mismo.

Martí fue condenado a seis años de presidio; Fermín Valdés Domínguez, a seis meses de arresto mayor; Eusebio Valdés Domínguez y Atanasio Fortier, al destierro, y fue sobreseída la causa con respecto a Sellén y Balvín.

Martí entró en el presidio el 5 de abril de 1870, con el número 113 de la 1^a Brigada de Blancos, obligado a trabajos forzados en las Canteras de San Lázaro, en el sitio donde hoy se encuentran la *Fragua Martiana* y el *Rincón Martiano*.

A SU MADRE

10 de noviembre (1869)

Madre mía:

Hace dos días que escribí a V. con un francés que viene a ver a los Domínguez, no el que fue allá, y me ha dicho que no ha podido llevar la carta. Me prometió llevarla. Dígame si va.

Anteayer también escribí a V.; pero no he tenido con quien mandar las cartas y no quiero que pasen en la cantina por la puerta. Como escribo a V. hoy rompo la carta de antier.

Ayer estuvo aquí el Fiscal y me preguntó con bastante interés por mi causa y su estado. Le dije lo que sabía; pero es muy extraño esto de que el que me ha de juzgar tenga que preguntarme por qué estoy preso.—Según me ha dicho, alguien le ha hablado de mí.—Los Domínguez y Sellén saldrán al fin en libertad, y yo me quedaré encerrado. Los resultados de la prisión me espantan muy poco; pero yo no sufro estar preso mucho tiempo. Y esto es lo único que pido. Que se ande aprisa, que al que nada hizo, nada le han de hacer. A lo menos, de nada me podrán culpar que yo no pueda deshacer.

Mucho siento estar metido entre rejas;—pero de mucho me sirve mi prisión.—Bastantes lecciones me ha dado para mi vida, que auguro que ha de ser corta, y no las dejaré de aprovechar.—Tengo 16 años, y muchos viejos me han dicho que parezco un viejo. Y algo tienen razón;—porque si tengo en toda su fuerza el atolondramiento y la efervescencia de mis pocos años, tengo en cambio un corazón tan chico como herido.—Es verdad que V. padece mucho;—pero también lo es que yo padezco más. ¡Dios quiera que en medio de mi felicidad pueda yo algún día contarle los tropiezos de mi vida!

Estoy preso, y ésta es una verdad de Perogrullo, pero nada me hace falta, sino es de cuando en cuando 2 ó 3 rs. para tomar

café;—pero hoy es la primera vez que me sucede.—Sin embargo, cuando se pasa uno sin ver a su familia ni a ninguno de los que quiere, bien puede pasar un día sin tomar café.—Papá me dio 5 6 6 rs. el Lunes.—Dí 2 ó 3 de limosna y presté 2.

Tráigame el Domingo a alguna de las chiquitas.

Ésta es una fea escuela; porque aunque vienen mujeres decentes, no faltan algunas que no lo son.

Tan no faltan, que la visita de 4 es diaria. A Dios gracias el cuerpo de las mujeres se hizo para mí de piedra.—Su alma es lo inmensamente grande, y si la tienen fea, bien pueden irse a brindar a otro lado sus hermosuras.—Todo conseguirá la Cárcel menos hacerme variar de opinión en este asunto.

En la Cárcel no he escrito ni un verso.—En parte me alegra, porque ya V. sabe cómo son y cómo serán los versos que yo escriba.

Aquí todos me hablan del Sr. Mendive, y esto me alegra.—Mándeme libros de versos y uno grande que se llama «El Museo Universal».—Dele su bendición a su hijo.

PEPE

I BRIGADA—113⁵

Mírame, madre, y por tu amor no llores:
Si esclavo de mi edad y mis doctrinas,
Tu mártir corazón llené de espinas,
Piensa que nacen entre espinas flores.

Presidio, 28 de agosto de 1870.

⁵ Dedicatoria en un retrato, con el traje de presidiario y el grillete al pie, enviado a su madre. Martí estaba en la I Brigada número 113.

A RAFAEL MARÍA DE MENDIVE

15 enero 1871

Sr. Mendive:

De aquí a 2 horas embarco desterrado para España. Mucho he sufrido, pero tengo la convicción de que he sabido sufrir. Y si he tenido fuerzas para tanto y si me siento con fuerzas para ser verdaderamente hombre, sólo a Vd. lo debo y de Vd. y sólo de Vd. es cuanto bueno y cariñoso tengo.

Diga Vd. a Micaela que si he tenido muchas imprudencias, la bondad con que las disculpa me hace quererla más.

Y a Paulina y a Pepe y a Alfredo y a todos, todo mi afecto. Muchísimos abrazos a Matio, y a Vd. toda el alma de su hijo y discípulo

MARTÍ

EL PRESIDIO POLÍTICO EN CUBA

II

¿Qué es aquello?

Nada.

Ser apaleado, ser pisoteado, ser arrastrado, ser abofeteado en la misma calle, junto a la misma casa, en la misma ventana donde un mes antes recibíamos la bendición de nuestra madre, ¿qué es?

Nada.

Pasar allí con el agua a la cintura, con el pico en la mano, con el grillo en los pies, las horas que días atrás pasábamos en el seno del hogar, porque el sol molestaba nuestras pupilas y el calor alteraba nuestra salud, ¿qué es?

Nada.

Volver ciego, cojo, magullado, herido, al son del palo y la blasfemia, del golpe y del escarnio, por las calles aquellas que meses antes me habían visto pasar sereno, tranquilo, con la hermana de mi amor en los brazos y la paz de la ventura en el corazón, ¿qué es esto?

Nada también.

¡Horrorosa, terrible, desgarradora nada!

Y vosotros los españoles la hicisteis.

Y vosotros la sancionasteis.

Y vosotros las aplaudisteis.

¡Oh, y qué espantoso debe ser el remordimiento de una nada criminal!

Los ojos atónitos lo ven; la razón escandalizada se espanta; pero la compasión se resiste a creer lo que habéis hecho, lo que hacéis aún.

O sois bárbaros, o no sabéis lo que hacéis.

Dejadme, dejadme pensar que no lo sabéis aún.

Dejadme, dejadme pensar que en esta tierra hay honra todavía, y que aún puede volver por ella esta España de acá tan injusta, tan indiferente, tan semejante ya a la España repelente y desbordada de más allá del mar.

Volved, volved por vuestra honra: arrancad los grillos a los ancianos, a los idiotas, a los niños; arrancad el palo al miserable apaleador; arrancad vuestra vergüenza al que se embriaga insensato en brazos de la venganza y se olvida de Dios y de vosotros; borrad, arrancad todo esto, y haréis olvidar algunos de sus días más amargos al que ni al golpe del látigo, ni a la voz del insulto, ni al rumor de sus cadenas, ha aprendido aún a odiar.

VI

Era el 5 de abril de 1870. Meses hacía que había yo cumplido diez y siete años.

Mi patria me había arrancado de los brazos de mi madre, y señalado un lugar en su banquete. Yo besé sus manos y las mojé con el llanto de mi orgullo, y ella partió, y me dejó abandonado a mí mismo.

Volvió el día 5 severa, rodeó con una cadena mi pie, me visitó con ropa extraña, cortó mis cabellos y me alargó en la mano un corazón. Yo toqué mi pecho y lo hallé lleno; toqué mi cerebro y lo hallé firme; abrí mis ojos, y los sentí soberbios, y rechacé altivo aquella vida que me daban y que rebosaba en mí.

Mi patria me estrechó en sus brazos, y me besó en la frente, y partió de nuevo, señalándome con una mano el espacio y con la otra las canteras.

Presidio, Dios: ideas para mí tan cercanas como el inmenso sufrimiento y el eterno bien. Sufrir es quizás gozar. Sufrir es morir para la torpe vida por nosotros creada, y nacer para la vida de lo bueno, única vida verdadera.

¡Cuánto, cuánto pensamiento extraño agitó mi cabeza! Nunca como entonces supe cuánto el alma es libre en las más amargas horas de la esclavitud. Nunca como entonces, que gozaba en sufrir. Sufrir es más que gozar: es verdaderamente vivir.

Pero otros sufrían como yo, otros sufrían más que yo. Y yo no he venido aquí a cantar el poema íntimo de mis luchas y mis

horas de Dios. Yo no soy aquí más que un grillo que no se rompe entre otros mil que no se han roto tampoco. Yo no soy aquí más que una gota de sangre caliente en un montón de sangre coagulada. Si meses antes era mi vida un beso de mi madre, y mi gloria mis sueños de colegio; si era mi vida entonces el temor de no besarla nunca, y la angustia de haberlos perdido, ¿qué me importa? El desprecio con que acallo estas angustias vale más que todas mis glorias pasadas. El orgullo con que agito estas cadenas, valdrá más que todas mis glorias futuras; que el que sufre por su patria y vive para Dios, en éste u otros mundos tiene verdadera gloria. ¿A qué hablar de mí mismo, ahora que hablo de sufrimientos, si otros han sufrido más que yo? Cuando otros lloran sangre, ¿qué derecho tengo yo para llorar lágrimas?

Era aún el día 5 de abril.

Mis manos habían movido ya las bombas; mi padre había gemido ya junto a mi reja; mi madre y mis hermanas elevaban al cielo su oración empapada en lágrimas por mi vida; mi espíritu se sentía energético y potente; yo esperaba con afán la hora en que volverían aquellos que habían de ser mis compañeros en el más rudo de los trabajos.

Habían partido, me dijeron, mucho antes de salir el sol, y no habían llegado aún, mucho tiempo después de que el sol se había puesto. Si el sol tuviera conciencia, trocaría en cenizas sus rayos que alumbran al nacer la mancha de la sangre que se cuaja en los vestidos, y la espuma que brota de los labios, y la mano que alza con la rapidez de la furia el palo, y la espalda que gime al golpe como el junco al soplo del vendaval.

Los tristes de la cantera vinieron al fin. Vinieron, dobladas las cabezas, harapientos los vestidos, húmedos los ojos, pálido y demacrado el semblante. No caminaban, se arrastraban; no hablaban, gemían. Parecía que no querían ver; lanzaban sólo sombrías cuanto tristes, débiles cuanto desconsoladoras miradas al azar. Dudé de ellos, dudé de mí. O yo soñaba, o ellos no vivían. Verdad eran, sin embargo, mi sueño y su vida; verdad que vinieron, y caminaron apoyándose en las paredes, y miraron con desencajados ojos, y cayeron en sus puestos, como caían los cuerpos muertos del Dante. Verdad que vinieron; y entre ellos, más inclinado, más macilento, más agostado que todos, un hombre que no tenía un solo cabello negro en la cabeza, cadavérica la faz,

escondido el pecho, cubiertos de cal los pies, coronada de nieve la frente.

—¿Qué tal, don Nicolás?—dijo uno más joven, que al verle le prestó su hombro.

—Pasando, hijo, pasando—y un movimiento imperceptible se dibujó en sus labios, y un rayo de paciencia iluminó su cara. Pasando, y se apoyó en el joven y se desprendió de sus hombros para caer en su porción de suelo.

¿Quién era aquel hombre?

Lenta agonía revelaba su rostro, y hablaba con bondad. Sangre coagulada manchaba sus ropas, y sonreía.

¿Quién era aquel hombre?

Aquel anciano de cabellos canos y ropas manchadas de sangre tenía 76 años, había sido condenado a diez años de presidio, y trabajaba, y se llamaba Nicolás del Castillo. ¡Oh, torpe memoria mía, que quiere aquí recordar sus bárbaros dolores! ¡Oh, verdad tan terrible que no me deja mentir ni exagerar! Los colores del infierno en la paleta de Caín no formarían un cuadro en que brillase tanto lujo de horror.

Más de un año ha pasado: sucesos nuevos han llenado mi imaginación; mi vida azarosa de hoy ha debido hacerme olvidar mi vida penosa de ayer; recuerdos de otros días, hambre de familia, sed de verdadera vida, ansia de patria, todo bulle en mi cerebro, y roba mi memoria y enferma mi razón. Pero entre mis dolores, el dolor de don Nicolás del Castillo será siempre mi perenne dolor.

Los hombres de corazón escriben en la primera página de la historia del sufrimiento humano: *Jesús*. Los hijos de Cuba deben escribir en las primeras páginas de su historia de dolores: *Castillo*.

Todas las grandes ideas tienen su gran Nazareno, y don Nicolás del Castillo ha sido nuestro Nazareno infortunado. Para él, como para Jesús, hubo un Caifás. Para él, como para Jesús, hubo un Longinos. Desgraciadamente para España, ninguno ha tenido para él el triste valor de ser siquiera Pilatos.

¡Oh! Si España no rompe el hierro que lastima sus rugosos pies, España estará para mí ignominiosamente borrada del libro de la vida. La muerte es el único remedio a la vergüenza eterna. Despierte al fin y viva la dignidad, la hidalguía antigua castellana. Despierte y viva, que el sol de Pelayo está ya viejo y cansado, y no llegarán sus rayos a las generaciones venideras, si los de un

sol nuevo de grandeza no le unen su esplendor. Despierte y viva una vez más. El león español se ha dormido con una garra sobre Cuba, y Cuba se ha convertido en tábano y pica sus fauces, y pica su nariz, y se posa en su cabeza, y el león en vano la sacude, y ruge en vano. En insecto amarga las más dulces horas del rey de las fieras. Él sorprenderá a Baltasar en el festín, y él será para el Gobierno descuidado el *Mane, Thecel, Phares* de las modernas profecías.

¿España se regenera? No puede regenerarse. Castillo está ahí.

¿España quiere ser libre? No puede ser libre. Castillo está ahí.

¿España quiere regocijarse? No puede regocijarse. Castillo está ahí.

Y si España se regocija, y se regenera, y ansía libertad, entre ella y sus deseos se levantará un gigante ensangrentado, magullado, que se llama don Nicolás del Castillo, que llena setenta y seis páginas del libro de los Tiempos, que es la negación viva de todo noble principio y toda gran idea que quiera desarrollarse aquí. Quien es bastante cobarde o bastante malvado para ver con temor o con indiferencia aquella cabeza blanca, tiene roído el corazón y enferma de peste la vida.

Yo lo vi, yo lo vi venir aquella tarde; yo lo vi sonreír en medio de su pena; yo corrí hacia él. Nada en mí había perdido mi natural altivez. Nada aún había magullado mi sombrero negro. Y al verme erguido todavía, y al ver el sombrero que los criminales llaman allí *estampa de la muerte*, y bien lo llaman, me alargó su mano, volvió hacia mí los ojos en que las lágrimas eran perennes, y me dijo: *¡Pobre! ¡Pobre!*

Yo le miré con ese angustioso afán, con esa dolorosa simpatía que inspira una pena que no se puede remediar. Y él levantó su blusa, y me dijo entonces:

—Mira.

La pluma escribe con sangre al escribir lo que yo vi; pero la verdad sangrienta es también verdad.

Vi una llaga que con escasos vacíos cubría casi todas las espaldas del anciano, que destilaban sangre en unas partes, y materia pútrida y verdinegra en otras. Y en los lugares menos llagados, pude contar las señales recientísimas de treinta y tres ventosas.

¿Y España se regocija, y se regenera, y ansía libertad? No puede regocijarse, ni regenerarse, ni ser libre. Castillo está ahí.

Vi la llaga, y no pensé en mí, ni pensé que quizás el día siguiente me haría otra igual. Pensé en tantas cosas a la vez; sentí un cariño tan acendrado hacia aquel campesino de mi patria; sentí una compasión tan profunda hacia sus flageladores; sentí tan honda lástima de verlos platicar con su conciencia, si esos hombres sin ventura la tienen, que aquel torrente de ideas angustiosas que por mí cruzaban, se anudó en mi garganta, se condensó en mi frente, se agolpó a mis ojos. Ellos, fijos, inmóviles, espantados, eran mis únicas palabras. Me espantaba que hubiese manos sacrílegas que manchasen con sangre aquellas canas. Me espantaba de ver allí refundidos el odio, el servilismo, el rencor, la venganza; yo, para quien la venganza y el odio son dos fábulas que en horas malditas se esparcieron por la tierra. Odiar y vengarse cabe en un mercenario azotador de presidio; cabe en el jefe desventurado que le reprende con acritud si no azota con crudelidad; pero no cabe en el alma joven de un presidiario cubano, más alto cuando se eleva sobre sus grillos, más erguido cuando se sostiene sobre la pureza de su conciencia y la rectitud indomable de sus principios, que todos aquellos míseros que a par que las espaldas del cautivo, despedazan el honor y la dignidad de su nación.

Y hago mal en decir esto, porque los hombres son átomos demasiado pequeños para que quien en algo tiene las excelencias puramente espirituales de las vidas futuras, humille su criterio a las acciones particulares de un individuo solo. Mi cabeza, sin embargo, no quiere hoy dominar a mi corazón. Él siente, él habla, él tiene todavía resabios de su humana naturaleza.

Tampoco odia Castillo. Tampoco una palabra de rencor interrumpió la mirada inmóvil de mis ojos.

Al fin le dije:

—Pero, ¿esto se lo han hecho aquí? ¿Por qué se lo han hecho a usted?

—Hijo mío, quizás no me creerías. Di a cualquiera otro que te diga por qué.

La fraternidad de la desgracia es la fraternidad más rápida. Mi sombrero negro estaba demasiado bien teñido, mis grillos eran demasiado fuertes para que no fuesen lazos muy estrechos que uniesen pronto a aquellas almas acongojadas a mi alma. Ellos me contaron la historia de los días anteriores de don Nicolás. Una vi-

gilante de presidio me la contó así más tarde. Los presos peninsulares la cuentan también como ellos.

Días hacía que don Nicolás había llegado a presidio.

Días hacía que andaba a las cuatro y media de la mañana el trecho de más de una legua que separa las canteras del establecimiento penal, y volvía a andarlo a las seis de la tarde cuando el sol se había ocultado por completo, cuando había cumplido doce horas de trabajo diario.

Una tarde don Nicolás picaba piedra con sus manos despedazadas, porque los palos del brigada no habían logrado que el infeliz caminase sobre dos extensas llagas que cubrían sus pies.

Detalle repugnante, detalle que yo también sufrí, sobre el que yo, sin embargo, caminé, sobre el que mi padre desconsolado lloró. Y ¡qué día tan amargo aquel en que logró verme, y yo procuraba ocultarle las grietas de mi cuerpo, y él colocarme unas almohadillas de mi madre para evitar el roce de los grillos, y vio al fin, un día después de haberme visto paseando en los salones de la cárcel, aquellas aberturas purulentas, aquellos miembros estrujados, aquella mezcla de sangre y polvo, de materia y fango, sobre que me hacían apoyar el cuerpo, y correr, y correr! ¡Día amarguísimo aquel! Prendido a aquella masa informe me miraba con espanto, envolvía a hurtadillas el vendaje, me volvía a mirar, y al fin, estrechando febrilmente la pierna triturada, rompió a llorar. Sus lágrimas caían sobre mis llagas; yo luchaba por secar su llanto; sollozos desgarradores anudaban su voz, y en esto sonó la hora del trabajo, y un brazo rudo me arrancó de allí, y él quedó de rodillas en la tierra mojada con mi sangre, y a mí me empujaba el palo hacia el montón de cajones que nos esperaba ya para seis horas. ¡Día amarguísimo aquél! Y yo todavía no sé odiar.

Así también estaba don Nicolás.

Así, cuando llegó del establecimiento un vigilante y habló al brigada y el brigada le envió a cargar cajones, a caminar sobre las llagas abiertas, a *morir*, como a alguien que le preguntaba dónde iba respondió el anciano.

Es la cantera extenso espacio de ciento y más varas de profundidad. Fórmala elevados y numerosos montones, ya de piedra de distintas clases, ya de cocó, ya de cal, que hacíamos en los hornos, y al cual subíamos, con más cantidad de la que podía contener el ancho cajón, por cuestas y escaleras muy pendientes,

que unidas hacían una altura de ciento noventa varas. Estrechos son los caminos que entre los montones quedan, y apenas si por sus recodos y encuentros puede a veces pasar un hombre cargado. Y allí, en aquellos recodos estrechísimos, donde las moles de piedra descienden frecuentemente con estrépito, donde el paso de un hombre suele ser difícil, allí arrojan a los que han caído en tierra desmayados, y allí sufren, ora la pisada del que huye del golpe inusitado de los cabos, ora la piedra que rueda del montón al menor choque, ora la tierra que cae del cajón en la fuga continua en que se hace allí el trabajo. Al pie de aquellas moles reciben el sol, que sólo deja dos horas al día las canteras; allí, las lluvias, que tan frecuentes son en todas las épocas, y que esperábamos con ansia porque el agua refrescaba nuestros cuerpos, y porque si duraba más de media hora nos auguraba algún descanso bajo las excavaciones de las piedras; allí el palo suelto, que por costumbre dejaba caer el cabo de vara que persigue a los penados con el mismo afán con que esquiva la presencia del brigada, y allí, en fin, los golpes de éste, que de vez en cuando pasa para cerciorarse de la certeza del desmayo, y se convence a puntapiés. Esto, y la carrera vertiginosa de cincuenta hombres, pálidos, demacrados, rápidos a pesar de su demacración, hostigados, agitados por los palos, aturdidos por los gritos; y el ruido de cincuenta cadenas, cruzando algunas de ellas tres veces el cuerpo del penado; y el continuo chasquido del palo en las carnes, y las blasfemias de los apaleadores, y el silencio terrible de los apaleados, y todo repetido incansablemente un día y otro día, y una hora y otra hora, y doce horas cada día: he ahí pálida y débil la pintura de las canteras. Ninguna pluma que se inspire en el bien, puede pintar en todo su horror el frenesí del mal. Todo tiene su término en la monotonía. Hasta el crimen es monótono, que monótono se ha hecho ya el crimen del horrendo cementerio de San Lázaro.

—¡Andar! ¡Andar!

—¡Cargar! ¡Cargar!

Y a cada paso un quejido, y a cada quejido un palo, y a cada muestra de desaliento el brigada que persigue al triste, y lo acosa, y él huye, y tropieza, y el brigada lo pisa y lo arrastra, y los cabos se reúnen, y como el martillo de los herreros suena uniforme en la fragua, las varas de los cabos dividen a compás las espaldas del desventurado. Y cuando la espuma mezclada con la

sangre brota de los labios, y el pulso se extingue y parece que la vida se va, dos presidiarios, el padre, el hermano, el hijo del flagelado quizás, lo cargan por los pies y la cabeza, y lo arrojan al suelo, allá al pie de un alto montón.

Y cuando el fardo cae, el brigada le empuja con el pie y se alza sobre una piedra, y enarbola la vara, y dice tranquilo:

—Ya tienes por ahora: veremos esta tarde.

Este tormento, todo este tormento sufrió aquella tarde don Nicolás. Durante una hora, el palo se levanta y caía metódicamente sobre aquel cuerpo magullado que yacía sin conocimiento en el suelo. Y le magulló el brigada, y azotó sus espaldas con la vaina de su sable, e introdujo su extremo entre las costillas del anciano exánime. Y cuando su pie le hizo rodar por el polvo y rodaba como cuerpo muerto, y la espuma sanguinolenta cubría su cara y se cuajaba en ella, el palo cesó, y don Nicolás fue arrojado a la falda de un montón de piedra.

Parece esto el refinamiento más bárbaro del odio, el esfuerzo más violento del crimen. Parece que hasta allí, y nada más que hasta allí, llegan la ira y el rencor humanos; pero esto podrá parecer cuando el presidio no es el presidio político de Cuba, el presidio que han sancionado los diputados de la nación.

Hay más, y mucho más, y más espantoso que esto.

Dos de sus compañeros cargaron por orden del brigada el cuerpo inmóvil de don Nicolás hasta el presidio, y allí se le llevó a la visita del médico.

Su espalda era una llaga. Sus canas a trechos eran rojas, a trechos masa fangosa y negruzca. Se levantó ante el médico la ruda camisa; se le hizo notar que su pulso no latía; se le enseñaron las heridas. Y aquel hombre extendió la mano, y profirió una blasfemia, y dijo que aquello se curaba con *baños de cantera*. Hombre desventurado y miserable; hombre que tenía en el alma todo el fango que don Nicolás tenía en el rostro y en el cuerpo.

Don Nicolás no había aún abierto los ojos, cuando la campana llamó al trabajo en la madrugada del día siguiente, aquella hora congojosa en que la atmósfera se puebla de ayes, y el ruido de los grillos es más lúgubre, y el grito del enfermo es más agudo, y el dolor de las carnes magulladas es más profundo, y el palo azota más fácil los hinchados miembros; aquella hora que no ol-

vida jamás quien una vez y ciento sintió en ella el más rudo de los dolores del cuerpo, nunca tan rudo como altivo el orgullo que reflejaba su frente y rebosaba en su corazón. Sobre un pedazo mísero de lona embreada, igual a aquél en que tantas noches pasó sentada a mi cabecera la sombra de mi madre; sobre aquella dura lona yacía Castillo, sin vida los ojos, sin palabras la garganta, sin movimiento los brazos y las piernas.

Cuando se llega aquí, quizás se alegra el alma porque presume que en aquel estado un hombre no trabaja, y que el octogenario descansaría al fin algunas horas; pero sólo puede alegrarse el alma que olvida que aquel presidio era el presidio de Cuba, la institución del Gobierno, el acto mil veces repetido del Gobierno que sancionaron aquí los representantes del país. Una orden impía se apoderó del cuerpo de don Nicolás; le echó primero en el suelo, le echó después en el carretón. Y allí, rodando de un lado para otro a cada salto, oyéndose el golpe seco de su cabeza sobre las tablas, asomando a cada bote del carro algún pedazo de su cuerpo por sobre los maderos de los lados, fue llevado por aquel camino que el polvo hace tan sofocante, que la lluvia hace tan terroso, que las piedras hicieron tan horrible para el desventurado presidiario.

Golpeaba la cabeza en el carro. Asomaba el cuerpo a cada bote. Trituraban a un hombre. ¡Miserables! ¡Olvidaban que en aquel hombre iba Dios!

Ése, ése es Dios; ése es el Dios que os tritura la conciencia, si la tenéis; que os abraza el corazón, si no se ha fundido ya al fuego de vuestra infamia. El martirio por la patria es Dios mismo, como el bien, como las ideas de espontánea generosidad universales. Apaleadle, heridle, magulladle. Sois demasiado viles para que os devuelva golpe por golpe y herida por herida. Yo siento en mí a este Dios, yo tengo en mí a este Dios; este Dios en mí os tiene lástima, más lástima que horror y que desprecio.

El comandante del presidio había visto llegar la tarde antes a Castillo.

El comandante del presidio había mandado que saliese por la mañana. Mi Dios tiene lástima de ese comandante. Ese comandante se llama Mariano Gil de Palacio.

Aquel viaje criminal cesó al fin. Don Nicolás fue arrojado al suelo. Y porque sus pies se negaban a sostenerle, porque sus ojos

no se abrían, el brigada golpeó su exánime cuerpo. A los pocos golpes, aquella excelsa figura se incorporó sobre sus rodillas como para alzarse, pero abrió los brazos hacia atrás, exhaló un gemido ahogado, y volvió a caer rodando por el suelo.

Eran las cinco y media.

Se le echó al pie de un montón. Llegó el sol: calcinó con su fuego las piedras. Llegó la lluvia; penetró con el agua las capas de la tierra. Llegaron las seis de la tarde. Entonces dos hombres fueron al montón a buscar el cuerpo que, calcinado por el sol y penetrado por la lluvia, yacía allí desde las horas primeras de la mañana.

¿Verdad que esto es demasiado horrible? ¿Verdad que esto no ha de ser más así?

El ministro de Ultramar es español. Esto es allá el presidio español. El ministro de Ultramar dirá cómo ha de ser de hoy más, porque yo no supongo al Gobierno tan infame que sepa esto y lo deje como lo sabe.

Y esto fue un día y otro día, y muchos días. Apenas si el esfuerzo de sus compatriotas había podido lograrle a hurtadillas, que lograrla estaba prohibido, un poco de agua con azúcar por único alimento. Apenas si se veía su espalda, cubierta casi toda por la llaga. Y, sin embargo, días había en que aquella hostigación vertiginosa le hacía trabajar algunas horas. Vivía y trabajaba. Dios vivía y trabajaba entonces en él.

Pero alguien habló al fin de esto; a alguien horrorizó a quien se debía complacer, quizás a su misma bárbara conciencia. Se mandó a don Nicolás que no saliese al trabajo en algunos días; que se le pusiesen ventosas. Y le pusieron treinta y tres. Y pasó algún tiempo tendido en su lona. Y se baldeó una vez sobre él. Y se barrió sobre su cuerpo.

Don Nicolás vive todavía. Vive en presidio. Vivía al menos siete meses hace, cuando fui a ver, sabe el azar hasta cuándo, aquella que fue morada mía. Vivía trabajando. Y antes de estrechar su mano la última madrugada que lo vi, nuevo castigo inusitado, nuevo refinamiento de crueldad hizo su víctima a don Nicolás. ¿Por qué esto ahora? ¿Por qué aquello antes?

Cuando yo lo preguntaba, peninsulares y cubanos me decían:

—Los voluntarios decían que don Nicolás era brigadier en la insurrección, y el comandante quería complacer a los voluntarios.

Los voluntarios son la integridad nacional.

El presidio es una institución del Gobierno.

El comandante es Mariano Gil de Palacio.

Cantad, cantad, diputados de la nación.

Ahí tenéis la integridad: ahí tenéis el Gobierno que habéis aprobado, que habéis sancionado, que habéis unánimemente aplaudido.

Aplaudid; cantad.

¿No es verdad que vuestra honra os manda cantar y aplaudir?

VII

¡Martí! ¡Martí! me dijo una mañana un pobre amigo mío, amigo allí porque era presidiario político, y era bueno, y como yo, por extraña circunstancia, había recibido orden de no salir al trabajo y quedar en el taller de cigarrería; mira aquel niño que pasa por allí.

Miré. ¡Tristes ojos míos que tanta tristeza vieron!

Era verdad. Era un niño. Su estatura apenas pasaba del codo de un hombre regular. Sus ojos miraban entre espantados y curiosos aquella ropa rudísima con que le habían vestido, aquellos hierros extraños que habían ceñido a sus pies.

Mi alma volaba hacia su alma. Mis ojos estaban fijos en sus ojos. Mi vida hubiera dado por la suya. Y mi brazo estaba sujeto al tablero del taller; y su brazo movía atemorizado por el palo, la bomba de los tanques.

Hasta allí, yo lo había comprendido todo, yo me lo había explicado todo, yo había llegado a explicarme el absurdo de mí mismo; pero ante aquel rostro inocente, y aquella figura delicada, y aquellos ojos serenísimos y puros, la razón se me extraviaba, yo no encontraba mi razón, y era que se me había ido despavorida a llorar a los pies de Dios. ¡Pobre razón mía! Y ¡cuántas veces la han hecho llorar así por los demás!

Las horas pasaban; la fatiga se pintaba en aquel rostro; los pequeños brazos se movían pesadamente; la rosa suave de las me-

jillas desaparecía; la vida de los ojos se escapaba; la fuerza de los miembros debilísimos huía. Y mi pobre corazón lloraba.

La hora de cesar en la tarea llegó al fin. El niño subió jadeante las escaleras. Así llegó a su galera. Así se arrojó en el suelo, único asiento que nos era dado, único descanso para nuestras fatigas, nuestra silla, nuestra mesa, nuestra cama, el paño mojado con nuestras lágrimas, el lienzo empapado en nuestra sangre, refugio ansiado, asilo único de nuestras carnes magulladas y rotas, y de nuestros miembros hinchados y doloridos.

Pronto llegué hasta él. Si yo fuera capaz de maldecir y odiar, yo hubiera odiado y maldecido entonces. Yo también me senté en el suelo, apoyé su cabeza en su miserable *chaquetón*⁶ y esperé a que mi agitación me dejase hablar.

—¿Cuántos años tienes? —le dije.

—Doce, señor.

—Doce, ¿y te han traído aquí? Y ¿cómo te llamas?

—Lino Figueredo.

—Y ¿qué hiciste?

—Yo no sé, señor. Yo estaba con *taitica*⁷ y *mamita*, y vino la tropa, y se llevó a *taitica*, y volvió, y me trajo a mí.

—¿Y tu madre?

—Se la llevaron

—¿Y tu padre?

—También, y no sé de él, señor. ¿Qué habré hecho yo para que me traigan aquí, y no me dejen estar con *taitica* y *mamita*?

Si la indignación, si el dolor, si la pena angustiosa pudiesen hablar, yo hubiera hablado al niño sin ventura. Pero algo extraño, y todo hombre honrado sabe lo que era, sublevaba en mí la resignación y la tristeza, y atizaba el fuego de la venganza y de la ira; algo extraño ponía sobre mi corazón su mano de hierro, y seca-ba en mis párpados las lágrimas, y helaba las palabras en mis labios.

Doce años, doce años, zumbaba constantemente en mis oídos, y su madre y mi madre, y su debilidad y mi impotencia se amon-

⁶ Capote corto y con mangas, de tela muy inferior (*Nota del antologador.*)

⁷ Nombre que dan los campesinos de Cuba a sus padres. (*Nota del antologador.*)

tonaban en mi pecho, y rugían, y andaban desbordados por mi cabeza y ahogaban mi corazón.

Doce años tenía Lino Figueredo, y el Gobierno español lo condenaba a diez años de presidio.

Doce años tenía Lino Figueredo, y el Gobierno español lo cargaba de grillos, y lo lanzaba entre los criminales, y lo exponía, quizás como trofeo, en las calles.

¡Oh! ¡Doce años!

No hay término medio, que avergüenza. No hay contemplación posible, que mancha. El Gobierno olvidó su honra cuando sentenció a un niño de doce años a presidio; la olvidó más cuando fue cruel, inexorable, inicuo con él. Y el Gobierno ha de volver, y volver pronto, por esa honra suya, ésta como tantas veces mancillada y humillada.

Y habrá de volver pronto, espantado de su obra, cuando oiga toda la serie de sucesos que yo no nombro, porque me avergüenza la miseria ajena.

Lino Figueredo había sido condenado a presidio. Esto no bastaba.

Lino Figueredo había llegado ya allí; era presidiario ya; gemía uncido a sus pies el hierro; lucía el sombrero negro y el hábito fatal. Esto no bastaba todavía.

Era preciso que el niño de doce años fuera precipitado en las canteras, fuese azotado, fuese apaleado en ellas. Y lo fue. Las piedras rasgaron sus manos; el palo rasgó sus espaldas; la cal viva rasgó y llagó sus pies.

Y esto fue un día. Y lo apalearon.

Y otro día. Y lo apalearon también.

Y muchos días.

Y el palo rompía las carnes de un niño de doce años en el presidio de La Habana, y la integridad nacional hacía vibrar aquí una cuerda mágica que siempre suena enérgica y poderosa.

La integridad nacional deshonra, azota, asesina allá.

Y conmueve, y engrandece, y entusiasma aquí.

¡Conmueva, engrandezca, entusiasme aquí la integridad nacional que azota, que deshonra, que asesina allá!

Los representantes del país no sabían la historia de don Nicolás del Castillo y Lino Figueredo cuando sancionaron los actos del gobierno, embriagados por el aroma del acomodaticio patriotismo.

No la sabían, porque el país habla en ellos, y si el país la sabía, y hablaba así, este país no tiene dignidad ni corazón.

Y hay aquello, y mucho más.

Las canteras son para Lino Figueredo la parte más llevadera de su vida mártir. Hay más.

Una mañana, el cuello de Lino no pudo sustentar su cabeza; sus rodillas flaqueaban; sus brazos caían sin fuerza de sus hombros; un mal extraño vencía en él al espíritu desconocido que le había impedido morir, que había impedido morir a don Nicolás y a tantos otros, y a mí. Verdinegra sombra rodeaba sus ojos; rojas manchas apuntaban en su cuerpo; su voz se exhalaba como un gemido; sus ojos miraban como una queja. Y en aquella agonía y en aquella lucha del enfermo en presidio, que es la más terrible de todas las luchas, el niño se acercó al brigada de su cuadrilla, y le dijo:

—Señor, yo estoy malo; no me puedo menear; tengo el cuerpo lleno de manchas.

—¡Anda, anda!—dijo con brusca voz el brigada.—¡Anda! Y un golpe del palo respondió a la queja.—¡Anda!

Y Lino, apoyándose sin que lo vieran,—que si lo hubieran visto, su historia tendría una hoja sangrienta más,—, en el hombro de alguno no tan débil aquel día como él, anduvo. Muchas cosas andan. Todo anda. La eterna justicia, insondable cuanto eterna, anda también, y ¡algún día parará!

Lino anduvo. Lino trabajó. Pero las manchas cubrieron al fin su cuerpo, la sombra empañó sus ojos, las rodillas se doblaron. Lino cayó, y la viruela se asomó a sus pies y extendió sobre él su garra y le envolvió rápida y avarienta en su horroroso manto. ¡Pobre Lino!

Sólo así, sólo por el miedo egoísta del contagio, fue Lino al hospital. El presidio es un infierno real en la vida. El hospital del presidio es otro infierno más real aún en el vestíbulo de los mundos extraños. Y para cambiar de infierno, el presidio político de Cuba exige que nos cubra la sombra de la muerte.

Lo recuerdo, y lo recuerdo con horror. Cuando el cólera recogía su haz de víctimas allí, no se envió el cadáver de un des-

venturado chino al hospital, hasta que un paisano suyo no le picó una vena, y brotó una gota, una gota de sangre negra, coagulada. Entonces, sólo entonces, se declaró que el triste estaba enfermo. Entonces; y minutos después el triste moría.

Mis manos han frotado sus rígidos miembros; con mi aliento los he querido revivir; de mis brazos han salido sin conocimiento, sin vista, sin voz, pobres coléricos; que sólo así se juzgaba que lo eran.

Bello, bello es el sueño de la Integridad Nacional. ¿No es verdad que es muy bello, señores diputados?

¡Martí! ¡Martí! volvió a decirme pocos días después mi amigo. Aquel que viene allí ¿no es Lino? Mira, mira bien.

Miré, miré. ¡Era Lino! Lino que venía apoyado en otro enfermo, caída la cabeza, convertida en negra llaga la cara, en negras llagas las manos y los pies; Lino, que venía, extraviados los ojos, hundido el pecho, inelinado el cuerpo, ora hacia adelante, ora hacia atrás, rodando al suelo si lo dejaban solo, caminando arrastrado si se apoyaba en otro; Lino, que venía con la erupción desarrollada en toda su plenitud, con la viruela mostrada en toda su deformidad, viva, supurante, purulenta. Lino, en fin, que venía sacudido a cada movimiento por un ataque de vómito que parecía el esfuerzo postrímero de su vida.

Así venía Lino, y el médico del hospital acababa de certificar que Lino estaba sano. Sus pies no lo sostenían; su cabeza se doblaba; la erupción se mostraba en toda su deformidad; todos lo palpaban; todos lo veían. Y el médico certificaba que venía sano Lino. Este médico tenía la viruela en el alma.

Así pasó el triste la más horrible de las tardes. Así lo vio el médico del establecimiento, y así volvió al hospital.

Días después, un cuerpo pequeño, pálido, macilento, subía ahogándose las escaleras del presidio. Sus miradas vagaban sin objeto; sus manecitas demacradas apenas podían apoyarse en la baranda; la faja que sujetaba los grillos resbalaba sin cesar de su cintura; penosísima y trabajosamente subía cada escalón.

—¡Ay!—decía, cuando fijaba al fin los dos pies—.¡Ay, *taitica* de mi vida!—y rompía a llorar.

Concluyó al fin de subir. Subí yo tras él, y me senté a su lado, y estreché sus manos, y le arreglé su mísero *petate*⁸ y volví más de una vez mi cabeza para que no viera que mis lágrimas corrían como las suyas.

¡Pobre Lino!

No era el niño robusto, la figura inocente y gentil que un mes antes sacudía con extrañeza los hierros que habían unido a sus pies. No era aquella rosa de los campos que algunos conocieron risueña como mayo, fresca como abril. Era la agonía perenne de la vida. Era la amenaza latente de la condenación de muchas almas. Era el esqueleto enjuto que arroja la boa constrictora después que ha hinchado y satisfecho sus venas con su sangre.

Y Lino trabajó así. Lino fue castigado al día siguiente así. Lino salió en las cuadrillas de la calle así. El espíritu desconocido que inmortaliza el recuerdo de las grandes innatas ideas, y vigoriza ciertas almas quizás predestinadas, vigorizó las fuerzas de Lino, y dio robustez y vida nueva a su sangre.

Cuando salí de aquel cementerio de sombras vivas, Lino estaba aún allí. Cuando me enviaron a estas tierras, Lino estaba allí aún. Después la losa del inmenso cadáver se ha cerrado para mí. Pero Lino vive en mi recuerdo, y me estrecha la mano, y me abraza cariñosamente, y vuela a mi alrededor, y su imagen no se aparta un instante de mi memoria.

Cuando los pueblos van errados; cuando, o cobardes o indiferentes, cometen o disculpan extravíos, si el último vestigio de energía desaparece, si la última, o quizás la primera, expresión de la voluntad guarda torpe silencio, los pueblos lloran mucho, los pueblos expían su falta, los pueblos perecen escarnecidos y humillados y despedazados, como ellos escarnecieron y despedazaron y humillaron a su vez.

La idea no cobija nunca la embriaguez de la sangre.

La idea no disculpa nunca el crimen y el refinamiento bárbaro en el crimen.

España habla de su honra.

⁸ Ajuar del presidiario. Dos varas de lona embreada, y a veces un chactón. (*Nota del antologador.*)

Lino Figueredo está allí. Allí; y entre los sueños de mi fantasía, veo aquí a los diputados danzar ebrios de entusiasmo, vendados los ojos, con vertiginoso movimiento, con incansable carrera, alumbrados como Nerón por los cuerpos humanos que atados a los pilares ardían como antorchas. Entre aquel resplandor siniestro, un fantasma rojo lanza una estridente carcajada. Y lleva escrito en la frente *Integridad Nacional*: los diputados danzan. Danzan, y sobre ellos una mano extiende la ropa manchada de sangre de don Nicolás del Castillo, y otra mano enseña la cara llagada de Lino Figueredo.

Dancen ahora, dancen.

VIII

Si los dolores verdaderamente agudos pueden ser templados por algún goce, sólo puede templarlos el goce de acallar el grito de dolor de los demás. Y si algo los exacerba y los hace terribles, es seguramente la convicción de nuestra impotencia para calmar los dolores ajenos.

Esta angustia, que no todos comprenden, con la que tanto sufre quien la llegue a comprender, llenó muchas veces mi alma, la llenaba perennemente en aquel intervalo sombrío de la vida que se llama presidio de Cuba.

Yo suelo olvidar mi mal cuando curo el mal de los demás. Yo suelo no acordarme de mi daño más que cuando los demás pueden sufrirlo por mí. Y cuando yo sufro y no mitiga mi dolor el placer de mitigar el sufrimiento ajeno, me parece que en mundos anteriores he cometido una gran falta que en mi peregrinación desconocida por el espacio me ha tocado venir a purgar aquí. Y sufro más, pensando que, así como es honda mi pena, será amargo y desgarrador el remordimiento de los que la causan a alguien.

Aflige verdaderamente pensar en los tormentos que roen las almas malas. Da profunda tristeza su ceguedad. Pero nunca es tanta como la ira que despierta la iniquidad en el crimen, la iniquidad sistemática, fría, meditada, tan constantemente ejecutada como rápidamente concebida.

Castillo, Lino Figueredo, Delgado, Juan de Dios Socarrás, Ramón Rodríguez Álvarez, el negrito Tomás y tantos otros, son lágrimas negras que se han filtrado en mi corazón.

¡Pobre negro Juan de Dios! Reía cuando le pusieron la cadena. Reía cuando le pusieron a la bomba. Reía cuando marchaba a las canteras. Solamente no reía cuando el palo rasgaba aquellas espaldas en que la luz del sol había dibujado más de un siglo. El idiotismo había sucedido en él a la razón; su inteligencia se había convertido en instinto; el sentimiento vivía únicamente entero en él. Sus ojos conservaban la fiel imagen de las tierras y las cosas; pero su memoria unía sin concierto los últimos con los primeros años de su vida. En las largas y extrañas relaciones que me hacía y que tanto me gustaba escuchar, resaltaba siempre su respeto ilimitado al señor, y la confianza y gratitud de los amos por su cariño y lealtad. En el espacio de una vara señalaba perfectamente con el dedo los límites de las más importantes haciendas de Puerto Príncipe; pero en diez palabras confundía al biznieto con el bisabuelo, y a los padres con los hijos, y a las familias de más remoto y separado origen.

Aquello que más le hería, que más dolor le causaba, hallaba en él por respuesta esa risa bondadosa, franca, llena, peculiar del negro de nación. Los golpes sólo despertaban la antigua vida en él. Cuando vibraba el palo en sus carnes, la eterna sonrisa desaparecía de sus labios, el rayo de la ira africana brillaba rápida y fieramente en sus ojos apagados, y su mano ancha y nerviosa comprimía con agitación febril el instrumento del trabajo.

El Gobierno español ha condenado en Cuba a un idiota.

El Gobierno español ha condenado en Cuba a un hombre negro de más de cien años. Lo ha condenado a presidio. Lo ha azotado en presidio. Lo ve impávido trabajar en presidio.

El Gobierno español. O la integridad nacional, y esto es más exacto; que, aunque tanto se empeñan en fundir en una estas dos existencias, España tiene todavía para mí la honra de tenerlos separados.

Canten también, aplaudan también los sancionadores entusiastas de la conducta del Gobierno en Cuba.

IX

Y con Juan de Dios, ¡pobre negrito Tomás!

¡Ah! Su recuerdo indigna demasiado para que me deje hablar mucho de él. Trabajo me cuesta, sin embargo, contener mi pluma, que corre demasiado rápida, al oír su nombre.

Tiene once años, y es negro, y es bozal.

¡Once años, y está en presidio!

¡Once años, y es sentenciado político!

¡Bozal, y un consejo de guerra lo ha sentenciado!

¡Bozal, y el Capitán General ha firmado su sentencia!

¡Miserables, miserables! Ni aun tienen la vergüenza necesaria para ocultar el más bárbaro de sus crímenes.

Canten, canten, loen, aplaudan los diputados de la nación.

Ramón Rodríguez Álvarez llora también con tantos infelices.

Ramón Rodríguez Álvarez, que fue sentenciado a los catorce años de su vida.

Ramón Rodríguez Álvarez, que arrastra la cadena del condenado político a diez años de presidio.

Él iba a la cantera a la par que Lino Figueredo. Cuando él llegó, Lino estaba allí hacia más de una semana. Y en aquel infierno de piedras y gemidos, Lino le aligeraba a hurtadillas de su carga, y se la echaba a su cajón, porque Ramón se desmayaba bajo tanto peso; Lino, cargado y expirando, le prestaba su hombro llagado para que se apoyara al subir la terrible cuesta; Lino le llenaba a veces apresuradamente de piedra su cajón para que no tardara demasiado, y el palo bárbaro cayera sobre él. Y una vez que Ramón se desmayó, y Lino cogió en la mano un poco de agua y con su carga en la cabeza dobló una rodilla, y lo dejó caer en la boca y en el pecho de su amigo Ramón, el brigada pasó, el brigada lo vio, y se lanzó sobre ellos, y ciego de ira, su palo cayó rápido sobre los niños, e hizo brotar la sangre del cuerpo desmayado y el cuerpo erguido aún, y pocos instantes pasaron sin que el cajón rodase de la cabeza de Lino, y sus brazos

se abriesen hacia atrás, y cayese exánime al lado de su triste compañero.

Ramón tenía catorce años.

Lino tenía doce.

Sobre ellos, un hombre blandía, con ira extraña, su palo: una nación lloraba en los aires la ignominia con que sus hijos manchaban su frente.

Aplaudan siempre, canten siempre los diputados de la nación.

¿No es verdad, repito, que importa a vuestra honra cantar y aplaudir?

XI

Y allá, en las canteras, aparece como tristísimo recuerdo el conato de suicidio de Delgado.

Era joven, tenía veinte años. Era aquél su primer día de trabajo. Y en aquel día en que el comandante había mandado suspender el castigo, en aquel solemne día—para él y la integridad nacional, amiga aún—, a la media hora de trabajo. Delgado, que lo había comenzado, erguido, altanero, robusto, se detuvo en un instante de descuido de los cabos en la más alta de las cimas a que había llevado piedra, lanzó su sombrero al aire, dijo adiós con la mano a los que de la cárcel de Guanabacoa habían venido con él, y se arrojó al espacio desde una altura de ochenta varas.

Cayó, y cayó por fortuna sobre un montón de piedra blanda. La piel que cubría su cráneo cayó en tres pedazos sobre su cara. Y un presidiario que se decía médico se ofreció al atónito brigada para socorrerle; le vació en la cabeza botellas de alcohol, acomodó con desgarrador descuido la piel sobre el cráneo, la sujetó con vendas de una blusa despedazada, llena de manchas de cieno; llena de tierra mojada y cuajada allí, las amarró fuertemente, y en un coche—¡milagros de bondad!—fue llevado al hospital del presidio.

Aquel día era el santo del general Caballero de Rodas.

¡Presagio extraño! Aquel día se inauguraba con sangre.

Nada se dijo de aquello. Nada se supo fuera de allí. Con rudas penas fueron amenazados todos los que podían dejarlo saber. No se apartaron de su cama los médicos, ni el sacerdote, ni los ayudantes militares. ¿Por qué aquel cuidado? ¿Por qué aquel te-

mor? ¿Sería quizá aquello el grito primero de una enfangada conciencia? No. Aquello era el miedo al escarnio y a la execración universales.

Los médicos lucharon con silencioso ardor; los médicos vencieron al fin. Se empezó a llenar la forma con una acusación de suicidio; la sumaria acabó a las primeras declaraciones. Todo quedó en tinieblas; todo oscuro.

Delgado trabajaba a mi salida con la cabeza siempre baja, y el color de la muerte próxima en el rostro. Y cuando se quita el sombrero, tres anchas fajas blancas atraviesan en todas direcciones su cabeza.

Agítense de entusiasmo en los bancos, aplaudan, canten los representantes de la patria.

Importa a su honra, importa a su fama cantar y aplaudir.

A MIS HERMANOS MUERTOS EL 27 DE NOVIEMBRE

Cadáveres amados los que un dfa
Ensueños fuisteis de la patria mía,
Arrojad, arrojad sobre mi frente
Polvo de vuestros huesos carcomidos!
¡Tocad mi corazón con vuestras manos!
¡Gemid a mis oídos!
¡Cada uno ha de ser de mis gemidos
Lágrimas de uno más de los tiranos!
¡Andad a mi redor; vagad en tanto
Que mi ser vuestro espíritu recibe,
Y dadme de las tumbas el espanto,
Que es poco ya para llorar el llanto
Cuando en infame esclavitud se vive!

Y tú, Muerte, hermana del martirio,
Amada misteriosa
Del genio y del delirio,
Mi mano estrecha, y siéntate a mi lado;
¡Os amaba viviendo, mas sin ella
No os hubiera tal vez idolatrado!

En lecho ajeno y en extraña tierra
La fiebre y el delirio devoraban
Mi cuerpo, si vencido, no cansado,
Y de la patria gloria enamorado.
¡El brazo de un hermano recibía
Mi férvida cabeza,
Y era un eterno, inacabable día,
De sombras y letargos y tristeza!

De pronto vino, pálido el semblante,
 Con la tremenda palidez sombría
 Del que ha aprendido a odiar en un instante,
 un amigo leal, antes partido
 A buscar nuevas vuestras decidido.
 La expresión de la faz callada y dura,
 Los negros ojos al mirar inciertos,
 Algo como de horror y de pavura,
 La boca contraída de amargura,
 Los surcos de dolor recién abiertos,
 Mi afán y mi ansiedad precipitaron.
 —¿Y ellos? ¿Y ellos? mis labios preguntaron;
 —¡Muertos! me dijo: ¡muertos!
 Y en llanto amargo prorrumpió mi hermano,
 Y se abrazó llorando con mi amigo,
 Y yo mi cuerpo alcé sobre una mano,
 Viví en infierno bárbaro un instante,
 Y amé, y enloquecí, y os vi, y deshecho
 En iras y en dolor, odié al tirano,
 Y sentí tal poder y fuerza tanta,
 Que el corazón se me salió del pecho,
 ¡Y lo exhalé en un jay! por la garganta!

Y vime luego en el ajeno lecho,
 Y en la prestada casa, y en sombría
 Tarde que no es la tarde que yo amaba.
 ¡Y quise respirar, y parecía
 Que un aire ensangrentado respiraba!
 Vertiendo sin consuelo
 Ese llanto que llora al patrio suelo,
 Lágrimas que después de ser lloradas
 Nos dejan en el rostro señaladas
 Las huellas de una edad de sombra y duelo,—
 Mi hermano, cuidadoso,
 Vino a darme la calma, generoso.
 Una lágrima suya,
 Gruesa, pesada, ardiente,
 Cayó en mi faz; y así, cual si cayera
 Sangre de vuestros cuerpos mutilados

Sobre mi herido pecho, y de repente
 En sangre mi razón se oscureciera,
 Odié, rugí, luché; de vuestras vidas
 Rescate halló mi indómita fiereza...
 ¡Y entonces recordé que era impotente!
 ¡Cruzó la tempestad por mi cabeza
 Y hundí en mis manos mi cobarde frente!

Y luché con mis lágrimas, que hervían
 En mi pecho agitado, y batallaban
 Con estrépito fiero,
 Pugnando todas por salir primero;
 Y así como la tierra estremecida
 Se siente en sus entrañas removida,
 Y revienta la cumbre calcinada
 Del volcán a la horrenda sacudida,
 Así el volcán de mi dolor, rugiendo,
 Se abrió a la par en abrasados ríos,
 Que en rápido correr se abalanzaron
 Y que las iras de los ojos míos
 Por mis mejillas pálidas y secas
 En tumulto y tropel precipitaron.

Lloré, lloré de espanto y amargura:
 Cuando el amor o el entusiasmo llora,
 Se siente a Dios, y se idolatra, y se ora.
 ¡Cuando se llora como yo, se jura!

¡Y yo juré! ¡Fue tal mi juramento
 Que si el fervor patriótico muriera,
 Si Dios puede morir, nuevo surgiera
 Al soplo arrebatado de su aliento!
 ¡Tal fue, que si el honor y la venganza
 Y la indombable furia
 Perdieran su poder y su pujanza;
 Y el odio se extinguiese, y de la injuria
 Los recuerdos ardientes se extraviaran,
 De mi fiera promesa surgirían,

Y con nuevo poder se levantarán,
E indómita pujanza cobrarán!

Sobre un montón de cuerpos desgarrados
Una legión de hienas desatada,
Y rápida y hambrienta,
Y de seres humanos avarienta,
La sangre bebe y a los muertos mata.
Hundiendo en el cadáver
Sus garras cortadoras,
Sepulta en las entrañas destrozadas
La asquerosa cabeza; dentro del pecho
Los dientes hinca agudos, y con ciego
Horrible movimiento se menea
Y despidiendo de los ojos fuego,
Radiante de pavor, levanta luego
La cabeza y el cuello en sangre tintos:
Al uno y otro lado,
Sus miradas estúpidas pasea,
Y de placer se encorva, y ruge y salta,
Y respirando el aire ensangrentado.
Con bárbara delicia se recrea.
¡Así sobre vosotros
—Cadáveres vivientes,
Esclavos tristes de malvadas gentes—,
Las hienas en legión se desataron,
Y en respirar la sangre enrojecida
Con bárbara fruición se recrearon!

Y así como la hiena desaparece
Entre el montón de muertos,
Y al cabo de un instante reaparece
Ebria de gozo, en sangre reteñida,
Y semeja que crece,
Y muerde, y ruge, y rápida desgarra,
Y salta, y hunde la profunda garra
En un cráneo saliente,
Y, al fin, allí se para triunfadora,
Rey del infierno en solio omnípotente,

Así sobre tus restos mutilados,
 Así sobre los cráneos de tus hijos,
 ¡Hecatombe inmortal, puso sedienta,
 Despiadada legión garra sangrienta!
 ¡Así con contemplarte se recrea!
 ¡Así a la patria gloria te arrebata!
 ¡Así ruge, así goza, así te mata!
 ¡Así se ceba en ti! ¡Maldita sea!

Pero, ¿cómo mi espíritu exaltado,
 Y del horror en alas levantado,
 Súbito siente bienhechor consuelo?
 ¿Por qué espléndida luz se ha disipado
 La sombra infausta de tan negro duelo?
 Ni ¿qué divina mano me contiene,
 Y sobre la cabeza del infame
 Mi vengadora cólera detiene?...

¡Campa! ¡Bermúdez! ¡Álvarez! Son ellos,
 Pálido el rostro, plácido el semblante;
 ¡Horadadas las mismas vestiduras
 Por los feroces dientes de la hiena!
 ¡Ellos los que detienen mi justicia!
 ¡Ellos los que perdonan a la fiera!
 ¡Dejadme ¡oh gloria! que a mi vida arranque
 Cuanto del mundo mísero recibe!
 ¡Dejad que vaya al mundo generoso,
 Donde la vida del perdón se vive!

¡Ellos son! ¡Ellos son! Ellos me dicen
 Que mi furor colérico suspenda,
 Y me enseñan sus pechos traspasados,
 Y sus heridas con amor bendicen,
 Y sus cuerpos estrechan abrazados,
 ¡Y favor por los déspotas imploran!
 ¡Y siento ya sus besos en mi frente,
 Y en mi rostro las lágrimas que lloran!

¡Aquí están, aquí están! En torno mío
se mueven y se agitan...

—¡Perdón!

—¡Perdón!

—¿Perdón para el impío?

—¡Perdón! ¡Perdón!—me gritan,
¡Y en un mundo de ser se precipitan!

¡Oh gloria, infiusta suerte,
Si eso inmenso es morir, dadme la muerte!

—¡Perdón!—¡Así dijeron
Para los que en la tierra abandonada
Sus restos esparcieron!
¡Llanto para vosotros los de Iberia,
Hijos en la opresión y la venganza!
¡Perdón! ¡Perdón! ¡esclavos de miseria!
¡Mártires que murieron, bienandanza!
La virgen sin honor del Occidente,
El removido suelo que os encubre
Golpea desolada con la frente,
Y al no hallar vuestros nombres en la tierra
Que más honor y más mancilla encierra,
Del vértigo fatal de la locura
Horrible presa ya, su vestidura
Rasga, y emprende la veloz carrera,
Y, mesando su ruda cabellera,
—Oh—clama—pavorosa sombra oscura!
¡Un mármol les negué que los cubriera,
Y un mundo tienen ya por sepultura!

¡Y más que un mundo, más! Cuando se muere
En brazos de la patria agradecida,
La muerte acaba, la prisión se rompe;
¡Empieza al fin, con el morir, la vida!

¡Oh, más que un mundo, más! Cuando la gloria
A esta estrecha mansión nos arrebata,
El espíritu crece,

El cielo se abre, el mundo se dilata
Y en medio de los mundos se amanece.

¡Déspota, mira aquí cómo tu ciego
Anhelo ansioso contra ti conspira:
Mira tu afán y tu impotencia, y luego
Ese cadáver que venciste mira,
Que murió con un himno en la garganta,
Que entre tus brazos mutilado expira
Y en brazos de la gloria se levanta!
No vacile tu mano vengadora;
No te pare el que gime ni el que llora:
¡Mata, déspota, mata!
¡Para el que muere a tu furor impío,
El cielo se abre, el mundo se dilata!

Madrid, 1872

¡MADRE MÍA!

Mi madre: el débil resplandor te baña
De esta misera luz con que me alumbró,
Y aquí desde mi lecho
Te miro, y no me extraña—
Si tú vives en mí—que venga estrecho
A mi gigante corazón mi pecho.

El sueño esquivan ya los ojos míos,
Porque fueran, si al sueño se cerraran,
Ojos sin luz de Dios, ojos impíos.
¡Te miro ¡oh madre! y en la vida creo!
¿Cómo cerrar al plácido descanso
Los agitados ojos, si te veo?

Se me llenan de lágrimas. ¿Es cierto
Que vivo aún como los otros viven?
¿Que al placer de la vida no me he muerto?
Lloro, ¡oh mi santa madre! ¡Yo creía
Que por nada en el mundo lloraría!
Los goces de la tierra despreciaba,
Y lenta, lentamente me moría.

Yo no pensaba en ti: yo me olvidaba
De que eras sola tú la vida mía.
Tú estás aquí: la sombra de tu imagen,
Cuando reposo, baña mi cabeza.
¡No más, no más tu santo amor ultrajen
Pensamientos de bárbara fiereza!
Una vida acabó: ¡mi vida empieza!

La luz alumbría ahora
Tus ojos, y me miras.

¡Cuán dulcemente me hablas! Me parece
Que todo ríe plácido a mi lado;
Y es que mi alma, si me miras, crece,
¡Y no hay nada después que me has mirado!

Huya el sueño de mí. ¡Cuán poco extraño
Las horas estas que al descanso robo!
¡Oh! ¡Si siento la muerte,
Es porque, muerto ya, no podré verte!

Ya vienen a través de mi ventana
Vislumbres de la luz de la mañana.
No trinan como allá los pajarillos,
Ni aroman como allá las frescas flores,
Ni escucho aquel cantar de los sencillos
Cubanos y felices labradores.
Ni hay aquel cielo azul que me enamora,
Ni verdor en los árboles, ni brisa,
Ni nada del edén que mi alma llora
Y que quiero arrancar de tu sonrisa.

Aquí no hay más que pavoroso duelo
En todo aquello que en mi patria ríe,
Negrizcas nubes en el pardo cielo,
Y en todas partes, el eterno hielo,
¡Sin un rayo de sol con que te envíe
La expresión inefable de mi anhelo!

Pero no temas, madre, que no tengo
En mí esta nieve yo. Si la tuviera,
Una mirada de tus dulces ojos
Como un rayo de sol la deshiciera.
¿Nieve viviente tú? Pedirme fuera
Que en tu amor no creyese, ¡oh madre mía!
Y si en él no creyera,
La serie de las vidas viviría.
Y como alma perdida vagaría,
Y eterno loco en los espacios fuera.
¡Amame, ámame siempre, madre mía!

POEMA VII

Para Aragón, en España,
Tengo yo en mi corazón
Un lugar todo Aragón
Franco, fiero, fiel, sin saña.

Si quiere un tonto saber
Por qué lo tengo, le digo
Que allí tuve un buen amigo,
Que allí quise a una mujer.

Allá, en la vega florida,
La de la heroica defensa,
Por mantener lo que piensa
Juega la gente la vida.

Y si un alcalde lo aprieta
O lo enoja un rey cazarro,
Calza la manta el baturro
Y muere con su escopeta.

Quiero a la tierra amarilla
Que baña el Ebro lodoso:
Quiero el Pilar azuloso
De Lanuza y de Padilla.

Estimo a quien de un revés
Echa por tierra a un tirano:
Lo estimo, si es un cubano;
Lo estimo, si aragonés.

Amo los patios sombríos
Con escaleras bordadas;
Amo las naves calladas
Y los conventos vacíos.

Amo la tierra florida,
Musulmana o española,
Donde rompió su corola
La poca flor de mi vida.

Versos sencillos

A NÉSTOR PONCE DE LEÓN

Madrid, 15 de abril de 1873

Sr. Néstor Ponce de León
Nueva York

Muy señor mío:

Ante todo, he de suplicar a Vd. que me dispense la molestia que le causo y la libertad que me tomo al escribirle. Pero tanto significa para mí todo lo que en algo sirva a la felicidad de mi patria—por poco que ello sea—y tanto sé que significa para Vd.—que de antemano confío en que Vd. me habrá de dispensar.

No acostumbrados ciertamente los españoles a que Cuba pueda y deba dejar de ser suya algún día;—extraños por completo—si no a la idea de la posibilidad—a la idea de la justicia de nuestra independencia creí yo que era oportuno—proclamada como había sido la República—que alguien les hiciese entender cómo, si hasta entonces había sido infame, sería desde entonces doblemente fraticida su guerra contra Cuba.

Pobre en tal extremo que sólo debo mi subsistencia a mi trabajo, y solo—casi enteramente,—no ha sido mucho, por desgracia, lo que, para llenar esta que yo creía necesidad urgentísima, he podido hacer.

Pensando hacerlas públicas en forma de hoja suelta para que pudiesen con facilidad llegar a todos, un amigo mío se empeñó en dar la forma de folleto a las páginas que al mismo tiempo que esta carta envío a Vd.⁹—Así empiezan a correr por Madrid y por provincias, y así espero que, continuando sin descanso en esta tarea, no se encontrarán completamente huérfanas del

⁹ El trabajo de Martí: *La República española ante la revolución cubana* (*Nota del autolagador*.)

apoyo popular las opiniones honradas de alguno de los ministros del Gabinete respecto a la emancipación de Cuba, que—por lo mismo que son levantadas y francas opiniones, no las profesa más que un ministro español, entre todos los del Gabinete.—Hecho esto en Madrid, he deseado que fuese conocido en New York por los que trabajan en pro de la independencia de nuestro país, y he creído al mismo tiempo que con las páginas que he escrito les digo cómo estoy dispuesto, si en algo creen que pueda yo servir, a recibir sus indicaciones sobre lo que más entiendan que convenga a la suerte de Cuba, sobre lo que piensan que ha de precipitar nuestra completa independencia, única solución a la que sin temor y sin descanso he de prestar toda la pobreza de mis esfuerzos, y toda la energía de mi voluntad, triste por no tener esfera real en que moverse.

Por eso molesto a Vd. suplicándole que distribuya los ejemplares de mis cortas páginas que le envío, y a algunas de las cuales me he tomado la libertad de señalar dueño.

En estos momentos me preparo a hacer de ese corto escrito una tirada numerosa en hojas sueltas, de modo de hacer popular esta idea aquí completamente nueva de que la honra verdadera de España en la cuestión de Cuba, es conceder nuestra completa independencia.

Crea Vd., señor Ponce de León, en que habré de agradecerle siempre el favor que pido a Vd., y que de Vd. espera que lo ocupará en todo aquello que le crea útil, su afmo. a. y s.

q. b. s. m.

JOSÉ MARTÍ

S/c. Desengaño 10 quintuplicado.—2º

II. CONOCIMIENTO DE NUESTRA AMERICA

A ENRIQUE GUASP DE PERIS

Surcando el mar, pidiendo a las inquietas
olas del Golfo espacio y albedrío
al par llegamos, tú con tus poetas,
yo con el mal de un alma en el vacío.

Los dos trajimos a esta tierra bella
un sueño y un amor, algo de canto
en la voz juvenil, y algo de estrella
de gloria para ti, y en mí de espanto.

Cantor y actor son formas encarnadas
de tan íntimo ser, que el uno brilla
con el fuego del otro; así enlazadas
mis palmas vi con tu feraz Castilla.

Joven tú, joven yo, los dos lejanos
de una tierra feliz, presto supimos
cuán pronta enlaza el corazón hermanos
llorando al par la tierra que perdimos.

Tú esperas. Yo no espero. Tú confías
en porvenir mejor; yo miro al cielo;
han de venir los venturosos días
de espacio claro y de incansable vuelo.

Hombre en la tierra, mi deber concibo;
nadie hará más: luchando como bueno,
yo arrastro el muerto, semejando un vivo,
y espero el fin, indómito y sereno.

Tú, tú marchas. Andar es la **victoria**,
andar dejando por la tierra huellas;
aún tiene auroras la soberbia **Gloria**;
el manto de la Fama aún tiene **estrellas**.

Sube sin miedo, y si su rostro airado
el cielo a tu soberbia da en castigo,
ven sin temor; tu marcha no ha **cesado**;
caerás en brazos de tu amante amigo.

México, 18 de marzo de 1876

A ROSARIO DE LA PEÑA

[México, 1875]

Rosario:

Decía yo anoche la verdad. Tristeza como sombras me anonadan a veces y me envuelven. Y tienen estas pequeñeces tan real grandeza, y crezco yo en ellas tanto y me muevo yo tan bien, que —aunque yo no soy más que una perenne angustia de mí mismo— todavía tengo una extraña sonrisa para mis locos dolores, y pensamientos de cariño para estas invencibles tristezas que me envuelven.

Parece que debía yo contestar a Vd. ahora sus letras de Vd. De tal manera estoy yo ahora envuelto en pena, que, aun creyéndolo yo verdad, sería mentira cuanto dijese a Vd. de esto. Una vez más ha querido Vd. contener su corazón enfrente de mí; más me hubiera dicho Vd. que lo que en sus letras me dice; pero yo sí que las amo como son, y las amo más cada vez que las veo, y pocas y cortas, todavía perdono a Vd. a despecho de mi exigente voluntad, y en esas letras pudorosas o calculadamente frías, gozo y leo y amo al fin.

Amo en las letras que Vd. escribe. Esto podría llegar a ser principio de toda una plenitud en el amor.

Amar en mí,—y vierto aquí toda la creencia de mi espíritu—es cosa tan vigorosa, y tan absoluta, y tan extraterrena, y tan hermosa, y tan alta, que en cuanto en la tierra estrechísima se mueve no ha hallado en donde ponerse entero todavía. Probablemente —amarguísimo dolor—se habrá ido de la tierra sin completarse y sin ponerse. Angustia esto, de sentirse vivísimo y repleto de ternuras y de delicadezas inmortales, y de gemir horas enteras, —sin que mi alma me permita el derecho de exhalar gemidos, en esta atmósfera tibia, en esta pequeñez insoportable, en esta igualdad monótona, en esta vida medida, en este vacío de mis amores

que sobre el cuerpo me pesa, y que a él lo abruma, y a mí dentro de él me sofoca perennemente y me opriime. Enfermedad de vivir; de esta enfermedad se murió Acuña.

Rosario, despiérteme Vd., no como a él, disculpable en alteza de alma, pero débil al fin e indigna de mí. Porque vivir es carga, por eso vivo; porque vivir es sufrimiento, por eso vivo:—vivo, porque yo he de ser más fuerte que todo obstáculo y todo valor. Pero despiérteme Vd. a la agitación, a la exaltación, a las actividades, a las esperanzas, a todo cuanto pudiera hacerme posible la excusa y el olvido de la vida.

No hay inmodestia en las supremas angustias de mi espíritu. Rosario, vivo en ellas, y cuando yo hubiera vencido todas las miserias que me agobian, sufriría yo mucho, Rosario, sufriría yo siempre de estos mis nobles dolores de no hallar vida y de vivir.

Esfuércese Vd.; vénzame. Yo necesito encontrar ante mi alma una explicación, un deseo; un motivo justo, una disculpa noble de mi vida.

De cuantas vi, nadie más que Vd. podría. Y hace cuatro o seis días que tengo frío.

EXTRANJERO

Es conveniente que cada hombre autorice sus pensamientos. Un pensamiento y una firma son un pensamiento y un hombre. Y sin firma, es un pensamiento. Firmando lo que se escribe, se obtienen grandes ventajas; se deslizan promesas, que obligan a consecuencias; se respetan las personas, lo que ensancha el espíritu; se fortifica la personalidad, se contrae el hábito de la responsabilidad, se acostumbra el que escribe a la verdad, a la firmeza y al valor.

Y tú, extranjero, ¿por qué escribes?—Valdría tanto como preguntarme por qué pienso.

El pensamiento es comunicativo: su esencia está en la utilidad, y su utilidad en su expresión. La idea es su germen y la expresión su complemento. Un espontáneo impulso, hasta por su naturaleza impalpable y etérea ordenado, lo lleva hacia fuera, fuera de nosotros, hacia arriba. No es sólido, porque no debe caer en tierra. Es incorpóreo, porque está hecho para la reflexión hacia la eterna vida, para el espaciamiento, anchura y extensión. Y si ésta es la naturaleza del pensamiento; si no da idea de sí hasta que no esté expresado; si para sospechar siquiera su existencia es necesario que se exprese, viola los fueros humanos, niega las facultades mentales, rompe las leyes naturales el que impide al pensamiento su expresión.—Esto, en esencia filosófica.

En cuanto a urbanidad, que debe ser mayor para los pueblos que para los hombres, puesto que son muchos hombres los que hacen a un pueblo; en cuanto a urbanidad, que debe ser una religión en el hombre culto, hay límites que provienen de sí propio, del respeto a la familia ajena, de la repulsión a pagar la hospitalidad con turbulencias, del reproche que hace la conciencia al que sin traer nada al hogar, saborea sin derecho visible los manjares de la mesa común.

Pero estas limitaciones vienen de la propia conciencia y delicadeza, no de nadie más; son un deber de uno, no un derecho de los otros.

Ellos reprobarán esta conducta con su derecho de criterio, pero no podrán impedirla porque violan la humanidad; el gran fuero propio, germen de hombres, divinización de humanos y norma de repúblicas.

¡Qué grande es la voluntad! ¡Qué misterio tan imponente, tan consolador, tan majestuoso, tan bello, el de la personalidad! ¡Qué inmenso es un hombre cuando sabe serlo! Se tiene en la naturaleza humana mucho de ígneo y de montañoso. Hay hombres solares y volcánicos; miran como el águila, deslumbran como el astro, sienten como sentían las entrañas de la Tierra, los senos de los mares y la inmensidad continental.

Todos los pueblos tienen algo inmenso de majestuoso y de común, más vasto que el cielo, más grande que la tierra, más luminoso que las estrellas, más ancho que el mar: el espíritu humano; esta espiritual fuerza simpática, que aprieta y une los pechos honrados de los hombres, buenos en esencia, hermanos intuitivos, generosos innatos, que más se aman cuando más se compadecen, y unos sobre los otros se levantan para que de más alto se vea majestuosa la herida dignidad.

¿Qué trae este extranjero a la mesa donde jamás probó manjar? Trae la indignación, la gran potencia; trae una fuerza interna, que ni busca vías, ni se prepara lechos, ni huronea conveniencias, ni razona. Los mendigos le comparan a sí mismos: los honrados le abrazan con cariño;—al mendigo, un mendrugo de desdenes;—al honrado, el abrigo del amor.

La indignación, fuerza potente. Se levanta un hombre sobre la gran voluntad múltiple de todos los hombres; mi voluntad ingobernable se ve gobernada por una altanera voluntad; mi espíritu libérrimo siente contenidos todos sus derechos de libre movimiento y pensamiento; la sangre de mi alma se detiene obstruida en su curso por la sonrisa satisfecha de un jinete feliz y vencedor. Y cuando yo veo a la tierra americana, hermana y madre mía, que me besó un día frío los labios, y a cambio de respeto y de trabajo, me fortificó con su calor; cuando yo veo a esta grande corriente de hombres libres, como azotados y abatidos por las calles, con su personalidad mustia y enferma, con su pensamiento flagelado y vejado, con su voluntad omnipo-

y augusta trocada en sierva inerme, en empujada masa, en arena y en pasto de corcel; cuando las voluntades son burladas, olvidada la conciencia, irrespetado el propio fuero, las leyes suspendidas, las hipocresías mismas de las leyes autoocráticamente desdeñadas;—la conciencia, voz alta, se sacude; la indignación, gran fuerza, me arrebata; sonrojo violentísimo me enciende, y sube a mis mejillas ardorosas la vergüenza de todos los demás. Soy entonces ciudadano amorosísimo de un pueblo que está sobre todos los pueblos de los hombres; y no bastan los hombres de un pueblo a recibir en sí toda esta fuerza fraternal. Es una voz imprudente y divina; es un mandato incontrastable y sobrehumano; es la obligación de este contrato vitalicio, firmado entre el espíritu del hombre y el espíritu inmenso de su Dios.

¡Humanidad, más que política! ¡Indignación, más que miseria! Ésta es mi fuerza: aquélla es mi amor. Por eso me sentí como herido en el pecho, la tarde en que a la luz opaca del crepúsculo, porque el sol mismo le negaba sus luces, leí aquel documento inolvidable en que un hombre se declaró, por su exclusiva voluntad, señor de hombres; por eso, cercano ya mi día de despedida, tomé amorosamente la pluma de la indignación entre mis manos, y escribí *La Situación*, y otros artículos anteriores, y otras cosas más,—que en la vida y sobre la vida flota fiero el misterio de la humana dignidad.

Eso fue mío, y sería mío cuanto flagela al que flagela, y avergüenza a los hombres mis hermanos.

Si Rioja no hubiera escrito sus tercetos, yo hubiera escrito los tercetos de Rioja.

No reclamé ciudadanía cuando ella me hubiera servido para lisonjear mejor al poderoso; no hablé de amor a México cuando la gratitud hubiera parecido servil halago y humillante súplica; ahora que de él me alejo; ahora que de él nada espero; ahora que el olvido de las más sagradas leyes suspende una amenaza sobre el que no ha de aprovechar ni hacer valer nunca estas desgracias porque no se queda en México para aguardar día de provecho; ahora, yo reclamo mi parte, me ingiero en estas penas, naturalizo mi espíritu, traigo mi voluntad de hombre lastimada, mi dignidad de soberbia de conciencia. La conciencia es la ciudadanía del universo.

Amo esta desgracia; me arrebata esta atentatoria tentación.

Esta explicación no es para los que me la piden; que los que son capaces de pedirla no merecen oírla;—hay distintas maneras de responder a las gentes; para algo hizo la naturaleza los pies diferentes a las manos.

Esto explica por qué a México debo todo esto. Aquí fui amado y levantado; y yo quiero cuidar mucho mis derechos a la consoladora estima de los hombres.

Por serlo, me yergo contra toda coacción que me comprima; por serlo, me esclaviza y me sacude cuanto sea para otros hombres motivo de dolor.

Y así, allá como aquí, donde yo vaya como donde estoy, en tanto dure mi peregrinación por la ancha tierra,—para la lisónja, siempre extranjero; para el peligro, siempre ciudadano.

El Federalista, México, diciembre 16 de 1876

SR. NICOLÁS DOMÍNGUEZ COWAN

Veracruz, 1º de Enero de 1877
México

Nicolás: Su generosidad y su amistad lo merecen: ¡felicísimo año nuevo!

Mis esfuerzos han sido inútiles y mi indecisión irrealizable: voy por fin a la Habana, provisto de documentos correctamente legales, y con nombre tomado aquí a última hora, para desorientar a los que con el primitivo que pensé, se hubieran ocupado de mi viaje, si es que tan mala fortuna merece esta imprudencia necesaria, y algún alma malévolamente se ocupa aquí de esto. Este atrevimiento es imprescindible: Vd. no sospecha mis amarguras, porque no ha tenido ocasión de conocer toda la viveza con que el dolor, en mí seco y mudo, abruma mi espíritu. Tienda V. una mirada por mi casa, y hallará V. la razón de todo: ni el pobre viejo ni las infortunadas criaturas, pueden sufrir el frío aterrador de esa pobreza. No rechacé el favor directo de V.—e inolvidable, mi noble amigo—sino porque era una manera de aceptar indirectamente la generosa oferta de Zayas.¹⁰ Hay voces íntimas que dicen lo que se debe hacer, y yo las obedezco siempre. Yo hubiera llamado aquella noche a la puerta de Zayas, para darle un estrechísimo abrazo, y encaminarme después, satisfecho y contento, al ferrocarril. No era sólo quedarme, Nicolás, ni enviar a mi familia. Mi situación era insostenible un día más. Mi viaje propio,—del que todo me augura fortuna,—como al venir a México todo me presagió desgracia,—es costoso, necesario y largo. Para quedarse en la Habana, yo necesito dejar a mi padre colocado allí como sus graves años y su inteligencia herida necesitan: si todo eso logro, y lo lograré aun preso, pequeños han de parecer-

¹⁰ Se refiere a Francisco Zayas Bazán, luego suegro de Martí.

me todos los peligros de mi probable prisión. Aquí traje la idea exclusiva de tomar mi pasaje para St. Thomas: se necesitaba un dinero que no tenía; la concesión que esperaba me fue negada; la resolución está hecha, me he arrancado de mi familia, la que ha de ser mi esposa ha comenzado ya a sufrir: y voy a la Habana. Julián Pérez me llamo, mi segundo nombre y apellido, que hasta yéndome en ello mi vida, no he querido ser más que lo necesariamente hipócrita. No me despido de V., porque los hombres generosos han de encontrarse muchas veces con los hombres agradecidos. Un supremo encargo le hago, que de V. para mí sería una orden: vele por mi familia. No acepté su favor, porque era preciso aceptar el de Zayas: condición imposible. Lo estimo en cuanto vale, y lo honro debidamente en mi memoria. Recuerdo, Nicolás, con mucho gusto a Marianita que se interesó con solicitud tan noble, y tan ingenua por mi suerte. Quiérame vivamente, porque lo merezco: bese a Papasito, que honrará a su padre; y espere, seguro de mi gratitud, las nuevas tristes o alegres, que le enviará su obligado y sincero amigo.

JOSÉ MARTÍ

APUNTES DE UN DIARIO EN GUATEMALA PARA LOS HERMANOS VALDÉS DOMÍNGUEZ

En Zacapa viven principalmente del tabaco y de los sombreros de patare: éste es el *patrimonio*, como dice la gente del pueblo. El comercio, casi imperceptible al extranjero por sus escasas formas exteriores, es, sin embargo, activo. Aquí vienen de todos los valles cercanos a surtirse de toda clase de menesteres. De manera que son casi todas las casas del pueblo depósito de azúcar, de licores, de telas, de hierro, de loza, de los artículos primitivos indispensables para la vida pobre de los campos.

Iban en la procesión un San Pedro, parecidísimo a Antonio Sellén:—un Jesús, que aun en formas ridículas inspira y merece respeto; abrumado por la piedad popular, simpatía cuando se limita a esa piadosa de¹¹ de oropel, no de¹², y flores de lienzo de colores vivos;—una Virgen María, demasiado vestida de nuevo para ir con tan grande dolor:—una raída y desvencijada Magdalena, ¡ella, la Dama de las Camelias del Cristianismo!—y rematando el séquito una figura inmensa, candorosa, alta y de alba vestida con rubia peluca, sujetada en la mano una ancha copa de oro,—y dicen que esta singular persona era el leal y poético San Juan.—A Dios que no, caros amigos zacapecos. Pero ellos iban muy regocijados de sus santos... contestado mar y río!

Demasiado¹³ para inventar, demasiado soberbio para emplear¹⁴

¡Lira mía esta, que siempre, tal vez como ahora sobre mi voluntad, se va a sus notas graves! Polvoroso y agotado echo pie a tierra de un larguísimo viaje, rindo culto, mal de mi grado

¹¹ Dos palabras ininteligibles.

¹² Palabras ininteligibles.

¹³ Palabra ininteligible.

¹⁴ No termina la frase.

a las creencias del país, y en tanto que pongo someramente para no menos larga excusión, el pie en el estribo, contaré al correr de la pluma, a mis amigos muy queridos, cómo se viene, siendo yo quien soy, desde Izabal hasta Zacapa, y cómo se descansa, escribiendo esta autohistoria, en los días Santos. Celebren flauta y órgano, en la Iglesia, que suenan ciertamente a chirimía, los oficios del Jueves Mayor; en tanto yo, que no gusto de presentarme al público en traje de camino, me echo en brazos de los que bien sé que me quieren, y les escribo, estos mis ocios, tocada la cabeza con el sombrero de petate; ennegrecidas las manos por el sol ardiente, y terciada al hombro la burda *jerga*, listada a medias, y a huelgos, de blanco y de rojo. Éste es un libro de casa sobre un viaje en mula; es un librillo de comedor, y bien ha sido hecho para que no sigamos allí al cuarto alto, ni se aleje, por una copa alguno de los asuntos¹⁵ de la esquina.

CAPÍTULO I

Estábamos a 26 de marzo de 1877. Compré mi hamaca de pita, y mi sombrerillo de petate,—que todo junto vino a ser un peso,—pagué doce reales por dos huevos que comí, y una noche que no dormí, amén del sacrificio que padecí, que no en balde estamos en Semana Mayor, de dejarme hablar por una locuacilla hija de la hostlera, que pasó sus infancias en Guatemala; que es por mitad criada y señorita, y que mordería el polvo por hablar su horita con algún caballero de ciudad.

Y yo te aseguro Eusebio amigo, que fue aquella una noche un tanto cruda. El recio viento Norte, golpeaba tejas y paredes, y me robaba las aromas del jazmín del Cabo que venían del jardincillo de la casa; luego en mi alma, los afectos corren viento siempre, y éramos bajo el cielo negro airado dos tempestades diferentes. Bien noté yo, al reclinar el cuerpo en lo que debía ser lienzo, que si lo era no lo parecía; pero hasta que di con la cabeza en la almohada no di en el caso grave. La almohada era de paja; alcé la sábana, monda y pelada, y vi que mi catre era de saco. ¡Vaya en gracia por el mes y cuenta que llevaba de dormir a costilla pelada sobre la cubierta de los buques!

¹⁵ Palabra ininteligible.

Ello es que di los doce reales, que corté un jazmín para mi Carmen; y le envié su aroma con mi beso, que me despedí de un pobre hombre díscolo, que en el lugar tiene fama de ignorante, y a mí me parecía hombre sapientísimo, porque disentía en todo de mi manera de ser y de decir, y que revólver en cinto, y machete bajo el muslo, crucé las piernas sobre la más pequeña, rebelde y mal intencionada mula que vio nunca la montaña de Izabal.

Y bien, Fermín hermano; a nuestros años se tiene siempre una panada de sueños dormidos, que traídormente y sin sentir han penetrado nuestra voluntad. De manera que, sin haberlo pensado, me encontré yo con que anhelaba gallardas aventuras, misteriosos encuentros, noches de oro y de abismo, sorpresas de fieras, todo lo que promete, en suma, a una imaginación enamorada de lo heroico, un viaje de ocho días a través de ríos, selvas y montañas tropicales. Traía yo el espíritu celoso de la actividad de los caribes; traía el alma robusta con el magnífico espectáculo que a ambos lados ostentan las majestuosas orillas de un gran río; como alas se habían pegado a mi alma aquellos cortinajes de verdura, prendidos en el cielo, mal sujetos sobre las ondas del Río Dulce, salpicados los móviles pliegues por aves blancas y pajarillos de colores.

Y este león rugiente, este corcel de Arabia, y esta águila altanera que yo me siento aquí en el alma! Imagina todo esto, a horcajadas sobre una innoble mula.

Bien está que yo empiece por la descripción de la viajante comitiva. (Éramos una persona, y cinco mulas; a no ser que, por un exceso de piedad, descontemos del bestaje, al arriero y su mujer. ¡Oh, la mujer del arriero!)...¹⁶

Su perfil es correcto, menuda la nariz, breve la boca, bien hecha la frente; aguda la barba; acaba la figura un tocado casi griego, puesto que con las trenzas del cabello se ciñe el casco a manera de corona; mas todas estas perfecciones de la forma, abruttadas por la incultura, se convierten en fealdades numerosas por la falta de transparencia espiritual. Ni un rayo del alma se abre paso por entre esa tez de bronce. Mira como las onzas y las zo-

¹⁶ Faltan las hojas 5, 6 y 7.

rras; arruga el ceño, no para expresar una ira que no siente, sino para recoger el pensamiento que no entiende. Es inaccesible a la bondad; a la pregunta, al silencio, al aseo, al cansancio, a la ternura. Anda como quien va clavando estacas; horada donde pisa; lastima donde mira. Prendida bajo la copa del sombrero lleva una manta negra que la guarda, a ella que no sabe,¹⁷ un poco del sol: se ha recogido la saya de percal con un cerquillo de críenes, con lo cual parece que media una artesa entre su talle—¡no es talle!—y su cuerpo. Y el seno *¡pobre pudor!* salta a los ojos con una abominable transparencia, porque apenas los cubre la camisa de los días de fiesta, de finísima india, leve como el encaje y como el tul. Y Aniceto la ama: ésa es su Lola.

Dejémosela, hermano. Horresco réfers!

Ella azuza la bestia, la sigue, la persigue; le vocea. Anda a trancos, bebe agua en todos los ríos, come *totopoxte* sin cesar, ayuda a cargar y descargar a su marido, y se prepara a apencar el frijolar,—que es tanto como sacar los frijoles de sus vainas. Es en vano que yo, curioso infatigable, le pregunto por el cultivo del café, del maíz, del tabaco, por los alimentos que usan, por las ferias de que me habla su afortunado cónyuge. El pensamiento de esta mujer es una piedra azteca; no se puede leer en ella sin ayuda de su marido. Éste es un intérprete cansado, que dispone de muy buena voluntad, de una imbécil catadura, y de un escasísimo número de palabras que repite y aplica de modos diferentes. Anselmo Suárez, el único evangelista que nos queda, no nos enseñó el latín vulgar. Me entrego a mis urbanos pensamientos, y dejo su fraseo de bípedos a estas rocas talladas en lo humano.

Heme al fin caballero, pues más que sobre la mula, cabalgo sobre la montaña: ¡caballo digno mío! Es fuerza que haga pronto algo más que relinchar y piafar. Respiro un aire nuevo, y me va bien; bien a fe sobre estas crestas. Son las unas de piedras puntiagudas; las otras de pendiente arenosa; éstas de césped resbaladizo, aquéllas de colosales capas pétreas sobre las cuales se deslizan velocemente los cascos de la mula, que va a caer sentada y yo sobre ella, al lado de un precipicio, cuyo fondo, casi invisible desde lo alto, ofrece las sombrías igualdades de lo negro, atractivo, vertiginosamente atractivo, como todo lo oscuro y lo profundo. El peligro enciende la sangre en los caminos, como en los campos

¹⁷ Palabra ininteligible.

de batalla la enciende la pólvora. El accidente es el placer de los viajeros. Tal pico asombra por enhiesto, y a él hemos de ascender, bajo el fuego del sol y sin la sombra de los árboles, al rayar el sol en mediodía. Tal cripta o abra espantan y los llaman por lo inclementes, El Infierno: y allá hemos de bajar, resbalando al borde de barrancos sobre lechos de piedras, envueltos en tales velos que no penetra por ellos ni un rayo siquiera de las luces, blandas y plenas, de la luna. Aquí, más que silba, ruge y gruñe la víbora; allí, más que canta, parlea un menudo cotorral; huye con gran estrépito, inacorde y antipático, una bandada de pequeños monos; el corazón late de un dulce miedo y de placer imaginando que ese ruido bronco es tal vez el de un tigre atrevido que lo espera al pasar. Y se dice que los tigres fascinan; como los leones; que el valor humano obedece a una influencia física, que lo inermiza, ígneamente asentada en la pupila de la fiera; que sus miembros de acero, corvos y ágiles, esquivan a saltos su gallardo cuerpo del ojo más certero; del brazo más osado. ¡Brava iluminación para la selva, los dos ojos de un tigre bien crecido!

¡A estas esperanzas se entrega el alma, que se paga de lo difícil! Bien estará entre sus dos ojos la bala del revólver. Mejor estará su piel humeante, majestuosa, fresca, sobre la espalda del robusto arriero. Así, paso a paso, salvo las montañas, aspiraciones de la tierra al cielo. No viene el tigre, no baja la montaña, cae la tarde. Allá a lo lejos muy a lo lejos, se extiende, negruzca y extensa, la gran laguna de Izabal. En ella se encrespan las olas, se desgajan los vientos, zozobran los buques como en la mar. Yo, hombre, habitante de la tierra, soy desde aquí más dueño de ella. La miro de tal manera; que cuando la miro, la canto. Nadie habría menester preguntar quién soy, si me viera volver a ella mis ojos. Todos los hombres están destinados a ser reyes. Ésta es la cumbre del monte, y ése es el mar que lame; ese gigante obedece a éste, y sobre éste, ahora piso yo. De abajo, ese pico es vecino de las nubes. Ahora, bien repleto.¹⁸

...a su amada el viajero, más bella que los rayos de la luna; y despierto, duerme.

Se fue de sus brazos; pero le ha dejado un beso sobre el corazón.

¹⁸ Falta la página 12 de estos apuntes.

El caballero se detiene; la mula del baúl se ha echado en tierra, fatigada; Lola se encuclilla y come *totopoxte*. Aniceto corre tras de mí para avisarme que hemos llegado al punto de descanso.—

¿Descanso? No sabe qué es la vida: ¡ni siquiera significa lo mismo que muerte!

Bien está; pero yo aún no he comido. Aquellos dos huevos de la ilustre fregona, más locuaz que ilustre, no son alimento bastante para tan recio día. La selva abre el apetito, y se siente uno un poco tigre cuando llega la noche. Cuando avistamos el pueblo, aún humeaba el ocote en las pobres y aisladas casas del *Mico*. Pero Don Facundo es el rey del pueblo, un rey modesto; humilde, democrático, una especie de rey vacuno. Él tiene buenas vacas de leche; él ha abandonado la galera para provecho de las arriadas; él mata *coches*, que así llaman por acá a los puercos, pero ese rey misterioso es impalpable e invisible. Habla a través de la *manaca*, palma de hojas soberbias, cuyos pedúnculos arrancan de la tierra, y que cubre en estas casas de campo techos y paredes. Hay todo lo necesario para hacer comida en la casa, menos la voluntad de hacer comida. Por este trillo de plata, que así resplandecen en la tierra de arena las claridades de la luna, se va a aquel *ranchito* lejano. En el camino, dícame Aniceto que *ranchito* no significa aquí *hacienda* como en México sino casa de campo.

Llego a la casa; y allí hay toda la voluntad de hacer comida, menos lo necesario para hacerla.

Súbita llamarada ilumina aquel bohío cercano. Allí llegó sin duda olor de pasajero. Las mujeres, más que brindan el paso, lo impiden: tantas son las que se agrupan en la puerta. Sépase en breve que husmeado por un *coche*, maullado por un gato, y vigilado por un *chicho*, nombre aquí unánime de perro, comí al fin un enfermizo, y enfermador, plato de frijoles sazonado con humo, y empujados porque lo necesité con tortilla más verde que blanca. Enjugué los labios con un café.¹⁹

¹⁹ Faltan las páginas 15-28.

CAPÍTULO V

No Aniceto a mí, sino yo, poeta incorregible, rugidor de ideas, infotunado voluntario, azotador de almohadas, y aquella vez de pitas, yo fui quien di a Aniceto la señal de partida cuando la luna, clara y redonda, descendía en el cielo—porque descienden cosas tan bellas como la luna—al llegar a que, si no tuviera roto el volante, corresponderían las tres en mi buen Roskof.

Éstas mis manos, que no se hicieron para arrias, y éste mi hombro, que para cruces podrá haber sido hecho, mas no para baúles, ayudaron al brusco matrimonio a cargar al manso Pellejudo, y a la mulilla de los mordiscos y corcoveos. Porque Lola acarrea y amarra, y sabe encinchar una bestia con una crueldad que disgusta y asombra.

Vámonos, pues, camino de Gualán. Tras de los montes que aún he de vencer, va ocultándose la luna; a medida que sus rayos menguan, crecen en forma y sombra los troncos de los árboles. Parece el uno Tántalo corpóreo, que vuelve al manzano copudo los demacrados brazos; el otro Tántalo rugoso, que pende sobre el río retorcido de sed sobre la orilla, la boca que no llegará jamás a él. Pongo toda mi buena voluntad para agrandar estos troncos, para poetizar estos parásitos desnudos, para infernizar estas implacables mansedumbres. Hundíase ya la luna, o la montaña vecina me la oculta; pero como mi alma está sin remordimientos, quedame sin fantasmas estas selvas. Nada me aterra porque nada debe aterrarme. Ese tronco es tronco, y ese leño, leño; y esa hoja, hoja sin que pueda yo imaginar que se mueve la raíz nervuda como difunto airado que me clama, ni el ramo seco como hoz que me señala a la infernal justicia, ni las mansas hojas como rumor de un alma acusadora.

¡Feliz quien como yo, pueda atravesar una selva, sin que le figuren jueces y difuntos los troncos de los árboles! Feliz quien pueda cir una tempestad entre los bosques, sin que nada dormido se levante a pedirle justicia contra sí mismo en su conciencia!

Pero mi incriminalidad hacía entre tanto mi infotunio. ¿Qué era yo, manso cabalgador de aquella inmerecida bestia? ¿Por qué no hay ladrones que accidenten mi camino? ¿Por qué no hay fieras que prueben las balas ociosas en mi revólver? ¿A qué lo encinté, si para nada había de serme útil? Burlándose estará de

mí el arriero que me ha visto armado de todas armas. A bien que este corvo machete, que más tunde que corta es suyo, y yo lo hallé cruzado a la siniestra de la silla.

En estos vericuetos de los montes; en esta vía más hecha a trechos para águilas y gatos salvajes que para hombres y caballos; en estas áridas mesetas, sin solemnidad, sin grandeza, sin juego de luces, sin colores; en estas mezquindades de la serranía sin mesnadas, sin peligros, sin paisajes, en estas leguas que se arrastran, más que se andan; ¿cómo ha de ceñirse al rastrero la voluntad enamorada de las cimas?

Allá, en el día primero, allá análogo a mí, hallábame bien respirando el mar, y caballero en la altura; escalando el pico y serpeando la pendiente; salvando el paso estrecho y ladeando la áspera quebrada; olvidando con la vecindad de las nubes la mansedumbre de la bestia; gustando del inefable y utilísimo placer de los peligros, y ¡extraña cosa! jamás recibo yo de la grandeza aire ni impresión que no sean míos; de mi mismo pecho brota la potencia con que admiro, y el aire nuevo que me lo agranda y me lo inflama, de mí nace, y valgo lo que soy, y jamás llega la hermosura del espectáculo a la altivez con que lo siento.

No abundan en esta parte de la vía los accidentes; comienzan los planos,—algo así como diminuta pampa y raquíctica sabana—los árboles, en pleno marzo, están sin hojas; el camino arenoso absorbe las lluvias incsesantes; fatiga y disgusta esta vegetación; es que la teca, que no ha muerto pero que duerme; así cansa y²⁰ el cuerpo al alma en ocio. La vida es el constante empleo; el agrandamiento por el roce; el obstáculo, jamás la caída, a no ser victoriosa y gloriosa; la obra permanente; el ir, triunfo eterno, montaña arriba, roca adelante. Ésta es la vida; y reverdecer y extenderse son los perpetuos deberes de los árboles.

Seca las fauces más la contemplación de esta avidez, que el sol que aún calienta demasiado. Pues canta un gallo, huye un buey, y ladra un perro, cercano está algún rancho. Allá va dando trancos Aniceto, en demanda de agua para mí. Ya veo en la puerta a la fecunda madre de los pequeños que rodean al arriero, madre jarretuda; poderosa, casi esbelta. Ya me parece oír decir a Aniceto, con acento melífluo:

²⁰ Palabra ininteligible.

—Buenos días, nos dé Dios, mi señora. ¿No me quisiera hacer el honor y favor de darme un poco de agua?

Devuelto, luego de bien saciado, ha sido el barro. Y como Pellejudo se resiste a continuar la larga marcha, sacúdele un bravo surriagazo el²¹ y dícele a la vez:

—¡Anda! ¡cholludota! ¿Qué aflicción te pueden causar aquellos tormentos que siempre los habéis pasado?

Y luego, malhumorado con las perezas de las bestias:

—Venite, Lola, y háblale a la mula.

—¡Anda, caballo viejo!

—¡Qué aflicción de mula esta, hombre!

Y allá va galopando, tras la rebelde de los *corcoveos* que ha esquivado la vereda, hundido por ella el césped amarillento y abrasado, y sacudido en tierra la col, el *totopoxte* y la ligera caja de²²

Arruga el ceño Lola, esta vez para hacer fuerzas con que ayudar a su marido; yo, en tanto, seguro de que la vía va sin torcedura hasta Gualán, incrusto mis talones en los ijares de la mula; cierro los ojos para imaginarme que es un brioso caballo, y desdeñando el trote, lánzola a galope, y a escape luego, olvidada la brida, y pegando su cuello con mi cuello; y así, salvando las pequeñas crestas, los ligeros arroyos, los breves pedregales, ando en minutos leguas y me vengo en un valiente instante de la quietud perezosa, del jineteo imbécil, de la hipócrita cabalgata de estos días.—Levóse un tronco, o una piedra, que yo no sé lo que fue, uno de los descomunales estribos de Zapaca; con lo cual creí que iba a disgustarse mi Aniceto; pero éste tomó lo de la carrera por *muestra de señorío*, que así lo dijo el que me parecía babieca y el que lo sigue siendo maguer esta maldición lisonjera. Que no soy yo de los que adornan de virtudes a los malvados, y de talento a los necios, tan luego como ven en uno algún ladiño flaco que adular. Perdonó lo del estribo, bien seguro de que se lo había de pagar holgadamente; y dijome, como causa de la plática, que le *cuadraba mi modo*, que ya la bestia estaba *impuesta a mi costumbre*, y que, en *dejando a la mujer*, en el,²³ para el apareo del,²⁴ quería seguir conmigo a Guatemala y ¿quién

²¹ Tres palabras ininteligibles; y tachado «airado Aniceto».

²² Palabra ininteligible.

²³ Palabra ininteligible.

²⁴ *Idem.*

se niega, aunque el ceder le pese, y la carga le moleste, a la adhesión afectuosa? Más pena da rechazar una muestra de afecto, si quiera sea enojosa, que placer verse libre del enojo. Sonréí por fuera, y me mordí el labio por dentro, con lo cual, diciendo a Aniceto que no, dijele que sí, y hasta con agradecimiento y con cariño. Hice amén al abandono de Lola, cuya presencia antiestética molestaba mi concepto de belleza pura, aristócrata y descontentadizo ser congénito del mío,—porque fue base espontánea del contrato que la esposa abandonase al esposo, divorcio que contra mi creencia general, aunque no absoluta, llegó a considerar moral, benigno y útil. ¡A cuántas individuales peripecias está sujeta la más estricta justicia humana! Las simpatías y las repugnancias inclinan invisiblemente las sentencias; y un conjunto de fallos criminales, si fueran dictados rectamente, vendrían a ser un reflejo exacto de la vida y azares del juez. Con miedo escribo cuanto escribo, y hago cuanto hago, porque me posee, a la par que mi ciego espíritu, único, una reseca desconfianza de mí mismo, y temo que, como corrijo hoy dudas de ayer, haya de corregir mañana estas que, brusca y vehementemente, agito hoy. Así, por miedo al porvenir, desluzco y aminoro el presente. ¿Lo aminoro? No, lo fortifico. Mide el viento su fuerza por el tiempo que ha tardado en arrancar.

Se cruzaban a la entrada del pueblo numerosas vías, frecuentadas y angostas; vilas de lejos, leí y escribí a la sombra escasa de un tronco seco, y allí esperé a Aniceto, que llegó horas después. Le había yo oído decir que tal vez no cruzaríamos el pueblo, sino que descansaríamos al otro lado del río, donde había un *sacatal*; y así fue, anduvimos por un trillo excusado, vadeamos fácilmente el cauce casi enjuto; hicimos pie bajo una ceiba secular, y en tanto que me hacía Aniceto sobre las raíces nudosas, amontonando mantas y *jergas*, una especie de lecho, y de trono, yo enderezé las piernas a una casa de las tres cercanas, que todas tres cabían bien juntas bajo las ramas del árbol que rodean. Llego a punto que almuerza la familia: ¡bienaventurada tierra esta donde por todas partes reciben con rostro plácido! Ella hace de la tierra mesa; y para hacérmela a mí expulsa de sobre la cama de tiras de cuero cinco raíces de aquel fértil tronco; evidente causa de la merma observada. ¡Arroz, simpático arroz; tres días hacia que no columbraba yo tu blanco grano! Aquí lo dan, si rápido,

amarillo,—con lo cual, y una taza de leche y dos mangos pintados para cuando acabe la siesta, terminó mi almuerzo baltásárico.

Y un honroso detalle. Di a la hostelera dos reales, que es aquí el tipo mayor de esta clase campestre de festines, y ella movía la cabeza; como quien quiere más. Más le daba y seguía moviendo el tocado casi griego, aquí único y unánime.

—No, dijo al fin, no quiero quitarle a mi señor más que real y medio.

Con lo que tuvo merecido cinco veces el precio del almuerzo.

Fui a mi lecho y mi trono; pero tenía más de trono que de lecho; por lo cono, por lo espinoso, por lo incómodo, porque las raíces, brutalmente quietas, hendían mis espaldas; porque las hormigas, cortesanas de la reina de las selvas, le andaban a la ceiba por los pies; y no obstante mis acomodaciones, mis sacudidas, mis concesiones de terreno, mis parlamentos angustiados, mi necesidad de reposar, bien poblados que fueron todo el tejido de la jerga, y todo los misterios de la manta, y todas las indiferencias de mi sueño, volví otra vez camino de mi rancho, donde la mujer es amable, la criada rolliza, el mango sabroso, amarillo el melón, vivaces los pequeños y afectuosa la acogida. Fruta del alma que vale más que todo fruto y alimento de árboles y tierra, sin la cual no quiero manjar, ni techo, ni lecho, ni podría nunca gustar humana gloria. No hay cosa como esta dicha de inspirar confianza y concederla; más gozo yo con merecer la simpatía de un labriego, que con que me aplaudan un discurso; y no lo digo porque ande ahora entre labriegos, que también lo he dicho y sentido en los pueblos, donde,—con ira ruín—mezquinos que son—no me lo crean.

Y como va largo el capítulo V, y mi cabeza bambolea; por las notas, esperanzas, dolores, prosa y verso, y lo que va de esta narración, escrito hoy todo, dejo para mañana, Santo Viernes, el fin de estas monótonas historias.—El amor con que serán recibidas, disimulará su carencia de grandeza.

CAPÍTULO VI

La criada rolliza, de cuerpo abarrilado, de nuca formidable, de rostro idolesco, arrodillada en tierra, muele y prepara tortillas de maíz; encendido el ocote, humea molestando, y calienta, aquí

el *comal*, batea ligera y plana donde el maíz aspira el fuego que lo cuece, y allí, con menos bríos, una caldera de grasa destinada a trocarse en jabón prieto;—la madre encuclillada sobre la cama, corta y adereza los trajes que al día siguiente van a lucir sus hijos en la fiesta. Y mientras ella adorna con una gran faja de tarratana verde una sayuela de percal rosado, y recompone—y cuenta que copia de la naturaleza—un vestido con traje de peto de amarillo canario y negro verde, que esta variante toma el negro cuando está viejo;—yo parleo con los chicos y con grandes, y a aquéllos pregunto por su escuela y sus travesuras, y a éstos por sus haberes, fiestas y trabajos.

Huroneo la casa, y como sobre aquella viga hay una buena albarda, cubierta por un vellón lanudo, y colgada por anchos vaquilllos;—y como le hace gallarda compañía una lujosa silla de mujer, tengo para mí, y logro saber que el jefe de la casa es un hombre infatigable, que tiene no muy lejos una hacienda con sus 100, o más, cabezas de ganado, y que *gracias al Señor*,—como dice la mermada,—cada hijo que le nace trae no un pan bajo el brazo—sino diez o doce cabezas a la hacienda. A la par que la mujer guisa y conversa, acaricia a sus hijos, aun en el momento que les riñe; de tan suave manera habla. De modo que, cuando un rapaz de cinco años, va, con los pies descalzos, con la nariz amarilla de la fruta, y dada al viento la camisa, a llevar a un comprador un frasco de manteca, como éste se le viene al suelo, la madre lo regaña y él se aflige, y ella se vuelve a mí, y de una indefinible y ternísima manera, con esa elocuencia resplandeciente que está escrita por mano divina en las entrañas de la madre, me dice:

—¡El pobre, por bueno de llevarlo! Pero él no tiene fuerzas todavía.

Hablamos de Gualán, y supe que hay tres ricos en el pueblo, y como yo le pregunté por sus nombres, la mujer suspende la obra de tijera, y mirándome con una fijeza igual a su vivacidad:

—¿Qué me manda? —me dice de una manera tan abreviada y rápida, que un oído no habituado no la entendería.

—Este—¿qué me manda, o qué manda?—vale lo mismo que el *bueno* en español, que el *Señor!* servil; que el *plait-il* francés, que el *Sir* británico. Equivale al *¡ay!* que a cada instante grazna mi arriero. Y como yo hablo de prisa, y me falta el diente y mal me

avengo a acampesinar mi lengua ciudadana, sucede que muy a menudo me interrumpen o responden con:

—¡Ay!

—¿Qué me manda?

—¿Qué manda?

—¿Qué me dice?

Dan en esto las seis; cabalgo nuevamente, al pie de una casa en esqueleto, cuyas paredes muestra hoy con varas de pimiento y cañas bravas, y cuyo techo comenzarán mañana a cubrir de manaca; regalo a los traviesos mermados, que me tienen cautivado por el amor con que me cercan, y por la vida que centellea en sus ojos, y a buen paso echo a la cabeza de la comitiva, por el cómodo camino de Roblar.

Entremos en el...

CAPÍTULO VII

—¡Acuérdate, señor! mi gallo estaba despichado, plenamente despichado, mi señor; cuando que viene el otro, que era un gallo²⁵ de Cobán, un animal florido, de lo que hay de grande, mi señor; le da un pechazo al zambo, y acuérdate que dio mi gallo un grito, dio un volio, sin *naá* de vuelta de gato, y de un tiro, de un tiro solito, lo rajó.

—Ah, qué gallo galano!

—Pero acuérdate que le entra una *devanazón*, y fue volteando hasta la cerca de *ño* Chepillo, y cuando lo vine a alzar, ¡acuérdate qué pena! se había degollado por la navaja, mi señor.

—Eso fue que no lo amarró bien el señor Catalino Manar.

—No, mi señor, que yo lo recré, y quedé que lo amarrara mi compadre. Pero ¡acuérdate! que allá tengo en Santiago un pollo giro y el sábado lo voy a traer al desafío con la gallina blanca cobanera; porque mi pollo tiene once alzas, mi señor, y con ese todo gallo es *temagá*.

Esto decía, aguzándose la barba, un inesperado compañero de viaje, sitierto rico del vallecito no lejano de Santiago, y por lo de gallos y compras, amigo de Aniceto, con quien, muy salpicado por mis preguntas se traía esta plática caminera.

²⁵ Palabra ininteligible.

Viene él de Gualán, donde pasa entretenido los ocios del Miércoles mayor jugando gallos. Viste el apasionado jugador, que es un hombre entrado en años, muy bordada camisa, lustroso pantalón de lienzo blanco, y chaqueta de paño ceniciente, que hace lucir más el color azul celeste de la faja. Cáele sobre el cuello, y deja al aire la frente bronceada, ancho sombrero de petate fino, y a manera de cinta, rodea la copa cuenteado pañuelo. Pone a par de las nuestras su airosa mula oscura; la albarda es de cuero bien curtido; no falta sobre él el vellón blando, ni sobre la gualdrapa los largos vaquerillos. Lleva machete el santiaguero, mas no al cinto, que aquí no se usa, ni hermanando bien con la chaqueta, sino sujeto por hilos de cuero sobre el lado izquierdo de la montura con lo que queda bajo el muslo el arma cortadora, que hace bien en ocultarse, porque de salir a luz no pudiera ostentar ni rica plata ni vistosa pedrería.

Bien está al de Santiago la cabeza viril sobre ese cuello erguido y gruesa espalda; peina con los dedos a menudo la luenga barba negra, mas cuando cobra toda su brillantez esta figura, tostada y entusiasta como las de nuestra tierra; cuando se yergue entero, fornido como un baracoense, de correcto rostro como un holguinero, de habla antigua y fogosa como un camagüeyano; cuando vivaz el ojo *ranchero*, y olvidada la brida, echa de sí todo su fuego y sencillez este fuerte hombre, es cuando cuenta con ardiente verba los vuelos, arrebatos, ganancias, muertes, tiros de sus animales de sangre de ira y oro. Él extiende los brazos para hablar del *volido* milagroso; él menea la cabeza para imitar la agonía de su tordillo, luego señaladamente, haciendo rueda con ella y con sus manos, para hablar de la *devanazón*, se echa atrás el sombrero, y como quien ha de menester más aire y luz, para describir la *pelca a pico*; y recogiendo la brida, como quien vuelve a la existencia natural, y sacudiendo las piernas sobre los costados de la mula, sonríe satisfecho, y saborea con dilatada complacencia su narración, sus recuerdos y sus triunfos.²⁶

y dimos, entrada ya la noche, en el Roblar.

¡Malhaya el rico campesino, cuidadoso, antes que de parecer bien, de no parecer criado! El majaranzas cree que comunicar las risibles holguras de la ranchería y los medios de vida en la comarca, es oficio que le rebaja de su erguida alcurnia, y como fuma

²⁶ Faltan las páginas 42 y 43.

veteado tabaco, y calza zapato de vaqueta, y luce calcetines amarillos, sube de campesino a malcriado, y de hombre humilde a majadero. ¡Malhaya él que a duras penas me cedió la hamaca en que se sentaba! ¡Hayan mal junto con él la vanidad agreste que hincha, y la zafiería del mastuerzo enriquecido, tan distintas del sereno orgullo de un hombre de bien! ¡Haya mal el²⁷ del Roblar!

Y queda dicho que yo, que gusto del comercio ameno y locuaz de los espíritus, y de observar el adelanto para noticiar y loarlos, y de oír la pesadumbre para buscar pertinazmente el remedio, fruncié el ceño y me hallé mal entre aquellas paredes de ladrillo, y bajo aquel techo de tejas, más pobres por su dureza que el embarrado mísero y la manaca seca de la copuda ceiba de Gualán.

A bien que aquí viene la cena, y como me la sirven manos blancas, y doy la espalda al zafio rústico, esparcím el ánimo, y con él la descripción. ¡Oh, acero de Manchester; y cuchillos de Gloucester, y tenedores de Springfield! ¡Oh cubiertos ingleses de cabo de marfil y limpia hoja! Tres días van ya caídos, y desde aquel de hoja de lata de Izabal, desaparecíanse de mis ojos los cubiertos. Hecho a la pobreza, no vivo sin sus modestas elegancias,—y sin limpio mantel y alegre vista, y cordial plática,—váyanse de mí, y no norabuena—los guisados más apetitosos. Como es una función, nunca un placer, fuerza es amenizarla, para hacerla llevadera; y disfrazar con limpias bellezas su fealdad natural. Pensé en Horacio y,²⁸ ya que en Cuba no hemos tenido cantores de la dulcedumbre y amable vida de los campos, hice tenedor de una rueda de plátano frito, y cuchillo de un trozo de tortilla asada,—y bien asada,—y con esto medié al cabo el abundoso plato de frijoles. Sazonelo esta vez con queso seco, hecho en la finca tres días hace, pero acre y rasposo—¡hubo de hacerlo el dueño mismo! Suntuoso oro han servido a mis labios en esa amable taza de café. Me enardece y alegra el jugo rico; fuego suave, sin llama y sin ardor, aviva y acelera toda la ágil sangre de mis venas. El café tiene un misterioso comercio con el alma; dispone los miembros a la batalla y a la carrera; limpia de humanidades el espíritu; aguza y adereza las potencias; ilumina las profundidades interiores, y las envía en fogosos y preciosos conceptos a los labios. Dispone el

²⁷ Palabra ininteligible.

²⁸ Palabra ininteligible.

alma a la recepción de misteriosos visitantes, y a tanta audacia, grandeza y maravilla.

Brota el verso a medida que lo sorbo; aquí para una tragedia, poderosa y terrible. Trae seno de montaña, palabra de terror, y pies de trueno. Luego, dispongo un acto dramático, hervor perenne—y pertinaz presencia de un tipo permanente que habré de hacer eterno en el teatro:—aún no es llegado. Tal carta escribo a un alto hombre. Tal querella de ranchera elocuencia, de admirable amor que acaricia, envío a mi amada. Yo grabo una época del espíritu en una obra moderna, cuyo plan trazo y divido con lucidez y claridad pasmosa. ¡Y ella, mi Carmen mía arranca los más ardientes, y arrebatados y centelleantes cantos a mi espíritu! Le llevan luz de estrella sobre alas de fuego: ¡buen viaje a mi misterio celestial!

Y adormido en la hamaca, que preferí colgar del portal fresco, más que medito, sueño; más que hablo, murmullo, traduzco a drama una leyenda de los,²⁹ el pueblo de Livingstone sopla a mi curioso oído un raro poema; y dividiendo en capítulos una historia del sufragio desarrollo de mi imaginación otra Historia grave que ha de seguir, simultánea y sucesivamente, en su riqueza multiforme, al espíritu humano, desde las letras cuadradas de Sem hasta la trabajosa generación de la República, cansancio del espíritu rebelde que vuelve de grado a los sencillos trabajos que arrebió—aprieto sobre mi corazón a la que amo, doy de mano a mis fieles amigos, pienso en mi madre, dolorosa perpetua, veo en lejananza un brillante Congreso, unas alas que se pierden, un espíritu o una nube que se van, y con sus labios junto a mis labios, duermo de amores.

CAPÍTULO IX

—Conque ¿es de marcha? me dice teniéndome el estribo un muchacho benévollo, que se ha levantado en el alba, como anoche se acostó con el oscurecer.

—Soy de marcha; le contesto estrechándole la mano. Sé amable y honrado.

²⁹ Palabra ininteligible.

Ahí queda atrás el Roblar, con su dueño riscoso y adusto, con su dueña de manos blancas, con su café misterioso, y con su criado servicial.

No está San Pablo lejos del Roblar,—y es bien que pasemos de prisa por estos arenales infernales, donde se busca en vano en los arroyos secos agua, color en la quemada yerba, hojas en el partido árbol. Sombras largas y pardas, invariabilmente blancas y negras; tierra que ha de delito el ser culpable; pues es hoy tan estéril, sedienta cañada, quebrado tronco; enferma flor amarilla que campea,—¡sobrenatural esencia de las flores! sobre el ramo desnudo, y a veces cubre totalmente su desnudez,—son los accidentes áridos y únicos de esta larga llanura abrasadora.

Pero ¿no está allí un grupo animado de casas blancas y parduzas? Allí sobre la loma. ¿Qué pueblo vestido de blanco será inhospitalario? Ruda es la cuesta; pero hemos de empinarla prontamente. Quede atrás el matrimonio que platica, para convencerme de que cada clase humana tiene su lenguaje. Aniceto enamora a Lola,—y yo ¿cómo lo pienso? Lo pienso filosóficamente,—no haría jamás vibrar una cuerda en el corazón dudoso de Lola. Yo no taño guitarra, ni mezclo el *vos* y el tú; ni digo *acotate* por acuéstate, ni me zampo leguas como ciruelas, ni sé tejer la pita, ni embarazar un rancho, ni limpiar un cañal, ni siquiera tomar aguardiente!—Renuncio a Lola.

Y con estos pensamientos he dado en el portal de Doña Teosía, que en esto ha convertido el pueblo el nombre grecorromano de la tendera.

Cancerbero dijo quien dijo Infierno, y como de éste vengo, ley es que a aquél halle. No es un marido celoso,—enamorado hasta el crimen, hasta la policía—de su mujer;—no es un *Keller*, arisco, que ni esto es valle germánico, ni helvético, ni en estas tiendas se usan dependientes;—ni siquiera es un *chucro* hambriento, de tal flacura, cual he sólido verlos, en los ranchos, que no se adivina cómo no se le viene al suelo el flotante costillaje. Es esa misma Teosía, de ojos verdes salvajes, de esa tez blanca sin vida y sin venas, que más parece repelente máscara que cutis. Las raquínicas trenzas, atadas con cinta morada sobre la frente, semejan flechas negras, siempre a punto de desatarse sobre el que en ellas pone ojos. Huélganle los dientes en la boca; y se le anudan en el ceño las arrugas: ese cuerpo, cuadrado y desenvuelto, es tan feo que parece enfadado; ese cuerpo impudente y descortés, no

haciéndole, sin embargo, muchos años. Si es mujer ¿por qué no es bella?

Estoy en tierras de mi Madre América y ¿no habré de beber café por la mañana?

—¿Tiene V. café, señora?

¡Ah, qué mirada! Hay en ella desconfianza, brutalidad, atrevimiento, desafío, todo lo que hay en unos ojos verdes que brillan, encendidos en un rostro feo, bajo dos cejas ríspidas y negruzcas.

La mujer murmura, dando vueltas al delantal y encogiéndose de hombros, unas palabras que no entiendo, y acaba con estas otras:

—¿No sabe beber leche?

¡Y la mirada!

—Saber precisamente, si sé, pero quisiera café ahora. ¿Con que no se puede hacer?

—Pues ¿no le acabo de decir que *a se puede*?

Esto era lo que no había yo entendido.

—Entre; me dijo, y me volvió la espalda. ¡Hasta en la espalda me pareció verle los ojos!

Y até mi mula, y empujé la media puerta que sirve de ella, porque la otra media, que se abre y cierra independientemente, hace en todos estos pueblos oficio de ventana. Lo que es tan feo como ingenioso.

Heme al fin con un encuentro singular; con una mujer, que puesto que no es tentadora, ni hermosa, ni amable, no es mujer; con un fruto vivo de esta tierra seca; con un cuerpo sibilítico en que ha encarnado el espíritu del tigre que busco ¡esto es, he aquí mi tigre!—o el de la onza, que al fin es un tigrezuelo, que se come por estos alrededores todas las palomas y gallinas.—Por lo que en el Roblar no comí huevos.

Por eso están secas estas llanuras, porque esta mujer las ha abrasado con su mirada.

Por eso ha desnudado las hojas de los árboles:—porque odia la belleza.

Por eso ha bebido todas las aguas de las cañadas y los ríos, porque ella, espíritu aernal, padece eterna sed.

De arenas es el trillo, porque así conviene a sus pies de raíz y caracol.

—Aquí tiene el cafecito, mi señor. ¿Lo quiere con *marquerote* o con *senita*?

Y, verdad; ahí está el café; ahí humea en porcelana transparente.

¿Pero qué voz es ésta que al turbado ánimo vuelve aquel vigor pasado?

Pues es la voz de la mismísima Teosia, quien, estirada la camisa, alañada la trenza, y refrescado el rostro, viene si brusca, catiñosa, a robarme mi tigre del camino.

El *marquerote* es pan de arroz y azúcar. Al fin la *semita* es de trigo y canela. ¡Bien venga esta,³⁰ que es dulce, y con su buen sabor disculpa su figura de³¹ deformé.

—¿No sabe *humar* cigarette, mi señor?

Humar aquí es: fumar, logicismo que me reconcilia definitivamente con los ojos verdes de la hurtadora de mi tigre. Un lenguaje singular revela un espíritu recto. Los pueblos de lengua sobria, aquellos pueblos de semilla y de raíz, como gastaban poco en lengua, gastaban mucho en natural grandeza. Las exuberancias corresponden, y a la de los afectos, imbuidos por los sentidos, completan la del lenguaje permitido por las ignorancias.—

El *¿no sabe?* vale tanto como *¿no tiene V. costumbre?* Lo cual, si un tanto raro, no deja de ser lógico.

Y el *mi señor* en boca de mujer: por fuerza servil, sería indigno, pero como es hospitalario, es oído como una tierna palabra maternal.

Y es benito San Pablo. Tiéndese en la meseta de la loma, y hay en él señal fija de la holgura del pueblo,—una buena cantidad de casas blancas;—mézclanse con las de palma³² a granel a la entrada y salida del pueblillo; pero alineadas en su centro, a ambos lados de una calle tortuosa, con una pintoresca inconexión.

Aniceto llena los órganos de *semitas*.

El *totopoxte*, símbolo de fuerza ha ido a buscar un natural empleo:—¡Lola!—Bien se ve que es mujer de maíz.

³⁰ Palabra ininteligible

³¹ *Idem.*

³² *Idem.*

CAPÍTULO X

—*Allez vite, cocher, pour attraper le train!* ¿Qué hace ahora mi muy querido, mi noble y cariñoso Carrillito? Pero no estamos ya en Burdeos.

¡A Zacapa! ¡A Zacapa! ¡al pueblo de la pita y de los mangos! ¡a la ciudad del comercio y de los quesos! la que tiene cuartel, juzgado, plaza, violín, violón, iglesia; la de los rebozos de seda, la de las camisetas de Cambray o la del ancho,³³ la del alto monte; la del grande río.

—¡Hop! ¡y a viaje!

¡Hop! y allá va la mula, que no es mucho que la lleve el diablo, pues que cruzamos por sus llamas quemadoras.

¡Hop! El estribo solitario golpea mi pie; molesta al animal, se retuerce, se bambolea, se tiende, se esconde, se alza, se baja.

Ahí queda ese cerro, ahí espera esa loma; ahí se salta ese tronco de güira, ¡y ese pedregal ha debido ser arroyo!

—A aquél fin hemos de llegar; a que no ve los tunales y los tules?

¡Si de una de sus rocas nació la primera madre de las águilas!

¡Ah! miserable bestia, sudorosa, rendida, acobardada.

—Pues necesito yo menos valor para lanzarme sobre ti, en estos breñales, que tu fuerza pueda soportar mi atrevimiento!—

Ladea, serpea, costea, sigue con desesperante fidelidad las huellas de las arriadas no borradas; cinturas espirales vamos haciendo al monte abrupto. Y ¿llegaremos a Zacapa? ¡Y habré guardado ocioso mi revólver! ¡Quítese allá la mula, que es capaz de temblar por un tiro! ¡Échese acá ese tronco, que en eso se ha de convertir en el infierno un alma de malvado! Allá va esa bala, que quise poner en la raíz, y se contentó con destocar de sus escasas hojas a una rama. Pero ahí van esas cinco y cuatro le han partido bien el corazón. ¡Date la mano a ti mismo, riflero suizo! Y ni siquiera un tigre me ha salido al encuentro en el camino.

—¡Hop! ¡El tigre!

—¿Quién me diera una mula pegasiana? Pero ahí está el tarjetero, y lo tiene en la mano el padre Homero: «No se admiten mulas en el Olimpo.»—¿Qué es eso que recoges, Aniceto?—Porque lo veo muy ocupado como arrancando algo de una piedra.

³³ Palabra ininteligible

—Oropel, mi señor, que sirve para adornar los santos, porque es muy *relumbrazo*.

¡Oropel sobre la piedra!

—¿Por qué regañabas ahora a Lola?

—Porque se desmontó a descansar, y se dejó el atado del *pisto*.

Y el *pisto* no es el guisado aragonés, ni la menuda ensalada madrileña, ni el cerro estrecho donde se aprende, con angustias de vacío que yo me té, la equitación.

Por el *pisto* azota los caminos el arriero, por el *pisto* se ha vuelto rudo el del Roblar; el *pisto* es esa plata u oro que ahoga tantas acciones admirables y mata en flor tantos espíritus grandiosos.—¿Sabes qué es *pisto*?

Dominada la cima, ya toco con mis manos, y es digno de una ceiba, el tronco que me parecía desde abajo raquíctico maguey.—Ya se divisan por los trillos puntos blancos, que son hombres, ya a la vuelta del cerro se ven las torres altas de las iglesias; donde ahora trinca un buey, pacía un momento hace un caballo, aquella masa multicolor, en la que mantos de toda clase de vivos tintes protegen del sol a uniformes y femeninas cabezas, va sin duda a la iglesia del pueblo a besar los ensangrentados pies del Cristo.

Estos árboles exhalan el aroma de mi elixir de boca favorito. Ni Atkinson, ni Garnell, ni Toskay.

El doctor Pierre es el Evangelista de los dentífricos. Ni antecedido ni imitado.

Ahora atravieso aquellos cerros, que desde San Pablo me parecían cubiertos de un arbusto musgoso que a lo lejos semeja césped seco.

Pero lo que desde allá vi yo yerba, ahora veo árbol, unos de ramas tan delgadas y menudas, que como césped cubre la tierra, y es digno césped de montañas.

¿Qué es esta alegría infantil que siento?

¿Es menester de descanso? No, ¡que yo no lo he menester nunca! Es el olor de la población, que aviva las curiosidades del viajero. Es la mitad del camino, la población más populosa, la única población verdadera que hay desde Izabal. Es el nombre mil veces repetido, que trocado en pueblo alegre, tengo a la vista. El oasis en la arena. La cercanía al objeto apasionado. ¡Tal vez estarán sus brazos esperándome a la entrada de ese pueblo!

Sonrío y chisteo, yo, el triste y grave, ¡Qué inútil y feo trillo que se ha de bajar, y de subir después, luego de traspuesta la³⁴ que lo media.

Tras de mí viene de prisa, caballero en un flaco rocín,³⁵ prendido de dos robustos bueyes.—*paterna rura bovis*.

—Buenos bueyes, amigo.

—Sí, sí, adiós, pues.

¿Conque porque los bueyes eran buenos me decía adiós? ¡Esto no es lógica; ni moderado será después!

Amenísima vía la que ando. Es mediodía, y el sol no cruza, penetra el tupido ramaje de los árboles. Muestra el³⁶ su larga flor, en medio de la del granado; brinda el ciruelo su amarillo fruto, más cargadas las ramas de granos que de hojas; arroyuelos menudos rumorean a mis plantas, en él apagan su sed los animales, ya en los mangos ricos que se detienen unos tras otros entre los mangos del arroyo; no bien asoma el marañón el rojo pimiento, échanse los animados ojos por la vega, y con el alma al placer, la bestia al río. Es vasto y bello. En³⁷ se extiende como un mar. ¿Incienso, en esta amante hierba que hace la tierra a la pobreza? ¡No debe ser verdad!

¡Hop! por una cuesta de arena.

¡Hop! por esa calle larga y recta.

¡Hop! ante la esquina de la plaza, enfrente del mercado, a espaldas de la iglesia.

¡Pie a tierra, y mano al sombrero!

—¿Vive aquí la señora Anacleta Ruiz de Pagés?

¡Esto es Zacapa!

³⁴ Palabra ininteligible.

³⁵ *Idem*.

³⁶ *Idem*.

³⁷ *Idem*.

A JOAQUÍN MACAL

Sr. D. Joaquín Macal

Ministro de Relaciones Exteriores.

Mi respetable amigo:

Quería Vd. saber qué pensaba yo del Código nuevo, y ver algo de lo que le dicen que yo he escrito.—¿Por qué me pide Vd. nada de lo pasado? La vida debe ser diaria, móvil, útil; y el primer deber de un hombre de estos días, es ser un hombre de su tiempo. No aplicar teorías ajenas, sino descubrir las propias. No estorbar a su país con abstracciones, sin inquirir la manera de hacer prácticas las útiles. Si de algo serví antes de ahora, ya no me acuerdo: lo que yo quiero es servir más. Mi oficio, cariñoso amigo mío, es cantar todo lo bello, encender el entusiasmo por todo lo noble, admirar y hacer admirar todo lo grande. Escribo cada día sobre lo que cada día veo. Llego a Guatemala, y la encuentro robusta y próspera, mostrándome en sus manos, orgullosa, el libro de sus Códigos; lo tomo, lo leo ansioso, me entusiasma su sencillez y su osadía, y—encogido por los naturales temores de escribir donde no se es conocido, pero deudor a Vd. de algunos renglones,—esos que aquí le envío, y no han de ser ellos los últimos que sobre tan noble y bien entendida materia escriba mi pluma apasionada, apasionada de la grandeza y de mi deber; por eso, como ayer decía a Vd., nunca turbaré con actos, ni palabras, ni escritos míos la paz del pueblo que me acoja. Vengo a comunicar lo poco que sé, y a aprender mucho que no sé todavía. Vengo a ahogar mi dolor por no estar luchando en los campos de mi patria, en los consuelos de un trabajo honrado, y en las preparaciones para un combate vigoroso.

No me anuncie Vd. a nadie como escritor, que tendré que decir que no lo soy. Amo el periódico como misión, y, lo odio...

no, que odiar no es bueno, lo repelo como disturbio. Por sistema me tengo vedada la ingerencia en la política activa de los países en que vivo. Hay una gran política universal, y ésa sí es la mía y la haré: la de las nuevas doctrinas.

Servidor de ellas, y agradecido de Vd., quedo su amigo obligado y S. S.

Q. B. S. M.

JOSÉ MARTÍ

[Guatemala] 11 de abril de 1877

A MANUEL MERCADO

Veracruz, 1º de enero de 77

Mercado:

Está la suerte desafiada, y pronto estará probablemente vencida:—voy al fin a la Habana, con documentos correctamente legales, y nombre de Julián Pérez, segundos nombres míos, con lo cual me parece que me hago a mí mismo una mejor traición:—siempre es bueno ser, aun en casos graves, lo menos hipócrita posible.—Vd. sabe sin duda, porque V. tiene derecho a saber todo lo mío, cuánto se luchó la última noche para lograr que desistiese yo de mi viaje.—Me ofreció Zayas el dinero necesario para que mi familia fuese a la Habana:—este dinero era inútil, puesto que era de Zayas: a V. no tengo que hacer mayor explicación.—Con el alma lo hubiera recibido: con las manos, no.—Nicolás Domínguez, afligido porque no tenía el mismo dinero que ofrecerme, quería yo pagarse a Zayas con un bono de Cuba, de valor real de 250\$—la mejor manera de agradecer y honrar algunos favores, es aceptarlos,—y cuando no se aceptan, no se compran. Ni dudé un instante lo que debí hacer:— no acudiría nunca a Zayas, que me ha dado esta vez prenda de sincero amor, por la solicitud paternal con que ha querido evitarme este peligro.—Pero antes que lo que conviene hacer, está siempre lo que se debe hacer.—

Di palabra de tomar pasaje a St. Thomas.—Bruscas estas gentes, no aceptaban el pago hasta la Habana. Mi deseo secreto era hacer mi viaje en la forma primitiva, y merced a este obstáculo invencible, he podido cumplirlo sin faltar a mi promesa.—El riesgo se ha hecho para vencerlo, y voy a vencerlo.— V. sabe el espanto que azotaba, contenía y empequeñecía todos los actos de mi vida,—que helaba los movimientos en mis brazos, y en mis labios las generosas o enérgicas palabras. Es necesario darles ropa

que las cubra, y buena vida que vivir; preparar su salida, colocar a mi padre, emprender este risueño y favorecido viaje a Guatemala; si todo eso logro, bien venidos sean los riesgos graves de una prisión probable.—Se sufre un poco más; pero se ha hecho lo que se debía.

Parece que Guatemala me tiende los brazos: el alma es leal, y la mía me anuncia ventura. Voy lleno de Carmen, que es ir lleno de fuerza; de las cariñosas cartas de Macedo, a quien V. sabe cómo estimo, espero bienes; las que me ha dado aquí Uriarte son tales que me abrirán fácil camino, a mí que las ayudaré rápidamente. Me asegura, me promete Uriarte, que tendrá desde el primer momento en Guatemala la situación holgada que procura. Las cátedras son fáciles, y las privadas abundan. La reválida es sencilla, y la haré en una semana. Querría ahora la pena de muerte, para arrancarle, cuando llegara allí, todos los reos. Parece que comienza una época digna y varonil;—pero de esta Guatemala que me llama, llamaré yo a México a que amo. Llevo en mí su atmósfera y su pena, y para mí tiene grandes encantos el dolor: Llevo a V. y a los suyos y para mí en la gratitud hay gran placer. Ha hecho V. bien en serme bueno: lo merezco, y lo retribuiré amorosamente.

Veracruz está alegre, porque su hombre es el hombre. O porque el secreto de la alegría de los pueblos, no está tal vez más que en la satisfacción de las necesidades personales de sus hijos. La ambición mezquina debe ser hija de la ociosidad:—la grande, de una mujer:—Lola³⁸ me entiende

Venía yo de México con los trabajos que deja en el alma ser desagradecido: gracias V., distraje estas penas con el sabroso castellano de Santacilia, la poesía cerebral de Justo Sierra, y la agreste, caliente y pintoresca dicción de Altamirano. Como venía lleno de fuerza, venía lleno de admiración. Es un hombre bueno aquel que admira mucho, y yo debí ser muy bueno antes de ayer. Es grandiosa esa vía:—¿cómo no he escrito una obra asombrosa sobre ese atrevimiento extraordinario? Eso da la medida de la turbación y abatimiento de mi espíritu.

Manuel Ocaranza haría en ese camino mucha falta: los que sienten la naturaleza tienen el deber de amarla; las alboradas y las puestas son el verdadero estudio de un artista; un pintor en

³⁸ Esposa de don Manuel A. Mercado.

su gabinete es un águila enferma. Dígale V. que es muy bella la salida de Orizaba, y que la contemplación de estas purezas haría a su alma un bien incalculable. El hombre se hace inmenso contemplando la inmensidad. Jamás vi espectáculo más bello. Coronaban montañas fastuosas el pedregoso escirro y sombrío niblo; circundaban las nubes crestas rojas y se mecían como ópalos móviles; había en el cielo esmeraldas vastísimas azules, montes turquizaos, rosados carmíneos, arranques bruscos de plata, desborde de los senos del color; sobre montes oscuros, cielos claros, y sobre cuestas tapizadas de violetas, arrebatadas ráfagas de oro. Gocé así la alborada, y después vino el sol a quitar casi todos sus encantos al paisaje, beso ardiente de hombre que interrumpía un despertar voluptuoso de mujer. El ópalo es más bello que el brillante. Manuel debía copiar estos paisajes; él, que siente el contraste con vigor de sol y capricho femenil, y que sabe el color del alma y el del cuerpo escribiría bien la Naturaleza en su paleta;—como escribiéndolo a V., haría yo a mi vez libro ejemplar. Las grandes cosas son análogas, y yo pienso ahora en el cariño que le tengo, en cómo quiero a sus hijos, en las admirables virtudes de Lola, y en la vasta nobleza de su espíritu.—Ellas van conmigo, para que yo las publique y las venere; el bien delicadamente hecho, delicadamente será devuelto;—amor de hermano me llevo, y su parte más viva es para V.—No me ruboriza ningún favor recibido de su mano, porque es V. digno de hacérme los, y yo de recibirllos.—He encontrado bondades en mi vida, y la mayor comparable a la de Vd.

No le encargo nada, porque V. lo adivina todo. Podría ser que yo cayese preso, pero no estaría constantemente incomunicado, y el viaje de ellas, comprado con mi libertad, ya que tanto han sufrido por mi culpa, siempre se haría. Si no, todo lo espero de un pueblo de buena voluntad: ¿cómo ha de pedirse que atienda al visitante el que tiene su hogar presa de llamas? México es lógico en sus aparentes injusticias. Prepárese V. en calma, que V. ayudará mucho a la firmeza moral de este país: faltan a México virtudes, y a V. le sobran: V. siente y espera sereno todo esto que le digo.—

También yo me prometo hacer en mi vida algunos bienes; siento mi obra, y me juzgo capaz de ella; en ninguna lisonja creo, ni concibo una idea estrecha; todo premio humano me parece mezquino, y si muchos me halagan, ninguno me seduce, ni hay nin-

guno mayor que el merecer la estimación de mí mismo. Carmen no me querría si yo fuera impaciente o ambicioso: ella y yo confiamos en que el tiempo de la obra ha de venir. En tanto, la mereceré calladamente. ¡Diré a V. cuanto vea y cuanto haga;—cuanto trabaje y cuanto espere! Le encomendaré todavía, ahora que creo que gozan algún bien, las tristezas de mi casa; volveré a rogarle que vea a Carmen, y que halle medio natural de que se conozcan ella y Lola; la he dejado con la serenidad tranquila del esposo que confía mucho en su mujer. No le inquiete mi riesgo, que yo mismo no temo; el paquete francés le traerá carta, si no hubiere percance; son ahora las 3 de la mañana, y a las 7 embarcamos; digo adiós a este México a que vine con el espíritu aterrado, y del que me alejo con esperanza y con amor, como si se extendiera por toda la tierra el cariño de los que en ella me han querido. Ruegue a Manuel Ocaranza en mi nombre que valga todo lo que vale, dé afectuosas gracias a Macedo, hable de mí a Manuelito³⁹ bese las manos a los pequeñuelos, y a Alice⁴⁰ en su boca de clavel. Deséeme una fortuna igual al cariño que le tengo, que entonces seré muy afortunado; sepa Lola en cuánto la estimo, que es tanto como la fortuna que deseo,—y ella y V. vean en mí un constante, leal y amante hermano, que no estará nunca lejos de su estimación, ni lo está ahora tampoco de sus brazos. Quiérame de este modo.

JOSÉ MARTÍ

³⁹ El hijo mayor de don Manuel A. Mercado.

⁴⁰ Hija de don Manuel A. Mercado.

SEÑOR MANUEL MERCADO

Habana, 22 de enero, 1877

Noble y muy querido amigo mío.

No he de comenzar diciendo a U. que la fortuna premió mi necesario atrevimiento. Llegué a la Habana, y corrí riesgo; pero el bien que en una parte se siembra, es semilla que en todas partes fructifica; uno de mis viejos y paternales amigos de España ocupa aquí una alta situación, y su afecto me ha salvado de un peligro que de otro modo hubiera sido grave. Como la indecisión me acongoja y perturba, y revuelvo en mí ahora un pensamiento natural, tal vez útil y para mi vida de alma—tanto tiempo abandonada—necesario, siento remordimiento por no decirle en esta carta completamente lo que sobre mi viaje y situación próxima pienso.—No me oculta a mí mismo que para emprender e imaginar, para alentar con fe y obrar con brío, la presencia de Carmen me es indispensable.—Ejerce ella en mi espíritu una suave influencia fortificante, a tal punto que creo ahora que bien pudiera ponerse por encima de la misma nostalgia de la patria, la nostalgia del amor. No es pasión frenética, a menos que en la calma haya frenesí; pero es como atadura y vertimiento de todo su espíritu en mi espíritu.—¿Debo correr aventuras que repugno? ¿Podré yo tener todo el aliento que necesito lejos de aquélla para quien lo quiero? ¿Me es lícito imponerme a mí mismo un sacrificio torturador e innecesario?—¿Para qué, sino para ser oídos, hay en mí estos poderosos clamores de mi alma? Estas ideas peso y agito, sin que por ninguna de ellas me decida. Por fortuna, en mí el cumplimiento del deber ni aun es meritorio, porque es hábito: sé que al cabo he de decidirme por lo que la más escrupulosa conciencia deba hacer.—

Tengo yo para con U. una deuda de concepto. Es raro que en la aterradora noche en que dije adiós a México, y en que en la puerta de mi casa estreché contra mi pecho uno de los corazones más levantados, sanos y generosos que he conocido,—no dejase escrita la carta necesaria para el cobro de los \$50 que cerrando con amargura los ojos de mi conciencia, hube de U.—Es esto sencillo, y U. lo ha entendido noblemente: había yo de deber este favor a Alfredo Bablot, a quien debía ya singular agradecimiento.—y como en mí aceptar un favor es dar la medida de lo que quiero a aquél de quien lo acepto, preferí con mucho, ya en el último extremo, deberlo a U. que a él.—Mal hice, pero en caso igual, U. haría mal: son largas y hermosas cuentas que se saldan en la tierra o en el cielo.—

Me castigo y azoto la frente cada vez que pienso en las probables amarguras con que mis pobres pequeñuelas estarán aún viviendo en México: sacudo estos pensamientos como sacudiría de mí una mala acción:—y U. sabe que no la he cometido.—Por el paquete americano les enviaré \$200, cantidad suficiente para que hagan, si bien con penosas estrecheces, su viaje hasta la Habana por el paquete francés, el más barato, rápido y cómodo de los que vienen de allí.—Bien pueden cobrar el 10 ó el 12 lo que el día 3 les enviaré de aquí, y tomar para el día 18 el pasaje en el paquete. La tardanza de los viajes a Guatemala, de aquí difíciles, y los actuales combates de mi espíritu, me hacen confiar en que todavía podré abrazarlas antes de irme. De tal manera se concilian las cosas que, recobrando yo la libertad y elección de vida necesarias, vivirán ellas aquí tranquilamente, con su marido e hijos mi hermana, donde ahora están mi madre y mi Antonia, la discreta Amelia probablemente en un colegio, mi padre en calma y Carmen con una amante prima mía que vivamente así lo quiere. Así han venido las facilidades de una manera natural. Para la vida de Antonia, que los mejores médicos de la Habana garantizan, y que veo yo ya hinchada y crecida en sus antes palidísimas venas, su estancia y la de mi madre en el pintoresco pueblo de campo en que ahora viven, sereno y anchuroso Tacubaya, hubiera sido, en cualquier situación nuestra, necesario: la afanosa inteligencia de Amelia cobrará el desarollo que inquietamente anhela, en el colegio que le busco: ¿a qué entonces, abundando aquí nuestra familia, levantar de súbito y con dificultades cos-

tosas, casa para mi padre y para mi hermana? Así ellas contentas, y yo ágil, haré con avaricia y rapidez, la situación modesta que deseo: en la que, en caso extremo, volverían de nuevo, y ya con más holguras, a mi lado, mis padres y hermanas. Pues enfermo yo de cuerpo, y muerto de alma, sin energía en el espíritu y la carne—¿de qué, en mis espantosas y acabadas luchas, de que todavía me sangre el corazón, pudiera yo servirles? Tengo especial gusto en hablar a U. dilatadamente, con cariñosa expansión que ni con mi misma madre, con quien mi amor sufre hablando de esto, tengo,—de estas íntimas cosas que son descargo de mi alma y justificación de mi conducta, de la que todavía me hago reproches, porque pienso que mi deber no estaba bien cumplido, sino muriendo a sus ojos de impotencia, de acabamiento y de dolor.—Un espíritu celeste, el de mi amorosa criatura, me ha dado brío secreto para quebrantar en bien de todas éstas, para nadie útiles, ligaduras: ¿qué habrá erróneo que nazca en su espíritu altísimo y perfecto?—

Y ¡cómo quiero yo que mi Carmen conozca y ame a Lola, si es que estos dos movimientos de espíritu han de ser en las dos, cosas distintas! Necesitan los buenos crearse aisladamente una pura atmósfera especial,—y si hubiera aún un ejemplo que mi Carmen debiese aprovechar, el de Lola, la más casta y virtuosa mujer que he conocido, el de Lola sería ése. U. sabe que de tiempo ha tengo yo, con tenacidad creciente, este empeño. Es don harto caro una gran alma para que se pierda, una vez hallada, el beneficio consolador de su contacto.—

De esta tierra que no es aún la mía, he de decirle visibles tristezas, avergonzadas observaciones, y presentes fundadas esperanzas. Es indigno de un hombre la pasión que lo arrastra y que lo ciega; y adorando a mi patria, U. sabe que la pienso con mesura, y la observo con desconfianza de amor y con cautela: esta mi conducta es garantía de la certidumbre que ahora tengo de la preponderancia de la revolución, vencedora últimamente en lid campal contra el renombradísimo caudillo que venía, con más susto que brío, de la desalentada y dividida España. De allá vienen, originarias legítimamente del Gobierno, proposiciones de autonomía que los insurrectos aún no aceptan; aquí vuelven grupos ante nuestras caballerías de relámpago y rayo las fuerzas españolas; estos éxitos acrecen el valor y autoridad del que los conquista, y amenguan la

energía y exigencia del que los sufre: tal es, favorable para nosotros, sin ser por eso decisiva, la situación de estos momentos. Pero como jamás vi, entre tanto, tal insolencia de torpeza, ni tal rebajamiento de caracteres,—villanos caracteres bizantinos—me espanto y me sofoco, e iré pronto a los mares, en busca de natural grandeza y aire libre.—

Mi Antonia, que enfermó rendida por el excelente peso de su alma, viene a decirme que es ya hora de llevar mis cartas al correo. Yo quería escribir a Manuel⁴¹ alegres y cariñosas ideas que consolasen sus excentricidades pasajeras, buenas sólo para probarnos que es dueño de un espíritu que no tiene ciertamente nada de común. Yo quería que supiese Lola el placer con que hablo de ella, y la grata impresión que deja siempre en mi alma su memoria. U. que tiene voz de espíritu, le dirá todo lo que en mí contiene la premura, besará muchas veces a sus hijos, que son de veras encantadoras criaturas; dirá a Alice en un abrazo que no se olvidan mis labios del suave aroma de fresa de los suyos, y U. leerá una vez más que para toda la vida tiene un amoroso hermano en el que hasta que se alejó de él, no supo que tan entrañablemente amaba en México.

Muy cariñoso hermano

JOSÉ MARTÍ

Le envío—que U. sabrá donde viven—carta para casa.

⁴¹ El pintor Manuel Ocaranza.

A MANUEL MERCADO

Guatemala, Abril 19 de 1877

Mi muy querido amigo:

Puse aquí el pie, y hallé su carta; así, sobre penas y años, me verá U. siempre, desde ésta y toda tierra, su hermano activo y cariñoso. No quisiera escribirle hoy, que aún tengo el espíritu molesto con una mezquina conversación—no fue conversación—de rencillas, provechos, prevenciones y odios que un español aquí importante, que me va alcanzando por las calles, tuvo conmigo ayer. Yo vengo lleno de amor a esta tierra y a estas gentes; y si no desbordo de mí cuanto las amo, es porque no me lo tengan a servilismo y a lisonja. Éstos son mis aires y mis pueblos. Si no hay muchas inteligencias desarrolladas, a animarlas vengo, no a avergonzarlas ni a herirlas. Ni me place oír decir a los extraños—a los verdaderamente extraños por su espíritu acerbo de aversión,—que nuestra América enferma carece de las ardientes inteligencias que le sobran.—Aquí, como en México, todo el mundo tiene talento; se habla bien el castellano; se vive honradamente, a lo que ayuda la vigilancia mutua, estorbo y ventaja de los pequeños pueblos; se ama al fin lo nuevo, y cunde entre los hombres jóvenes el salvador espíritu de examen. No es que Guatemala sea pequeña, ni escasas sus gentes: es que es un pueblo que se ha movido poco, y como sus elementos han sido permanentes, aún le duran y con facilidad son conocidos. Sin círculo literario, sin hábito de altas cosas,—aunque con aliento y anhelo para todas,—sin prensa, sin grandes motivos naturales,—mis soberbias tienen que ser muy prudentes para no parecer aquí presunciones. A más, que muy de veras creo que muchos hombres, en todas partes, valen lo que yo. De manera que mi fuego íntimo es contenido por mis urbanidades y por mis temores.—Estas precauciones no han bastado para evitar que mi nombre ande ya en boca de

las gentes, a quienes en modo alguno me he exhibido, loado por algunos, y hasta loado vivamente, repetido con curiosidad por los más, y—no quisiera yo mismo saberlo—tal vez tenido como obstáculo por unos pocos. Es que se susurra que escribo y hago versos, que hablo, que investigo, que aquí pido un Código y lo juzgo en un instante;—¡brava cosa, que aquí se tiene costumbre de leer y sentido común!—y allí inquiero tradiciones, que no hallo, porque para el sábado próximo tengo ofrecido hacer drama de una leyenda patria para que la representen los alumnos de la Escuela Normal.—Es que saben que me está destinada una cátedra, y algunas más en la Universidad;—que me ven rodeado y directamente protegido, con más afecto en ellos que solicitud en mí, por las gentes de más valer;—y es, entre los hombres de foro, que a los pocos días de mi llegada, solicité ser examinado en los Códigos Patrios, recientemente publicados, no vigentes aún, y hasta hoy no profesados ni hablados en las aulas. Don Joaquín Macal, el Ministro de Relaciones Exteriores, me ha acogido paternalmente, merced a Uriarte: es mi entusiasta, y piensa en mí más que yo mismo. Montúfar, que es una hermosa inteligencia, Ministro de Instrucción Pública, me provee ganoso de libros históricos y literarios, y ha querido espontáneamente presidir mi examen; se me quiso revalidar mi título sin éste, e insistí en él, con placer de los que ya me quieren.—Estos nacientes cariños no ahogan ni entibian otros inolvidables y ejemplares, que serán siempre en mí vivos y profundos.

Notará U. a todo esto que no tengo aquí una situación práctica:—¿la prisa en conseguirla no hubiera sido una manera de estorbarme la amplia que necesito?—Ni busco empleo, sino trabajo más digno y propio.—El empleo, que administra a los comunes, por los de la comunidad debe servirse.—¡Fuera tanta mi fortuna que no tuviera yo nunca que valerme de ellos!—La enseñanza primero, y la abogacía después, si salgo airosamente de mi examen, me harán mi situación modesta, auxiliada por más pequeñas cosas.—Creo que mi casa bastará a sus necesidades, en tanto que yo, preparándome para su ventura, hago la mía.—Como reflejo a mi Carmen, gano voluntades.—Tengo un contento íntimo, una seguridad casi absoluta, que a grandes voces me dicen, con más fuerza cada día, que lograré cuanto necesito.—Yo iré honrando mi nombre, y ella vivirá a mi lado: suyos son esta obra y nacimien-

to.—U. lo sabía un poco, pero aún no lo sabía bien:—yo me moría. Soy de la que me salva, y la venero.

Reiría U. si le contara cosas risueñas: ¡como si pudiera apartar yo voluntad, adoración y pensamiento de mi Carmen! La llevo conmigo, y delante de mí; me digo a todos obligado a ella; y cuando hablan de mí, de ella se habla.—Todos lo saben.—Por cierto que me aflige que Lola y Carmen no se conozcan todavía ¿por qué no han de conocerse las que se quieren tanto de antemano?—Y que es buena la liga de los buenos.

Por el vapor de Panamá, que lleva estas cartas, espero hoy las de mi familia. Lucho porque me sean un remordimiento, y no me lo pueden ser. Mortifico e increpo a mi conciencia, y no me hallo tachable. ¿Qué deber ha de estorbarme mi Carmen, ella que vive de mi misma clase de pasiones? Este parcial abandono, fortificando mi vida, servirá luego para que yo ayude mejor a la de todos.—Así creo.

De muchas cosas le hablaría: de mis cuidados por su situación, que no me abandonan y están inquietos; de la bondad unánime con que he sido recibido; de la inconveniencia de dejar a la prensa sus libertades licenciosas, cuando honrados amigos no las compensan y vencen desmintiendo con lealtad y brío las afirmaciones injuriosas:—así Lerdo, mordido por el Padre Cobos, y dejado morder por los suyos, pasa aquí como Calígula y Vitelio.—Voy por todas partes aprendiendo grandemente;—y, hervidero de ideas, busco espacio en que aplicarlas y verterlas:—En la República de Patuot, donde sean tenidas como buenas mis intenciones;—y donde no sea mi alma, y en México lo hubiera logrado y aquí lo lograré, tachada de extranjera.—

Cuando escriba a Manuel, he de decirle que las Artes aquí no tienen templo, ni sacerdotes, ni creyentes. Todo lo absorbió el dogma, y, amén de los escultores sagrados de la Antigua, y de Pontaza, pintor sagrado que, por lo que profana, parece profano, ni hubo ni hay cosa digna de mención.—Cierto escultor Quesada valió mucho, e hizo excelentes Cristos, pero éstos han desaparecido, y con ellos toda noticia o modo de darla acerca de su autor.—De Pontaza hay un cuadro grande en Santo Domingo, donde por entre los frailes ensangrentados, incrustados sin sombra en una perspectiva ingradada, pasean unos soldados plomizos, que calzan botas flamencas, visten corazas férreas, y ostentan cas-

cos del siglo ocho.—Hay, en cambio, aunque amaneradas, excelentes esculturas en madera.—Con esto, y con decirle que pienso en él cada vez que veo algo bello, está escrito el principio de mi carta a Manuel Ocaranza.

Al pequeñuelo de los ojos árabes, que honrará padre y madre, dele un abrazo varonil. Y a la pudorosa Luisa, a la correcta Alice, a la inteligente Lola,⁴² al altivo Gustavo, y sonrosado post-génito, amantes besos míos.—A Lola, mi apasionado respeto. Y a U., un cariño vivo que paga bien el suyo. Hábileme de todo, y de sus cosas.

Su hermano

J. MARTÍ

Iba a escribir a U. sobre mis libros, pero dos cartas desgarradoras de Carmen aterran mi espíritu. ¡Hábileme de ella!—

⁴² Las tres hijas de don Manuel A. Mercado.

PARA MERCADO

21 de septiembre.—[1877]

Mi amigo queridísimo.—

No me quiera, que no he sido agradecido a su cariño.—Pero U., soberbio y olvidadizo, no ha tenido en cuenta aquellas que tan bien conocía, mudas enfermedades de mi alma, y airado con mi silencio, ha querido aparecer desdeñoso para con mis dolores.—Fue U. injusto.—Pienso en sus probables amarguras: ¿no es en vano decirle que las sufro como mías? Pero cualesquiera que ellas sean, yo no lo puedo perdonar.—Ud. tiene a Lola: yo todavía no tengo a Carmen.—Vea que las estrellas no desaparecen, aunque estén eclipsadas por el sol.—

¡Los terribles, y por fortuna, no justos temores, de no alcanzar el bien que ansio; las amargas memorias de mi casa; la extraordinaria actividad de espíritu, que tanto entrevé, y que está en condiciones para cumplir tan poco!; la falta absoluta de grandeza, de energía y de libertades, que envileciendo el carácter de los demás, disgustan y afán el mío; este cimiento de espumas sobre el que la suerte, alejada de los hombres, me obliga a echar mi casa,—todo esto mantiene en ocupación grave y enfermadora mi espíritu, que, por ser mío, todos estos mismos dolores acrecienta y exalta. Dar vida a la América, hacer resucitar la antigua, fortalecer y revelar la nueva; verter mi sobra de amor, escribir sobre graves cosas en París, estudiar grandes cosas con mi inteligencia sin prejuicios y sin prioridades, hacer gran hogar de alma a la mártir voluntaria que viene a vivir a él,—he aquí las graves tareas que han tenido a mi pluma, excepto para aquella que todo lo mueve, dormida en un rincón.—Aquí, ni tiene que comprar pan con lo que llora, ni puede poner alas a las intimidades que en mí rebosan. De manera que, en público, calla.—Yo no sé si tendrá ya respuesta a esta carta; pero cualquiera que ella sea, y escribame

siempre aquí por si aún no hubiese salido para allá, no le he de admitir excusa alguna. El que más sufre es el que tiene más de recho al silencio.

Yo debo salir de aquí el 10 de noviembre o el 29.—Si salgo el 10, estaré en México el 26 ó 27:—si salgo el 29, llegaré allá en la primera quincena de diciembre.—¿A qué iré sino a nacer de nuevo? Para este empleo divino se necesitan preparativos humanos, papeles y peticiones, cosas de ley.—De todo ello le encargo, de manera que para mi llegada puede estar todo concluido.—

Pensando en Manuel tanto como en Carmen, me hice un retrato. O mis ojos han muerto, lo que no dudo, o me pintan ciego.—El retrato no sirvió.—Dígale esto al pequeño de ojos árabes.—

Para lo mío se necesitará partida de bautismo.—Ni a Fermín escribo: hágalo por mí, y pídale lo que está en el Ángel. Por mí firme y solicite.—Ya he pedido mi humilde casa; ya construyen mis pobres muebles; ya late de alegría y de temor—;pero al fin late!—mi corazón.—Ya veo la manera de colocar en México lo estrictamente necesario para hacer verdad mis venturosa boda.—¿Lola no ha querido ser bastante amiga de mi Carmen?—

Aquí acabo, porque la hora apremia. Manuel Ocaranza habrá hecho bien, si se ha fijado en la reproducción de un extraordinario cuadro que pinta a María Estuardo enamorándose de Rizzi.—Aquí hay un San José que me parece de escuela mexicana. Esto fue emporio de la imaginería sagrada, y nadie sabe nada de ello.—He sabido que Clavé vive todavía, y que triunfa por Italia un pintor catalán Galofre:—algo de Fortuny, más sombrío que él.

Ni hizo justicia a mis penas, ni me contó las suyas.—No ha hecho bien.—Bese a sus hijos, y abrace a Lola.—Pronto irá a regañarle con vivísimo cariño quien no le escribe, pero quien lo lleva en el alma.

A Peón que se prepare a leerme el nuevo drama.—A Sánchez Solís, que he de hacer una de las obras de mi vida, escritas y prácticas, de la regeneración de los indios.—Es una obligación que tengo con mi alma y con su bondad.

Su hermano

J. MARTÍ

MERCADO

29 de setiembre. [1877]

Mi leal amigo.—

Le excito al arrepentimiento, enviándole nueva muestra del mío.—Minutos faltan, y se los dedico.—Ella, al venir a mi alma respetó y amó la parte vasta que ocupa en ella Ud.—

Ahora, afligido por el mal de una casa amiga, que, con serlo mucho, no copia la suya, hablar de mí me parece una falta de respeto a su dolor.—Sin embargo, no sé por qué me parece que siento yo siempre con más rigor el duelo ajeno que los dolientes mismos.—Parece que esto es malo para vivir aquí; pero son años que se llevan adelantados para cuando se viva allá.—De manera, que persisto.

Continúo preparando mi viaje.—Casándome con una mujer, haría una locura. Casándome con Carmen, aseguro nuestra más querida paz,—la que a menudo no se entiende,—la de nuestras pasiones espirituales.—Afortunadamente, viviré poco, y tendrá pocos hijos:—no la haré sufrir.—

Tal vez no el 10, tal vez el 6 de noviembre salgo del Puerto de San José. De modo, que bien puede ser que para el 20 de noviembre llegue a sus puertas un jinete polvoroso.—Alas pide para llegar: la una, el amor se la pone; la otra, amor de amigo.—No hice a U. justicia en un poemita que envié a Carmen: «Las alas del poeta.»—Ese libro será un reflejo de mi vida: tendrá U. en él su canto.

He aquí que dan las tres.—A su hijo, el que hubiera servido de tipo para una acuarela de Fortuny, el que heredará de U. la pa-

sión digna y el espíritu preclaro,—un formal saludo.—A Manuel que retrate en coro a tanta blanca criatura, con cintas azules.—A Lola, que me guarde mi puesto en cada hora de familia.—U. quie-
ra a su hermano

J. MARTÍ

A MANUEL MERCADO

Guatemala, 8 de marzo.—[1878]

Hermano Mercado.—

Hoy estoy tranquilo, gracias a mi Carmen: no sé si mañana estaré triste, gracias a la vida: por eso le escribo hoy, aunque no es día correo.—Tengo ya recibida gran parte del libro, y de él me asombra—no que haya salido con algunas erratas, sino que haya salido con tan pocas;—el cariño de U. penetró mi espíritu, y lo vio a través de mi escritura incomprensible. Quien no supiera quererme no hubiera sabido leer así. Entiendo que ese libro me será aquí de verdadera utilidad: servirá de arma a los que me tienen cariño contra aquellos para quienes soy, a pesar de mi oscuro silencio, una amenaza o un estorbo.—Tengo decidido, cuando pague mis deudas, irme de aquí. Si tuviera medios de cultivar la tierra, no; me encerraría en ella. Pienso seriamente en que U. eche unos cuantos años a la espalda sus arreos políticos, y con sus buenos amigos morelianos, se arregle una finquita de café, allá como aquí riqueza segura; ¿acaso, por inesperado, le parece a U. raro el pensamiento? En los países elementales, en la esfera intelectual, es muy difícil la vida de los hombres virtuosos.—U. es aún joven; visto de cerca, crecería U. mucho ante sus paisanos; en años breves, sin mengua de su reputación, ni de su envidiable cultura, tendría U. una cómoda independencia, y sus hijos un seguro haber.—Pediré ayuda a Lola.—En cuanto a mí, le juro que, a poder hacerlo, me encerraría a arar la soledad, acompañado de mi mujer, de mis pensamientos, de libros y papeles.—Apreste, pues, los aperos de labor, y deme pronto el gusto de enviarme unos cuantos granos de su café.—Si saberlo tomar fuera saberlo cultivar, U. y yo seríamos excelentes cafetaleros.—Lo raro no es que se nos ocurran estas cosas; lo raro es que se nos ocurra dejar de hacerlas.—

En el folletín de «La Patria», que el leal Curtis me envía—con lo que hace bien porque estas devociones sencillas me consuelan de grandes dolores—he visto la un tanto estrambótica biografía que precede a los versos de Peón. Un dómíne no debe abrir la puerta del templo alegre de Diana y los Amores. Por ahí hay una «potencia virtual psicológica» y unos cuantos extravagantes Kantismos, incapaces de dar cabal idea del extraordinario talento de Peón. Peón ha hecho mal no dejando escribir a U. el prólogo de sus versos.—Un poco incómodo estoy con él, porque anda batiendo las alas fuera de su nido, como si un poeta-ángel se hubiera hecho para ser un calavera juguetón.—Azcárate, disculpando demasiado elocuentemente, con su gran alma equivocada, sus errores, ha hecho caer en ellos a su amigo. A los grandes poetas, no es necesario sentir desastrosas pasiones: les basta imaginarlas.

He visto también, con mucha pena, en las dos últimas amorosas cartas de U., una rapidez que revela preocupación de espíritu.—O ¿acaso con mi viaje desmerecí yo ante Ud.?—Pienso en sus problemas con igual insistencia que en los míos, y me entrometo sin cesar en buscar—acá en mis inútiles adentros—prontas soluciones salvadoras.—En lo que pudiera interesar a U., hay aquí una atmósfera muy fría.—El caballero que aquí hallé habla ya sin embozo de su total desfallecimiento en este asunto. ¡Qué grandes ocasiones, infantilmente desperdiciadas!—Asombra aquí la fe de Ud. Los que la admiran, no saben imitarla. Afortunadamente, se salvará el ejemplo, porque yo escribiré su biografía. El cafetal me seduce; y pienso que debe U. llenar de esta clase de pensamientos, durante algunas noches, su almohada.—

Aquí le envío una carta para Sarre: he pensado con angustia en esto. Fue necesario creer, como sucedió, que no me alcanzaba ¡quién lo diría! el dinero para llegar hasta Acapulco. A no ser por la letra de Uriarte, a la cual no quería yo acudir, y de cuya posesión no estuve seguro hasta últimas horas de la noche del 25, no hubiera yo dejado sin pagar esa cuenta.—Afortunadamente, tiene U., y tengo yo, natural excusa con que no hay giros establecidos entre México y Guatemala. Que Sarre entienda bien que esto es cosa exclusivamente mía; yo estoy ahora verdaderamente ahogado, pero pienso que me desahogaré de aquí a tres meses.—La verdad es que la fortuna, al echarme a la mar, puso a mi pobre barco velas negras.—Este carácter mío es un fiero enemigo; pero aunque para el diario vivir me traiga penas, yo quiero más *vivir des-*

pués que vivir ahora.—Carmen me perdona. En mi casa no me han querido perdonar.—

Estoy seguro de que Manuel Ocaranza no se ha puesto aún en contacto con ninguna casa de New York.—Él debía pintar, empaquetar, e irse.—Allí, pintando indios, y sus encantadoras ligerazas, haría provisión para el invierno.—Otras cosas, como el retrato de Thiers y el cráneo, merecerían ir a París.—Le cedo para siempre el retrato de Ana, porque creo que merece tenerlo. ¡Ay! ¡desgraciadamente es verdad que los que se mueren no se vuelven a ver! ¡Quién ha de llevar en interminable libro de cuentas, tantas vidas de hombres!

Le ruego que pregunte en *El Federalista* qué he hecho yo para merecer tanto desvío.—Yo pienso enviarles alimento para algunas columnas y haría con gusto desde aquí lo que me pidiesen!—Correspondencia no hago, porque los hechos son escasos, y las apreciaciones peligrosas. Pero enviaré pronto, por lo menos, un artículo sobre Manuel, y otro sobre mi maestro inolvidable, que a mi lado tengo sentado desde que murió, Anselmo Suárez y Romero.—Ha muerto el pobre cisne viejo; pero cantó muchas veces antes de morir.—Todo esto viene a que en *El Federalista* me disculpen mi pobreza, y me envíen el periódico.—Me lo mandan los extraños y ¿no me lo mandarán los míos?

Yo también tengo una verdadera pena en no haber podido abrazar a Alfredo Torroella. Tengo por él una de esas amistades intuitivas que reemplazan a las amistades viejas, y lo veo como si de muy antiguo hubiéramos tenido cariñosas relaciones. Es un gran cuerpo lleno de una gran alma. Uno de los próximos correos le llevará una carta mía.

Aquí están ya Covarrubias y Manuel Díaz: anteayer los vi en el paseo, con el mismo placer con que los habría visto si fueren cubanos.—Hoy voy a hacerles visita. Creo yo que retiran a Uriarte, y que irá a sucederle Lorenzo Montúfar, abdomenudo y entonado Ministro hoy de Instrucción Pública. Mientras más de cerca toco las cosas políticas, más repugnancia me inspiran. Montúfar ha contribuido a desacreditar a Uriarte porque desea ocupar su lugar.—Yo lo siento porque Uriarte me hizo bien, y pude decidir con mis informes la suspensión de las cartas de retiro que se le habían enviado.—Pero comprendo que ya todo esfuerzo es inútil, y creo que muy pronto le enviarán por fin las decisivas.

Aquí acabo. No sé cómo darle gracias por el supremo esfuerzo que ha hecho U. traduciendo mi libro.—U. me pide dedicatoria, pero mi dedicatoria a U. sería mayor que el libro entero, porque, aunque parezca mentira, una vida como la suya se presta más a comentarios que un país como éste.—

Carmen y yo recordábamos anoche nuestro perfumado almuerzo en el Tívoli de San Cosme: en nombre de aquel día y en el de todos los días, enviamos a Lola memorias muy cariñosas.

Sin las dificultades de establecimiento—por mezquinas, grandes—que aquí me esperaban, no me hubiera yo olvidado de enviar el debido prólogo al libro de Manuel.⁴³—Realmente será un libro bello y pintoresco; alma sana, pintando la Naturaleza hermosa con vivos colores.

Dé un abrazo de hombre a Manuelito,⁴⁴ bese a sus ejemplares criaturas, funde un cafetal, y quiera mucho a su hermano

JOSÉ MARTÍ

⁴³ El pintor Manuel Ocaranza

⁴⁴ El hijo mayor de don Manuel A. Mercado.

A MANUEL MERCADO

Guatemala, 30 de marzo. [1878]

Hermano Mercado.—

Se va por Acapulco, con prisa de llegar, un señor Escandon, y con él, porque llegue a U. más pronto, le envío esta carta.—Recibí, con la última de U.—por lo tardía más deseada que otra alguna—la injusta y amorosa carta de mi madre.—Realmente, se cree que yo las he sacrificado a mi bienestar; ¡me vieran vivir, con angustias semejantes a las que pasé en México y no pensarían de esta manera! ¿Habrá algún provecho en que nos muriéramos de pobreza todos juntos? ¿Se me abría en México algún camino? ¿Caben por el de Guatemala, en el que escasísimamente cabemos hoy dos, las dos familias que forman hoy mi casa?—Ni tienen fe en mí, ni conocen las fuerzas de mi alma que les obligan a tenerla.—Ésta es una viva amargura que no llegará nunca a ellas.—Yo trabajaré para pagar mis deudas este año, y una vez que vivamos libres de ellas, si la suerte no me es enemiga, ayudaré a los que nunca han sabido lo que tienen en mí.—Mi pobre padre, el menos penetrante de todos, es el que más justicia ha hecho a mi corazón. La verdad es que yo he cometido un gran delito: no nacer con alma de tendero. Mi madre tiene grandezas, y se las estimo, y la amo.—U. lo sabe—hondamente, pero no me perdona mi salvaje independencia, mi brusca inflexibilidad, ni mis opiniones sobre Cuba.—Lo que tengo de mejor es lo que es juzgado por más malo. Me aflige, pero no tuerce mi camino.—Sea por Dios.—

Le escribo ahora largamente, sin que estos males del alma salgan en mi carta a luz, por un señor Urbano Sánchez, que desde Jamaica enviará directamente y por vía rápida, la carta a la Habana. No hace quince días le escribí largamente también, por un señor Callejas, que salió de aquí para Cuba. Por México le he escrito ya tres cartas.—Como me entristece mucho que ella crea

que yo, que tanto sufro por la falta de sus cartas, dejo voluntariamente de escribirle,—y como yo no tengo que pedirle cuenta de sus errores de creencia respecto a mí, sino acariciarla, perdonárselos y reformárselos, escríbale U. por su parte mi situación angustiosa y mi natural constancia en escribirle.—

Voy a publicar aquí un periódico, en el que tendré que desfigurarme mucho para ponerme al nivel común. Donde hay muchas cabezas salientes, no llama la atención una cabeza más, pero donde hay pocas que sobresalgan, vastas llanuras sin montes, una cabeza saliente es un crimen.—Los conservadores me hacen la cruz, y están en su derecho: yo debo parecerles un diablo con le-vita cruzada. Los liberales se-dientes, que de inteligencia y corazón aquí no los hallo, se resisten a estrecharse para dar sitio en el banquete al que no es a sus ojos sino un comensal más.—No saben que los que viven del cielo comen muy poco de la tierra.—No toman de ella más que lo necesario, para vengarse de ella porque los retiene.—Se han explotado mis vehemencias, y ocultado mis prudencias; se ha pintado mi silencio como hostilidad: mi reserva como orgullo: mi pequeña ciencia como soberbia fatuidad. Es una guerra de zapa en la que yo, soldado de la luz, estoy vencido de antemano.—Pero yo luchó cuanto decorosamente puedo; a esto responde mi periódico —Mi libro, por cuya llegada tengo vivo anhelo, me ayudará.—Recibí los cinco ejemplares de Mimiaga, que se los guardé cuidadosamente todo un mes; en ellos he visto la penetración milagrosa con que reformó U. las más importantes erratas que pude notar en el folletín. Indudablemente, si me muero pronto, lo que no vendría mal, y antes he escrito algo digno de ser publicado, encargaré a U. de la ardua tarea. A U. y a mi inimitable Carmen, que ella también escudriña lo que quiero decir en lo que escribo.—Veo a Carmen amante y serena, enfrente de problemas graves, que no tienen muy fácil solución. Me consuela, y con su tranquilidad, me alienta. Aunque tuviera que huir a pie por los bosques, ella me acompañaría. Y no lloraría.

Covarrubias ha tenido aquí éxito. Como al pintor Isabey, perdonó a Covarrubias sus oscilaciones políticas: ¿quién observará si no a Mercurio? Hay pocos hombres de ciencia que tengan el valor insigne del americano Caldas.—El Ministerio de Relaciones dio a Covarrubias una comida, y una sociedad «El Pensamiento» le dedicó una velada en el teatro. Puede ser que otra sociedad «El Porvenir» le dé otra velada. Él anda con más gravedad, como

que ya es Ministro; pero en su trato es, sobre todo elogio, sencillo y modesto. Manuel Díaz está tan buen mozo como siempre: sin disputa, la belleza es un derecho.—

Aquí, por celos inexplicables del Rector de la Universidad, hombrecillo de cuerpo y alma, a quien no he hecho más mal que elogiar en un discurso mío otro discurso-lectura suyo que no merecía elogio—me he quedado siendo catedrático platónico de Historia de la Filosofía, con alumnos a quienes no se permite la entrada en clase; y sin sueldo.—En cambio, se me anuncia que se me nombrará catedrático de Ciencia de la Legislación.—Se me abriría con esto un vasto campo, y yo sembraría en él la mayor cantidad de alma posible.—Doy gratuitamente una clase de filosofía: el mejor sueldo es la gratitud de mis discípulos.—Hubo reformas económicas, y creyendo ellos que mis clases serían víctimas de las economías, anunciaron que saldrían en masa del Colegio donde los educa el Gobierno.—El día de mi santo me regalaron los pobres una bonita leontina.—Con esto; con mi propósito de pagar aquí, esclavo de mis deudas un año, e irme; y con que Carmen canté a mi lado tan gozosamente como ahora canta, paso este año negro y espero otros años azules. ¡Quién sabe si el permanente azul no es de la tierra!

Aquí acabo.—Escriba a mamá.—Diga a Lola que entiendo que nos debe carta, y que seremos con ella etiqueteros. A Manuel el árabe, que le debo un regalo y se lo pagaré. A Manuel el pintor, que vierta en lienzos su fantasía llena de Cupidos, gigantes, niños y grisetas, y en esta buena compañía, dé un viaje. Manuel es un excelente artista, que necesita un medio refinado y culto para hacer fortuna. En México, Miranda ganará siempre más que él; y todos los cielos amarillos, cielos de cobre de Miranda, no valen un libre golpe luminoso del pincel osado de Manuel Ocaranza.

Carmen envía abrazos a todos sus hijos. Yo, a Ud., mi entrañable cariño y mi amorosa gratitud de siempre.

Su hermano

J. MARTÍ

A MANUEL MERCADO

Guatemala, 20 de abril. [1878]

Hermano mío.—

Tal vez sepa ya U. algo de la brusca variación que espera a nuestra vida.—U. sabe con qué buena voluntad vine yo a esta tierra, cómo es mi alma, cuán humilde era la posición que le pedía y cuán importante es el servicio que con mi pequeño libro le acabo de hacer: el premio de todo esto es que por ser cubano, y ser quien soy, me vea obligado a renunciar las pocas cátedras que me quedaban; a irme del país y a hacerles sentir mi desdén antes que ellos me hicieran sentir su injusticia.—Es verdad que había una disconformidad absoluta entre su brutal modo de ser y mi alma libre; es verdad que yo los poetizaba ante mí mismo para poder vivir entre ellos; pero estos secretos no han salido nunca de mi alma—¿Los han leído en mis ojos? ¿Han penetrado mi prudencia? ¡Pobre Carmen! A costa suya me han enseñado una gran verdad.—Con un poco de luz en la frente no se puede vivir donde mandan tiranos.—¿Qué mal les he hecho? Explicar Filosofía con sentido, a paí que nuevo, mesurado; explicar Literatura; dar conferencias sobre el estado actual de las Ciencias Naturales; publicar un libro en que con amor y calor, para ellos nuevo, revelo sus riquezas desconocidas; escribir un drama sobre su independencia el día mismo en que me lo pidieron, y anunciar un periódico en que intentaba hablar aquí de Europa y hablar a Europa de ellos.—He ahí mi proceso—y entiendo que el suyo.—Ni una imprudencia, ni una ambición mía han deslucido estos intentos.—Pero me han desfigurado de tal modo, me han presentado de tal modo, me han exagerado con tales proporciones, se han movido contra mí por resortes y causas para mí tan desconocidas, me han cerrado a principios de año con tales obstáculos el camino que a fines de año

pasado me mostraron tan abierto, que, presintiendo que me despojarían de mis clases en la Escuela Normal como indirectamente y de hecho me habían ya despojado de las de la Universidad; airado contra la cobarde forma con que destituían de la Dirección de la Escuela a un cubano inteligente, honrado y amoroso, renuncié a mis cátedras allí, que con ser tres y ser serias, tenían por única retribución, y único medio para mi vida, sesenta pesos.—Y cuente que el año pasado di en la Universidad una clase de Literatura Europea gratis, y este año daba otra gratis de Filosofía en la Escuela Normal.—Molestaban mi voz, mis principios, mi entereza, mi convicción—revelada en sencillos hechos—de que puede vivirse en un país, enseñando y pensando, sin viciar el alma y pervertir el carácter en la innoble corte hecha a un hombre torpe y brusco.—Y todo esto sucede inmediatamente después de mi libro:—júzguelos U.—Me cimentan una posición; me comienzan a dar un sueldo fijo; me obligan a contraer deudas, a levantar casa, me allanan el camino; me alienta el Ministro de Instrucción Pública, me fía el Ministro de Gobernación:—¿cómo había yo de pensar que, sin causa nueva alguna, en el momento de volver a este país con mi pobre mujer, enseñando más, escribiendo bien de ellos, con mi libro amante en las manos, con los mismos hombres en el Gobierno, había de venir abajo todo esto? Antes de que me abandonen, yo los he abandonado.—Mirando a mi pobre Carmen, se me llenan de lágrimas los ojos, y contengo difícilmente mi amargura.—

¿Qué se ha de ser en la tierra; si ser bueno, ser inteligente, ser prudente, ser infatigable y ser sincero no basta?—¡Pobre criatura!

¿Qué haré yo ahora? Yo no sé cómo saldré de aquí, ni de qué medios me valdré; pero yo tengo que salir. Tal vez es un aviso que me salva; tal vez es un riesgo de que me libro. La enseñanza individual me es imposible, porque no es retribuida.—En los colegios, como en el Gobierno, hay una animosidad, hipócrita—y por tanto más vehemente—contra los extranjeros: ¡nosotros, extranjeros! Se buscan profesores guatemaltecos; se rebelan mis pobres discípulos; abandonan las clases que yo les daba; se niegan en algunas a aprender de otra voz que la mía; pero el Gobierno continúa en su obra:—¿qué he pues, de esperar?—Interrumpo mi libro de Derecho, que sabían ya que escribía y al cual me habían alentado; no publico ya mi periódico, recibido con ira por los más,

y por los menos con amor;—hablaré al Ministro de Honduras, hombre civil, joven y de letras, que está ahora aquí; si me ofrece, enseñando, un medio de vivir, iré a Honduras, por ser barata la tierra, y para mi heroica Carmen, más corta y más cómodo el viaje; si me lo ofrece, lograré de mis acreedores una tregua, y buscaré medio de ir al Perú.—Allí tengo fe, por quien soy, por quien son ellos, y por la clase de cartas y de informes con que seré allí presentado.—¡Pero es duro, es muy duro, vagar así de tierra en tierra, con tanta angustia en el alma, y tanto amor no entendido en el corazón!—

Ahora no pensará mal de mí mi madre.—Ellos me creían ya un hijo egoísta, olvidado de todos mis deberes.—No basta una clara vida.—Indudablemente, ellos no saben lo que es vivir manando sangre.

Iba yo a enviarle el prólogo para el libro de Manuel Ocaranza, que escribí ayer mismo.—Como lo he escrito en momentos de acerbo dolor, tal vez resulte el prólogo inacorde y demasiado individual.—U. tacha, pone y quita, o lo suprime entero, si no le parece bien.

No es posible que México entero piense como los complacientes y olvidadizos que se disputaban los asientos en el banquete de Llanos Alcaraz.—Él estaba en su puesto: los demás no estaban en el suyo.—Yo creía que a un banquete como ése no podía ir ningún americano.—No ha habido allí un cubano que flagele a los cubanos que fueron? Ni un mexicano que proteste contra esta fiesta fraticida? Afortunadamente, U. no fue.—U. es mi hermano.—Yo intento, cuando los días me hayan calmado el primer hervor, escribir algo sobre esto. No envío el prólogo porque ni Carmen ni yo hemos tenido tiempo de copiarlo.—Irá el sábado.—

Estoy con impaciencia verdadera porque ni de mi casa sé hace mucho tiempo, ni de la de Carmen ni Uds. supimos la semana pasada. Aunque U. hace algunas semanas nos tenía ya olvidados.

Con Manuel, el *hereu* digno de serlo, tengo grandes deudas: de cariño, aunque ésta le es pagada;—de un juguete, que debe ser libro; de un retrato, que le enviaré cuando las sombras no me oscurezcan como hoy la frente.—En cuanto al libro, prometo pagárselo original.—En tanto, como premio a su hermosa alma, denle un fuerte abrazo.—

Aquí le digo adiós, no sin decirle que aumentan mi amor y mi tristeza las tiernas solicitudes de mi Carmen.—Las penas sólo lo son para ella en cuanto yo las sufro.—Y ¡pensar, como temo, que me iré de la vida sin poderle premiar tantos dolores!

Con un beso en la frente de sus hijas, salude a Lola.

Aliente a Ocaranza en el trabajo.—Dígame si soy yo el inepto, o son los hombres los malos;—y quiera siempre a su hermano.

J. MARTÍ

A MANUEL MERCADO

Guatemala, 6 de julio de 1878

Hermano mío.—

Llevo en el corazón su última carta: era tal como yo la necesitaba en los amargos días que estoy pasando. Problemas de conciencia, de esperanza, de porvenir,—todo contribuía a hacer de mi situación una de las más difíciles de mi vida.—Aquí, los que yo creía mis mayores derechos han sido mis graves sentencias.—Tuve que dejar lo que me habían dado, porque el pan no vale que se le amase con la propia vergüenza.—Hubo por mí un verdadero partido, y me complace que espontáneamente por mí hicieron mucho más de lo que en esta tierra, de pronto y para un ánimo puro incomprendible, se acostumbra hacer por nadie.—Figúrese V. eso que los franceses llaman *égout*:—tendrá V. idea de los hombres y cosas reinantes. Los que creen como el Gobierno, aunque esto no es cuestión de creencia, son lacayos; los que quisieran morder la mano que los azota, más que la besan, la lamentan.—Toda verdad común es una osadía; toda institución democrática elemental, propaganda demagógica.—Y no porque yo la haya intentado,—aunque se previó tal vez, conociéndome mal, que la intentaría. Pero entre estos hombres de extraordinaria pequeña, cuanto revela vigor, personalidad, austeridad, energía, parece crimen.—He despertado injustificables temores, tenacísimas oposiciones, persecución increíble.—No tuve el año pasado, lleno de Carmen, y de fe en mí y los demás, y de amor a la resolución de tanto problema esencial q. en estas infelices tierras asoma,—no tuve tiempo para conocer más que a los que me acariciaban y mentían.—Al volver hallé, en lo general, desatada la tiranía; en lo que a mí tocaba, visible la ira.—¿Provocada con qué? Con mis discursos generales; con mi cátedra de Historia de la Filosofía;

con el libro que V. conoce, y que no vale, no de veras, el amoroso celo con que V. me lo cuidó.—Trocado esto, con más rapidez desde los asuntos de noviembre, en una gran hacienda, donde todo obedece al látigo de un caprichoso mayoral,—yo decidí irme.—¿A dónde?—A Cuba, me decían mis deberes de familia, mi hijo que me va a nacer, las lágrimas de Carmen, y la perspicacia de su noble padre.—A todas partes menos a Cuba me decían la lógica histórica de los sucesos, mis aficiones libérrimas, el doloroso placer con que me he habituado a saborear mis amarguras, mi absoluta creencia,—fundada en la naturaleza de los hombres—de que era imposible la extinción de la guerra en Cuba. Y, sin embargo, la guerra se ha extinguido; la naturaleza ha sido mentira, y una incomprensible traición ha podido más que tanta vejación terrible, que tanta inolvidable injuria.—Transido de dolor, apenas sé lo que me digo.—¿He de decir a V. cuánto propósito soberbio, cuánto potente arranque hierve en mi alma? ¿que llevo mi infeliz pueblo en mi cabeza, y que me parece que de un soplo mío dependerá en un día su libertad?—No ha de llegar nunca para mí el momento de que yo me produzca en las circunstancias favorables,—árbitras caprichosas de la fama y suerte de los hombres?—No a ser mártir pueril;—a trabajar para los míos, y a fortificarme para la lucha voy a Cuba. Me ganará el más impaciente, no el más ardiente.—Y me ganará en tiempo: no en fuerza y en arrojo.

Ayer mismo, sobre los ruegos de Carmen que lloraba, sobre lo que mi madre llora sin decírmelo, sobre mi palabra misma empeñada al generoso Zayas, me resistía a todo intento de ir a Cuba, y tenía firmemente decidido ir al Perú.—Ya me esperaban, y preparaban acogida.—Ahora, amigo mío, los fundamentos de mi esperanza se han venido a tierra. Ahogo mi vehemencia; escucho a mi prudencia,—y me pliego nuevamente a las necesidades de los demás.—Las cartas que me escriba en adelante, envíelas a Fermín:—allá iré a leerlas.—

¡Creen que vuelvo a mi patria! ¡Mi patria está en tanta fosa abierta, en tanta gloria acabada, en tanto honor perdido y vendido! Ya yo no tengo patria:—hasta que la conquiste.—Voy a una tierra extraña, donde no me conocen; y donde, desde que me sospechen, me temerán.—Brillar allí me avergonzaría.—Pero ¿podré vivir del modo oscuro que, por largo tiempo, ansio? Tendré que ahogar

en mí, para vivir en aparente calma, y matador sosiego, toda gran inspiración, toda amorosa exaltación, todo noble instinto.—Ud conoce mi pasión por la justicia, mi ardor contra la infamia, y la violación más nimia del derecho; mi amor de enamorado por la gloria y el brillo de América:—¿cómo podré dar rienda a todos estos sentimientos naturales, en mí tan dominantes y tan vivos? ¿cómo podré vivir con todas estas águilas encerradas en el corazón?—Temo, amigo mío, que su aleteo me mate.—Temo perder mis fuerzas en este terrible combate silencioso.—¿Quién nació en un momento más difícil, rodeado de circunstancias más amargas?

Cuando yo era muy niño comencé a escribir un poema, en cuya introducción se disputaban a un hombre que acababa de nacer el Bien y el Mal:—después lloré como un niño al ver que, poco más o menos, éste era el pensamiento engendrador del Fausto.—El Bien, seguro de su dominio en la conciencia, abandonaba al Mal al hombre recién nacido.—¿No parece, mi noble hermano, que el Mal ha apostado contra mí, y tiene empeño en ganar al Bien la partida?—Afortunadamente, por si desoyese a mi alma, que habla alto, tengo en México un vivo ejemplo de honradez acrisolada, y modelo de hombres.—

Consiste mi dolor en tener que entrar por el real camino de la vida; en tener que sacrificar a sus necesidades,—necesidades impetuosas más, de género más alto; en tener que sofocar tanto atrevido pensamiento, que nunca mejor que ahora—que entre la debilidad general causaría asombro,—debiera estallar. Ya yo imagino qué errores se cometieron, qué fuerzas podrían explotarse, de qué simultáneo modo habrían de hacerse obrar; cuánto corazón americano podría enardecerse y empeñarse en nuestra lucha. Y no es locura, no.—Libre y sin hijo, yo hubiera ahora hecho hablar de mí.—Y de un modo que me hubiera dejado contento.—Y a V. también, que tanto me quiere.—Y, en vez de esto, ¡volveré ahora como una oveja mansa a su rebaño!—;Ahora que tenía casi terminada, con el amor y ardor que V. me sabe, la historia de los primeros años de nuestra Revolución.—Había revelado a nuestros héroes, escrito con fuego sus campañas, intentado eternizar nuestros martirios. Con minucioso afán, había procurado enaltecer a los muertos y enseñar algo a los vivos. Ningún detalle me había parecido nimio. Todo lo hacía yo resplandecer con rayos de grandeza:—de su eterna grandeza.—;Y esta obra noble y filial de

un espíritu libre, irá ahora clavada como un crimen en el fondo de un bául!—Mucho he de padecer en una tierra donde no pude entrar semejante libro.

Mucho he de padecer y voy a ella:—esto quiere decir que entiendo mi deber, y lo cumplo, sin más quejas que estas del alma que a V. envío.—Sólo los capaces de exhalarlos pueden entenderlas.—Voy a ser abogado, cultivador, maestro; un zurcidor de fórmulas, un sembrador de viandas, un inspirador de ideas confusas,—perdido en las espumas de la mar.—Voy, sin embargo.

Así agitado, no copié esta semana el prólogo al libro de Manuel,—tan anunciado ya que más me valiera no enviarlo.—Pero el próximo sábado le irá;—y con él asunto para un cuadro.—Siempre creo que él debe tener el corazón en México; pero los ojos fuera de México.—El asunto que hallé, leyendo un curioso libro, es pequeño asunto mexicano.

Pocas veces he sentido tan viva la bondad ajena como en su última carta a que respondo. No es mi amigo que me compadece: es mi hermano que se alarma y que me llama.—Este recuerdo, en mí siempre vivo, es bastante a templar en mi espíritu las agitaciones que ahora me lo aterran.—He comprendido todos sus temores, y lo he abrazado a cada frase.—Me enorgullezco de ser querido así.—Deseo que le venga a V. mal, en momento en que yo pueda repararlo.—Tal vez muera yo como he vivido, oscura e inútilmente; pero sin tasa tiene V. en mi alma lo que sin tasa la suya me da.—

No vuelvo a México ahora, aunque sé bien el amante asilo que allí me acogería.—Pero si yo no amase a México como a una patria mía, como a patria lo amaría por ser V. su hijo y vivir V. en él.—Pronto iré a verlo.—

Lo de Sarre no tenía mas que un arreglo, que me entristece y que permito, porque no tengo absolutamente medio de evitarlo.—Pero imagino que algo me ha de producir mi sacrificio:—y me vengaré cumplidamente. Cumplidamente.

Mi delicada y amorosa Carmen, leyendo su carta, hizo una vez más, justicia a aquel que ella cree que es mi mejor amigo. Es estéril la cosecha; pero sembrando bien, al menos se recogen cárboles.—

Ya, sin paz en el alma, le digo adiós.—Queda en mí un hombre doble—el prudente que hace lo que debe;—el pensador re-

belde que se irrita.—Satisfecho de esta victoria que sobre mí mismo obtengo, la lloro con indecible amargura.—Deseo para mí mejores tiempos, que sí pueden venir;—pero no me deseó mejor amigo que V.—que no puede venir ya.—

Acaricie a Manuel, con quien estoy en deuda; a sus ejemplares criaturas. Anime a Ocaranza. Y a Lola dígale todas esas cosas que su generosa alma merece.—

Por mí, sufra y estímemelo.

Su hermano

J. MARTÍ

POEMA IX

Quiero, a la sombra de un ala,
Contar este cuento en flor:
La niña de Guatemala,
La que se murió de amor.

Eran de lirios los ramos,
Y las orlas de reseda
Y de jazmín: la enterramos
En una caja de seda.

...Ella dio al desmemoriado
una almohadilla de olor:
Él volvió, volvió casado:
Ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas
Obispos y embajadores:
Detrás iba el pueblo en tandas,
Todo cargado de flores.

...Ella, por volverlo a ver,
Salió a verlo al mirador:
Él volvió con su mujer:
Ella se murió de amor.

Como de bronce candente
Al beso de despedida
Era su frente ¡la frente
Que más he amado en mi vida!

...Se entró de tarde en el río,
La sacó muerta el doctor:
Dicen que murió de frío:
Yo sé que murió de amor.

Allí, en la bóveda helada,
La pusieron en dos bancos:
Besé su mano afilada,
Besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,
Me llamó el enterrador:
¡Nunca más he vuelto a ver
A la que murió de amor!

Versos sencillos

A MANUEL MERCADO

[1878]

Hermano mío.—

Va al fin carta mía de la Habana—;más me valiera ir yo mismo!

El alma se me sale de esta tierra, no sé si porque halla aquí pocas cosas que le halaguen, o porque se avergüenza de sí misma, al no obrar como brava y como buena.—Pero mi mala fortuna, que echó tanto peso humano sobre mis hombros, me defenderá si se me acusa por no haberlo echado, en el gran día triste, lejos de mí.—

Soy, sin embargo, ingrato.—Me rodean solicitudes amorosas; tengo cuanto es menester, nada ha de hacerme falta, en tanto que llega, legalizado a la española, mi título de España:—pero éstas son para mí, si deudas del corazón, comodidades amargas.—Quisiera yo arrancar súbitamente a mi familia de la situación—si no miserable—trabajosa en que hoy la veo;—y crearme pronto una pequeña fortuna para que mi mujer y mi hijo,—porque en Diciembre lo tendré, afrontasen las naturales consecuencias de mi rebelde y duro carácter. ¡Pero es terrible martirio este de ver necesaria una gran obra, sentirse con fuerza para llevarla a cabo, y no poder llevarla!

En cuanto a México; ni mi insistente inquisición ha logrado saber nada de cierto.—Sentí lo de Escobedo, y pensaba al sentirlo más en U. que en él.

Veo que Doña Isabel, ha tomado definitivamente a Granada, y que está U. en camino de ser el último abencerraje.—Esto me preocupa grandemente y quisiera yo para cuando el calor excesivo que en la atmósfera noto, me lleve de nuevo hacia México,

saber y ver que ya Lola no tiene motivo para encerrarse a conversar con el crepúsculo.—

En Ocaranza pensaba hace pocos días.—Si yo pudiera llamarlo, a casa que no es mía, sino ajena,—y él fuera pintor retratista,—yo le hubiera invitado ya a venir.—Job Carrillo vivió, y no vivió mal.—Es lo que aquí, donde el arte no tiene sacerdotes, ni templo, ni concurrentes al templo,—produce algo. Sin embargo,—yo quisiera hacer una tentativa.—Quisiera que me enviase a la Habana, dos cuadritos ligeros, pequeños, donde hubiera—con un pensamiento de los suyos, picaresco y profundo, uno o dos tipos mexicanos:—Cosa de poco trabajo, para ver si consigo que, bien entre amigos míos, bien dándolos al público en casa de Mazón y Valdés, despierten la curiosidad y se inaugure el que pudiera seguir siendo un mercado para este género de cuadros.—Viveza y gracia importan en esto más que conciencia y estudio.—Lo de Lope,—y me duele porque ésta, aunque manchada, es tierra mía: a cada uno ha de hablársele en su lengua.

Lo que sí deseo que no deje de la mano, o de la mente, si no lo ha puesto en obra todavía, es el asunto del prior de Veracruz.—Anda mal mi memoria, y toda clase de penas—menos las de amor—me la traen mal barajada; pero me parece recordar que, en carta mía de Guatemala, le envié copia de unos tenglones del libro de Gage, divertidísimo por cierto que me sugirieron este pensamiento.—Sería un cuadrito que bien pudiera ir a París: intencionado por el asunto,—y—como pocos—ocasionado a multiplicidad y riqueza de detalles. Y a estudios de expresión: ante un prior mundano un neófito candoroso.

Mudar de tierra no quiere decir mudar de alma: sobre todo en mí, que más que de aire, vivo de afectos.

Pasando ríos y durmiendo en chozas, en días tranquilos y en días azarosos,—en todo día y ocasión hablamos de Uds. y como Carmen, si no fuera mi alma esposa, sería mi alma gemela,—la conversación no es más que un solo voto:—;cuándo los volveremos a ver!—;cuándo los veremos venturosos!

Como tengo sobre mí los males de mi pueblo y los míos, y aquéllos tal vez con más gravedad que éstos, déjeme que calle, que importa poco decir lo que se siente, cuando no se puede hacer lo que se debe.—

Vi a Azcárate: vamos por distinto camino.

Carmen no escribe aquí, porque ella está en el Tulipán, delicioso lugar, como una Tacubaya suiza, donde vivimos, y yo escribo en la Habana sobre una mesa que está esperando pleitos.—Tulipán 32 es su casa; pero Industria 122 es más seguro para la dirección de las cartas.

Aquí me solicitan para publicar una Revista: falta hace, y ya le daré cuenta.

Abrace, más de una vez, a todos sus hijos. De su hermana Carmen sepa muchas cosas Lola.—Y U. anime a Ocaranza, y crea que los abrazos de México están todavía calientes para su hermano

J. MARTÍ

Le estimaré que ponga sobre y envíe la carta de Carmen a su hermana Rosa.

A MANUEL MERCADO

Habana, 17 de enero. [1879]

Hermano mío.—

Grandes cosas nos han debido pasar a U. y a mí, para que hayamos estado sin saber el uno del otro tanto tiempo:—cuando, en cuanto a mí al menos, no hacen los días más que realzar ante nuestros ojos la imagen de nuestro más constante amigo.

Yo lo hago a U. ya de vuelta en México, lleno el corazón de leales esperanzas y de rumores de Uruapan.—Yo, ni Uruapan—que ya no lo es mi Cuba,—ni esperanza tengo.—Cuanto predije, está cumplido.—Cuantas desdichas esperé, tantas me afligen.—Primera debilidad, y error grave de mi vida: la vuelta a Cuba.—Hoy, mi pobre Carmen, que tanto lloró por volver, se lamenta de haber llorado tanto.—Nadie quiere convencerse de que prever es ver antes que los demás.—Todo me lo compensan mi mujer heroica, y mi lindísimo hijo bastante bello y bastante pre-
coz—¡mi nube humana de 2 meses!—para consolar todas mis penas.—Pero aquí me veo, sin alegría para el espíritu, queda la pluma y aherrojados los labios, arrastrando difícilmente una vida que se me hace cada día más trabajosa.—Yo no he nacido para vivir en estas tierras. Me hace falta el aite del alma. Hay que refugiarse en la sombra, allí donde está el sol lleno de manchas. ¡La vida española, después de vivir la vida americana! ¡El rebajamiento de los caracteres, después de haber visto tantos bosques y tan grandes ríos! ¡El destierro en la patria, mil veces más amargo para los que como yo, han encontrado una patria en el destierro! Aquí ni hablo, ni escribo, ni fuerzas tengo para pensar.—So pretextos pueriles, me han negado el permiso para ejercer como abogado hasta que venga ratificado mi título de España.—Tengo clases, y ahora corre trámite, con peligro de tener la misma solu-

ción, mi petición de que me habiliten mi título de Filosofía y Letras.—A mí me falta la intrepidez donde no corre aire simpático.—Aquí las exigencias sociales aumentan, y mis medios de vida disminuyen.—Y a mí como a todos.—Aquí todos los ojos están empañados, y no quieren ver las serenas figuras luminosas.—Los graves condenan con su conducta a los no graves.

Nicolás Azcárate, que se halla en su círculo, que tiene la fortuna de hacer vivir en perpetuo sueño a sus cuarenta años, y que aquí encuentra hoy triunfante la solución que durante toda su vida predicó,—me ha buscado con insistencia,—y en mi bufete, que está en su casa, escribo.—Me proponen una Alcaldía Mayor interina, cosa aquí prominente: en quien la propone es bondad, y en quien en mis condiciones la acepte, es villanía.

Yo arrastraré esta vida, hasta que pague las pequeñas deudas que yo, que me espanto de hacerlas, para vivir humildísimamente estos meses he contraído.—Colocaré a mi padre; y apenas reúna lo necesario para pagar mi pasaje a tierras luengas, a otras tierras iré, adonde—digno y fuerte el espíritu, viva yo pobre, pero con el ánimo tranquilo, y me ayuden a trabajar por una tierra que no quiere trabajar hoy por sí misma.—U. habrá leído en mi carta anterior los dolores que, para dar vida a mi hijo, sufrió mi Carmen.—Con gran cuidado la operaron; pero temo que viva por algún tiempo enferma.—Vivimos los tres en entrañable unión. Nada más que nosotros, y algún noble hogar de amigos, nos parece verdad en la tierra.

Alfredo Torroella se me ha estado muriendo en los brazos en estos tres últimos días.—Me tiene moribundo un cariño que parece que data de otra vida.—Hago con él lo que los hombres afectuosos que se mueren, necesitan.—Y lo que conmigo hicieron.—Ayer resucitó, casi sin habla, de un terrible ataque que duró tres días.—Dispuestos estaban ya su entierro, y los honores que el Liceo de Guanabacoa, que hoy renace, y tanto valió en otro tiempo, quiere tributarle.—Por cierto que acabo de leer en los periódicos que la Sección de Literatura del Liceo, a la que perteneció cuento de bueno ha habido y hay en Cuba, me nombra su Secretario.—Para hablar: pero ¡hablar en tierra esclava!—No sabré qué decir, y parecerá que hablo muy mal.—Yo cobraré mis aires, y mis alas. Si no fuera Cuba tan infeliz, querría más a México que a Cuba.—Alfredo, cuya muerte se espera desde

hace un mes a cada instante, me recibió con grandes muestras de gozo,—y ¡extraña y leal memoria! diciéndome cosas exageradas y recitando versos míos.—Y la noche antes había recibido los óleos. Su mujer me ha enseñado lo que sabía yo ya por Lola:—en resignación y en amor, las mujeres mexicanas son hermanas de nuestras cubanas.—Heroicamente le asiste:—los pequeñuelos me atormentan. Cuando deja uno desamparados a sus hijos, debe uno desear llevárselos consigo a la muerte. Es terrible esta deuda no pagada.—

Vivo ahora Industria 115.

Hábleme largamente de todo cuanto U. ame y espere. Dígame si Manuel no ha seguido mis consejos, y si no se siente con ánimos de ir a pisarle los talones al atrevido y afortunado Job Carrillo.—Una vez más, la fortuna ha ayudado al audaz.—Aquí acabo, porque va a venir el que lleva esta carta. Dé un abrazo de Carmen a Lola, béselle la mano en mi nombre, y las mejillas a sus hijos.—Y quisiera siempre a su hermano

J. MARTÍ

A MIGUEL F. VIONDI

Santander, 13 de octubre [1879]

Mi ejemplar amigo:

Llena tengo el alma todavía del hermoso dolor de aquel día último,—y los que allí me acompañaron, a todas partes me acompaña. Pero no quiero hablarle de esto. Ni escribir quiero mis memorias,—porque hasta las que escribo me hacen falta para calentarme el alma en tanta soledad:—¡mi mujer y mi hijo! ¡Si vieras U. qué tristemente me hablan desde mi corazón!—

Y nada aún sé de mí. No pudo serme menos desagradable la navegación. Del Capitán, hombre entero y simpático; del Sobrecargo Leandro Viniegra, generoso espíritu venido a este empleo después de recias tormentas en la vida,—recibí incesantes y no comunes muestras de celosa consideración. Digo esto, porque me complace tener que agradecer. Por muy lisonjera para mí, no le envío la bella y entusiasta carta con que me dijo adiós en nuestro último día de mar el Sobrecargo.—Tres cubanos, Roa—con su fielísima memoria de cosas pasadas y su leal conducta para conmigo,—un joven Ojea y Cárdenas, bueno y fiel, y Luis Díaz, un estimable y juicioso matancero, fueron mis únicos compañeros de viaje. En la cárcel, sin cesar los vi a mi lado.—Hoy, al fin, luego de haber demorado dos días su viaje en espera de resolución de Madrid sobre mí,—se han ido los tres.—Muy especialmente se ocuparon a bordo de evitarme impresiones penosas,—que para mí no lo hubieran sido,—y no lo fueron—al llegar a tierra.—Solícitado desde el primer instante en que el vapor que traía a médicos y carabineros atracó junto al nuestro, por un Inspector de Policía,—fui llevado a la casa del Gobernador.—Creo que anduve perplejo; pero, si bien recomendándome especialmente, me envió a la Cárcel.—Tuve dentro de ella, por bondades del curioso Al-

caide, cuanto bienestar y libertad eran posibles.—Estuviera aún allí, y lo daría por bien empleado, porque así pude conocer a tres infelices cubanos enviados a Sancti Spíritus en silencio por el vapor anterior,—y aliviar en algo su mala fortuna.—Dignos, puros y fuertes.—Ya no tienen frío.

Debo mi libertad, amigo mío, a un hombre generoso. Grandes cosas estoy obligado a hacer, puesto que grandes bondades tengo que pagar. Cuando me quedé solo,—cuando ya no alcanzaba a ver a aquel generoso bote, cargado de almas virtuosas, vi cerca de mí a un anciano, de mirada tiernísima y manso aspecto,—y dije, señalándolo a los que estaban a mi lado:—«Aquel hombre debe tener un alma evangélica».—A ese hombre debo hoy mi libertad: Ladislao Setién se llama, y es diputado a Cortes por Laredo, un distrito de esta provincia.—

Luego de embarcados, apenas nos saludamos Setién y yo:—formaba él en grupo distinto.—Pero no bien, al llegar a Santander, me supo preso, vino a saludarme conmovido.—Me ofreció sus servicios: como yo debía olvidarme de su oferta, la agradecí y la olvidé.—Y a los dos días, con el noble Setién entraba en la Cárcel la orden de mi libertad bajo fianza.—Él era mi fiador. Vea U. qué alma.—Saludos nos habíamos cruzado. Eso hacía él.—

Sombrías ideas tenía en la Cárcel, por el dolor que mi prisión habría causado a Carmen. En lo que a ella la aliviará de pesadumbre, he estimado mi libertad.—¿Por qué inspiré al admirable Setién tan súbito afecto y tan completa confianza? Porque vengo todo lleno de las noblezas que para mí tuvieron mis amigos.—En Santander, por especiales razones, y por los numerosos comentarios a que ha dado origen mi llegada, sube de punto la hermosa acción de este hombre bueno, con tan sencilla grandeza realizada. Para agradecerlo, veo grande el caso.—Para gozarlo, pequeño.—¿Qué me importan a mí ahora lóbregas paredes, o cielo azul? ¿No es todo cárcel?

Un deber me imponía la orden, y de él he sido cortésmente relevado por el Secretario de Gobierno: el de presentarme diariamente a la Secretaría.—De ella me notificarán lo que de Madrid se resuelva. Espero que se ordene mi conducción a Madrid. Y espero verme preso en Madrid,—porque no he querido que varias personas—importante alguno—que a ello se me han ofrecido aquí, escriban sobre el acuerdo que respecto a mí se tome. Ni he es-

critó nada a nadie acerca de mi llegada y situación.—La honra, íntegra.

Por U. como por mí, deseo ir pronto a Madrid; por enterat minuciosamente a Martos,—si bien anda Martos ahora en gravísimos quehaceres políticos—de todo lo que a Dña. Dolores se refiere,—y de la honrada y briosa campaña que ha abierto U. en el pleito.—A muy recios combates me obliga ahora mi varia fortuna; pero nunca olvidaré aquellos días de animado bufete, ni las heridas que U. me curó, ni la fortaleza que U. me reanimó, ni aquella unión entrañable —no en mí perecedera— en que vivimos. Sean para U., como para mí, los días que pasan obligaciones nuevas de cariño!—Ayer vi un encantador sombrero blanco. Pensé en Julita. Y en mi hijo.—

Perdón por esta larga carta, en gracia de ser la primera que desde España escribo. Muy agitado para comenzar escribiendo a Carmen, he querido verter antes en quien tan buen derecho tiene a él, este exceso de íntima confidencia en que rebosa ahora mi alma. No juzgue U. de mi espíritu por esta carta extraña:—tengo las ideas tardas y confusas. Aunque si estoy allí, ¿cómo he de hallarme aquí?—¿Por qué se han de escribir esperanzas ni dolores, más grandes siempre que la forma en que han de ser escritas?

A Alberto, esa alma rica,—al leal Carlitos,—al fidelísimo Lladó,—al hidalgo Ramírez,—al generoso Menocal,—al buen Valle,—dígáles, con mi promesa de escribirles, que soy tan parco en contraer amistades nuevas, como orgulloso y celoso de las viejas.

A Javier y a sus hijos, cariñosos saludos.

A Hortensia, plácemes por su marido.—Y un pensamiento para su hijo nuevo.

A Suzarte, a Gómez, a Carrillo, a Agramonte, al buen Matamoros, a aquellos con quienes me obliga amistad más íntima o especial gratitud, escribiré por el vapor del 20.—

¿No hice mal en lo de Arístides Fernández? Me ha traído esto todo el viaje caviloso, si lo hubiera rechazado, ante él mismo, ¿no lo habría ofendido?—Lo recuerdo muy cariñosamente. Ruéguele que le diga a Bolívar cuán atento ha sido aquí para conmigo el Dr. Maza.—

He de presentarle a un noble hombre: a Viniegra.

Y a U. ¿qué he de decirle sino llamarle hermano?—Sienta U. tan vivamente como yo este placer de ser querido.—Escríbame a Madrid, a la lista del correo.—Y aunque yo no quiero que U. sufra nunca.—Ojalá que sufra U. alguna vez, y entonces, acuérdate de mí!—

JOSÉ MARTÍ

A MIGUEL F. VIONDI

Madrid, 28 de noviembre [1879]

Amigo mío:

Todavía ando por Madrid, viendo de paso cómo se matan albañiles, no encuentran padrinos los caballeros en plaza para las corridas de toros, moja la lluvia tenaz las banderolas;—y el público silencioso y las airadas nubes reciben con visible ceño el dispendioso enlace del Rey. Viéndola tan pronto olvidada, se comienza a querer a aquella mísera y lánguida Mercedes. Por estas bodas se han suspendido los tajos y mandobles que con indecible furia se venían asestando—y diz que continúan asestándoselos en la sombra—los diputados de la mayoría,—recortando con singular esmero los nonnatos proyectos de reformas. Por cierto que, llevado de la curiosidad de oír a Martos, fui a la sesión última de Cortes. Y no me pareció Martos en la tribuna aquel político eminente, ni orador extremado que nos pintan. Confirmé de hombre lo que de niño pensé de él. Considerables dotes, sin ser tantas ni tales, como las que por su renombre hay derecho a esperar de él. No siempre la palabra obedece a sus propósitos. Imaginarías que habla, y suele no imaginar completamente. Acierta con una levantada idea, comienza a darle feliz forma y vehemente expresión,—y desmayado al punto, como si la fantasía y fuerza oratoria no llegaran a donde llegó el intento, debilita y diluye el hermoso párrafo. Pero es hábil, enérgico y cortés.

Mas, dejando de ajeno pleito vengamos al nuestro. Hablé con Martos, y duró dos horas la entrevista, sin que mis esfuerzos bastaran a llevar la plática a mi único objeto.—Empeñadísimo estaba en oír de mí cosas de otro género,—y aunque en su discurso no aparecen, vigorosamente las dijo,—tales como en su ánimo las dejé; de tal manera que en algunas me veía yo en ellas.—Mas

como la justicia es buena para echar a hurtadillas,—y no es bueno esto de dejarse llevar por súbitos arranques generosos,—entre amigos y adversarios lavaron de toda mancha de bondad, como si lavaran delitos graves—el discurso del orador demócrata.—No acabé, sin embargo, aquella entrevista, sin decirle algo de lo que más interesa a Doña Dolores en este instante. Y quedamos en que yo haría—como he hecho ya—breve historia de los accidentes que a pesar de los datos aquí enviados, ellos casi en absoluto desconocen.—Con razón no se explicaban las ejecuciones, ni el curso, como no se habían explicado antes la transacción.—Mas, propuesta la dificultad, no apunta aquí idea alguna rápidamente salvadora,—ni nadie haría, ni pensaría, ni imaginaría más de lo que Vd. ha hecho.—A ínfimos y pobres recursos imaginaban acudir. Como a la restitución *in integrum*. Como si siempre no hubiera tiempo para ella, y evitase ahora el próximo peligro. Debe esperarse en cambio ferventísimo apoyo del generoso y activo Ríos Portilla, cuya influencia moverá siempre con éxito a Martos. Pero aquí no harán más que terminar felizmente lo que allá Vd. inició.—Es Vd. ya curador! ¿Ha abierto Vd. ya brecha en el concurso? ¿Será tan fácil la admisión en definitiva como la admisión en forma de las tercerías? Bien explicado y consentido queda, no había otra manera de interrumpir los remates.—Se pensaba aquí más en la cuestión general, que en cuestión urgente hoy y concreta. A esto tiendo en mi informe:—a que auxilien a Vd. para obtener la paralización del concurso, y de las ejecuciones, si algo por hacer en ellas queda.—

Yo di en cama con este pobre cuerpo, que sin las almas que me lo animaban,—anda enfermo y ebrio.—En cama me vio Aurelio (Mitjans) que no ha vuelto a verme. Y en cama estuve hasta antier. Por lo que no he llevado aún a Ríos Portilla el extracto ofrecido.—Gran serenata han dado sus amigos al buen Don Facundo.—Y cariñosos recuerdos míos dará Vd. al batallador Fernández y al sincero Bolívar.

He tenido pena verdadera en no poder ver a Ojeda que allá ha de ver a Vd.—y en no enviarle por él, como pensaba, carta mía. Y con mis propias palabras, más de mi espíritu.—Pero yo estaba en cama. Es cosa de huir de sí mismo ésta de no tener ni suelo propio en que vivir, ni cabeza de hijo que besar.—Con vivísima ansia espero la carta que, de Vd. a mí, debe hoy llegar.—De

los suyos me hablará y de los míos.—Y ya, tomadas en cuanto a mí las naturales resoluciones, sólo en este inmenso goce pienso: en el de saber, por mi generoso amigo, qué será de los que con mi alma viven.

Por este correo escribo a Matamoros y a Carrillo, y, de tener tiempo, a Carlitos y a Lladó.—A cuantos le pregunten por mí—diga Vd. que le recuerdo especialmente, y dirá la verdad, que Vd. sabe que yo pago bien mis deudas del alma.—Y si no en ese instante, de fijo que, acá en mis soledades, los recuerdos a todos.

Y ¿el nuevo hijo? ¿Ha llevado al bufete el pan provisional, convertido en pleitos?—¿Es varón, y se parece a Hortensia? Porque es justo que Hortensia se vengue de Vd., por cuanto le hurtó de ella su Julia.—¿Me perdonará Menocal? ¿Me habrá perdonado Riverón? Por lo menos, en cuanto a corazón, éste es dinero a ré-dito.

Contra gusto de Vd. y mi propósito, las cartas salen largas,—y las cartas suelen ser raras:—ni se sabe a cuánto alcanzarán; ni, a las veces, de donde saldrán.—Para callados son los mejores afectos: así calla aquí el que le tiene su amigo,

MARTÍ

A MIGUEL F. VIONDI

Nueva York, 8 de enero de 1880

Mi silencioso amigo—a quien me complazco en creer involuntariamente silencioso:—tal vez no esperaba recibir Vd. desde estas tierras carta mía. Esta manía de viajar es ocasionada a dar sorpresas. El día 18 de diciembre conocí a Sarah Bernhardt en la fiesta del Hipódromo en París—y de la fiesta le envío a Vd. un curioso recuerdo, muy celebrado;—y sentí helada la médula de los huesos, pero caliente el corazón;—y desde el 3 de enero anda por estas limpias calles, en un invierno que parece primavera, con las carnes sanas y los huesos fuertes;—pero con el corazón muy bien—y muy en lo hondo—herido:—¡por la mano más blanca que he calentado con la mía!—¡Ea! Serán nubes de enero, que pasan con febrero. Ni ¿qué derecho tiene un hombre a ser feliz? Lo cual no amenga mi fuerza,—antes la templa mejor y la prepara. Las penas tienen eso de bueno: fortifican.

Nada más he de decirle para justificar una demanda que en esta carta le hago, sino que en estos instantes se juega la felicidad de toda mi existencia, y que Vd. ha de ayudarme con un pequeño servicio a ganar esta terrible partida. Yo creí poder llamar a mi lado a mi mujer para abril, luego de haber echado alguna raíz en esta tierra,—y me veo, con razón muy sobrada, obligado a hacerla venir sin demora alguna. Aquí vislumbro campo, y viviré. Intentaré todo lo honrado, y me ayudarán de buena voluntad. ¿Cuál no será mi pena, cuando aun antes de hallar trabajo, y en la lucha natural de no hallarlo conforme a mis necesidades,—envío a buscar a mi mujer?—y ni puedo ni quiero dejar de enviar a buscarla!—«Y ¿cómo ha podido Vd.—bolsa en ruiñas—hacer esta maravilla?», me dirá Vd.—Allá le va el billete de pasaje de la Habana a Nueva York.—Y Vd., amigo mío, como favor único, a pedir el cual—después de tantos otros inolvidables, sólo me creo autorizado por mi presente y honda angustia ¿podrá

enviar a mi mujer por el primer vapor que luego de recibida esta carta, salga para Puerto Príncipe,—cuatro onzas en oro?—O, si fuese para Vd. sacrificio demasiado grande ¿podrá enviarle al menos, el precio de su pasaje del Príncipe a la Habana,—y en la Habana recibirla,—y hacer que alguna persona que no sea Vd. me la acompañe en los instantes del embarque? Jamás tan pavorosa pena hizo tan gran estrago en mi agitada vida.—¿A qué hablarle de mi amargura, al tener que quebrar mis hábitos,—y pedir a Vd. este servicio de dinero? ¿A qué encomiarle más la urgencia del caso, si se lo pido?—No hablo a Carmen de mi verdadera situación, ni deseo que le hable Vd. de ella en la Habana,—porque espero tenerla en parte conjurada, y porque deseo que nada estorbe el logro de la resolución que he tomado. ¿Bastará mi energía para abrirme un humilde hueco en esta tierra? En mi fortaleza y en mi voluntad espero. Pero los brazos se mueven mal, y caen perezosos a los lados, cuando no los dirige un espíritu tranquilo. Y el mío, bajo aparentes sonrisas, anda ahora airado: ¡nubes de enero!

Lo de mi padre, cada día más enfermo, me tiene loco.—¡Ah, terrible deber! ¡Ah, pobre viejo!—¡Y yo más pobre!

Aquí he visto a R. Fans, que espera de Vd. maravillas para el vencimiento del plazo.—De lo de la Mitjans, ya habrán recibido en la Habana,—con el telegrama del Supremo,—el texto íntegro de la resolución. Excuso decirle—porque Vd. lo supone—la natural parte que tomé con Ríos Portilla, el único activo, en poner cima a este empeño.—Y ¿a qué magistrado nombramos?—me dijo Ríos. Y me di a buscar, entre gente del oficio, y de fuera de él.—Todos tenían tacha en el concepto de todos, excepto Peláez del Pozo, por todos recomendado como austero e íntegro. Y lancé su nombre, a punto que el hermano de Bolívar—a quien estrechará Vd. la mano en mi nombre,—se lo recomendaba también a Ríos.—Y ése fue el nombrado,—¡Ah! un viaje a España al comenzar el pleito,—¡y ni vega ni casa se rematan! Pero ¡quién habría de sospechar una pereza tan culpable!—Porque todo estaba de antemano concedido,—y han tardado 6 meses en pedirlo.

A no tener mi espíritu tan seriamente sacudido, hubiera escrito a Cheito, a quien viva y profundamente estimo. No le diga Vd. esto, puesto que quiero que le diga otra cosa. En la Habana está Néstor Ponce, que ha de volver.—Una imprenta amiga puede

ser para mí un gran recurso. Puedo ser en ella, para abrigar del frío a mi pequeñuelo, desde corrector de pruebas hasta autor de libros.—Y pienso seriamente en unos sobre América, biográficos, históricos y artísticos, para todos interesantes, por todos entendibles,—libros pequeños, amenos, cómodos y baratos.—Desearía yo que Cheito hablase a Ponce de mí,—y si a su juicio tengo aptitudes útiles, se las recomiende tan eficazmente que pudiera ser ésta para mí una vía cierta de trabajo.—En el Almanaque de México de 1879, anda un juicio sobre mí como hombre de imprenta.—Vea Vd. que me recomiendo a mí mismo,—y que me voy haciendo americano.—¿Ve Vd. amigo mío, la sonrisa debajo de la cual anda airado el espíritu? De manera, que yo espero en Vd.—para reconquistar mi calma. Que Vd. me atenderá a Carmen. Que Vd. me guardará hasta que ella venga un abriguito y un sombrero que envío a mi hijo:—gasto en salvas de amor mis últimos cartuchos.—Y que, como mi regalo de año nuevo, me enviará Vd. una palabra por telégrafo, para apaciguar mi fiera inquietud, tan pronto como Vd. sepa que Carmen sale del Príncipe, con esta dirección, y con esta única palabra:—Va.—Sr. Manuel Mantilla.—51 East. 29 Street. Y la carta así, con mi nombre en un sobre interior.—De Hortensia, de Julia y de Sofía, y de Vd. hablo todos los días en casa de Ángela Castillo.—¡Y digo tales cosas!—Un abrazo a Carlitos, y otro a Lladó. ¿Me contestará Vd. pronto?

Perdóneme esta carta larga. Es necesaria.

J. M.

La dirección de Carmen—Calle de San Francisco 9.

A MIGUEL F. VIONDI

N. Y., 24 de abril, 80

Amigo mío:

Escribí a Vd. tan de ligero por el correo pasado, que tengo miedo de que imagine Vd. que no tenía más cosas que aquellas que decirle.—De vapores del alma y decaimientos del cuerpo, le contaría muchas,—pero ni éstos me afligen, ni aquélla ha de debilitárseme jamás.—Tengo pensado escribir, para cuando me vaya sintiendo escaso de vida, un libro que así ha de llamarse: *El concepto de la vida*. Examinaré en él esa vida falsa que las convenciones humanas ponen en frente de nuestra verdadera naturaleza, torciéndola y afeándola,—y ese cortejo de ansias y pasiones, vien-
tos del alma.—Digo esto porque me preparaba ya a escribirlo.—Pero puede ser que la alegría que el resultado de labores de más activo género ha de causarme, y me causa,—y esa sabia casualidad que le hace a uno vivir hasta que deja de ser capitalmente útil, me llenen de aire nuevo los pulmones y me limpien las venas obstruidas de mi corazón.—En tanto, caben en él los mismos vivísimos afectos, y vehementes gratitudes que Vd. le ha conocido.—Carmen me fue mensajera de cariños de Vd.—y de bondades suyas.—Éstas vinieron a hacerme más llevaderas las amarguras de una existencia seriamente difícil, donde—llena la mente de fieras ideas que perturban; y el día de graves y generales quehaceres,—tengo, sin embargo, que distraer todas mis pobres fuerzas, y buscar modo de emplearlas para mi propia vida en un mundo, y contra un mundo, completamente nuevo.—No es esto lo que me debilita. La herida me viene de la soledad que sentí. No la siento ya ahora,—pero las raíces, aun luego de bien arrancadas, dejan largo tiempo su huella en la tierra.

Yo temo siempre que no me quieran bien. Por cariño le callé mi cariño en el mes que siguió a la llegada de Carmen.—Y cuando me creía ya olvidado, y me preparaba a enojarme, una linda criatura, América Goicuría, me dijo que Vd. se acordaba de mí.—No es detalle perdible, éste de recibir un recado de amistad de labios que de seguro no han de expresarla mal.—Las frases quedan flojas cuando no son completas.

Me ve frecuentemente Gustavo Varona; por Vd. le envío a Javier buenas memorias, y aunque Vd. se me resista a dárselas,—le envío también buenas nuevas. Estoy, en esto, contento. Es admirable el poder de la voluntad—tenaz y honrada—Vd. sabe que, por imaginativo y exaltable que yo sea, he sufrido y pensado bastante para que en mi corazón no quepa gozo que mi razón no crea completamente justo. Lo imposible, es posible.—Los locos, somos cuerdos.—Aunque yo, amigo mío, no cobijaré mi casa con las ramas del árbol que siembro.

¡Si me viera Vd. luchando por dominar este hermoso y rebelde inglés!—Tres o cuatro meses más y haré camino.—En tanto, hay Abraham que mata,—pero tanto pienso y me debato que espero que haya también Dios que provea.—Néstor no está en vena, ni en capacidad pecuniaria, de publicaciones.—Appleton está en Francia, y quien le representa, es hurao y celoso.—Los de Frank Leslie andan en pleitos terribles: eran mis más naturales apoyos. Me busco otros.—No sé cómo se puede, con estos dolores sentados a la mesa y acostados en la cama, tener la mente libre para cosas más altas.

¡Qué ingrato he sido para Menocal—para Lladó—para cuantos me quieren bien! Pero la pluma es una esclavitud,—y, aunque parezca pueril, sufro por tener que escribir más con la pluma lo que con mi pensamiento agradecido escribo bien. Estas cartas no escritas deben haber llegado a ellos—si tienen alma fiel. De querer, podré dejar.—De agradecer, no dejaré jamás.—Es tal vez la alegría más grande que me llevaré de la tierra: la bondad de los hombres.

N. Ponce me enseñó una semblanza mía en la *Revista Económica*:—traigo demasiado preocupado a ese caballero.—Por mi parte, pongo más atención a mis obras que a mis discursos.—Aquí estuvo Valle, muy cariñoso para mí. Yo le pedí diarios—y me vienen—y siento que me vengan por otras manos que por las de

Vd.—Yo supongo que Vd. comprará los libros que allí vayan saliendo;—y no sé si me querrá aún bastante para enviarme o para hacer que Lladó me envíe, luego que Vd. los lea.—*Gottschalk*—Los versos de Tejera,—«Arpas Amigas»—y «La Revista de Cuba».

Escribo a Arístides. Envío un beso de mi hijo para el de Vd.;—cariños de Carmen para Hortensia.—Mis a todos.—A Carlitos Font.—Y a su perezoso, pero leal amigo Viondi;—la intimación—tal vez para él poco imponente—de no escribirle hasta que no me escriba.

MARTÍ

51 East 29 St.

Si reúne Vd. las «Revistas de Cuba» pasadas,—y hace Vd. que se las entreguen al señor Higueras,—Sol 26—para mí—se lo estimaré mucho.

A MANUEL MERCADO

New York—6 de mayo. [1880]

Hermano mío.—

Ni un instante hago esperar mi carta; me dio tanto placer la suya, que le envío lo que me queda de alma en ésta. Guárde-mela—que pasaré por México a emplearla entera en beneficio de mi patria.—¡Qué alegría, si así pudiera hacerlo! No sé si me darán tiempo los urgentes quehaceres de estos revueltos asuntos nuestros, o esta salud mía, que juzgo ya perdida para siempre.

Desde que dejé de verles, no ha habido día que no haya sido para mí señalado por un recio combate interior: ¿a qué contárselos? A U., no los hubiera callado; pero, como no han tenido más compañeros que mi sigilo, se han cansado de ser tantos, y comienzan a serme huéspedes molestos en el corazón.—Me obligan ya a cura,—y aunque no creo que sea lo que yo tengo cosa grave, creo sí que un espíritu tan exaltable y lastimable no ha debido sufrir en vano tan rudos choques.—Es una forma de la desventura, venir a la vida con todas las condiciones necesarias para salirse de ella.—Aquí estoy ahora, empujado por los sucesos, dirigiendo en esta afligida emigración nuestro nuevo movimiento revolucionario. Sólo los primeros que siegan, siegan flores. Por fortuna, yo entro en esta campaña sin más gozo que el árido de cumplir la tarea más útil, elevada y difícil que se ha ofrecido a mis ojos. Me siento aún con fuerzas para ella, y la he emprendido.—Creo que es una deserción en la vida, penable como la de un soldado en campaña, la de consagrarse—por el propio provecho—sus fuerzas a algo menos grave que aquello de lo cual son capaces. Poseer algo no es más que el deber de emplearlo bien.—

Carmen y mi hijo están a mi lado. Carmen no comparte, con estos juicios del presente que no siempre alcanzan a lo futuro, mi devoción a mis tareas de hoy. Pero compensa estas pequeñas injusticias con su cariño siempre tierno y con una exquisita consagración a esta delicada criatura que nuestra buena fortuna nos dio por hijo. Apenas entre el verano, le enviaremos su retrato. No tiene esas prematureces portentosas que hacen las delicias de los padres vulgares. Sabrá sufrir, sabrá pensar y sabrá amar. Saber sufrir es lo que más importa—aunque se muera de esto. Tiene ojos profundos y frente ancha. Pero es, blando y sencillo, como a sus meses toca. Regaño a Carmen porque ha dejado de ser mi mujer por ser su madre.—En cuanto a la mía, ella, como tantos otros, cree que obro impulsado por ciegos entusiasmos o por no-velescos apetitos; se me reprocha que haga en prosa lo que se me tenía por bello cuando lo decía en verso.—Yo no entiendo estas diferencias entre las promesas de la imaginación y los actos del carácter.—Hago tristemente, sin gozo ni esperanza alguna, lo que creo que es honrado en mí y útil para los demás que yo haga. Fuerzas quiero,—que no premio, para acabar esta tarea. Sé de antemano que rara vez cobijan las ramas de un árbol la casa de aquél que lo siembra.

U. me habla de mí,—y no de sus hijos.—Ayer antes de recibir su carta, que me ha dado, a pesar de cierto tinte pardo que la envuelve, un día de fiesta,—ayer hablaba yo de los crepúsculos de Lola.—Ellos han sido siempre mis invencibles enemigos. Ruéguele que no cargue demasiado con reflexiones,—sobre amargas, generalmente inútiles—estos sucesos de la vida que vienen siempre sobre nosotros a su antojo,—sin que esas meditaciones heladoras los detengan y los aparten de nuestro camino.—Amar sobre todo,—confiar y desconfiar: ésa es tal vez la verdadera vía de vida.—Encerrarse con su pena, no es más que hacerla mayor, por nuestra presencia en ella.—Ni qué pena real puede caber en alma tan hermosa, tan preocupada siempre, para remediarlo, del mal ajeno,—tan discreta y tan inteligente dispensadora de bondades?—Dígale que no haga a Manuelito, con su ejemplo, grave. El hombre debe ser león, y la mujer—pájaro mosca.

Me entristece lo que me dice de Ocaranza. ¡Con qué gozo supe aquí de un lindo cuadro suyo, de que me habló Alamilla! Él no quiso hacer nunca aquél del fraile.—Dígale que espero, para cuan-

do esté bueno, porque ha de estarlo, carta suya donde me detalle cuanto ha hecho y piense hacer—que de fijo serán dignos de aquel húmedo y admirable cráneo de Montes de Oca. Aquel paisajito suyo, aquel pequeño Chapultepec—tan magistral y brevemente tocado me acompaña—y me lo celebran mucho.—En un cuadro conservo—como estupenda maravilla—el primer peso que gané en New York—como crítico de arte.

Hábleme de la majestuosa Luisa,—y de la menuda Alicia,—y de su gordo pequeñuelo.

No crea que ésta es mi carta,—porque no se parece a la que yo le debo; pero salgo de Clubs para entrar en claves y cifras,—y la escribo, a vuelta pluma y de pasada y tal vez,—yo también, aunque sin derecho a repetirlo, «con el pie en el estribo».—

Pienso vencerme una vez más.—Y no quedarme ya sin cartas tuyas. Escríbame a 29 Street, 51 East.—New York.

Abraza a Sánchez Solís, a Peón y a Heberto.—Y créame: el silencio aumenta el cariño.—

Bese a sus hijos, y quiera a

J. MARTÍ

Carmen iba a escribir a Lola. No me queda tiempo para esperar su carta.—Le envía un abrazo.

A SU HERMANA AMELIA

[Nueva York, 1880]

Tengo delante de mí, mi hermosa Amelia, como una joya rara y de luz blanda y pura, tu cariñosa carta. Ahí está tu alma sencilla, sin mancha, sin locas impaciencias. Ahí está tu espíritu tierno, que rebosa de ti como la esencia de las primeras flores de mayo. Por eso quiero yo que te guardes de vientos violentos y traidores, y te escondas en ti a verlos pasar: que como las aves de rapiña por los aires, andan los vientos por la tierra en busca de la esencia de las flores. Toda la felicidad de la vida, Amelia, está en no confundir el ansia de amor que se siente a tus años con ese amor soberano, hondo y dominador que no florece en el alma sino después del largo examen, detenidísimo conocimiento, y fiel y prolongada compañía de la criatura en quien el amor ha de ponerse. Hay en nuestra tierra una desastrosa costumbre de confundir la simpatía amorosa con el cariño decisivo e incambiable que lleva a un matrimonio que no se rompe, ni en las tierras donde esto se puede, sino rompiendo el corazón de los amantes desunidos. Y en vez de ponerse el hombre y la mujer que se sienten acercados por una simpatía agradable, nacida a veces de la prisa que tiene el alma en flor por darse al viento, y no de que otro nos inspire amor, sino del deseo que tenemos nosotros de sentirlo;—en vez de ponerse doncel y doncella como a prueba, confesándose su mutua simpatía y distinguiéndola del amor que ha de ser cosa distinta, y viene luego, y a veces no nace, ni tiene ocasión de nacer, sino después del matrimonio, se obligan las dos criaturas desconocidas a un afecto que no puede haber brotado sino de conocerse íntimamente.—Empiezan las relaciones de amor en nuestra tierra por donde debieran terminar.—Una mujer de alma severa e inteligencia justa debe distinguir entre el placer íntimo y vivo, que semeja el amor sin serlo, sentido al

ver a un hombre que es en apariencia digno de ser estimado,—y ese otro amor definitivo y grandioso, que, como es el apagamiento inefable de un espíritu a otro, no puede nacer sino de la seguridad de que el espíritu al que el nuestro se une tiene derecho, por su fidelidad, por su hermosura, por su delicadeza, a esta consagración tierna y valerosa que ha de durar toda la vida.—Ve que soy un excelente médico de almas, y te juro, por la cabecita de mi hijo, que eso que te digo es un código de ventura, y que quien olvide mi código no será venturoso. He visto mucho en lo hondo de los demás, y mucho en lo hondo de mí mismo. Aprovecha mis lecciones. No creas, mi hermana Amelia, en que los cariños que se pintan en las novelas vulgares, y apenas hay novela que no lo sea, por escritores que escriben novelas porque no son capaces de escribir cosas más altas—copian realmente la vida, ni son ley de ella. Una mujer joven que ve escrito que el amor de todas las heroínas de sus libros, o el de sus amigas que los han leído como ella, empieza a modo de relámpago, con un poder devastador y eléctrico—supone, cuando siente la primera dulce simpatía amorosa, que le tocó su vez en el juego humano, y que su afecto ha de tener las mismas formas, rapidez e intensidad de esos afectillos de librejos, escritos—créemelo Amelia—por gentes incapaces de poner remedio a las tremendas amarguras que origina su modo convencional e irreflexivo de describir pasiones que no existen, o existen de una manera diferente de aquella con que las describen. ¿Tú ves un árbol? ¿Tú ves cuánto tarda en colgar la naranja dorada, o la granada roja, de la rama gruesa? Pues, ahondando en la vida, se ve que todo sigue el mismo proceso. El amor, como el árbol, ha de pasar de semilla a arbolillo, a flor, y a fruto.—Cuéntame Amelia mía, cuanto pase en tu alma. Y dime de todos los lobos que pasen a tu puerta; y de todos los vientos que anden en busca de perfume. Y ayúdate de mí para ser venturosa, que yo no puedo ser feliz, pero sé la manera de hacer feliz a los otros.

No creas que aquí acabo mi carta. Es que hacía tiempo que quería decirte eso, y he empezado por decírtelo.—De mí, te hablaré otro jueves.—Es éste sólo he de decirte que ando como piloto de mí mismo, haciendo frente a todos los vientos de la vida, y sacando a flote un noble y hermoso barco, tan trabajado ya de viajar, que va haciendo agua.—A papá que te explique

esto que él es un valeroso marino.—Tú no sabes, Amelia mía, toda la veneración y respeto tiernísimo que merece nuestro padre. Allí donde lo ves, lleno de vejeces y caprichos, es un hombre de una virtud extraordinaria. Ahora que vivo, ahora sé todo el valor de su energía y todos los raros y excelsos méritos de su naturaleza pura y franca. Piensa en lo que te digo. No se paren en detalles, hechos para ojos pequeños. Ese anciano es una magnífica figura. Endúlcenle la vida. Sonrían de sus vejeces. Él nunca ha sido viejo para amar.

Ahora, adiós de veras.

Escríbeme sin tasa y sin estudio, que yo no soy tu censor, ni tu examinador, sino tu hermano. Un pliego de letra desordenada y renglones mal hechos, donde yo sienta palpitarte tu corazón y te oiga hablar sin reparos ni miedos—me parecerá más bella que una carta esmerada, escrita con el temor de parecerme mal. —Ves el cariño es la más correcta y elocuente de todas las gramáticas. Dí ¡ternura! y ya eres una mujer elocuentísima.

Nadie te ha dado nunca mejor abrazo que éste que te mando.
¡Que no tarde el tuyo!

Tu hermano

J. MARTÍ

III. HACIA UNA PLENITUD

UN VIAJE A VENEZUELA

Los países de la América del Sur.—El viaje.—Una colonia holandesa.—Puerto Cabello.—La Guaira.—Carecas.—La ciudad, sus habitantes y sus particularidades.—El Carnaval.—La Semana Santa.—La Plaza Bolívar.—

Ellos abandonan a Francia y se vuelven hacia los Estados Unidos.

Mientras atravesábamos, como pueblo feliz, la tierra misteriosa, hay muy cerca de nosotros pueblos nacientes que se trazan penosamente una vía en la historia humana, que luchan valientes y oscuramente para abrirse un camino entre las ruinas que obstruyen a sus viejas ciudades y a sus incultas campiñas.—La Biblia dijo la verdad: son los hijos quienes pagan los pecados de los padres:—son las Repúblicas de la América del Sur las que pagan los pecados de los españoles.

Cuando se ven a tantos hermosos países amenazados, como lo están siempre, por naciones avaras, roídos por sus odios domésticos, buscando, con esfuerzos desesperados, un modo de satisfacer su amor al lujo, entre sus indígenas que temen a los blancos, sus aristócratas que aborrecen a los negros, sus aldeanos que no trabajan por miedo de ver sus campos arrasados por las revoluciones, sus hombres brillantes envilecidos por la necesidad de vender a los afortunados triunfadores su talento y su honor;—cuando se ve, a pesar de todo, crecer a esos pueblos, y aspirar a la vida, y pedir en su hermoso idioma español, con su fogosa e inagotable elocuencia, su puesto en el concierto de los grandes pueblos,—se siente uno conmovido por la suerte de esos valientes luchadores que no han recibido de sus padres más que la ignorancia, los odios intestinos, el amor a la holganza, y las preocupaciones, madres fecundas de toda guerra permanente y de toda incurable miseria.—Esos pueblos tienen una cabeza de gigante y un corazón de héroes en un cuerpo de hormiga loca. Habrá que temerles, por la abundancia y el vigor de sus talentos, cuando se hayan desarolla-

do, aunque se nutren de ideas tan grandiosas, tan sencillas y tan humanas que no habrá motivo de temor: es precisamente porque se han consagrado, confusa y aisladamente, a las grandes ideas del próximo siglo, que no saben cómo vivir en el presente. Todo en ellos es prematuro y precoz—tanto los frutos como los hombres.—Los ideales más generosos, los sueños más puros ocupan en ellos sus largas noches de estudiante, sus días de hombre maduro. Criados como parisenses, se ahogan en su país: no sabrían vivir bien más que en París. Son plantas exóticas en su propio suelo: lo cual es una desgracia. No es preciso haber comido la ensalada negra de los espartanos para admirar a Leónidas. Cuando el pueblo en que se ha nacido no está al nivel de la época en que vive, es preciso ser a la vez el hombre de su época y el de su pueblo, pero hay que ser ante todo el hombre de su pueblo.

Hay por suerte un equilibrio perpetuo tanto en la naturaleza de los pueblos como en la de los hombres. La fuerza de la pasión está contrapesada por la fuerza del interés. Un apetito insaciable de gloria lleva a los hombres al sacrificio y a la muerte, pero un instinto innato los lleva al ahorro y a la vida. La nación que descuida una de esas fuerzas, muere. Hay que guiarlas juntas, cual la pareja de caballos de un carroaje. Y ésa es la razón de las desgracias de los países sudamericanos: la fuerza de la pasión ha sido allí hasta hoy más grande que la fuerza del interés. Se desprecia el dinero: se adora a la idea. Ser rico no es allí sino algo secundario. Ser conocido, ser glorioso, es grande: ése es el objetivo de sus esfuerzos. Lo que presagia días mejores para esa Repúblicas tan simpáticas y abnegadas, es que la fuerza del interés empieza a querer nivelarse con la fuerza de la pasión, y hasta quiere sobrepujarla, lo cual sería útil durante algún tiempo, para compensar por el exceso temporal de una fuerza, lo que ha habido de exceso permanente en la otra. Para los hombres modernos, vivir, por muy ruda que sea la obra de vivir, es un deber: se es martillo y hay que golpear el yunque. Morir ha sido el deber en esos países de la América del Sur. En la guerra de Independencia, a principios del siglo, morir para ser independientes; después de su victoria sobre los españoles, morir para ser libres. Una indefinida necesidad de libertad domina y engaña a esos países nuevos, que no ven el bienestar público, esa gran fuerza política, que se llama el bienestar general, como un medio de asegurar la libertad, sino creen—en

lo cual se equivocan—que sólo pueden asegurarles su bienestar.—Son águilas que no caben ya en jaulas. Al igual que las aves de su selva, prefieren morir a ser esclavos. No quieren creer en las virtudes eficaces de la evolución progresiva: para ellos, no hay más salvación que la revolución violenta. Pero para un país son malos cimientos las pasiones que la guerra crea.

Por medio de una constitución política esperan aliviar sus desgracias y obtener el desarrollo de la Nación, sin ver que no serán bastante fuertes para tener una constitución política respetada y duradera sino cuando sean bastante trabajadores y bastante ricos para que el interés general ordene y preserve la fórmula de las libertades que hayan de garantizarla.

Hemos tomado estos informes en el propio terreno; venimos de esa tierra que vio nacer a Bolívar, aquel hombre a quien Washington amó, y que fue menos feliz que él, pero tan grande como él: nuestros caballos han pastado la yerba que ya antes habían comido los caballos de aquel formidable héroe, cuyas proezas deslumbran como relámpago, cuyos soldados sin más naves que sus inquietos corceles de guerra, lanzáronse al mar, sitiaron y apresaron a los barcos españoles: venimos de esa tierra en que nació el intrépido centauro, el hombre de la casaca roja, de ancho corazón, de mirada centelleante, que murió entre nosotros hace algunos años,—José Antonio Páez. Llegamos de Venezuela, aún maravillada la vista ante tantas obras maestras de la Naturaleza, esperanzados de nuevo al ver los generosos esfuerzos que hace el país para repoblar sus bosques, renovar sus ciudades, acreditar sus puertos y abrir sus ríos al mundo;—y con el corazón entristecido por las razones históricas que harán subsistir por algún tiempo aún, en esa tan hermosa región, los odios que la roen, la pobreza que la debilita, la lucha pueril e indigna entre una casta desdeñosa y dominadora que se opone al advenimiento a la vida de las clases inferiores,—y esas clases inferiores que enturbian con sus excesos de pasiones y de apetitos la fuente pura de sus derechos. La libertad no es una bandera a cuya sombra los vencedores devoran a los vencidos y los abruman con su incansable rencor: la libertad es una loca robusta que tiene un padre, el más dulce de los padres—el amor, y una madre, la más rica de las madres—la paz. Sin mutuo amor, sin mutua ayuda, siempre será un país ra-

quítico. La dicha es el premio de los que crean,—y no de los que destruyen.

Venezuela vale bien el viaje que hay que hacer para llegar a ella, tras una travesía de doce días, bajo un cielo siempre azul y sobre un mar siempre azul, cielo y mar implacablemente bellos que son capaces de hacer desechar la borrasca. Después de habernos despedido de nuestra maravillosa bahía, no se extraña la grandeza del mar, ni sus ruidos, ni su majestad, ni su belleza: se sale de Nueva York. Allí, en medio del Océano, está el mar vacío: aquí, en medio de la ciudad está el mar lleno de hombres.

Al amanecer del octavo día se abren los ojos ante una preciosa y pequeña ciudad: una posesión holandesa. Esa ciudad es como algunos grandes hombres: hay que verlos de lejos. Si se desembarca en ella, la ilusión, cual si fuera una flor sumergida en una atmósfera miasmática, se desvanece. No hay en ella más que calles sucias, casas amarillas, caras enfermizas, negras gritonas y negros desvergonzados: algo así como una eterna disputa entre loros y cotorras: se maldice, se insulta, se amenaza con matar, se alzan los remos como para partir la cabeza,—pero si cae el remo, es sobre la cabeza del cándido que se atreve a calmar esa tormenta de viento. Las riñas de los negros de Curazao—tal es el nombre de la ciudad—son como nubes tronadoras de las que jamás se desprendería el rayo. La ciudad, llena de criollas perezosas, de holandeses que representan a la metrópoli, de judíos ricos, de refugiados políticos de Venezuela y de Colombia, con bigotes negros como azabache y ojos brillantes como el filo de una espada, está atravesada por un brazo de mar. Pequeños barcos nombrados *ponchos*, una especie de góndola sin adorno ni poesía, surcan, cual si fueran moscas marinas, las tranquilas aguas: a veces transportan a un monje; otras veces, a uno de los potentados de la ciudad, vestidos de dril blanco; y otras, a un burrito gracioso y sufrido. Por la tarde, a la puesta del sol, el piso atenuado, las casas amarillas, el cielo rojizo, producen la impresión de un incendio que se apaga silenciosamente. La noche cae solemnemente sobre esa triste ciudad: es como un cementerio poblado de seres vivientes. Las gentes de Curazao—aparte de los holandeses, que hablan su idioma materno,—hablan un español horrible y un dialecto mezquino, sin fuerza ni gracia, el *papiamento*—que es el español con terminaciones holandesas: así, de *sufrimiento* hacen *suffrimentol*, de ca-

tólicos, catholikanan. Curazao vive de la sal que produce la isla y del contrabando con Venezuela. La isla es árida cual una cabeza calva. Los árboles, pequeños como los de Navidad, no tienen más que espinas. Todo cuanto allí se come viene de fuera. Como carne, sólo hay carneros débiles y lastimeros, lo que desespera a los alemanes, esos grandes comedores de carne cruda, que abundan en Curazao, y en toda la América, y entre los cuales hasta los hay que sueñan con la conquista de Venezuela,—y es curioso el oírles decir: «Estos países deben de ser nuestros, porque los necesitamos. No hay más que tomar a la Guaira, a Puerto Cabello, a Maracaibo.» Ciento que sí, y eso es lo que Mr. Bismarck enseña: «no hay más que tomar». Pero se olvidan de que un sarcófago vacío espera a los visitantes: el de Maximiliano.

Se deja a Curazao, y a las pocas horas se llega a Puerto Cabello, pequeña ciudad pobre y casi arruinada, que hace todo el comercio de Valencia, la segunda ciudad del país, y muy cercana al puerto. Pero es animado, y está lleno de gentes trabajadoras, ese pequeño Puerto Cabello, con su alegre jardín cargado de platanales, de limoneros, de naranjos, de guanábanas, de frutas dulces del trópico, y que, rodeado de su reja de hierro, parece como una cesta de flores que va en busca de los forasteros. Paseando por él, se tropieza con las gentes del país, gritones y felices, con pantalones blancos y sombreros de Panamá; se refresca uno copiosamente con agua de coco tomada en su propia nuez, donde sabe mejor; causa pena la pobreza de la ciudad, la desigualdad de las calles, el abandono de los pobres pobladores; se compra una botella de ron de Maracaibo—una isla de pescadores conocida por el valor de sus hijos, famosos en otros tiempos por las hazañas de que los hicieron víctimas los filibusteros,—pero cuyo ron blanco no vale lo que el viejo ron rojo de Jamaica; se acuesta uno en el barco al atardecer, y se levanta al amanecer ante la Guaira, el puerto de mar de Caracas, donde el general Miranda, cuyo glorioso nombre está inscrito en el Arco de Triunfo de París y que sirvió valientemente a la Revolución y peleó junto a Dumouriez, vivió mucho tiempo encarcelado como culpable de haber sido el predicador de la idea de independencia de la América del Sur: fue realmente un gran hombre, serio y poderoso. La ciudad, construida irregularmente a los pies de una gran montaña, es accidentada, tortuosa, alegre, como replegada en sí misma, antigüamente rica, y capaz de seguir siéndolo. Vista de lejos, es

como una multitud de bonitos cachorros de perros echados bajo un inmenso vientre. Durante los dos últimos días del viaje, no se ha visto más que montañas. Sus pies entran en el mar: sus cabezas traspasan las nubes. Miradas desde el mar, parecen como una hilera de colosales soldados, dignos porteros de una tan hermosa tierra.

Para ir a Caracas, la capital de la República, la Jerusalén de los sudamericanos, la cuna del continente libre, donde Andrés Bello, un Virgilio, estudió, donde Bolívar, un Júpiter, nació,—donde crecen a la vez el mirto de los poetas y el laurel de los guerreros, donde se ha pensado todo lo que es grande y se ha sufrido todo lo que es terrible; donde la Libertad—de tanto haber luchado allí, se envuelve en un manto teñido en su propia sangre, —hay que penetrar en el seno de esos colosos, costear abismos, cabalgar sobre sus crestas, trepar a los picos, saludar de cerca a las nubes. Al principio del camino, en la Guaira, al tomar la diligencia, el vehículo en que se hace el viaje, quisiera uno despojarse de todos sus trajes,—tan rudo es el calor; y a mitad de trayecto buscamos los del vecino por no bastarnos con los nuestros: el frío comienza. ¡Y qué hermosa carretera! Es una pista sobre precipicios: se respira un aire bueno durante el trayecto—el sabroso aire del peligro. No hay más que mirar hacia abajo: el vértigo se apodera de nosotros. Ahora, con una rapidez febril propia de los cuentos de hadas, y que honra a la inteligencia y a la actividad del país, se está construyendo un ferrocarril tortuoso y audaz, que taladrará cual un juguete de acero esa mole de montañas. Será algo así como el mango de un abanico chino, sobre el cual vendrán a reunirse los diversos ferrocarriles, ya estudiados y trazados, que se extenderán como flechas agudas, desmontando a las perezosas selvas, sacudiendo a las ciudades dormidas, por todas las regiones del país.

Venezuela es un país rico más allá de los límites naturales. Las montañas tienen vetas de oro, y de plata, y de hierro. La tierra cual si fuera una doncella, despierta a la menor mirada de amor. La Sociedad Agrícola de Francia acaba de publicar un libro en el que se demuestra que no hay en la tierra un país tan bien dotado para establecer en él toda clase de cultivos. Se puede allí sembrar patatas y tabaco:—té, cacao, y café, la encina crece junto a la palmera. Hasta se ve en la misma pucha el jazmín del Malabar y la rosa Malmaison, y en la misma cesta la pera y el

banano. Hay todos los climas, todas las alturas, todas las especies de agua; orillas de mar, orillas de río, llanuras, montañas; la zona fría, la zona templada, la zona tórrida. Los ríos son grandes como el Mississippi; el suelo, fértil como las laderas de un volcán.

Esa tierra es como una madre adormecida que ha dado a luz durante el sueño una cantidad enorme de hijos. Cuando el labrador la despierte, los hijos saldrán del seno materno robustos y crecidos, y el mundo se asombrará de la abundancia de los frutos. ¡Pero la madre duerme aún, con el seno inútilmente lleno! El labrador del país, que sólo ama a la mujer y a la libertad, no aspira a nada, y no hace nada, coge, al igual que los hindúes, las frutas maduras que cuelgan de los árboles, y, cual un gitano, canta, seduce, pelea, muere. En esa naturaleza virgen, los hombres de los campos tienen todavía costumbres grandiosas y audaces. Es el desprecio a la vida, el amor al placer, el recuerdo atrayente de una vida anterior de libertad feroz: son poetas, centauros y músicos. Relatan sus proezas en largos trozos de versos que se llaman *galerones*. Sus bailes tienen una dulce monotonía, la del céfiro en las ramas de los árboles, todas las suaves melodías de la selva interrumpidas por terribles gritos del huracán. Sus goces, como sus venganzas, son tormentosos. Beben agua en la *tápara*, una ancha fruta vacía de corteza dura. Se sientan en sus chozas sobre cráneos de caballos. Sus caballos, bajo sus espuelas, tienen alas. Con su garbo deleitan a las mujeres; con su fuerza derriban a los toros.

El labrador extranjero tarda en ir allá. Prefiere la América del Norte, donde está desarrollado el trabajo, la vida es tranquila y la riqueza es probable. En Venezuela, hay *isleños*, nativos de las Islas Canarias, una posesión española, hombres rutinarios, de poco alcance mental, de mano pesada, preocupados y mezquinos. Crían vacas y cabras, y venden su leche. Cultivan el maíz. Hay alguno que otro francés, artesano de mérito, cocinero, barbero, zapatero, sastre. Hay alemanes, que tienen el arte de vender bien lo que laboran mal. Hay italianos que comercian con frutas, tocan el órgano, viven hacinados en un miserable apartamento y limpian zapatos. Es, pues, imposible la unión entre esa tierra y esos hombres. Se necesita un hálito de fuego para despertar a esa gran durmiente: hay que romper el encantamiento a fuerza de

arado: hay que lanzarla por esos campos húmedos y fragantes: semejante ujier debe anunciar a la naturaleza inempleada la noble visita del trabajo humano.

En la ciudad, una vida rara semipatriarcal, semiparisiense, espera a los forasteros. Las comidas que en ella se sirven, exceptuando algunos platos del país, las sillas para sentarse, los trajes que se usan, los libros que se leen, todo es europeo. La alta literatura, la gran filosofía, las convulsiones humanas, les son del todo familiares. En su inteligencia como en su suelo, cualquier semilla que se riegue fructifica abundantemente. Son como grandes espejos que reflejan la imagen aumentándola: verdaderas arpas eolias, sonoras a todos los ruidos. Sólo que se desdén el estudio de las cuestiones esenciales de la patria;—se sueña con soluciones extranjeras para problemas originales;—se quiere aplicar sentimientos absolutamente genuinos, fórmulas políticas y económicas nacidas de elementos completamente diferentes. Allí se conocen admirablemente las interioridades de Víctor Hugo, los chistes de Proudhon, las hazañas de los Rougon Macquart y *Naná*. En materia de República, después que imitaron a los Estados Unidos, quieren imitar a Suiza: van a ser gobernados desde febrero próximo por un Consejo Federal nombrado por los Estados. En literatura, tienen delirio por los españoles y los franceses. Aunque nadie habla la lengua india del país, todo el mundo traduce a Gautier, admira a Janin, conoce de memoria a Chateaubriand, a Quinet, a Lamartine. Resulta, pues, una inconformidad absoluta entre la educación de la clase dirigente y las necesidades reales y urgentes del pueblo que ha de ser dirigido. Las soluciones complicadas y sofísticas a que se llega en los pueblos antiguos, nutridos de viejas serpientes, de odios feudales, de impaciencias justas y terribles; las transacciones de una forma brillante, pero de una base frágil, por medio de las cuales se prepara para el siglo próximo el desenlace de problemas espantosos,—no pueden ser las leyes de la vida para un país constituido excepcionalmente, habitado por razas originales cuya propia mezcla ofrece caracteres de singularidad,—donde se sufre por la resistencia de las clases laboriosas, como se sufre en el extranjero por su esparcimiento: donde se sufre por la falta de población, como se sufre en el extranjero, por su exceso.—Las soluciones socialistas, nacidas de los males europeos, no tienen nada que curar en la selva del

Amazonas, donde se adora todavía a las divinidades salvajes. Es allí donde hay que estudiar, en el libro de la naturaleza, junto a esas miserables chozas. Un país agrícola necesita una educación agrícola. El estudio exclusivo de la Literatura crea en las inteligencias elementos morbosos, y puebla la mente de entidades falsas. Un pueblo nuevo necesita pasiones sanas: los amores enfermizos, las ideas convencionales, el mundo abstracto e imaginario que nace del abandono total de la inteligencia por los estudios literarios, producen una generación enclenque e impura,—mal preparada para el gobierno fructífero del país, apasionada por las bellezas, por los deseos y las agitaciones de un orden personal y poético,—que no puede ayudar al desarrollo serio, constante y uniforme de las fuerzas prácticas de un pueblo.—

Otro mal contribuye a malversar las extraordinarias fuerzas intelectuales de la República. En los hombres hay una necesidad innata de lujo: es casi una condición física, impuesta por la abundancia de la naturaleza que los rodea;—llevados, además, por el desarrollo febril de su inteligencia, a las más altas esferas de apetencia, la pobreza resulta para ellos un dolor amargo e insopportable. No creen que la vida sea, como es, el arte difícil de escalar una montaña, sino el arte brillante de volar, de un solo impulso, desde la base hasta la cima. El don de la inteligencia les parece un derecho a la holgazanería: se entregan, pues, a los placeres costosos del lujo intelectual, en lugar de mirar a la tierra, trabajarla afanosamente, arrancarle sus secretos, explotar sus maravillas, y acumular su fortuna por medio del ahorro diario, al igual que como por el constante goteo se forma la stalactita. Se tienden sobre la tierra, impidiéndole abrirse, y sueñan. Pero viene el amor, el amor de una mujer distinguida, el amor sudamericano, rápido como la llama, imperativo y dominador, exigente y morboso. Hay que casarse, poner casa lujosa, vestir bien a los hijos, vivir al uso de las gentes ricas, gastar, en resumen, mucho dinero. ¿Dónde ganarlo en un país pobre? Y se habla entonces, y se escribe, para el Gobierno que paga, o para las revoluciones que prometen; se ponen a los pies de los amos, que odian a los talentos viriles y gozan destruyendo los caracteres, venciendo a la virtud, refrenando a la inteligencia. La clase intelectual y culta está así desacreditada y como aniquilada por ese servilismo vergonzoso, a tal extremo que se mira ya con justificada desconfianza

a los literatos,—el Gobierno es de los fuertes y de los audaces. Los jefes de renombre se rodean de los literatos en desgracia. Los mantienen, por su audacia y sus medios de fuerza, en su posición de riqueza fugaz: los literatos les pagan dando apariencia y forma de legalidad a las voluntades del amo. Y ¡qué héroes ha producido esa tierra! Al observar el vigor con que su valentía acaba de ser recordada por un joven dotado de gran talento, Eduardo Blanco, en un libro que brilla como una lámina de oro. *Venezuela heroica*, diríase que puesto que se comprende siempre a los héroes, se podría serlo también. Pero, si los hombres inteligentes de Venezuela, bastante numerosos y notables para ser tratados como clase, pudieran desear un amor más vivo por la independencia personal, y una aplicación más útil, más directa, más patriótica de sus fuerzas, hay en ellos, como en toda la gente del país, una condición que seduce: la grandeza del corazón. Dan todo cuanto tienen y piden aún más para dárselo al prójimo. Se exige al extranjero una honradez probada y una vida virtuosa; pero se le estima y se le recompensa. La generosidad llega casi a la prodigalidad. Gozan gastando dinero y se honran despreciándolo. Siempre tienen la sonrisa en los labios. Pronto se hace uno amigo de todo el mundo, lo cual es muy agradable, porque hombres y mujeres charlan admirablemente. Se interesan por nuestras penas, le hablan a uno de sí mismo. Se tiene la sensación de no estar perdido en el mundo como una hormiga o una mariposa. Se goza del dulce placer...⁴⁵ y de muebles venerables, herencia de familia, donde las ventanas, casi a nivel de la acera, están llenas, por la noche, de rostros tranquilos y soberbios, donde los ojos en vez de mirar, mandan, donde los labios en vez de hablar, queman. Hay una fiesta curiosa en Caracas donde se ven mujeres bonitas de las que se pudiesen ver, en otra reunión igualmente numerosa en cualquier otro país, aunque fuese el nuestro: es el Carnaval.—El Carnaval era antes en Venezuela una fiesta abominable, motivo de toda clase de groserías y peligros. Se echaba agua a barriles por las ventanas sobre los transeúntes; los transeúntes, provistos de toda clase de armas defensivas, algunas veces muy cómicas, vaciaban aguas perfumadas sobre las bellas mujeres que abrían las ventanas. Pero algunas veces era cosa

⁴⁵ Falta la continuación. Agregamos aquí otros fragmentos que parecen corresponder al mismo trabajo.

bien distinta al perfume. Otras veces, la fiereza nativa de los hombres se despertaba con furor, y si bien se besaba la mano de la mujer que nos mojaba de la cabeza a los pies, también se mataba a algunos desgraciados mal aconsejados que no gozan del derecho natural que se le otorga a las mujeres bonitas.

Desde hace algunos años la fiesta ha cambiado bastante: es una embriaguez de alegría aristocrática, una elegante expansión, un regalo para los ojos. Imaginaos una decena, una centena, un millar de cajas de colores rotas al aire. La tarde es clara; el cielo, azul; el sol, suave; las casas, a ambos costados de la gran calle Candelaria, donde se celebra el Carnaval, están repletas de mujeres. Nada de disfraces, nada de horrendas máscaras, nada de contornos escondidos: es una fiesta al aire libre. Los hombres, y algunas familias que desean disfrutar del combate, se pasean, ya montando los bellos caballos del país, ya en coches adornados con los tres colores nacionales, el amarillo, el rojo y el azul, entre dos hileras de ventanas, en las que las jóvenes apiñadas parecen ramaletas de flores. Las aceras están llenas de paseantes.—Sobre los sombreros de seda, y los vestidos negros, ha caído una lluvia de polvo de arroz. Al pasar ante una ventana, una de vuestras amigas os echa al rostro un puñado de papel de colores,—usted se quita el sombrero de seda, que se llama en Caracas *pum-pá*, por imitar el ruido del cañón al que se compara este feo sombrero, y un torrente de algodón se desborda sobre vuestros cabelllos negros.—Algunas veces, cuando llega la noche y la impunidad es casi segura, nueces,⁴⁶ papas, galletas calientes, se lanzan con violencia sobre los rostros de los transeúntes:—Pero la verdadera fiesta está en el combate de las ventanas. Los caballeros que pasan detienen súbitamente sus corceles, lanzan flores, exquisitos bombones, prendas de valor, monedas de oro, a las señoritas que adornan las ventanas, y espoleando a sus caballos, se acuestan sobre el cuello de la bestia, partiendo como flechas para escapar de las nubes de proyectiles que caen sobre ellos.—Leónidas hubiera podido ofrecer batalla bajo esos doseles volantes de confituras, de almendras azucaradas, de golosinas, de granos de café, de *caraotas negras*, los *black beans* del país. Durante los tres días de este fantástico paseo se hacen regalos valiosos; una suma considerable se gasta al año en regalos de familia para cada casa

⁴⁶ Palabra ininteligible.

de Caracas. Nada importa que los campos estén sin cultivar por el temor a la guerra; que el comercio sea precario por la escasez de productos de exportación; que de la pobreza general nazca un malestar grave y sensible; que toda la maquinaria nacional descanse, pese a todo lo ambiciosa y suntuosa que es, sobre algunos pobres campesinos que explotan el café; que no exista otro medio seguro de vivir que servir en el ejército, en las oficinas o en los departamentos del gobierno; que el mismo gobierno no viva más que a merced de las enormes contribuciones que impone a la pobre gente trabajadora, o a los pobres comerciantes que introducen artículos extranjeros:—no se vive menos a la manera parisense; no se gasta menos de lo que se gastaría en París para vivir:—se despliega un lujo supremo, realzado por la instintiva elegancia en el atavío de las mujeres.

Hay una semana que es en Caracas como una exhibición de riqueza: la Semana Santa. Mientras dura, se advierten prodigalidades insensatas. Todo el mundo está en la calle. Todos los trabajos se suspenden. Se da uno por entero al placer de ver y ser visto. Es una exhibición de riqueza, una verdadera batalla entre las familias, un desbordamiento de lujo. Se pasea desde la mañana a la tarde. El Señor moribundo es el pretexto, pero no se piensa sino en cantar en la iglesia, donde los coros están formados por las gentes jóvenes más notables de la ciudad;—en maravillar a los curiosos, en vencer a sus rivales.—Son los alegres vestidos nuevos, arrastrando por las calles⁴⁷ sus colas grises, rojas o azules; donde se exige a los hombres reunidos a la puerta de los templos tributo a la belleza, donde las larvas que van a ser mariposas sacuden las alas, y con movimientos adorables de muñecas animadas, se pasean en su primer traje de mujercitas.—Como paisaje no hay nada más bello. Los vestidos, de color vivo, al sol de la mañana parecen flores que caminan, mecidas por el aire amable en la larga calle. El aire, siempre húmedo y sabroso, está cargado de perfume del día que nace, de la iglesia que se abre, de mujeres que se pasean. Y los pies de las mujeres son tan pequeños, que toda una familia podría posarse sobre una de nuestras manos.—No son criaturas humanas, sino nubes que sonríen. Estrellas pasajeras,—sueños que vagan:—son ligeras e inasibles y esbeltas como los sueños.—La caraqueña es una mujer notable. El ma-

⁴⁷ Palabra ininteligible.

rido, para satisfacer las necesidades del hogar, o su amor insaciable de belleza, puede poner en subasta su dignidad personal:—porque están peligrosamente orgullosos de su dignidad personal; pero nada estremece la sólida virtud de la mujer, una virtud natural, encantadora, indolente,—elegante: una virtud que se inspira dul cemente, sin exageraciones de cuáqueros, sin severidades de monja.—Estas mujeres poseen el don de detener a los hombres audaces con una sonrisa. Se habla con ellas ante las ventanas abiertas. Se siente uno embelesado, y pleno de fuerza, y borracho de una dulce bebida:—las volvemos a encontrar en las calles, en el teatro, en el paseo: ellas nos saludan cortés pero fríamente. Vuestra jarra de flores cae por tierra. El bello Don Juan se aburriría soberanamente en Caracas. No existe allí la Doña Inés, porque la inteligencia superior de las mujeres constituye una salvaguarda contra las seducciones de los tenorios: allí no hay conventos, aunque la pequeña reja de madera que se coloca en el interior de las ventanas, que pudiera ser un,⁴⁸ todavía puede hacernos pensar en ellos.

Aunque casi todo el mundo es católico, se podría decir que nadie lo es: un pueblo inteligente no puede ser fanático. A veces se defienden con ardor las preeminencias de la Iglesia, las mantienen con una tenacidad que pudiera hacer creer que tienen una fe sólida: todavía se ve al fondo del zaguán de las casas, un gran corredor vacío que conduce a la puerta que abre a los corredores interiores, una imagen de San José, o de San Policarpo, o de la Virgen, bajo cuyos mantos sagrados se abriga el hogar:—hasta en los mismos cuartos interiores se encuentran las paredes cubiertas de Corazones de María, atravesados de espadas, de Jesús agonizante, coronado de espinas, de Santa Rita, abogada de los imposibles, de San Ramón Nonato, el patrón natural de las jóvenes esposas, que rezan arrodilladas ante su santo favorito por la salvación de su primer hijo,—esa flor que acaba de brotar en su seno.—El hogar caraqueño es encantador: todo es enternecedor, pleno de amor, de espíritu de mujer, de puros goces, de tiernos encantos. Tiene algo de ala de mariposa y rayos de sol. Es un placer vivir en él. No es como en nuestras grandes ciudades—donde la faena agota al hombre y el hogar agota a la mujer. Es un bello rincón de yerba fresca donde un seno trémulo siempre

⁴⁸ *Idem.*

espera la cabeza cansada del señor de la casa.—¡Oh! ¡qué hueca, peligrosa, fría y brutal es la vida sin esos amores!

La ciudad—lo hemos dicho—es bella. Constantemente se construyen casas espaciosas, de una sola planta, en cuyo patio, entre dos grandes macetas, un chorro de agua se eleva y cae sobre un elegante estanque, como en Sevilla. Bellas riberas, de altos bordes tapizados de un aromoso verdor, serpentean entre las calles, prolongadas por partes por sólidos puentes. Un bello teatro y una bella iglesia acaban de ser levantados. A propósito de la iglesia hay una anécdota de Humboldt:—«¿Cuándo regresará usted?»—le preguntaron, a su partida de la ciudad: «Cuando esa iglesia esté terminada», dijo sonriendo.—Y en efecto, la obra terminó noventa años después de su partida. Ramas cargadas de flores acarician los muros ruinosos de la casa donde vivió Humboldt.—Humboldt, que nunca olvidó—«la culta, la hospitalaria, la inteligente Caracas».—En una plaza donde los árboles, como alumbrados por un súbito fuego, se coronan en el verano de grandes flores rojas, se ve un reloj de sol construido por Humboldt.—Y cuando en uno de esos coches ligeros que se encuentran por todas partes en la ciudad, uno se pasea por los alrededores de Caracas, poblados de cafetales, sembrados bajo la sombra amiga de los rojos y altos búcaros, puede verse aún una portada, sobre cuya cima se lee, en desvaídas letras dibujadas por la mano del sabio, el nombre del paraje encantador, que antes fue un lugar delicioso de solaz:—Sans Souci.—La ciudad, rodeada de montañas, está construida sobre un valle apacible y sereno, bañado por un ancho y tranquilo río, por el noble Guaire:—río de ninfas: hay también otro río, tortuoso y caudaloso, ruidoso e inquieto, el Catuche, y aun uno más, apacible como su nombre, el dulce Arauco, que hace pensar en una guirnalda de flores. Desde el puente, construido sobre el Guaire,—uno de los paseos favoritos de los caraqueños,—se divisa una planicie melodiosa, llena de ruidos amables, sembrada de plantas humildes, coloreada de tiernos tintes,—magníficamente sereno. Las palmas, como centinelas, se levantan sobre los campos de maíz. Los sauces bordean el río murmurante. —A lo lejos las montañas, como envueltas en un velo mágico, cambian, por la influencia poderosa del sol, sus suaves colores: y ora se vuelven rojas, ora amarillas, ora grises, ora azules.—Las vacas mugen, las cabras saltan, los pastores llevan

en ánforas de barro cocidas al fuego la leche espumosa a su caña lejana,—un coche nos despierta para recordarnos que estamos en la ciudad,—un gran encanto el de tener tan cerca la ciudad que roe la vida, y el campo que la repone. Es bueno,—en el crepúsculo misterioso, vaciar el alma fatigada en el alma universal.

Hay un paseo que posee un encanto maravilloso: el Calvario.—Es una colina, antes árida, enfermiza y amarillenta, donde hoy la fragante verdura cae sobre sus costados pintorescos, como un rico ropaje, de pliegues colosales, sembrado aquí y allá de notas vivas y chillonas:—las rosas. Al subir, por una suave pendiente, se encuentran jardines, pequeños bosques, piazzettas, arroyos, frondosas arboledas, cascadas sonoras, platanales cargados de frutas, bambúes sonoros como las arpas. Es una mezcla artística cuya mejor condición es que apenas se ve la mano del arte, se ha hecho un jardín americano dentro de un jardín americano. Se ha mezclado el bosque al jardín. Pocas calles; muchos áboles—por vías estrechas, en la cima, coronada por una estatua, la ciudad se ve como un tablero de damas; el Capitolio, que se abre los días de fiesta nacional al público, que va a ver, en los cuadros que cuelgan de las paredes, los rostros de los héroes que ama; el Palacio Federal, que encierra dos salones rectangulares, uno para los diputados, presidido por un retrato de Bolívar, que arrancó la América del Sur a los españoles; el otro, para los senadores, donde el asiento del presidente está coronado por un cuadro histórico que representa a los hombres gigantescos que firmaron, el primero de julio de 1811, en la capilla de la iglesia de San Francisco, el acta de independencia. Se ve la Casa Amarilla, residencia oficial del Presidente de la República, frente a la Plaza Bolívar, muy bonita, en medio de la cual se levanta, sobre un pedestal de granito, el monumento ecuestre de ese héroe admirable en quien se reunieron en el más alto grado todos los dones que forman la grandeza humana. Enfrente de la Casa Amarilla, al otro lado de la Plaza, hay una vieja iglesia, alta, la cuadrada torre coronada de una insignificante estatua: es la Catedral, de grandes naves sombrías. Enfrente del Palacio Federal, la Universidad yergue sus torrecillas góticas. A lo lejos, el Panteón, otra iglesia donde reposan en un monumento de mármol, que honra al arte italiano, las cenizas de Bolívar,—se extiende al pie de una gran montaña, digna sepultura de un muerto de tanta grandeza. Al

recoger las miradas para admirar la luna, que brilla en el cielo como contenta de iluminar su ciudad favorita, caen sobre un gran pedazo de piedra que resplandece como la superficie de un lago; es el Gran Teatro.—Y dejamos este lugar encantador, vigorizados por un espectáculo de tanta belleza, y por el aire límpido y puro. Al bajar, se piensa en los guerreros indios, que en este mismo lugar lucharon, cuerpo a cuerpo, desnudos y armados de una maza, contra los guerreros españoles, vestidos de hierro, y armados de espada, y de daga, y de mosquete:—y se piensa también en las mujeres piadosas, que, por sus costados hoy,⁴⁹ subieron, de rodillas, con una vela en la mano, hasta lo alto de la colina, para agradecer a Dios haber salvado de la guerra o de la enfermedad a sus maridos o sus hijos. Así es la ciudad:—así es el país: en la naturaleza, una belleza asombrosa, espectáculos que mueven las rodillas a hincarse, y al alma, adorar; en el corazón de las gentes, toda clase de noblezas; en las inteligencias, poderes excepcionales;⁵⁰ una falta absoluta de aplicación a las necesidades reales de la vida, entre las clases superiores; en las clases inferiores, una inercia penosa que proviene de una falta total de aspiraciones: allí, para la gente pobre, vivir es vivir independiente, trabajar hasta ganar lo suficiente para comprar el *arepa*, el pan de maíz, y amar;—en el movimiento agrícola, el miedo a la guerra civil, y los abusos de los partidos triunfantes; en el movimiento artístico industrial, una impaciencia honrada, sofocada por las malas leyes canónicas que ahogan las empresas; en los indios, el desdén a la ciudad y sus hombres, y el amor salvaje,—un amor,⁵¹ una concha, de su rincón del bosque y su cabaña miserable; en el trabajador blanco,⁵² la despreocupación criolla, y esa fiereza primitiva, ese desprecio al trabajo, y esa pasión de combate, que caracterizan a los pueblos nacientes. En la ciudad, París; en el campo, Persia. Se sabe de todo en la ciudad, y se habla admirablemente de todo: la imaginación es allí como un hada doméstica: la poesía riega de flores las cunas de los recién nacidos; la Belleza besa los labios de las mujeres de esta tierra. Pero los hombres no tienen suficiente independencia personal y suficiente conocimiento de las ver-

⁴⁹ Palabra ininteligible.

⁵⁰ Varias palabras ininteligibles.

⁵¹ Palabra ininteligible.

⁵² *Idem*.

daderas necesidades de su patria, para hacerla un país rico, feliz y fuerte. Una multitud de apóstoles trabaja en silencio por el mejoramiento del país; una necesidad de ciencia práctica comienza a reemplazar la excesiva producción poética. Hay que atender y saludar a los buenos luchadores que construyeron su primera línea férrea, que estudian nuestras costumbres, esparcen a manos llenas la instrucción pública, y llaman con voz leal a las riquezas extranjeras que deben hacer fructificar las riquezas naturales.—Se puede esperar todo de un pueblo donde la mujer es virtuosa y el hombre es honrado.—Si ellos vacilan no es³³

[1881]

³³ Falta la continuación de este borrador.

A FAUSTO TEODORO DE ALDREY

Caracas, 27 de julio de 1881

Sr. Fausto Teodoro de Aldrey

Amigo mío:

Mañana dejo a Venezuela y me vuelvo camino de Nueva York. Con tal premura he resuelto este viaje, que ni el tiempo me alcanza a estrechar, antes de irme, las manos nobles que en esta ciudad se me han tendido, ni me es dable responder con la larguezza y reconocimiento que quisiera las generosas cartas, honrosas dedicatorias y tiernas muestras de afecto que he recibido estos días últimos. Muy hidalgos corazones he sentido latir en esta tierra; vehementemente pago sus cariños; sus goces, me serán recreo; sus esperanzas, plácemes; sus penas, angustia; cuando se tienen los ojos fijos en lo alto, ni zarzas ni guijarros distraen al viajador en su camino: los ideales enérgicos y las consagraciones fervientes no se merman en un ánimo sincero por las contrariedades de la vida. De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta es la cuna; ni hay para labios dulces, copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Deme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo.

Por de contado cesa de publicarse la *Revista Venezolana*; vean en esta frases su respuesta las cartas y atenciones que, a propósito de ella, he recibido, y queden excedidas por mi gratitud las alabanzas que, más que por esas paginillas de mi obra, por su tendencia, he merecido de la prensa del país y de gran suma de sus hombres notables. Queda también, por tanto, suspendido el cobro de la primera mensualidad: nada cobro, ni podrá cobrar nadie en mi nombre, por ella; la suma recaudada ha sido hoy o será mañana, devuelta a las personas que la satisficieron; obra a este

objeto en manos respetables. Cedo alegre, como quien cede hijos honrados, esos inquietos pensamientos míos a los que han sido capaces de estimármelos. Como que aflige cobrar por lo que se piensa; y más si, cuando se piensa, se ama. A este noble país, urna de glorias; a sus hijos, que me han agasajado como a hermano; a Vd., lujoso de bondades para conmigo, envía, con agradecimiento y con tristeza, su humilde adiós.

JOSÉ MARTÍ

A MIGUEL F. VIONDI

New York, 1º de diciembre [1881]

Amigo mío:

Todos, todos los días le he escrito una carta amorosa, en pago de aquella gentilísima suya, y sabroso presente, que recibí en Caracas, y en pago de su fraternal bondad con Carmen. ¡Desleal brisa cubana, que no lleva mis cartas! ¡Y locos pensamientos, que no bajan a la mano, sino suben! No me culpe, pues: le quiero vivamente.

Y ahí le envío, a que le diga de mí, y a que lo quiera, y a que vea a mi compañero de trabajo, y admire sus artes, vivacidad e ingenio,—a un amigo a quien quiero de veras, y a quien deseo que,—en los días que haya de estar en la Habana, a donde va de paseo con su esposa,—siente Vd. en mi sillón. Es afamado poeta, e hidalgo hombre: José Pérez Bonalde, venezolano. Si le escribo más, le robo tiempo de hablar con él, y no me agradece Vd. mi carta.

Que vendrá pagado de Vd. ya lo sé. Y que Vd. quedará pagado de él. Lo que no sé es si Vd. y los suyos se acuerdan de mí.—Con Lasaga no le escribí, porque no gusto de Lasaga. Ni de mí le escribo, por no escribir elegías, ni cantos de guerra al viento. Que me quiera un escaso número de altas gentes, seánto o no para la tierra, es mi anhelo. En este Senado de queredores, tiene Vd. sillón presidencial. No quiere que lo pierda, y en él lo conserva, por poco que a Vd. valga, su amigo agradecido, que lo será más si saluda cordialmente a Hortensia y besa a Julia, y obliga con su afecto, como obligará de fijo, a Pérez Bonalde.

JOSÉ MARTÍ

Escribir después no es pensar después. Diga Vd. eso a los de su casa de trabajo. A Carlos Fonts feliz, a Lladó leal; a Menocal ejemplar, a Ramírez hidalgo, al buen Cheíto.

A MANUEL MERCADO

N. Y. 11 de agosto. [1882]

Mi hermano queridísimo.—

Va para años que no ve U. letra mía: y, sin embargo, no tiene mi alma compañero más activo, ni confidente más amado que U.—Todo se lo consulto, y no hago cosa ni escribo palabra sin pensar en si le sería agradable si la viese. Y cuente de veras con que si algo mío creyera yo que habría de desagradar a U., no lo haría de fijo. Pero no se me ocurre nada, ni pongo en planta nada, que no vaya seguro, si obra de actividad, de su aplauso; si pecado, porque soy pecador, por humano, de su indulgencia. Este comercio me es dulce. Este agradecimiento de mi alma a U. que me lo quiere, me es sabroso. Su casa es un hogar para mi espíritu. Todos los días me siento a su mesa, sin ocurrírseme que U. puede estar, por mi silencio aparente, enojado conmigo; ni que me recibiría U. fríamente. Y me parece que tengo derecho a U.,—por el que doy a U. constante y crecientemente sobre mí.—No es que me acuerde de U. en marcada hora del día. Es que sé que U. consolaría mis tristezas, si las viera de cerca, y aún siento que las consuela con su afecto lejano: y es debilidad humana, o acaso fortaleza, pensar en lo que redime del dolor al punto en que el dolor se sufre. Por eso estoy pensando constantemente en Ud.,—como viajero fatigado en puerto, y desterrado en patria, y amante de dama que le engaña en aquella que no le engañó cuando él la amaba. Alguna vez he de decir en verso toda estas cosas, porque en verso están bien, y son verso ellas mismas. Ahora no,—porque estoy lleno de penas, y todo iría empapado de lágrimas.—Y yo tengo odio a las obras que entristecen y acobardan. Fortalecer y agrandar vías es la faena del que escribe, Jeremías se quejó tan bien, que no valen quejas después de las suyas.—Por eso no escribo,—ni a mi madre, ni a Ud., ni para mí mismo,—porque pen-

sar en las penas quita fuerza para sufrirlas, y ni podría escribirle sin contárselas, porque me parecería deslealtad, ni escribirle para contárselas, por aborrecimiento a querellas femeniles, o por miedo de que mis pesares creciesen, con hablarle de ellos.—Y a más, porque desde hace dos años tengo un favor que pedirle, que no le voy a pedir ahora porque si fuese a pedírselo no le escribiría—y como el caso me era útil y aun urgente, y como sin querer, le hablaba de él en las cartas que le escribía, me ha parecido mal reempezar a escribirle con ocasión de necesidad mía, y he dejado sin enviar, y están ahora ante mí, cuantas cartas le he escrito. En una le hacía cuenta de mi vida de estos años, y le explicaba por qué razón de prudencia social no había ido a refugiarme en México, mi tierra carísima: en otra le pedía consejo sobre una clase de versos rebeldes y extraños que suelo hacer ahora no por propósito de mente, sino porque así, sueltos y encabritados—y ¡quiera Dios que tan airoso!—como los caballos del desierto, me salen del alma;—y en todas vaciaba en Ud. el alma entera. Su espíritu sereno por todas partes me fortifica y acompaña.—

Otra le escribí, que tampoco fue, cuando me sacaron el *Ismaelillo* de las manos, y lo pusieron en prensa. En mi estante tengo amontonada hace meses toda la edición,—porque como la vida no me ha dado hasta ahora ocasión suficiente para mostrar que soy poeta en actos, tengo miedo de que por ir mis versos a ser conocidos antes que mis acciones, vayan las gentes a creer que sólo soy, como tantos otros, poeta en versos.—Y porque estoy todo avergonzado de mi libro, y aunque vi todo eso que él cuenta en el aire, me parece ahora cantos mancos de aprendiz de musa, y en cada letra veo una culpa. Con lo que verá Ud. que no esconde el libro por modestia, sino por soberbia.—

Y en todas esas cartas iban filiales iras mías por la avaricia sórdida, artera, temible y visible con que este pueblo mira a México: ¡cuántas veces, por no parecer intruso o que quería ganar fama fácil, he dejado la pluma ardiente que me vibraba como lanza de pelea en la mano!

Pero ahora supe, por carta del fidelísimo Heberto, que Ocaranza ha muerto. Salió a los labios, en versos que le envío, todo el amor dormido en mi alma. Mi hermana, y U., y su casa, y su tierra llenan esos versos en que no se habla de ellos.—Y ¡es tan raro ya que yo los haga! Estos no los hice yo, sino que vinieron hechos. Que padecí—no he de decírselo; me pareció que me ro-

baban algo mío, y me revolví contra el ladrón. Ya no vive tan buena criatura, que amó lo que yo amo: me queda al menos el consuelo de honrarlo.—Yo no me doy cuenta de si valen algo, o nada valen, y son desborde monstruoso de la fantasía, y no construcción sana, los versos que le mando. Como los escribí, interrumpiendo un trabajo premioso que me llevaba ya ocupado, y con el cerebro inflamado, días y noches,—en el punto mismo en que recibí la carta de Heberto—se los envío. Sí le parecen bien, publíquelos. Si no—agradézcarme el amor con que los hice, y regáñeme por mi obra ruin.—¡Cuánta bondad y grandeza se llevó el que ha muerto! ¡Qué recado tan bello acerca de U. me mandó con mi amigo Bonalde! ¡Con qué triste ternura miro ahora aquel bosquejo suyo del bosque de Chapultepec, que ha ido paseando por unas y otras tierras mi fidelidad, y el mérito del más original, atrevido y elegante de los pintores mexicanos!—¿Qué habrá sido, Mercado, de aquel bosquejo de cuerpo entero de mi hermosa Ana que una vez vi en su cuarto? ¿A qué manos irá a dar si no es a las de U., en que sea tan bien estimado como en las mías? Dígame qué es del cuadro, y si podría yo tenerlo. ¡Qué regalo para mis ojos si pudiera yo ver constantemente ante ellos aquella esbelta y amante figura! Me parecería que entraba en posesión de gran riqueza.

Ya va apresuradamente dicho en mi mesa de empleado de comercio—que es profesión nueva en que entro, por no dar en la vil de desterrado sin ocupación, y ayudar a la amarga de cultivador de letras españolas,—lo que de más importancia tenía hoy que decirle.—A Lola—que aúr. me acaricia el perfume de aquellas florecitas de San Juan que me enviaba su mano piadosa a mi cuarto de enfermo.—A Manuel, que es de seguro un niño hidalgo, un abrazo apretado. Y a la gentil Luisa y a sus hermanitas un beso en la mano.—A Ud. toda el alma de su hermano

J. MARTÍ

¿A qué decirle que hable de mí a Peón y a Sánchez Solís y a cuantos no me hayan olvidado?

Mi dirección:

J. M.
324 Clason Av.—
Brooklyn
L. I.

A MANUEL MERCADO

Nueva York, 14 de septiembre. [1882]

Mi amigo queridísimo:

¡Qué larga carta le tenía preparada para hoy! Ya le enviaba mi última «carta de N. York», para que me la estudiara, y me dijera si le parecía bien;—ya un cuaderno de Colombia, impreso en mi honor, en que hablan de mí muy cariñosamente;—ya todo un cuaderno de nuevas cosas más encrespadas y rebeldes que cuanto he sacado de mi mente al papel, y cuyas cosas iba a enviarle, y le enviaré, para que U. haga de juez secreto, como hermano de su hermano, y me diga si cree que he hallado al fin el molde natural, desembarazado e imponente, para poner en verso mis revueltos y fieros pensamientos.—Que ya que venzo yo el natural disgusto de hablar de mis niñadas, y me confieso a U. sin rubor y plenamente,—U. debe pagarme esta inútil, pero certísima, prenda de cariño, haciendo hueco en sus quehaceres para aquel que, aunque desde lejos y en silencio, con más fidelidad que otro alguno le acompaña.—Pero se va al fin Guasp, de cuya estancia aquí no tuve hasta hace cuatro días noticia, y con quien pensaba enviarle todas esas encomiendas,—puesto que no daré al aire esas mariposas de mayor estío hasta que no me diga U. si le parece que llevan bien cargadas de polvo de oro, y de fortaleza, las alas,—y apenas tengo tiempo de mandarle un abrazo. No sé si he dicho ya a U. que vivo ahora de trabajos de comercio, y que, como me faltan dineros, aunque no me faltarían modos, para hacerlo propio,—sirvo en el ajeno, lo que equivale en N. York a trocarse, de corcel de llano, en bestia de pesebre: ¡pero qué alegre vuelo a mi casa cada día,—guardando con sigilo, porque nadie los vea, los terrores del alma,—cargada la espalda de los granos que han de abastecer el exiguo granero de la casa! Aunque esta casa

de cuyo bien cuido, y en cuyo beneficio me doy a esta labor que me absorbe todo mi tiempo, y deja en moho mi mente, no está ahora conmigo sino en Puerto Príncipe, donde Carmen se detiene, por ver si con su alejamiento me fuerza a ir a Cuba, y donde detiene a mi hijo.—De esto no quiero hablarle, porque no quiera hablarme a mí mismo.

Con Guasp le mando mi «Ismaelillo», y unos diez ejemplares, para que U. los ponga en manos delicadas. Sí quiero que lo conozcan, por mi hijo. Gozo en verlo famoso, y en que le hagan versos, y en que luzca como caballero de importancia, y príncipe de veras, en diarios y revistas.—Un ejemplar se llevó a México Heberto. Ahora envío a Peón y Sánchez Solís, y a Pedro Castera, que se ha acordado de mí en La República. Venero a quien me recuerda. ¿Qué haré con Ud. que sé que me ama?

Por Guasp sé que es U. ahora Ministro de Gobernación, lo cual no me extraña, porque U. es Ministro nato, y será Ministro siempre, y Presidente aun cuando no lo sea. Jamás vi unido tan dichoso carácter a alma tan hermosa, y tan perspicaz y serena inteligencia.—U. será feliz y yo sé por qué.—Ya yo no lo seré, porque al comenzar a rodar, se me quebró el eje de la vida.—

También quería hablar a U. largamente de un deseo mío, que desde hace un año tengo, y que concilia afectos y provecho, y acaso sea útil a otros a la par que a mí.—Pero me da vergüenza hablar de cosa que puede aprovecharme. Otra vez será.—

No sé si recibió U., con carta mía anterior, mi memoria a Manue! Ocaranza. Pronto le enviaré en consulta mis cosas nuevas. Yo no temo que U. me haya olvidado.—Querer a mujer es bueno; pero acaso es mejor querer a hombre. Esto no habla con Lola, que con serlo tanto, no es mujer. Todos los domingos veo aquí a Luisa que luce en puesto de honor, en el retrato que hizo de ella Ocaranza, en la linda casa de mi amigo Bonalde.—¿Cómo es que están en México, si están tan cerca de mí? ¡Ojalá me paguen bien lo que los quiero! Ya no tiene tiempo para más su hermano

AMOR DE CIUDAD GRANDE

De gorja son y rapidez los tiempos.
Corre cual luz la voz; en alta aguja,
Cual nave despeñada en sirte horrenda,
Húndese el rayo, y en ligera barca
El hombre, como alado, el aire hiende.
¡Así el amor, sin pompa ni misterio
Muere, apenas nacido, de saciado!
¡Jaula es la villa de palomas muertas
Y ávidos cazadores! Si los pechos
Se rompen de los hombres, y las carnes
Rotas por tierra ruedan, ¡no han de verse
Dentro más que frutillas estrujadas!

Se ama de pie, en las calles, entre el polvo
De los salones y las plazas; muere
La flor el día en que nace. Aquella virgen
Trémula que antes a la muerte daba
La mano pura que a ignorado mozo;
El goce de temer; aquel salirse
Del pecho el corazón; el inefable
Placer de merecer; el grato susto
De caminar de prisa en derechura
Del hogar de la amada, y a sus puertas
Como un niño feliz romper en llanto;
Y aquel mirar, de nuestro amor al fuego,
Irse tiñendo de color las rosas,
¡Ea, que son patrañas! Pues ¿quién tiene
Tiempo de ser hidalgo? ¡Bien que sienta,

Cual áureo vaso o lienzo suntuoso,
 Dama gentil en casa de magnate!
 ¡O si se tiene sed, se alarga el brazo
 Y a la copa que pasa se la apura!
 Luego, la copa turbia al polvo rueda,
 ¡Y el hábil catador—manchado el pecho
 De una sangre invisible—sigue alegre
 Coronado de mirtos, su camino!
 ¡No son los cuerpos ya sino desechos,
 Y fosas, y jirones! ¡Y las almas
 No son como en el árbol fruta rica
 En cuya blanda piel la almíbar dulce
 En su sazón de madurez rebosa,
 Siro fruta de plaza que a brutales
 Golpes el rudo labrador madura!

¡La edad es ésta de los labios secos!
 ¡De las noches sin sueño! ¡De la vida
 Estrujada en agraz! ¿Qué es lo que falta
 Que la ventura falta? Como liebre
 Azorada, el espíritu se esconde,
 Trémulo huyendo al cazador que ríe,
 Cual en soto selvoso, en nuestro pecho;
 Y el deseo, de brazo de la fiebre,
 Cual rico cazador recorre el soto.

¡Me espanta la ciudad! ¡Toda está llena
 De copas por vaciar, o huecas copas!
 ¡Tengo miedo ¡ay de mí! de que este vino
 Tósigo sea, y en mis venas luego
 Cual duende vengador los dientes clave!
 ¡Tengo sed; mas de un vino que en la tierra
 No se sabe beber! ¡No he padecido
 Bastante aún, para romper el muro
 Que me aparta ¡oh dolor! de mi viñedo!
 ¡Tomad vosotros, catadores ruines

De vinillos humanos, esos vasos
Donde el jugo de lirio a grandes sorbos
Sin compasión y sin temor se bebe!
¡Tomad! ¡Yo soy honrado, y tengo miedo!

Nueva York, abril de 1882

Versos libres.

A VIDAL MORALES

8 de julio de 1882

Amigo mío:

Me tiene Vd. obligado a contestarle con haberse acordado de mí. Yo peco cuando recuerdo,—y por eso pareceré a muchos sencillos. Ahí le envío, con nuestro amigo Antonio Sellén, las copias de las cartas de nuestro Pepe, que, con ser tan sencillas, y tal vez por serlo, dan medida cabal de aquella alma que apenas la tenía. Y si viera Vd. sus letras,—tan anchas, tan arrogantes y tan claras! El pensamiento era tan firme en él como la mano: aún me parece ver al buen viejo Podbielski, que ya ha muerto, cuando me dio, todo bañado en lágrimas, y temblándole las manos montuosas, esas cartas que él llamaba su mejor tesoro. Y las acariciaba, como si se le fuese con ellas buena parte del alma.

Y también le mando mi *Ismaelillo*. No es colección de mis versos, como le han dicho, amigo mío. Antes quiero yo hacer colección de mis obras que de mis versos. Es una porción mínima de los que llevo hechos, que manos amigas han sacado a la luz, porque las mías—poco piadosas con lo mío—la hubieran dejado para siempre olvidada. Ni la pongo a la venta, porque son cosa íntima, y me repugna vender obras de afecto. Ni se parece a lo demás que he hecho. Fue como la visita de una musa nueva. Y ya estoy avergonzado de ver esa sencillez en letras de imprenta.—Tal vez sea, porque me ocupan ahora cosas mayores, y porque aficionado a pensar en los dolores ajenos, y encariñado en la busca de medios de aliviarlos, me queda apenas tiempo para pensar en los míos.

La copia de las cartas de D. Pepe, que hizo tan mal cuanto Vd. ve años hace, una hermanita mía, entonces pequeñuela, va sin embargo a puro corregir e interlinear, exactamente cual a las cartas originales.

Le estima y recuerda, su amigo afectísimo

J. MARTÍ

S/c. 324 Classon Avenue, Brooklyn, L. I.

A BARTOLOMÉ MITRE

New York, 19 de diciembre de 1882

Señor y amigo:

Contesto ahora, en medio de verdaderas premuras su carta, sólo en lo cuerda igual a lo generosa, de 26 de septiembre último. Me pareció un rayo de mi propio sol, y palabra del alma;—ni me parece ahora que escribo a amistad nueva, sino a amigo antiguo, de corazón caliente y mente alta. No hay bien como el de estimar,—y acaso sea éste hoy mi único placer. Queda, pues, dicho que leí con verdadero gozo sus observaciones acerca de la naturaleza de las cartas en que su buena voluntad permite que me empeñe, y que el gozo fue tanto porque vi mis pensamientos en los suyos, cuanto penetró Vd. en los míos. No hay cosa que yo abomine tanto como la pasión. Ciento que no me parece que sea buena raíz de pueblo, este amor exclusivo, vehemente y desasegado de la fortuna material que malogra aquí, o—pule sólo de un lado, las gentes,—y les da a la par aire de colosos y de niños. Ciento que en un cúmulo de pensadores avariciosos hierven ansias que no son para agradar, ni tranquilizar, a las tierras más jóvenes, y más generosamente inquietas de nuestra América. Ciento que me parecería cosa dolorosísima ver morir una tórtola a manos de un ogro. Pero ni la naturaleza humana es de ley tan ruin que la oscurezcan y encobren malas ligas meramente accidentales; ni lo que piense un cenáculo de ultraaguilistas es el pensar de todo un pueblo heterogéneo, trabajador, conservador,—entretenido en sí, y por sus mismas fuerzas varias, equilibrado; ni cabe de unas cuantas plumadas pretenciosas dar juicio cabal de una nación en que se han dado cita, al reclamo de la libertad, como todos los hombres, todos los problemas. Ni ante espectáculos magníficos, y contrapeso saludable de influencias libres, y resurrecciones del derecho humano,—aquí mismo a veces—ale-

targado,—cumple a un veedor fiel cerrar los ojos, ni a un decidor ideal decir menos de las maravillas que está viendo. Hoy, sobre todo, en que en ciertas comarcas de nuestra América, en que arraigó España más hondamente que en otras, se capitanea, bajo bandera literaria y amor poético de la tradición, una mala empresa de vuelta a los estancados tiempos viejos,—urge sacar a luz con todas sus magnificencias, y poner en relieve con todas sus fuerzas, esta esplendida lidia de los hombres.

Siendo ésa mi manera de pensar, bien hizo Vd., pues, en mermar de mi primera carta,—por cuya publicación y afectuoso anuncio le quedo agradecido,—lo que pudiera darle, por ser primera e ir descosida de otras, aire de prevenida y acometedora. Es mal mío no poder concebir nada en retazo, y querer cargar de esencia los pequeños moldes, y hacer los artículos de diario como si fueran libros, por lo cual no escribo con sosiego, ni con mi verdadero modo de escribir, sino cuando siento que escribo para gentes que han de amarme, y cuando puedo, en pequeñas obras sucesivas, ir contorneando insensiblemente en lo exterior la obra previa hecha ya en mí. Y esto creo que se lo dije en carta, al enviarle mi correspondencia, a nuestro amigo benevolentísimo el señor Carranza, y le rogué que pidiera a Vd. perdón por ello. Ahora ya sé que ando entre gentes de alma noble, y que me siento a buen festín, y no tengo sino dejar salir el alma, en la que tengo fe. Y fío en que la he de hacer sentir, por cariñosa y por humilde. No me parecen definitivas sino las conquistas de la mansedumbre.

Me dice Vd. que me deja en libertad para censurar lo que, al escribir sobre las cosas de esta tierra, halle la pluma digno de censuras. Y ésta es para mí la faena más penosa. Para mí la crítica no ha sido nunca más que el mero ejercicio del criterio. Cuando escribía juicios de drama, callar sobre los malos era mi única manera de decir que lo eran. Puesto que el aplauso es la forma de la aprobación, me parece que el silencio es forma de desaprobación sobrada. No temo Vd. la abundancia de mis censuras que se desvanecen delante de mi pluma, como los diablos delante de la cruz. Yo sé que es flaqueza mía; pero no puedo remediarlo. Suelo ser caluroso en la alabanza, y no hay cosa que me guste como tener que alabar,—pero en las censuras, de puro sobrio, peco por nulo. Cuando haya cosas censurables, ellas se censurarán por sí mismas; que yo no haré en mis cartas—pues va dicho sin

decirlo que acepto el honor de escribirlas para *La Nación*,—sino presentar las cosas como sean, que es sistema cuerdo de quien por no ser de la tierra, tiene miedo de pensar desacertadamente, o amar demasiado, o demasiado poco. Mi método para las cartas de New York que durante un año he venido escribiendo, hasta tres meses hace que cesé en ellas, ha sido poner los ojos limpios de prejuicios en todos los campos, y el oído a los diversos vientos, y luego de bien henchido el juicio de pareceres distintos e impresiones, dejarlos hervir, y dar de sí la esencia,—cuidando no adelantar juicio enemigo sin que haya sido antes pronunciado por boca de la tierra,—porque no parezca mi boca temeraria;—y de no adelantar suposición que los diarios, debates del Congreso y conversaciones corrientes, no hayan de anteñano adelantado. De mí, no pongo más que mi amor a la expansión—y mi horror al encarcelamiento del espíritu humano. Sobre este eje, todo aquello gira. ¿No le place esta manera de zurcir mis cartas? Ya las verá sinceras,—con lo que Vd., que lo es tanto—no me las tendrá a mal.

Dicho ya, tan a la ligera que va a parecerle acaso violento y confuso, mi modo general de ver; y puesto por delante mi alegría de hallar a tanta distancia un corazón vecino,—le pediré perdón por no haber aprovechado el correo anterior para responder su carta, y por no comenzar con mi correspondencia hoy la serie definitiva de las mías para el periódico. Pero después de dos años de no ver a mi mujer e hijo, me han venido en estos mismos días, en medio de este crudísimo diciembre, a alegrar mi casita recién hecha, que es toda de Vd. Y primero las ansias de aguardarlos, y los miedos de que no viniesen, y luego las faenas del establecimiento, y las enfermedades de aclimatación,—me han quitado el sosiego de espíritu y claridad de mente necesarios para escribir con honradez y serenidad cosas que han de leer gentes sensatas. No lo achaque, por Dios, a informalidades de gentes letradas, que en esto no fui nunca, ni quiero yo ser, gente de letras. Sino a calor del espíritu, que me deja sin fuerzas para obras menores cuando me lo solicita y concentra toda obra mayor. Ahora mismo le escribo, sin papel apenas en que dejar caer estos renglones, y muy entrada ya la noche fría, fatigado de un día muy laborioso, de todo lo cual le pido excusa. Pero ya con buena parte de los míos a mi lado, y calmado el afán de verlos venir, me doy sin tránsito a mi nueva sabrosa tarea. Y cada mes, como Vds. bondadosamente

dosamente me lo piden, comenzando por el próximo enero, y por el vapor directo, o el primero que en el mes salga, le enviaré en mi carta noticia, que procuraré hacer varia, honda y animada, de cuanto importante por su carácter general, o especialmente interesante para su país, suceda en éste. Lo pintoresco aligerará lo grave; y lo literario alegrará lo político. Cuando hablo de literatura, no hablo de alardear de imaginación, ni de literatura mía, sino de dar cuenta fiel de los productos de la ajena. Aunque ya han muerto Emerson y Longfellow, y Whittier y Holmes están para morir. De prosistas, hay muchedumbre, pero ninguno hereda a Motley. Hay un joven novelista que se afrancesa, Henry James. Pero queda un grandísimo poeta rebelde y pujante, Walt Whitman, y apunta un crítico bueno, Clarence Stedman. Esta noticia se me ha salido de la pluma, como a un buen gustador se va derramante, y como por instinto, una golosina.

Réstame sólo, por ser contra mi voluntad, tiempo de poner punto a esta carta, darme los parabienes de haber hallado en mi camino a un caballero bueno de las letras, que de fijo lo es bueno en todas las cosas de la vida. Escribiré para *La Nación* fuera de todos los respetos y discrepancias necesarias en quien sale al público—como si escribiera a mi propia familia. No hay tormento mayor que escribir contra el alma, o sin ella. Por lo generosa,—y bien sé cuán valiosa es la hospitalidad que en *La Nación* venerable me brinda,—tengo las manos llenas de gracias. La estimo vivamente, y haré por pagarla. Ojalá sienta Vd. en esta carta el cariño y euforia con que se la escribe su amigo y servidor afectuoso

JOSÉ MARTÍ

A JOSÉ GARCÍA

[1884]

Mi muy querido hermano:

Ya veo que tengo un hijo más, y que el lirio de mi casa ha echado una nueva flor.

Hace Vd. bien en ponerse contento, porque la vida sólo es bella por el deber y por la casa. ¡Todo lo demás engaña! ¡Y la misma casa engaña a veces, y toma uno por oro puro lo que no lo es...!

Pero a Vd. no le sucederá eso porque sé cuán bien lo quiere Amelia, y cuán bien merece Vd. ser querido.

Chata⁵⁴ está en su puesto a la cabecera de la enferma, porque no le cabe la bondad en el corazón. Yo recuerdo que hasta una prohibición de su marido desafió para ser buena con mi mujer, e ir a cuidarnos a nuestro hijo. Dígale que Pepe me escribe todas las semanas, con los mismos puntos y adornos en las letras que hacía yo de muchacho: se acaba de examinar, y está muy contento de su éxito y de un pajarito que se ha traído del campo, y está criando fuera de la jaula.

Ya sé que mamá no tendrá paz hasta que no vea al nuevo nieto. Ella no sabe ya vivir sino pensando en ellos. Cuando estuvo aquí, todo era contar sus peculiaridades y sus gracias. Bien que la recordamos este verano, donde por la merced de Dios estábamos viviendo debajo de los árboles a la orilla del mar. Pienso con pena en lo que a ella le gustan los baños, aunque le parecería raro, como me parece a mí, lo muy públicos que aquí los baños son, y tener que enseñar en la playa libremente lo que se reserva entre las gentes honradas para el misterio de la alcoba.

⁵⁴ Leonor, la hermana mayor de Martí.

Pero ella se bañaría, sin embargo, y yo tendría tanto placer en verla contenta, como pena tengo ahora en desearlo en vano. Me atreví a pensar en que volviera a cruzar el mar; pero no pudo ser.

Cuídame bien a Amelia, que es flor fina, y de más aroma mientras el aire es más suave. Sé con gusto que no ha podido tocarle en suerte mejor jardinero, ni a Vd. hermano que más lo quiera y más lo estime que

JOSÉ MARTÍ

AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

New York, 20 de octubre de 1884

Señor General Máximo Gómez

New York

Distinguido General y amigo:

Salí en la mañana del sábado de la casa de Vd. con una impresión tan penosa, que he querido dejarla reposar dos días, para que la resolución que ella, unida a otras anteriores, me inspirase, no fuera resultado de una ofuscación pasajera, o excesivo celo en la defensa de cosas que no quisiera ver yo jamás atacadas,—si-
no obra de meditación madura:—¡qué pena me da tener que de-
cir estas cosas a un hombre a quien creo sincero y bueno, y en
quien existen cualidades notables para llegar a ser verdaderamen-
te grande!—Pero hay algo que está por encima de toda la sim-
patía personal que Vd. pueda inspirarme, y hasta de toda razón
de oportunidad aparente; y es mi determinación de no contribuir
en un ápice, por amor ciego a una idea en que me está yendo la
vida, a traer a mi tierra a un régimen de despotismo personal,
que sería más vergonzoso y funesto que el despotismo político
que ahora soporta, y más grave y difícil de desarraigar, porque
vendría excusado por algunas virtudes, establecido por la idea en-
carnada en él, y legitimado por el triunfo.

Un pueblo no se funda, General, como se manda un campa-
mento; y cuando en los trabajos preparativos de una revolución
más delicada y compleja que otra alguna, no se muestra el deseo
sincero de conocer y conciliar todas las labores, voluntades y ele-
mentos que han de hacer posible la lucha armada, mera forma
del espíritu de independencia, sino la intención bruscamente ex-
presada a cada paso, o mal disimulada, de hacer servir todos los

recursos de fe y de guerra que levante el espíritu a los propósitos cautelosos y personales de los jefes justamente afamados que se presentan a capitanejar la guerra, ¿qué garantías puede haber de que las libertades públicas, único objeto digno de lanzar un país a la lucha, sean mejor respetadas mañana? ¿Qué somos, General?, ¿los servidores heroicos y modestos de una idea que nos calienta el corazón, los amigos leales de un pueblo en desventura, o los caudillos valientes y afortunados que con el látigo en la mano y la espuela en el tacón se disponen a llevar la guerra a un pueblo, para enseñorearse después de él? ¿La fama que ganaron Vds. en una empresa, la fama de valor, lealtad y prudencia, van a perderla en otra?—Si la guerra es posible, y los nobles y legítimos prestigios que vienen de ella, es porque antes existe, trabajado con mucho dolor el espíritu que la reclama y hace necesaria: y a ese espíritu hay que atender, y a ese espíritu hay que mostrar, en todo acto público y privado, el más profundo respeto—porque tal como es admirable el que da su vida por servir a una gran idea, es abominable el que se vale de una gran idea para servir a sus esperanzas personales de gloria o de poder, aunque por ellas exponga la vida.—El dar la vida sólo constituye un derecho cuando se la da desinteresadamente.

Ya lo veo a Vd. afligido, porque entiendo que Vd. procede de buena fe en todo lo que emprende, y cree de veras, que lo que hace, como que se siente inspirado de un motivo puro, es el único modo bueno de hacer que hay en sus empresas. Pero con la mayor sinceridad se pueden cometer los más grandes errores; y es preciso que, a despecho de toda consideración de orden secundario, la verdad adusta, que no debe conocer amigos, salga al paso de todo lo que considere un peligro, y ponga en su puesto las cosas graves, antes de que lleven ya un camino tan adelantado que no tengan remedio. Domine Vd., General, esta pena, como dominé yo el sábado el asombro y disgusto con que oí un importuno arranque de Vd. y una curiosa conversación que provocó a propósito de él el General Maceo⁵⁵ en la que quiso,—¡locura mayor!—darme a entender que debíamos considerar la guerra de Cuba como una propiedad exclusiva de Vd., en la que nadie puede poner pensamiento ni obra sin cometer profanación, y la cual ha de dejarse, si se la quiere ayudar, servil y ciegamente

⁵⁵ El general Antonio Maceo.

en sus manos. ¡No: no, por Dios!—¿pretender sofocar el pensamiento, aun antes de verse, como se verán Vds. mañana, al frente de un pueblo entusiasmado y agradecido, con todos los arreos de la victoria? La patria no es de nadie: y si es de alguien, será, y esto sólo en espíritu, de quien la sirva con mayor desprendimiento e inteligencia.

A una guerra, emprendida en obediencia a los mandatos del país, en consulta con los representantes de sus intereses, en unión con la mayor cantidad de elementos amigos que pueda lograrse; a una guerra así, que venía yo creyendo—porque así se la pinté en una carta mía de hace tres años que tuvo de Vd. hermosa respuesta,—que era la que Vd. ahora se ofrecía a dirigir;—a una guerra así el alma entera he dado, porque ella salvará a mi pueblo;—pero a lo que en aquella conversación se me dio a entender, a una aventura personal, emprendida hábilmente en una hora oportuna, en que los propósitos particulares de los caudillos pueden confundirse con las ideas gloriosas que los hacen posibles; a una campaña emprendida como una empresa privada, sin mostrar más respeto al espíritu patriótico que la permite, que aquel indispensable, aunque muy sumiso a veces, que la astucia aconseja, para atraerse las personas o los elementos que puedan ser de utilidad en un sentido u otro; a una carrera de armas por más que fuese brillante y grandiosa; y haya de ser coronada por el éxito, y sea personalmente honrado el que la capitanea;—a una campaña que no dé desde su primer acto vivo, desde sus primeros movimientos de preparación, muestras de que se la intenta como un servicio al país, y no como una invasión despótica;—a una tentativa armada que no vaya pública, declarada, sincera y únicamente movida, del propósito de poner a su remate en manos del país, agradecido de antemano a sus servidores, las libertades públicas; a una guerra de baja raíz y temibles fines, cualesquiera que sean su magnitud y condiciones de éxito—y no se me oculta que tendría hoy muchas—no prestaré yo jamás mi apoyo—valga mi apoyo lo que valga,—y yo sé que él, que viene de una decisión indomable de ser absolutamente honrado, vale por eso oro puro,—yo no se lo prestaré jamás.

¿Cómo, General, emprender misiones, atraerme afectos, aprovechar los que ya tengo, convencer a hombres eminentes, deshalar voluntades, con estos miedos y dudas en el alma?—Desisto, pues, de todos los trabajos activos que había comenzado a echar sobre mis hombros.

Y no me tenga a mal, General, que le haya escrito estas razones. Lo tengo por hombre noble, y merece Vd. que se le haga pensar. Muy grande puede llegar a ser Vd.—y puede no llegar a serlo. Respetar a un pueblo que nos ama y espera de nosotros, es la mayor grandeza. Servirse de sus dolores y entusiasmos en provecho propio, sería la mayor ingnominia. Es verdad, General, que desde Honduras me habían dicho que alrededor de Vd. se movían acaso intrigas, que envenenaban, sin que Vd. lo sintiese, su corazón sencillo, que se aprovechaban de sus bondades, sus impresiones y sus hábitos para apartar a Vd. de cuantos hallase en su camino que le acompañasen en sus labores con cariño, y le ayudaran a librarse de los obstáculos que se fueran ofreciendo—a un engrandecimiento a que tiene Vd. derechos naturales. Pero yo confieso que no tengo ni voluntad ni paciencia para andar husmeando intrigas ni deshaciéndolas. Yo estoy por encima de todo eso. Yo no sirvo más que al deber, y con éste seré siempre bastante poderoso.

¿Se ha acercado a Vd. alguien, General, con un afecto más caluroso que aquel con que lo apreté en mis brazos desde el primer día en que le vi? ¿Ha sentido Vd. en muchos esta fatal abundancia de corazón que me dañaría tanto en mi vida, si necesitase yo de andar ocultando mis propósitos para favorecer ambicioncillas femeniles de hoy o esperanzas de mañana?

Pues después de todo lo que he escrito, y releo cuidadosamente, y confirmo,—a Vd., lleno de méritos, creo que lo quiero:—a la guerra que en estos instantes me parece que, por error de forma acaso, está Vd. representando,—no:—

Queda estimándole y sirviéndole

JOSÉ MARTÍ

A MANUEL MERCADO

N. York, 13 de noviembre [1886]

Mi amigo queridísimo:

Recibí del señor Polignac su carta última, y en ella la mala noticia de que se volvió a México con otra anterior de U. por no hallarme: en New York estaba; pero lleno de agitaciones y dudas, y a punto ¡quién nos lo hubiera dicho! de ir por quince días a México.—Grandes empeños me llevaban; porque yo soy siempre aquel loco incorregible que cree en la bondad de los hombres y en la sencillez y naturalidad de la grandeza; pero ¿por qué no he de decirle que tanto como mi frustrada empresa, y agradecido a ella porque me devolvía a Ud., me animaba y tenía lleno de júbilo el pensamiento de volver a verlo? Porque U. se me entró por mi alma en mi hora de mayor dolor, y me la adivinó toda sin obligarme a la imprudencia de enseñársela, y desde entonces tiene U. en ella asiento real.—¿Que para qué iba yo a México? Ud. sabe con qué serenidad abandoné cinco años hace, por no poder sufrir sin bochorno nuestra ignominiosa vida pública, la situación bohnancible y brillante que, amorosa como una madre, me ofrecía mi patria—que lejos de ella, y con mi ejemplo y fe, he esperado, con una paciencia parecida a la agonía, el instante en que abatidas ya todas las falsas esperanzas de nuestra gente, se decidiesen a dejar campo—a los que no ven más manera de salvar al país que arrebatarlo de sus dueños; y en todas estas labores yo no tenía el pensamiento en mí, que sé que todo poder y todo provecho me están vedados por mi carácter austero en el mundo; ni aspiraba a más gozo que al de hacer algo difícil y desinteresado, y acabar. Viniieron hasta New York, esperanzados en el éxito de un movimiento de armas con la exasperación, angustia e ira reinantes en el país, dos de los jefes más probados, valientes y puros de nuestra

guerra pasada, y con estos calores míos, me puse a la obra con ellos. De esta tierra no espero nada, ni para Uds. ni para nosotros, más que males: ciertos medios, ya hay; pero necesitamos más: y yo veía llegada la hora menorable y dolorosa de ir a implorar, con lágrimas y con razones, el cariño y la ayuda de todos los pueblos, pobres y generosos, de nuestra América. De las dificultades no me hable, que yo me las sabía; pero tal brío llevaba en mí, y tal fe en la nobleza humana, que de antemano estaba orgulloso de mi éxito: ¿por dónde había de empezar sino por México? Acordamos planes y fechas: señalé el 20 de octubre para partir: no tenía más modo de vivir que lo que me producía el Consulado del Uruguay, en que hacía de Cónsul interino, y como el Uruguay está en amistad con España, renuncié con el Consulado a mi único modo de vivir:—Carranza llegó a afligirme y pesar sobre mí de tal manera que, alabado en esto por todos, tuve al fin que abandonarle, hará unos cuatro meses:—y para que mi familia viviese durante mi ausencia, tenía concertadas unas cartas de viaje con el «Sun», siempre bueno para mí: sentía que renacía, yo, que desde hace años recojo a cada mañana de tierra mis propios pedazos para seguir viviendo:—cuando de súbito vi que, por torpeza o interés, los jefes con quienes entraba en esta labor no tenían aquella cordialidad de miras, aquel o'vido de la propia persona, aquel pensar exclusivo y previsor en el bien patrio,—aquel acatamiento modesto a la autoridad de la prudencia y de la razón sin las que un hombre honrado, que piensa y prevé no puede echar sobre sí la responsabilidad de traer a un pueblo tan quebrantado como el nuestro a una lucha que ha de ser desesperada y larga. ¿Ni a qué echar abajo la tiranía ajena, para poner en su lugar, con todos los prestigios del triunfo, la propia? No vi, en suma, más que a dos hombres decididos a hacer, de esta guerra difícil a que tantos contribuyen, una empresa propia:—ja mí mismo, el único que los acompañaba con ardor y los protegía con el respeto que inspiro: llegaron, apenas se creyeron seguros de mí, a tratarme con desdeñosa insolencia! A nadie jamás lo diga, ni a cubanos, ni a los que no lo sean; que así como se lo digo a U., a nadie se lo he dicho pero de ese modo fue: ¿cómo en semejante compañía, emprender sin fe y sin amor, y punto menos que con horror, la campaña que desde años atrás venía preparando tiernamente; con todo acto y palabra mía, como una obra de arte? Pues si he estado, ya con

el alma rota, en comunicación constante, con todas nuestras tierras; si desafiando glorias y provechos que otros, y no yo, consideran más apetecibles, he movido la pluma para todas esas tierras, cuando no podía yo mover el alma; si me he complacido en sentir, en pago de mi cariño, amorosa para mí a la mejor gente de todos esos países, ¿por qué era, sobre que ese amor a ellos es mi natural, sino porque el cariño que personalmente había tenido la fortuna de inspirar, podía ponerlo luego al servicio de mi patria?—De estas alas caí, como si hubieran sido de humo: el pensamiento de lo que pierdo en autoridad, y en beneficio de mi fama, siendo como es posible hoy la guerra, con apartarme de los que la conducen, y conmigo habían comenzado a allegar los medios de hacerla realizable,—no podía bastar en mí, que nada sé hacer contra mi concepto de lo justo, para entrar en una campaña incompleta, y funesta si no cambia de espíritu, sin más estímulo que el de mi provecho personal futuro que es el único estímulo que para mí no lo es jamás. Ni cómo contribuir yo a una tentativa de alardes despóticos, siquiera sea con un glorioso fin, tras del cual nos quedarían males de que serían responsables los que los vieron, y los encubrieron, y, con su protesta y alejamiento al menos, no trataron de hacerlos imposibles?—Y no he ido a México, ni voy a ninguna parte, por el delito de no saber intentar la gloria como se intenta un delito: como un cómplice. Renuncié bruscamente, aunque en sigilo, a toda participación activa en estas labores de preparación que en su parte mayor caían sobre mí. Renuncié a dejar de verlo. Me quedé sin modos de vida. Pero he hecho bien: y recomienzo mi faena. En mi tierra, lo que haya de ser será; y el puesto más difícil, y que exija desinterés mayor, ése será el mío.—No me asombro de lo que me ha sucedido, aunque me duele: ¡sé ya de tan viejo que a los hombres les es enojosa la virtud! Y esto que yo, si tengo alguna, procuro no enseñarla, para que no me la vean: pero obrar contra ella, no puedo:—Y de esto me vine siempre mal.

Ahora, ¿querrá U. ayudarme? ¿Querrá U. ponerse de mi lado, a ver si puedo, recogiendo labores de aquí y de allá, ya en los periódicos de aquí, ya en los de fuera, evitar el uncirme de nuevo, con estos pensamientos que me queman y estas visiones blancas que me empujan, a mesa de comercio, en que me iría muriendo; por ser en ellas constantes la brusquedad y el egoísmo, de los

que cada muestra y palabra me dan en el corazón, que no sé ya cómo me vive?—De este pensamiento era del que le hablaba desde hace dos años, pensando siempre en una manera de arreglar mis labores, de modo que me permitiesen trabajar en mis propias vías, que es el único modo de dar fruto. Porque si no, me muero de vergüenza, y me parece que desobedezco a la voz de adentro, y falto a mi deber, y seré juzgado, puesto que traje en mis acciones y palabras buenas que no di, como un desertor y un criminal.—

Trabajo para un gran diario de Buenos Aires; pero este sueldo va a mamá. Si logro arreglar este género de vida y fijar mi plan, trabajaré, como en este mismo instante, para el «Sun» de aquí, para el que escribo en francés ¡yo, a quien Ud. corrigió una vez, con dulzura de evangelista, un *envoyerai* por un *enverrai*!—Lo que le pido es esto, y se lo pido urgentemente, y como a Ud. pudiera yo con más eficacia pedírselo. Me va en ello, ahora, el enderezamiento de mi vida, que de aquí a un mes sería angustiosa; y, después me va en ello la fuerza de mi inteligencia, y la salud del alma:—Dos cosas se me ocurren, y una la tenía pensada mucho tiempo ha: ¿vendría bien para el Diario Oficial de México, con una remuneración que sin ser excesiva, compensase en algo la labor, de 50 a 100, según el tiempo empleado, una especie de redacción constante de asuntos norteamericanos, estudiados, sin comentarios comprometedores, en cuanto, y ahora es mucho e importantísimo hiciesen relación a todos los pueblos de nuestra raza, y en especial al mexicano? Alerta se ha de estar allí a todo esto, sin que por eso se parezca alarmista. Ése sería el mejor modo de ir haciendo opinión y previsión, sin alarmares.

Cada semana saldrían de aquí las cartas y documentos que fueran del caso. O cada semana una carta. O una noticia especial de cada asunto que se refiriese a las relaciones de este país con los nuestros, por actos directos o indirectos. Ya sé que no es de amenidades ni literaturas el Diario Oficial: ni sienta bien como lugar de expresión de opiniones extremas, que yo cercenaría, y haría de modo que los lectores las dedujesen por sí, sin ir en esto a más de lo que el «Diario» desease.—Un centinela de la casa propia, con todo el cuidado de quien sabe el peso y alcance de toda palabra oficial: éste sería yo en esto.

Y mi otro plan es éste: He imaginado sentarme en mi mesa a escribir, durante todo el mes, como si fuese a publicar aquí una

Revista: Sale un correo de New York para un país de los nuestros: escribo todo lo que en éste haya ocurrido de notable: casos políticos, estudios sociales, noticias de letras y teatros, originalidades y aspectos peculiares de esta tierra. Muere un hombre notable: estudio su vida. Aparece, acá o en cualquier otra parte del mundo, un libro de historia, de novela, de teatro, de poesía: estudio el libro. Se hace un descubrimiento valioso: lo explico, luego de entenderlo. En fin, una Revista, hecha desde New York sobre todas las cosas que puedan interesar a nuestros lectores cultos, impacientes e imaginativos; pero hecha de modo que pueda publicarse en periódicos diarios. Siete, ocho, diez, yo no sé cuántos, porque U. sabe que ni el corazón ni la mano se me enfrián, tendría el periódico que entrase en mi plan, como parece que uno en el Uruguay, «El Siglo», y otro en Chile, «El Mercurio», entran: de estos artículos, unos serían de crítica, otros de bibliografía, otros de biografía, otros, los que interesarían más acaso, correspondencias sobre varias materias. Por ferrocarril le mando copia de la última que he escrito, en que describo el día y la noche de elecciones. Naturalmente, ese trabajo, que es más que el de un redactor diario asiduo, no lo podría hacer para un periódico solo, a menos que no compensase por sí solo el tiempo empleado en él, como tres años ha hice con «La Opinión» de Caracas, lo que abandoné por ser condición para continuar aquella labor que consintiese el alabar en ella las abominaciones de Guzmán Blanco. Con \$120 me basta para la vida: tengo probabilidades de que los periódicos que le he dicho de Montevideo y Santiago tomen esta serie de trabajos, que se publicarían en el periódico de cada país a un mismo tiempo; y eso me habilita a ofrecer toda esa labor por \$40 oro americano al periódico mexicano que viese utilidad en ella. U. me cuidaría, por serme vital, de la constancia de la paga. ¿No ve que me debe estar dando vergüenza hablarle de esto? Creo esto realizable, y acaso lo del Diario, aunque más fácilmente lo otro.—

Por poco me propongo dar mucho; que no por mí ha de valer, sino porque será de cosas de interés, nuevas y vivas. Siéndome esta labor grata, ¡qué diligencia no pondré yo en ella!—que no he perdido nada de la que U. me conoció, sino que la tengo crecida, por el disgusto que los trabajos nimios del comercio me causan, y el agradecimiento con que vería el poder librarme de

ellos,—y por ser estas labores que reúnen a la vez la animación, la hermosura y el desinterés que me son esenciales, en cuanto hago y veo, para la vida.

Ya le he hablado bastante, aunque nada de la inquietud y necesidad con que espero su respuesta, que me es tan importante, para poder decidir acá mi futuro género de vida, y por estar hoy sin ninguno fijo, que le agradecería que, en caso de conseguir una u otra cosa de las que le propongo, me telegrafiase una sola palabra «Sí», al Consulado del Uruguay, 17 y 19 William Street, Room 20, dirigida a mí.

Y olvídense, olvídense de que lo he ocupado tanto tiempo en estas tristezas e intereses míos; pero si puede, ayúdeme.

De descontento, callo. Bese la mano a Lola, y las mejillas a sus hijos. Carmen, buena: mi hijo, una copa de nácar: mis padres, en la Habana: y yo, de tal manera en mi interior, que sólo a U. podría decírselo.—

Su hermano

J. MARTÍ

A MANUEL MERCADO

[1886]

Mi amigo mejor:

Una línea, para agradecerle las suyas, y porque no quiero que su buen mensajero se vaya sin ella. ¡Qué apenado me tenía no recibir noticias suyas! ¡Ya pensaba que había yo cometido alguna mala acción, y que lo tenía disgustado! Su carta me ha dado uno de mis pocos júbilos.—De lo de negocios que en ella me dice, sí le escribiré, de seguro, por primera vía, para ver si de lo que pensé algo puede hacerse, como creo.—

Mi situación, violenta hasta hoy, es desde hoy, por mucho que quisiera y he de decirle, más grave que nunca.—Pero, en tanto me quede vida, y un alma como la de U. para quererme, me sobrarán bríos.—Pero me tenía muy enojado con no escribirme.

Nos debemos cartas muy largas.—

Crea que con ser para mí quien es me complace más que con nada, y que nunca faltará valor para abrirse paso por entre las contrariedades mayores, a su hermano, siempre muy necesitado de su cariño.

26 de Febrero.

J. MARTÍ

Nunca me manda libros de México.

A MANUEL MERCADO

[1886]

Mi amigo queridísimo:

Esperaba yo por Polignac carta de Vd. como espera un enfermo desvelado un rayo de sol: y hasta creía que pudiera ser respuesta a una carta larga, y de mucha importancia para mí, que dirigí a V. por el correo, Vía El Paso, no recuerdo si al Ministerio o a San Ildefonso, 4, uno o dos días después de haber salido Pablo Macedo de New York. Polignac viene, en busca de carta mía que llevarle; pero no me trae la de Vd., con él mismo escribí a Vd. en fe de vida en el viaje anterior, y me dice que de Veracruz le envió la carta con Zayas Bazán.

La verdad es que esta vez no quisiera escribirle; porque me sería ahora, en mi plan y en el de Macedo, de tanta importancia su auxilio, y me es tan esencial en el estado de aflicción de mi alma, que ya pasa a mi cuerpo—que me entran mis reparos de siempre, y ni a V., en quien me vierto sin rebozo y con un placer profundo, ni a V. querría hablarle de mí.

Supongo que habrá llegado a V. la carta larga de que le hablo, y habrá visto en ella que en la condición actual de mi fortuna, y en esta especie de terror de alma en que vivo, me causaría verdadera angustia no poder lograr el empeño que he puesto en sus manos. Con este pie en lo firme, podría al fin ¡tal vez por ocasión primera en cinco años! Trabajar sin tener en todo instante una pezuña sobre la frente, y la dignidad en un potro, y el alma entera en náusea; tal vez podría empezar, tranquilo el espíritu en un quehacer noble, a salvarme un poco de este contacto demasiado íntimo con los hombres, con los hombres en esta tierra, que no son, no, como los hombres en todas las demás,—y dar suelta, conforme fuera yo saliendo de esta agonía, a las experiencias y arro-

gancias que se me han ido amontonando en el alma, y me sofocan por falta de empleo. Si a lo que ya tengo en esa clase de quehaceres, que ni me agotan mis restos de salud ni me tienen en perpetuo susto el decoro, pudiera unir la clase de trabajo que le pido, y por el cual le ruego que se esfuerce mucho más que para sí propio, me haría Vd. un bien cuya trascendencia sólo podría calcular viendo de cerca, y por dentro, como dejaría yo que Vd. los vierse, el espanto y la tribulación a que después de estos cinco años de noblezas estériles e indecibles fatigas ha llegado mi espíritu. Mi Consulado, que me venía ayudando se me acaba el mes próximo. Si no me saca Vd. por sobre su cabeza en esto de los diarios, tendré de nuevo—sin que nadie, eso sí, note mi desfallecimiento—que acudir a una colocación vulgar de comercio, de muchas horas y retribución mezquina, adonde vuelva a mi vida a lo que ha sido en estos tiempos últimos, avena de pesebre, a que se la coman los caballos. Lo que me entristece no es eso; sino que en esa profesión, como acá se ejerce, y en la condición ruin de empleado menor en que tendría yo que volver a ejercerla, cada detalle ¿por qué no decírselo? me subleva y aturde, y vivo como acorralado y apaleado, y la brutalidad, deshonestidad y sordidez que veo a mi alrededor y de que tengo que ser instrumento me imponen,—creo que ya se lo he dicho a Vd. porque es verdad—como una cierva, despedazada por las mordidas de los perros, que se refugia para morir en el último tronco. Saco de mí sin cansarme una energía salvaje; pero noto que estoy llegando ya al fondo de mis entrañas. O tengo un poco de respiro para rehacerme, a que me las coman de nuevo, o aquí se acaban.—Yo por nada me abato; pero siento que los puntales se me van cayendo. Trabaje por mí, que esta alma mía no se ha hecho para extinguirse tan a oscuras y por tan pobres razones. Los cariños que inspiro, y el de Vd. a la cabeza de ellos, son ya, desde hace años mi único premio y estímulo: nada más pedí a la tierra, y nada más me ha dado.

Una que otra muestra de espléndida simpatía que me llega de tiempo en tiempo de tierras lejanas, y la triste contemplación de mi fortaleza, son los únicos gozos que para mí hay hoy en la vida. Ni en las pasiones he podido tenerlos nunca, porque aun en aquellas más que pudieran haber parecido desordenadas, no he visto yo más que un deber justo y seco. El recuerdo de mi padre viejo,—el amor de mis amigos, y el amor de los niños es lo único

que hoy commueve mi alma aterrada:—fuera de ese cariño a todo lo que padece, que ya Vd. sabe que en mí es vicio: pero créamelo, el hielo me llega ya a la mano.—¡Qué me importa a mí, para quererlo yo a Vd., que me logre o no esto en que tanto me va, y tanto me empeño? Mi Don Manuel está sentado en mi corazón «a la diestra de Dios Todopoderoso», y no habrá nada que lo saque de su asiento: pero si pudiera obtenerme lo que quiero ¡qué inmenso bien me haría!—y veo que allá me recuerda y me quiere mucha gente: ¡con qué gozo no me pondría yo a la faena, en mis trabajos para México!—y, fuera de toda necesidad mía personal, ¡qué falta hace allá, de mí y de todos, un estudio constante de todas las cosas, vías y tendencias de este pueblo, capaz, a pesar de su fuerza, de ser evitado, como se evita una estocada mortal, por la habilidad que no posee! Ni siquiera he cuidado yo, en mi desdén por todo lo mío, de hacer llegar a manos de V. todo lo que llevo escrito, que es mucho y en muchas partes, a propósito de México: con la mente puesta en México y en mi país escribí un estudio sobre Grant de que no creo haberle hablado, y que ha tenido en la América del Sur mucha fortuna: allí saco del revés esa especie de caracteres de fuerza, para que se les vea, sin exageración ni mala voluntad, todo lo feo y rugoso del interior de la vaina, ¡que tanto hambriento y desvergonzado rebruñen por de fuera a lamidos!—Un personaje de aquí me dijo, después de leer este ensayo: «¿Dónde conoció V. al hombre, que parece que lo ha retratado V. por dentro?»—¡Lo conocí en los hombres!—Los espíritus humanos se dividen en familias, como los animales.—En esas páginas—¿no le he hablado antes de ellas?—va mucho de mis dolores patrióticos, primer peldaño que bajé del cielo!

Ya Vd., al verle a esta carta los tamaños, la habrá puesto de lado, para leerla en el primer domingo: ¡quién me diera uno solo, de aquellos que empezaban en la puerta de «La Revista», y acababan en una taza de café de Uruapan!: de modo que, como es domingo, no me da pena seguir hablándole de mis cosas. Ya le hablé de las de ahora. Ya le dije también en mi carta anterior algo de las venideras.—Por la carta y por Pablo Macedo sabrá que, a lo modesto y principiante, tengo el pensamiento de hacerme editor de libros baratos y útiles, de educación y materias que la ayuden, cuyos libros puedan hacerse aquí en armonía con la naturaleza y necesidades de nuestros pueblos, y economía de quien trabaja

en lo propio, y venderse, en México principalmente, con un margen de escasísimo provecho. Pero lo que V. no sabe es que ésta no es en mí idea nueva, sino en cuanto a la posibilidad de su inmediata realización;—que a este fin, como si ya yo no tuviera otro natural, me vengo preparando con un estudio cuidadoso de los menores detalles, desde hace muchos años;—que, aparte de toda situación mía actual, me siento capaz de levantar en este hermoso ramo una empresa benéfica y productiva;—que contra mi constumbre, desde que Macedo me habló de éste como realizable, al decirle yo cómo tenía estudiado el asunto, no pienso en otra cosa, y la doy por hecha;—que tan convencido estoy del bien que podría hacer, y el giro útil que podría dar al caudal puesto en ello, que en esto sí me propongo ser porfiado e incansable, y no parar hasta tenerlo conseguido.—Ir tirando será lo primero, con ahorros de judío, de lo poquito que haya para comenzar. Ya yo sé los libros vivos que nuestras tierras necesitan, y piden, y no tienen, ni hay aun quien les dé: y los iré publicando de manera que, desde el principio, México los vaya obteniendo al precio estrictamente necesario para cubrir los gastos. Los provechos vendrán de la venta en los demás países. Al fin, estos libros útiles, con ediciones sucesivas, vendrán a reducirse a un precio tal, que no habrá quien no pueda hacerse de ellos. La competencia no es de temer—primero, porque estos libros serán muy distintos de cuantos en esa línea van publicados,—libros humanos y palpitan tes,—no meros textos, sino explicaciones de la vida y sus elementos, y preparaciones para luchar con ella—la esencia y flor de todo lo moderno:—después, porque como esta empresa sólo será de lucro moderado y honesto, siempre podrá abaratar sus productos mucho más que las que no se conforman sino con grandes provechos.—Eso sí que me resucitará, y me sacará de la vergüenza en que ando. Esa idea me satisface y regocija, y no entra en este contento ni por un ápice mi necesidad actual de asegurarme un quehacer menos mortal y angustioso que el que, con escasos intervalos, he tenido hasta ahora.

Pero ni aun viiniendo a pensar en esto, puede dejar de serme la idea gratísima. Para esto estoy hecho, ya que la acción en campos más vastos no me es dada. Para eso estoy preparado. En eso tengo fuerza, originalidad y práctica. Ése es mi camino. Tengo fe y gozo en eso.—Todo me ata a New York, por lo menos

durante algunos años de mi vida: todo me ata a esta copa de veneno:—Vd. no lo sabe bien, porque no ha batallado aquí como yo he batallado; pero la verdad es que todos los días, al llegar la tarde, me siento como comido en lo interior de un tósigo que me echa a andar, me pone el alma en vuelcos, y me invita a salir de mí. Todo yo estallo. De adentro me viene un fuego que me quema, como un fuego de fiebre, ávido y seco. Es la muerte a retazos. Sólo los días en que no bajo a negocios, o veo a poca gente, o ando mucho al aire ahora que hay primavera, padezco menos de este horror de espíritu: ¡qué riendas he necesitado tener para sujetar la mente a frenos! ¡el día que yo escriba este poema!—Bueno, pues; todo me ata a New York: las consecuencias de los errores políticos de nuestro país;—la cercanía a esa tierra mía, que no sabe de mí, y por la que muero;—la repugnancia a salir a correr nuevas aventuras, con la casa al hombro, que no admite esperas;—la repugnancia, aún mayor, a vivir en países adonde no llevo un arte práctica ni un derecho mecánico a la vida, sino una pequeña inteligencia más, que en esos países sobra, y sólo da de comer cuando se pone en alquiler o en venta para usos de gobierno, que a un extranjero están vedados:—todo, más las consecuencias naturales de cinco años de vida en un lugar céntrico, me ata por ahora a New York.—A otras tierras, ya sabe V. por qué no pienso en ir. Mercado literario, aún no hay en ellas, ni tiene por qué haberlo. En el mercado político, yo no me he de poner. En el mercado judicial, los abogados buenos sobran. Ya sé yo que de puro servicial y humilde, un pan siempre habría de conseguir. Pero mis instrumentos de trabajo, que son mi lengua y mi pluma, o habían de quedarse en el mismo encogimiento en que están aquí, o habrían de usarse en pro o en contra de asuntos locales en que no tengo derecho ni voluntad de entrar, y en los que, sin embargo, como ya me sucedió en Guatemala y en Venezuela, ni el silencio me es permitido, porque se juzga, cuando ya se tiene cierto nombre y respeto, que es censura al gobierno el silencio decoroso. Y hasta los mismos fervientes cariños de mi alma hacia esos países nuestros tengo que contener, porque no son usuales por desdicha, ni aun en sus mismos hijos, y parece lisonja de medradora, o alabanza de necesitado, lo que es en mí vastísimo sentimiento continental, y rosa de ternura: ¡vaya V. a hacer entender y respetar entre los hombres estas extravagancias! Ya mi alma lastimada no tiene bastante fuerza para soportar muchos golpes de éstos.

Morir de esta tierra, es justo, puesto que no la quiero; pero morir de las mías sí me sería penoso. A otras tierras, no puedo, pues, pensar en ir.—A la mía, tampoco: no porque sea yo un revolucionario empedernido y caprichoso, que sólo consienta en volver a su pueblo por los caminos que a su terquedad o soberbia se le antojan, sino porque los males públicos, que en otros pueblos que no sean los míos, no tengo un derecho directo a mejorar, en mi tierra me pesan como propios, y son para mí un deber de remediarlos: allí toda bofetada me sonaría en la cara: allí toda indig-nidad me tendría siempre en pie para dominarla o contenerla: yo, mísero de mí, no soy dueño de mi vida, ni puedo hacer, desde que contraigo por mi voluntad, deberes privados, todo lo que mi deber público me manda, sino aquella parte de éste que no haga imposible el cumplimiento de aquéllos, como lo haría sin duda en la campaña formidable que yo emprendería en mi tierra. Nada más, pues, que el respeto a mi familia me obliga a una ausencia que todos ellos creen que prolongo en daño suyo.

Ahora, pensar que yo vuelva a mi tierra a acumular doblones, y entre tantos que luchan bravamente, deje de luchar, con más bríos y empuje que todos ellos, y menos amor de mí, es pensar que puede beberse el sol en una taza de café. Eso no podría ser. Prefiero, pues, morir acá en silencio.

Y acá ¿qué puedo yo hacer? De prisa lo he de decir, porque esta carta pasa ya de atrevimiento. Si de ir muriendo se trata, ya se sabe, intentaré volver a mis quehaceres de dependiente de comercio, donde todo es ultraje, todo zozobra, todo angustia de noria, sin más que un pan al día, no siempre entero. Si de salvarme se trata, nada más puedo hacer que esa tarea querida a que mis trabajos de muchos años, mi pequeño nombre, ya bastante extendido, mis modestas pretensiones, la opinión de cuantos me conocen, mi deseo constante y ardiente, y el éxito de cuanto llevo hecho en ese ramo me preparan. Nada más puedo hacer si he de salvarme, con esta naturaleza mía en que las corrientes del espíritu dan con tanta furia, que esa especie de nobles labores donde a un tiempo puedo satisfacer mi ansia de hacer bien, mejoran con esa alegría mi salud rota, y amasar un pan para mañana.

Ya es más de medianoche, y llevo una hora y media de escribirle, me siento consolado. De nadie esperé nunca nada: y si, a ocultas de mí mismo, esperé algo de alguien, eso es precisamen-

te lo que no he tenido. Pero de V. he tenido siempre, aun en cariño, más de lo que he esperado. Tengo en V. una fe que ya en muchas cosas y hombres he perdido. Vea, pues, cómo me le doy sin reserva, y respondo, al fin, en parte a lo que desde hace años me viene preguntando, sobre lo interior de mí mismo. Todo lo que falta se lo diré en cuanto lo vea, que es mucho, y mortal; pero yo recojo del suelo mis propios pedazos, y los junto y ando con ellos como si estuviera vivo.

¿Se enoja conmigo porque le he molestado tanto? A mí no me enojaría tenerle a mi lado hora sobre hora, y oírle vaciar su juicio hermoso y su corazón honesto. Corazón, ahí le va. Juicio,—sólo tengo el mío, que ninguna contrariedad ni desdicha ha logrado aún torcer ni envenenar; pero no es tan hermoso y sereno como el suyo.—Déjeme, pues, callar, contento de haber de puesto ante V. la arrogancia con que oculto mis desfallecimientos hasta de mí mismo. Soy—no se me ría—como un rey salvaje. Déjeme callar, y en cuanto esté en su mano, póngame remedio: todo el que haya, sí por Dios; ¡pero si no hay otro, con su cariño basta!—Junte en un abrazo a sus pequeñuelos, y besé la mano a Lola.

Su hermano

JOSÉ MARTÍ

Abril 22. [1886]

Olvidaba que V. no tiene mi dirección. Es ésta: P. O. B. 1283

A MANUEL MERCADO

[Enero de 1887]

Mi hermano querido:

Desde el primero de año a acá ésta es la primer carta que escribo. No sé cómo salir de mi tristeza. Papá está ya tan malo que esperan que viva poco. ¡Y yo, que no he tenido tiempo de pagarle mi deuda, vivo! No puede U. imaginar cómo he aprendido en la vida a venerar y amar al noble anciano a quien no amé bastante mientras no supe entenderlo. Cuanto tengo de bueno, trae su raíz de él. Me agobia ver que muere sin que yo pueda servirlo y honrarlo. Perdóneme que le haya hablado de mi pena antes de desechar un año venturoso: ¿cuál no lo será en su casa, donde la tiene natural toda nobleza? No me quite nunca en ella mi puesto de huésped, que es una de las dulces propiedades de mi vida.

Le mando una carta para «El Partido» que por su asunto acaso hojeará U. antes de darla. No digo allí con mucho lo que me ocurre decir sobre esa materia, y considero de veras urgente. Me extraña que no haya ocurrido ya ahí la necesidad de tener aquí constantemente empeñada una campaña de propaganda activa y discreta en beneficio de México, en la lengua del país, ya publicando de vez en cuando artículos pensados y de tiro seguro en las revistas y diarios de importancia, para compensar lo mucho falso y maligno que se publica, que es todo leña para la hoguera de mañana,—ya manteniendo un periódico destinado abiertamente a defender al país, en inglés, de los cargos que se le hagan sin justicia, a desmentir errores, y a explicar sus recursos y empresas,—ya creando una revista de carácter general aparente, que pudiera atraerse ya ayuda de otros gobiernos por semejantes razones, y en la cual ocupasen puesto principal las cosas de México,—ya estableciendo, cómo va a hacer la República Argentina

aquí mismo, una oficina de propaganda, que sirviese de centro de información gratuito a todos los que la deseasen sobre México y sus cosas, que tuviese géneros de muestras y libros de consulta, y que se encargase de desmentir todo lo falso que respecto a ese país se propalase en éste, con mal para hoy, e incalculable y creciente peligro para mañana. Yo le ruego que se fije en lo que digo en las páginas 6 y 7. No se me esconde la sutileza y dificultad de esos encargos; pero también veo que se mantiene, si no aumenta con lo que el orgullo de raza y los manejos interesados lo enconan, el concepto ofensivo y desdeñoso en que la mayoría de esta gente, ignorante y acometedora, tiene a México, como a todos nuestros países. Ya U. calcula lo que eso influye en los conflictos venideros. A este rinoceronte hay que buscarle las axilas. El libro de que hablo en la carta se ha recibido aquí con desusada aprobación y crédito.

Distribuyo ahora mi trabajo de manera que cada sábado saldrá de aquí mi carta para Ud.—Y no me diga pesado; pero no le da lástima ver que todo mi afán por encajar con arte ideas esenciales y útiles se pierde por increíbles descuidos del caballero encargado de la corrección? Yo no uso palabra en que procure poner especial significación y peso, de lo que viene que cuando la palabra queda cambiada o incomprensible, o la puntuación alterada, parece artificioso e hinchado lo que de otro modo pudiera parecer sincero y artístico. ¡Dios me guarde si me han de juzgar por aquel pecado de Arthur!

Veo en las cosas de México un espíritu conciliador de que presagio beneficios, por más que la paz sea tan difícil en nuestros países desiguales y nuevos. No es U. el que me dirá intruso porque quiera a México con toda mi alma, y haya pasado años escribiendo de él sin cuidarme de hacer llegar a manos de U. siquiera lo que escribía. Ahora mismo acabo de corregir las pruebas de un artículo: «Méjico en nuestros días»; y en días pasados, en mi carta a la República Argentina, respondí lo que era debido a un diputado que en la discusión sobre las Oficinas de Propaganda en el extranjero, ofendió sin razón a México en un alarde oratorio, y causó con él cierta sensación en la Cámara.

Yo le escribo como si me hubiera U. escrito, y es que dejando correr la pluma para Ud. me vuelven al alma los verdores de nuestra sabrosa Alameda.

No le digo un pequeño deseo que tengo—pequeño, puesto que lo expreso—hasta no ver letra de U. A aquel que solía venir, hace meses que no lo veo. ¡Escríbame, que la pena viene recia, y voy a necesitar su carta pronto!

Bese la mano a Lola y a los niños. Para Manuel, tan pronto haya como mandarla, tengo una Geografía nueva, con láminas hermosas y muchas de México.

Para Lola, el agradecimiento que sentían por la reina de la fiesta los caballeros heridos en el torneo.

Para usted todo

JOSÉ MARTÍ

A JOSÉ GARCÍA

Febrero, 1887

Mi querido José:

No hubiera querido recibir de otras manos la noticia de la muerte de mi padre.⁵⁶ En la carta de Vd. he sentido su último calor. Si ya Vd. no fuera hermano mío, por la ternura con que me quiso a mi padre lo sería. Vd. entendió su santidad, e hizo en la tierra por premiarla. Él lo quería a Vd. como a un hijo preferido. Es de hijo el sollozo con que Vd. me ha anunciado su muerte. Yo no lo he visto a Vd. nunca; ¡pero ya me parece que lo he conocido toda mi vida!

Yo tuve puesto en mi padre un orgullo que crecía cada vez que en él pensaba, porque a nadie le tocó vivir en tiempos más viles ni nadie a pesar de su sencillez aparente salió más puro en pensamiento y obra, de ellos. ¡Jamás, José, una protesta contra esta austera vida mía que privó a la suya de la comodidad de la vejez! De mi virtud, si alguna hay en mí, yo podré tener la serenidad; pero él tenía el orgullo. En mis horas más amargas se le veía el contento de tener un hijo que supiese resistir y padecer. Yo, con toda mi costumbre de las palabras, y con toda mi ternura, no podría pintarlo mejor que como Vd. me lo pinta: «un ángel con canas». ¡Ah José! Sólo se saben ver en los demás las condiciones que se tienen en sí. Trastornos horrendos y alejamientos grandes suele traer la vida, pero nunca dejaré de ver a Vd. dando un beso en la frente de mi padre, y reemplazando al hijo ausente.

Este dolor, José, me tiene muy confuso el pensamiento. ¡No he podido pagar a mi padre mi deuda en la vida! Ya ¿dónde se

⁵⁶ Don Mariano Martí y Navarro falleció en La Habana el 2 de febrero de 1887.

la podré pagar? No es que haya muerto lo que me entristece, sino que haya muerto antes de que yo pudiera pregonar la hermosura silenciosa de su carácter, y darle pruebas públicas y grandes de mi veneración y de mi cariño. Pero ¿qué falta le hice, si lo tenía a Vd.? Juntos, José, Vd. y yo, iremos a visitarlo algún día.

MARTÍ

A FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ

New York, 28 de febrero de 1887

Fermín:

Mi padre acaba de morir, y gran parte de mí con él. Tú no sabes cómo llegué a quererlo luego que conocí, bajo su humilde exterior, toda la entereza y hermosura de su alma. Mis penas, que parecían no poder ser ya mayores, lo están siendo, puesto que nunca podré, como quería, amarlo y ostentarlo de manera que todos lo viesen, y le premiara, en los últimos años de su vida, aquella enérgica y soberbia virtud que yo mismo no supe estimar hasta que la mía fue puesta a prueba. Mi dolor, Fermín, es verdadero y grande; pero la bravura y nobleza de que acabas de dar muestra han podido consolarlo. Hace tiempo que no nos escribimos; pero acabo de leer tus cartas en *La Lucha* y la relación de lo que vale más que ellas, el acto tuyo que las provoca,—y no puedo reprimir el deseo de apretarte en mis brazos.⁵⁷

Tú has hecho, con singular elevación, lo que acaso nadie más que tú se hubiera determinado a hacer. Lo has hecho sin pompa y sin odio, como se hacen las cosas verdaderamente grandes. Tu moderación en la justicia te habrá granjeado el respeto de los mismos que quisiesen ofenderte, y enfrenará la lengua de los envidiosos, que ya los has de tener, pues nada los tiene tan implacables como el carácter. Tú has servido bien a la paz de nuestro país, la única paz posible en él sin mentira y deshonra, la que ha de tener por bases la caridad de los vencidos y el someti-

⁵⁷ Se refiere al triunfo moral que obtuvo Valdés Domínguez al lograr que, mediante el testimonio de los señores Fernando Castañón y José F. Triay, fuese demostrada la inocencia de los estudiantes de Medicina y probado que no existió la profanación de la tumba del periodista Gonzalo Castañón. El escrito fue publicado en «La Lucha» de 19 de enero de 1887.

miento y la confusión de los malvados. Tú, recabando sin cólera de los matadores la confesión de su crimen, has sembrado para lo futuro con mano más feliz de los que alientan esperanzas infundadas, o pronuncian amenazas que no pueden ir seguidas de la obra, ni preparan a ella con determinación y cordura. Tú nos has dado para siempre, en uno de los sucesos más tristes y fecundos de nuestra historia, la fuerza incalculable de las víctimas. ¡Oh! si por dicha hubiésemos estado en guerra, podría decirse, Fermín, que tú solo has vencido a muchos batallones.

De mí no te quiero hablar. ¿Qué ha de ser de mí, puesto que no tengo hoy manera de servir eficazmente a mi patria? Actos como el tuyo son los únicos que me sacan momentáneamente de esta ansiosa agonía, de la que nada se debe decir, porque la lengua se deshonra con la queja. Bien sé yo que en mi tierra hay todas las virtudes que se necesitan para hacerla por fin respetada y dichosa. Crece en lo mismo que parece que desmayá; fortalece su ánimo con la paciencia y con el juicio; y se le ve ganar en bondad y en energía. Allá todo será posible, porque la mayor parte de los cubanos somos buenos. Y tú, Fermín, eres uno de los mejores, pues has podido, en instantes y cosas que turban la vista y desatan la mano, ser justo sin ser vengativo. Eso es lo que te celebro; y en eso es en lo que has servido mejor a tu patria. ¡Feliz tú que has sabido domar la ira, y en una hora trágica y memorable dejar satisfechas las sombras de tus hermanos!

Con lo que le queda de alma lo es tuyo.

JOSÉ MARTÍ

A FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ

[Nueva York] 7 de abril de 1887

Mi buen Fermín:

Una semana hace que ando buscando una hora de sosiego para empezar a vaciar en ti el alma cerrada desde hace muchos años; pero, ni en lo alto de la noche la hallo, porque ésa es, precisamente, la hora en que más trabajo. Al fin, rodeado de gente, te escribo estas líneas, porque la resurrección en que me siento, y en que no eres tú la menor parte, me tiene el alma encendida y ganosa de decirte todo lo que la preocupa o entristece.

De ti quisiera hablarte largamente, pero no donde la gente extraña me vea, como me los están viendo ahora, los pensamientos. De ti y de tus proyectos.

Tal vez, mi Fermín, no dije en mi artículo para *La Lucha* todo lo que tú en justicia esperabas que dijera y en alguna parte aún he de decir. De mi hijo, cuando lo mereciese, no podría decir yo más que lo que tengo que decir de ti. Pero no me pareció, que debía escribir aquel artículo como cosa personal, ya porque la dignidad del asunto así lo imponía, ya por respeto natural y cariñoso al diario que me hacía la merced de acordarse de mí, ya porque los que andan haciendo de nuestra patria vestido y sombrero, hubieran podido propalar que yo me valía de ese sagrado tema para reaparecer con colores simpáticos en la política de mi país. La verdad es, Fermín, que yo no vivo más que para mi tierra; pero refreno mil veces lo que el amor a ella me manda, para que no parezca que hago por interés mío o por ganar renombre, lo que me aconseja ese amor absorbente que a la vez me sostiene y me consume. ¿Me perdonas, pues, que te haya parecido tibio en la manera de celebrarte, por esta razón egoísta? No espero, por ser grande la diferencia de tono entre lo que yo siento aquí y lo que *La Lucha* puede pu-

blicar allá, que el artículo se haya publicado, ni me enojaría con el periódico que harto hizo con pedírmelo, y tiene deberes de propia conservación por cuyo cumplimiento sería yo el último en censurarlos, ni lo sentiría siquiera, pues pagada a ti la deuda de escribirlo, otro, sin las trabas más, hubiera podido decir sin tanto miramiento todo aquello a que tu acción invita. Lo que sí he de decirte es, que, por razones generales que ocupan ahora sin cesar mi mente, he visto con gozo que la idea dominante en el artículo, fuera de la de hacer resaltar tu hermosa conducta, es la misma que impera en dos bellísimos y trascendentales artículos de fondo de *La Lucha*, cuyo autor quisiera conocer, y a quien en mi nombre—por más que esto no puede importarte mucho,—has de felicitar: los artículos de fondo del 24 y 26 de marzo. Todo yo si pudiera hacerlo dignamente estaría en esa campaña. Flota en el aire, como pidiendo molde, un sentimiento vivo que en estos artículos se insinúa y concita,—que allí se desperdicia, o desafía, o no se atiende,—y el cual, como es el esencial para la prosperidad de mi país he preparado desde la sombra con tesón, aun en los momentos mismos en que teníamos las manos puestas en la guerra. Aquí muero, Fermín, sin poder dar empleo, más que indirecto e infeliz, a esta actividad ardiente. Yo asiría eso que flota y haría algún bien con ello. Tú no sabes cómo me aflijo, cómo me indigno, cómo tiemblo cuando veo nuestros destinos confusos, comprometidos o mal llevados por el influjo de pasiones que no debieran tener acceso en ellos. Por eso, también, me dejaría sin pesar que el artículo no se hubiera publicado;—porque ya en los dos que te cito se ha percibido y expresado felizmente la lección de los sucesos que se te deben,—y lo que importa en las cosas patrias no es quién las haga, sino que se hagan.

Mi Fermín:—no me gusta el proyecto de mausoleo que contando justamente con mi discreción, me ha dejado ver en fotografía un buen amigo. Algo de monumental lo recomienda: la figura de la mujer que señala el monumento es intencionada y propia: la palma dibujada en la columna indica el asunto con sencillez laudable; pero no produce el mausoleo en conjunto la impresión de tristeza irrevocable, de esperanza radiante, de juventud tronchada que este símbolo de nuestra vida, debiera producir, con

autoridad majestuosa. El templete, aunque poco solemne, no está mal imaginado; pero la columna acomoda en el remate⁵⁸ ni explica nada con la cruz común que le da cima, ni responde con su carácter bizantino a aquellas pobres vidas nuevas que se llevó con toda su luz el viento. No me digas entrometido, pero ¿por qué no he de decirte la verdad? ¿pues no estoy yo mismo, y no estamos todos, enterrados con sus huesos que tú sacaste de su primera sepultura? ¡Oh! ¡Qué cosas se me ocurren, cuando pienso en ti, en el día en que ése u otro cualquier mausoleo, por la virtud pasmosa del martirio,—se levante para señalar, sin duda,—si no se guía mal lo que ahora puede ser guiado,—una era probable de justicia! Mientras más medito en ello, más me entusiasma el pensar en lo que en Cuba te debemos.

De veras me enoja que esta gente extraña me esté viendo lo que escribo. Quería hablarte de mí, pero eso sería siempre lo último. Y enviarte mi retrato, tan pronto como el destierro lo permita. Con ansias espero carta tuya, así como el folleto, cuya portada sí me pareció elocuente y oportuna. Yo acá no escribo ahora en periódico en castellano que valga la pena; pero he de publicar tu retrato en alguno, con una historia de estos sucesos, que sea leída y guardada en toda tierra en que se hable español.

Aún tengo que acabar. Olvidaba decirte que te mando lo que un hombre famoso de la América del Sur, Sarmiento, el verdadero fundador de la República Argentina, y hombre de reputación europea, sobre ser innovador pujante, acaba de escribir de mí. No me conoce, y aun sospechaba por mis opiniones sobre los Estados Unidos, no tan favorables como las suyas, que no era muy mi amigo. Y ve las cosas que se ha puesto a escribir.—Como hijo que se alegra de que sus padres vean la prueba de que no lo deshonra, me alegraría yo, pensando más que en mí en aquello para que pudiera servir yo mañana, de ver republicado allí ese juicio.—La descripción de las fiestas de la estatua, que en el mismo paquete te mando con *La Nación*, no es la que Sarmiento cita. Escribí tres distintas, y no tengo memoria de cuál pudiese parecer mejor.

⁵⁸ No era este proyecto el del artístico y monumental de Villalta Saavedra que está en el Cementerio. (*Nota de F. V. D.*)

Pero no sin decirte qué alegría siento cuando pienso en lo interior de tu corazón, y en lo que tú y Consuelo se dirán cuando acaba la luz del día y empieza la del alma. ¿Creerás que ese pensamiento es para mí una verdadera fuente de dicha?

Adiós, de veras.

Tu hermano

J. MARTÍ

¡NO, MÚSICA TENAZ...!

No, música tenaz, me hables del cielo!
¡Es morir, es temblar, es desgarrarme
Sin compasión el pecho! Si no vivo
Donde como una flor al aire puro
Abre su cáliz verde la palmera,
Si del día penoso a casa vuelvo...
¿Casa dije? ¡No hay casa en tierra ajena!...
¡Roto vuelvo en pedazos encendidos!
Me recojo del suelo: alzo y amaso
Los restos de mí mismo; ávido y triste
Como un estatuidor un Cristo roto:
Trabajo, siempre en pie, por fuera un hombre
¡Venid a ver, venid a ver por dentro!
Pero tomad a que Virgilio os guíe...
Si no, estáos afuera: el fuego rueda
Por la cueva humeante: como flores
De un jardín infernal se abren las llagas:
¡Y boqueantes por la tierra seca
Queman los pies los escaldados leños!
¡Toda fue flor la aterradora tumba!
¡No, música tenaz, me hables del cielo!

Versos libres.

DOMINGO TRISTE

Las campanas, el sol, el cielo claro
Me llenan de tristeza, y en los ojos
Llevo un dolor que el verso compasivo mira,
Un rebelde dolor que el verso rompe
¡Y es ¡oh mar! la gaviota pasajera
Que rumbo a Cuba va sobre tus olas!

Vino a verme un amigo, y a mí mismo
Me preguntó por mí; ya en mí no queda
Más que un reflejo mío, como guarda
La sal del mar la concha de la orilla.
Cáscara soy de mí, que en tierra ajena
Gira, a la voluntad del viento hurao,
Vacía, sin fruta, desgarrada, rota.
Miro a los hombres como montes; miro
Como paisajes de otro mundo, el bravo
Codear, el mugir, el teatro atdiente
De la vida en mi torno: Ni un gusano
Es ya más infeliz: ¡suyo es el aire,
Y el lodo en que muere es suyo!
Siento la coz de los caballos, siento
Las ruedas de los carros; mis pedazos
Palpo: ya no soy vivo: ¡ni lo era
Cuando el barco fatal levó las anclas
Que me arrancaron de la tierra mía!

AL EXTRANJERO

Hoja tras hoja de papel consumo:
Rasgos, consejos, iras, letras fieras
Que parecen espadas: Lo que escribo,
Por compasión lo borro, porque el crimen,
El crimen es al fin de mis hermanos.
Huyo de mí, tiemblo del sol; quisiera
Saber dónde hace el topo su guarida,
Dónde oculta su escama la serpiente,
Dónde sueltan la carga los traidores,
Y dónde no hay honor, sino ceniza:
¡Allí, más sólo allí, decir pudiera
Lo que dicen y viven!, ¡que mi patria
Piensa en unirse al bárbaro extranjero!

Flóres del destierro

ENVILECE, DEVORA...

Envilece, devora, enferma, embriaga
La vida de ciudad: se come el ruido,
Como un corcel la yerba, la poesía.
Estréchanse en las casas la apretada
Gente, como un cadáver en su nicho:
Y con penoso paso por las calles
Pardas, se arrastran hombres y mujeres
Tal como sobre el fango los insectos,
Secos, airados, pálidos, canijos.

Cuando los ojos, del astral palacio
De su interior, a la ciudad convierte
El alma heroica, no en batallas grandes
Piensa, ni en templos cóncavos, ni en lides
De la palabra centelleante: piensa
En abrazar, como un haz, los pobres
Y adonde el aire es puro, y el sol claro
Y el corazón no es vil, volar con ellos.

Flor de destierro

TIENES EL DON...

Tienes el don, tienes el verso, tienes
Todo el valor de ti, tienes la alta
Resolución que arrostra y que cautiva
Y llama las coronas a las sienes.

Tienes la fuga, el verbo, los desdenes
Divinos de quien es, y el habla viva
De quien cruza la tierra cielo arriba
Y ni adulza al feliz, ni aguarda bienes.

—¡Pero no tengo el impudor odioso
De enseñar mis entrañas derretidas
En estuche de verso recamado!

Viva mi nombre oscuro y en reposo
Si he de comprar las palmas perseguidas
Sacando al viento mi dolor sagrado.

Mayo 7

Flores del destierro

A ENRIQUE ESTRÁZULAS

[junio o julio de 1888]

Mi señor:

¿Qué es? Pasan semanas, y ni una carta, ni un periódico siquiera que me traiga mi nombre escrito de su mano. Yo vivo sin día ni noche, dando por escritas las cartas que pienso, y muy creído de que el aire le ha de llevar mis mejores cariños, que son los que no pongo en el papel, y otras veces estoy muy escribidor, y me pondría a ensayar prosas en usted; ¿pero con qué cara le mando prosa mía a quien me escatima tanto la suya? Vd. tiene Parises y damas ajenas: yo no tengo más que mi conciencia, las cartas de usted y otro amigo de México a quien quiero, la de mi madre, y los garabatos que una vez al mes me manda mi hijo: Quise hacerlo y pudo venir; pero Carmen no lo deseó; para arrancarme así como mandato la orden de que venga, que no le he de dar, porque el hacerlo por voluntad propia es la condición natural de lo que se estima sacrificio. Nunca me regañe porque le escriba poco. Llevo en mí un león preso que me hace pedazos las plumas. ¡Pero usted, mi señor, con el arte en casa, y arte por dondequiera que va, y arte en sí, sin más penas que las de la superioridad y la imaginación! ¿No tiene la rodilla libre una hora al día para decirme, entre una seta y un taponazo, que acordarse de un amigo es tan grato como recibir un beso? O es que anda de calavera, y le da pena decírmelo. Para que se vea obligado a acusarme recibo le mando aquí papelitos azules. El Consulado sigue mohín: a lo más, dos barcos al mes, uno de Norton y otro de petróleo, y flojo el de Norton; de afuera, algún check de Pensacola o de Portland, no más de dos al mes. En Jacksonville hay peste. Hice a los cónsules de Pensacola y Savannah las prevenciones usuales, por si se extiende a sus puertos la fiebre amarilla.

En New York ha habido un caso aislado, y fue desdicha que cayese en hombre tan útil y feliz como el astrónomo Proctor, que murió en dos días. En Filadelfia ha habido otro, a pesar de las precauciones de la Sanidad en Jacksonville, que son muchas, y la mejor la de no dejar salir a nadie sino después de días de fumigaciones y espera en los «campamentos de refugio». Aquí nadie tiene miedo, con los fríos que ya corren.

Yo vine ayer de Bath Beach, que ya sabe que está de Coney Island poco más lejos que Sheepshead Bay. Pero tanta gente extraña aflujo a la casa, so pretexto de enfermedad o de parentesco con Carmita, que la agorafobia se me enconó, y he vivido sin gusto para admirar a mis anchas los árboles. Y crea conmigo que he de morir pronto, puesto que el año pasado pude tener por fin un Webster, y este año me convidó Philipson a ir a Catskill, del sábado al lunes. Vd. hubiera bufado, y con razón; ¡treinta y dos horas de viaje, y de noche en vapor, por ocho horas de hotel, con un poco de monte y de cascada de Kaaters Kill. Y me acordé más de Vd., porque también yo me sentí como preso entre aquellos picos. Está demasiado lejos la cumbre de los montes de la faena humana.

Creí, al ofrecerle en mi carta pasada que con ella iba *Ramona*, tener en Bath mismo, donde le escribía, el ejemplar de prueba de los pocos a que mandé poner pasta. Estaba en New York, y con una buena mancha de tinta. Hoy le va al fin. No le va a gustar, porque V. está ahora de casaca y barba de punta, y en el aire que huele a vinagre de tocador; la pobre *Ramona* va con los pies descalzos. Pero por Vd. he podido publicarla y ella, como yo, es de usted. Me preparo a traducir *John Halifax, Gentleman*. ¡Y tener que pasar por estas horcas, y pasarme meses tendidos peinando libros ajenos! Pero ya verá como paro a lo mejor, en escribir uno que se pueda leer, y llevará su nombre al frente.

Yo no me canso, ni me quejo; y aunque tengo en el lado del corazón uno como encogimiento, y un dolor que no cesa un instante, jamás pienso en él, ni en cederle, y hago cuanto debo y puedo, sin esperanzas y temores. Eso sí, me hacen falta sus cartas.

Y no porque quiera, sino por no enojarme, acaba aquí, con un abrazo para la casa, su amigo

A GONZALO DE QUESADA

New York, octubre 29, 1889

Sr. Gonzalo de Quesada

Mi muy querido Gonzalo:

Por lo pequeño de la letra verá Vd. que el alma anda hoy muy triste, y acaso la causa mayor sea, más que el cielo oscuro o la falta de salud, el pesar de ver cómo por el interés acceden los hombres a falsear la verdad, y a comprometer, so capa de defenderlos, los problemas más sagrados. De estas náuseas quisiera yo que no sufriese Vd. nunca, porque son más crueles que las otras. Por eso no le he escrito en estos días, porque cuando me cae ese desaliento estoy como ido de mí, y no puede con la pluma la mano. Y porque quería hablarle largo, como a su buen padre le hablé, sobre el peligro en que está Vd. de que, con el pretexto de amistad, se le acerquen personas interesadas que quieran valerse de la posición de confianza de que goza, cerca de una delegación⁵⁹ importante a la que con la astucia se quisiera deslumbrar, o confundir, o convertir, o traer a la estimación de personas que llevan el veneno donde no se les ve. Lo han de querer usar, descaradamente unos, y otros sin que Vd. lo sienta. Y yo quiero que todos le tengan a Vd., y a la persona que confía en Vd., el respeto que les he tenido yo, que me guardé bien, ni de frente ni de soslayo, de inculcar en Vd. mis ideas propias sobre estas cosas delicadas del Congreso, y sobre los hombres que de dentro o de fuera intervienen en él, por más que ni Vd. ni yo podamos tener dudas de la fuerza de mis intenciones, ni del

⁵⁹ Se refiere Martí al nombramiento de Gonzalo de Quesada y Aróstegui como Secretario del Dr. Roque Sáenz Peña, Delegado de la República Argentina a la Conferencia Internacional Americana, que inició sus sesiones en la ciudad de Washington, el 2 de octubre de 1889.

fervor de mi cariño, y el desinterés de mi vigilancia, por mi tierra, y por toda nuestra América. Vd. es discretísimo; pero no me ha de tener a mal que lo ponga en guardia sobre estas asechanzas sutiles. Si entra en las funciones de Vd. poner delante al caballero⁶⁰ a quien acompaña las opiniones sobre este asunto, póngale por igual las del *Tribune* y el *Avisador*,⁶¹ y las del *Post*, el *Herald* y el *Times*. Refrene, en cuanto a las personas, el entusiasmo natural a su gallardo corazón; y estudie los móviles torcidos que a veces se esconden bajo las más deslumbrantes prendas exteriores. No habré mal ni bien de quien oiga hablar bien o mal, hasta saber si hay causa para el elogio o la censura, o si lo que se ha querido es acreditar o desacreditar a una persona, por el medio indirecto e involuntario de Vd. No hay encaje más fino que el que labran los hombres decididos a intrigar, o necesitados de servir. Es necesario ser hábil y honrado, contra los que son hábiles, y no honrados. Esto se lo digo a Vd. como me lo diría a mí mismo,—porque preveo que no se ha de dejar sin intentar el propósito de llegar por medio de Vd. al ánimo de la delegación, que es de tanto peso y juicio, y de pueblo tan viril, que de nadie busca ni necesita consejo, pero pudiera, sobre todo en cuanto a los hombres, formarse opinión errada y peligrosa de esta persona o aquélla, por verlas—en buen predicamento con los que tienen merecida su confianza: Vd. hará, para empezar, un buen oficial de caballería, porque ve de lejos, lo que es igualmente necesario en los tratos con los enemigos, y con los hombres. ¿Qué más tengo que decirle, sino que me perdone en gracia de que son por su bien, estas vejeces?

Ahora le hablaré de lo que nos toca más de cerca que nuestras mismas personas: de lo de nuestra tierra. Hay marea alta en todas estas cosas de anexión, y se ha llegado a enviar a *La Discusión* de La Habana, desde Washington, una correspondencia sobre una visita a Blaine,⁶² en favor de la anexión, en que la dan por prometida por Blaine, y al calce están mis iniciales: ¡y en Cuba creen los náufragos, que se asen de todo, que es mía la car-

⁶⁰ El ya citado Sáenz Peña.

⁶¹ *El avisador Hispano Americano*, que publicaba Enrique Trujillo en Nueva York.

⁶² James G. Blaine, Secretario de Estado en el gabinete del entonces Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica Benjamin Harrison.

ta, a pesar de que es una especie de anti-vindicación, y que yo estoy en tratos con Blaine, y los demás que en Cuba puede suponerse de que los revolucionarios de los E. Unidos anden en arreglos con el gobierno norteamericano!: hasta ofertas de agencias he recibido de personas de respeto, como primer resultado de esta superchería. En instantes en que el cansancio extremo de la Isla empieza a producir el espíritu y unión indispensables para intentar el único recurso, es coincidencia infortunada esta del Congreso, de donde nada práctico puede salir, a no ser lo que convenga a los intereses norteamericanos, que no son, por de contado, los nuestros. Y lo que Vd. me dice, y ha hecho muy bien en decirme, agrava esta situación, con la única ventaja de que el tiempo perdido en estas esperanzas falsas, lo emplearemos los que estamos en lo real, en organizarnos mejor.

Pero no es por nuestras simpatías por lo que hemos de juzgar este caso. Es, y hay que verlo como es. Creo, en redondo, peligroso para nuestra América o por lo menos inútil, el Congreso Internacional. Y para Cuba, sólo una ventaja le veo, dadas las relaciones amistosas de casi todas las Repúblicas con España, en lo oficial, y la reticencia y deseos ocultos o mal reprimidos de este país sobre nuestra tierra:—la de compelir a los Estados Unidos, si se dejan compelir, por una proposición moderada y hábil, a reconocer que «Cuba debe ser independiente». Por mi propia inclinación, y por el recelo—a mi juicio justificado—con que veo el Congreso, y todo cuanto tienda a acercar o identificar en lo político a este país y los nuestros, nunca hubiera pensado yo en sentar el precedente de poner a debate nuestra fortuna, en un cuerpo donde, por su influjo de pueblo mayor, y por el aire del país, han de tener los Estados Unidos parte principal. Pero la predilección personal, que puede venir de las pasiones, debe ceder el paso, en lo que no sea cosa de honor, a la predilección general: y pronto entendí que era inevitable que el asunto de Cuba se presentase ante el Congreso, de un modo o de otro, y en lo que había que pensar era en presentarlo de modo más útil. Para mí no lo es ninguno que no le garantice a Cuba su absoluta independencia. Para que la Isla sea norteamericana no necesitamos hacer ningún esfuerzo, porque, si no aprovechamos el poco tiempo que nos queda para impedir que lo sea, por su propia descomposición vendrá a serlo. Eso espera este país, y a eso debemos oponernos nosotros.

Lo que del Congreso se había de obtener era, pues, una recomendación que llevase aparejado el reconocimiento de nuestro derecho a la independencia y de nuestra capacidad para ella, de parte del gobierno norteamericano, que, en toda probabilidad, ni esto querrá hacer, ni decir cosa que en lo menor ponga en duda para lo futuro, o comprometa por respetos expresos anteriores, su título al dominio de la Isla. De los pueblos de Hispano América, ya lo sabemos todo: allí están nuestras cajas y nuestra libertad. De quien necesitamos saber es de los Estados Unidos; que está a nuestra puerta como un enigma, por lo menos. Y un pueblo en la angustia del nuestro necesita despejar el enigma;—arrancar, de quien pudiera desconocerlos, la promesa de respetar los derechos que supiésemos adquirir con nuestro empuje,—saber cuál es la posición de este vecino codicioso, que confesamente nos desea, antes de lanzarnos a una guerra que parece inevitable, y pudiera ser inútil, por la determinación callada del vecino de oponerse a ella otra vez, como medio de dejar la isla en estado de traerla más tarde a sus manos, ya que sin un crimen político, a que sólo con la intriga se atrevería, no podría echarse sobre ella cuando viviera ya ordenada y libre. Eso tenía pensado, contando con que en el Congreso no nos han de faltar amigos que nos ayudasen a aclarar nuestro problema, por simpatía o por piedad. Y como pensaba componer la exposición de manera que en ella cupiesen todas las opiniones, en José Ignacio⁶³ pensé, como pensé en Ponce⁶⁴ y en cuantos, con diferencia de métodos, quieren de veras a su país, para que acudiesen al Congreso con sus firmas, en una solicitud que el Congreso no podía dejar de recibir, y a la que los Estados Unidos, por la moderación y habilidad de la súplica, no habría hallado acaso manera decorosa de negar una respuesta definitiva: y así, con este poder, batallar con más autoridad y a campos claros. Del Congreso, pues, me prometía yo sacar este resultado: la imposibilidad de que, en una nueva guerra de Cuba, volviesen a ser los Estados Unidos, por su propio interés, los aliados de España. Nada, en realidad, espero, porque, en cuestión abierta como ésta, que tiene la anexión de la Isla como uno de sus términos,

⁶³ José Ignacio Rodríguez, quien actuó en la Conferencia en calidad de Secretario de la Comisión de Derecho Internacional, y de la de Extradición, fungiendo también como intérprete.

⁶⁴ Probablemente Néstor Ponce de León.

no es probable que los Estados Unidos den voto que en algún modo contrarie el término que más les favorece. Pero eso es lo posible, y el deber político de este instante, en la situación revuelta, desesperada, y casi de guerra, de la Isla. Y eso estaba yo decidido a hacer. Y aún no sé si será mi deber hacerlo, acompañado, o solo.

En esto me llega su carta de V. De los móviles de José Ignacio Rodríguez no hay que hablar. Ama a su patria con tanto fervor como el que más, y la sirve según su entender, que en todo es singularmente claro, pero en estas cosas de Cuba y el Norte va guiado de la fe, para mí imposible, en que la nación que por geografía, estrategia, hacienda y política necesita de nosotros, nos saque con sus manos de las del gobierno español, y luego nos dé, para conservarla, una libertad que no supimos adquirir, y que podemos usar en daño de quien nos la ha dado. Esta fe es generosa; pero como racional, no la puedo compartir. Lo que en todo el documento, tal como V. me lo pinta, me demuestra, no es tanto la razón de que Cuba sea independiente, sino la necesidad que la nación de más intereses y aspiraciones en América tiene de poseer la Isla, el mal que le puede venir de que otro la posea. Aparte de lo histórico, en cuanto al espantapájaros que mató de una vez Juárez, a la invasión de un poder europeo en América: ¿no está Europa en las Antillas? ¿Francia? ¿Inglaterra?: ¿Pudieron, por tener la Isla, reconquistar la América los españoles, ni cuando Barradas, ni cuando Méndez Núñez? De esas alegaciones tomarán los Estados Unidos refuerzos para sus propósitos confesos o táctos. La indemnización ¿quién la había de garantizar, sino la única nación americana que puede hacerla efectiva? Y una vez en Cuba los Estados Unidos, ¿quién los saca de ella? Ni ¿por qué ha de quedar Cuba en América, como según este precedente quedaría, a manera,—no del pueblo que es, propio y capaz,— sino como una nacionalidad artificial, creada por razones estratégicas? Base más segura quiceto para mi pueblo. Ese plan, en sus resultados, sería un modo directo de anexión. Y su simple presentación lo es. Lo anima en Rodríguez, el deseo puto de obtener la libertad de su tierra por la paz. Pero no se obtendrá; o se obtendrá para beneficio ajeno. El sacrificio oportuno es preferible a la aniquilación definitiva. Es posible la paz de Cuba independiente con los Estados Unidos, y la existencia de Cuba independiente, sin la perdida, o

una transformación que es como la pérdida, de nuestra nacionalidad. Sírvanos el Congreso, en lo poco que puede, pero sea para el bien de Cuba, y para poner en claro su problema, no para perturbarla, por lo pronto, con esperanzas que han de salir una vez más fallidas, o si no salen, no han de ser para su beneficio.

Y ahora, los hombres. Dos cosas pueden ser, y sólo la parte de Rodríguez me impide creer que sea una de ellas. O los capitalistas y políticos de la costa, con ayuda y simpatía de quienes siempre ayudan estas cosas en Washington, han ido penetrando sutilmente hasta hallar en Rodríguez un auxiliar desinteresado y valioso, y este plan viene a ser la aparición de un propósito fijo de hombres del Norte, que es lo que me inclino a creer; o por comunidad de las ideas limpias de Rodríguez, la pasión constante del revolucionario González,⁶⁵ y el interés confeso y probado de Moreno, se han venido a producir un modo de pensar, que como todo lo que lleva esperanza a los infelices, y libertad cómoda a los débiles, tendrá muchos adeptos, aquí y en Cuba, pero en el que no quisiera yo ver persona como Rodríguez junto a un hombre del descrédito de Moreno, y de la poca autoridad de Luna.⁶⁶ No sé hablar mal de los hombres. Pero Moreno no es buena compañía, aparte de lo ridículo de su persona, que sólo por la idea simpática que le llevaba, y por el respeto de su puesto de representante, pudo parecer bien, como Vd. me dice, al entusiasta González. De González, nada sé, sino lo que se puede saber de la expedición de López, que Vd., recordando o preguntando, lo sabrá. Y por unas líneas suyas que leí en días pasados, sé qué es de los que aman con pasión a este país, y no verían con menos que júbilo la anexión del nuestro. ¿Y si no es alexionista el plan de que me habla, qué hacen en él Moreno y Luna, anexionistas confesos? Eso es lo que pienso, Gonzalo, va al vuelo de la pluma, como quisiera yo ir, y escribir con mi sangre, pata que se me viera la verdad. ¿Pero a qué he de ir, caso de que pudiera yo, que por mi tierra todo lo abandono, salir de este banco de la esclavitud? Si fuera útil, yo iría: pero ¿quién, por oírme, va a cejar en sus pasiones de años, ni a creer que lo que habla en mí no es una pasión opuesta a la

⁶⁵ Ambicioso José González, patriota cubano y empleado de la citada Conferencia.

⁶⁶ Juan Bellido de Luna, autor del folleto *La anexión de Cuba a los Estados Unidos*, Nueva York, 1888.

suya? Otros me llaman de Washington, y por respetos no voy. Mis ideas no las callo, aunque Vd. sólo hará uso de ellas donde puedan contribuir a la concordia. Si estas cosas se transformasen, o llegasen a estado que requiriese acción, o pudiera mi presencia allí servir de veras ¿no daría este corto viaje por su patria, el que se muere de ella?

No eche al cesto estos renglones, para volver a leerlos juntos. Me pidió dos, y vea. Eso le dirá cómo le estima su amigo,

J. MARTÍ

A JUAN BONILLA

Junio 12, 1890

Mi querido Juan:

No—me había dicho—no acabaré de leer esta carta de Juan, con cuyo brazo fuerte y corazón generoso he de librarme más de una batalla en este mundo, hasta que no me pueda sentar a contestársela.—Mañana lo voy a ver, y quiero escribirle antes de verlo.—Ahora acabo de leer su carta. Yo tengo, Juan, mis penas, y cierto mérito en hacer lo poco que hago, siendo mis penas tantas: y aquí no hablo de las mías personales, por las que no me dejo vencer, y que apenas me preocupan, sino de las de todos, que más que las mías me pesan, y suelen aturdirme, cuando veo el daño tan claro como el remedio, y no veo que me alcancen las fuerzas. El desaliento es grande, y voy dando tumbos, como quien se cae a pedazos por el camino, y sigue, recogiendo de la tierra sus propios pedazos. Una fe tengo y es en unos cuantos corazones. Si me fallan, o si no me adivinan,—entonces, Juan, hay que tirar la esponja.—Ya pasó, Juan. Aunque me haya visto ocupado, y discutiéndolo, y en presidencia, he estado muerto. Soy como los soldados del castillo de Atarés, cuando atacaron la Habana los ingleses, que el Gobernador puso a los muertos contra las murallas, para que pareciesen vivos, de modo que después de muertos seguían peleando.

No he peleado mal, mi querido Juan, en estos últimos meses, a pesar de mis morideras. Ni en ninguna de mis peleas he dejado de tener muy presente a aquellos que me consuelan, por su honestidad y nobleza, de la falta usual de ellas en los hombres. Sea tan bueno y sencillo como Vd. es, y yo quisiera ser, y quiera sin eclipses a su amigo,

JOSÉ MARTÍ

A RAFAEL SERRA

Agosto, 1890

Mi señor Serra:

¿Qué le he hecho, que he estado con las alas caídas, y no ha ido a levantármelas? Entre los calores y el trabajo, y los cuidados del espíritu, dieron en cama conmigo, y me voy con la cabeza seca a la montaña. Pero con el corazón de siempre, que es como la flor, que más aroma da mientras más la estropean. Sólo que quien tiene en su mano el sol y el rocío debe reanimar, piadoso, las flores estropeadas, y yo no sé que un amigo bueno, aunque olvidadizo, sea menos que rocío y sol.

¿Y el folleto? ¿Y la *Liga* que ya no se acuerda de mí?

Me voy a un rincón de hojas y de soledad por unos cuantos días: y allí se acordará de Vd. frecuentemente, su amigo

JOSÉ MARTÍ

A RAFAEL SERRA

[Septiembre, 1890]

Mi muy querido Serra:

El criminal soy yo, que desde el viernes recibí una carta tan tierna y hermosa como la de Vd., y por el deseo de contestársela con un abrazo, he ido demorando la respuesta de hora en hora. Como siempre, Serra: los perros al pie, y sin día ni noche: ni un instante he tenido para decirle que es Vd., se lo digo hoy miércoles, uno de los oradores del 10 de Octubre. No hay excusa. Quien es, es, y ha de cumplir con todas las obligaciones de lo que es. En diez minutos tiene Vd. tiempo para echar el alma afuera a que se la vean fundadora y grande. Los años pasan, madurando, no envejeciendo: veamos a nuestro alrededor,—cada año sabemos más, creemos más, perdonamos más, esperamos más que el año antes: se va haciendo la obra, segura e invisible: la casa se empieza a hacer desde que empieza a cuajarse la piedra en la montaña: y ¿quién osa temer algo de nosotros, que somos tan independientes como humanos, y tan viriles como discretos? Ese puede ser su tema, o el que Vd. escoja que siempre ha de sorprender por la entereza y la generosidad. A trabajar. Lo veré en *La Liga* mañana jueves. Lo de mi clase forzosa, porque doy clase de español de siete a nueve de la noche en una de las escuelas nocturnas, la de la calle 63 al Este, no quiere decir ¡que ha de querer decir! que no me quede corazón y voz para empezar, a las nueve y veinte o cosa así, nuestra charla de los jueves. Entreténgamelos, y que me perdonen la tardanza, que para entendernos y excusarnos vivimos los trabajadores.

Ahora, a lo del otro día. ¿Pero a qué toda esa pena, que me la dio de veras, cuando ni por las mientes me pasaban las ideas que Vd. me supone? Ni por las mientes. ¡Si apenas le sé hablar

de esto! No sólo no me ofendió la famosa serie de preguntas del viaje de Anacarsis, sino que me dio gusto sincero, por la honradez y valentía que creí ver en el preguntador. Y téngame por burro... pero no caí en que era Vd. Ni quise caer, ni pensé ni por un solo instante en que fuera aquél o fuera éste. Lo que me dije fue esto: «he aquí un hombre que dice lo que piensa, y piensa como debe, porque esos temores son humanos y justos». Y yo lo leí con cariño, y con orgullo, porque era hombre como yo, preguntador sincero, y contesté con amor de hombre. ¿Adónde me notaron el embarazo y cómo no se me notó la complacencia y el contento? Déjese de estas penas, y conózcame de una vez. Pues aunque me hubiera hecho Vd. las preguntas con toda intención como creí que estaban hechas, mí debet no era el de enojarme como un pavo real porque le pisan la cola, o como un virtuoso de profesión, porque le ponen en duda la virtud; sino tratar imparcialmente, y con deseo de iluminar, el caso humano, el caso de estudio, que se me proponía. ¿Y por dónde hemos de empezar a estudiar, sino por nosotros mismos? Hay que meterse la mano por las entrañas, y mirar la sangre al sol: si no, no se adelanta. Muy bien hechas estuvieron las preguntas, y estarán todas las que se asemejen. Yo no quiero hombres castrados. Y cuidado con que le vuelvan a entrar esos miedos, que yo conozco bastante el dolor del mundo para ser indulgente con todas las formas, y aun injusticias de Él; y en las cosas del alma soy como los médicos, que siguen curando al enfermo que les muerde la mano. Pues aun cuando muerda la mano ¿no es por enfermedad? La desconfianza, ¿no es una enfermedad, además de ser un deber? Y dudar yo de Vd., que es cien veces más generoso que yo, me sería más difícil que dudar de mí mismo. No dudo de mí mismo. Ni del sol tengo celos, porque ni Él me gana en calor ni en limpieza. Soy pecador; pero no en mi manera de amar a los hombres.—A preguntar, pues; y créame, por Dios, lo que le digo: no tuve gusto más grande que el de ver semejantes preguntas, útiles y viriles, sobre la mesa. No sentí pena alguna. No soñé en ofensas de nadie. ¿Qué levita se pondría Vd., Serra, que con estos ojos dolorosos míos no le viese yo debajo el verdadero corazón? En mis amigos de *La Liga* tengo orgullo y fe. Hombres estamos creando, y lo somos. Ya sé que en

el mundo es una verdadera novedad; lo que ha de ser viejo para Vd. porque lo conoce de sobra, es el cariño profundo y entusiasta sin recelos ni reticencias, que le tiene por lo que valen su mente y su corazón, su

JOSÉ MARTÍ

IV. MADUREZ Y DEFINICION

A RAFAEL SERRA

Marzo [1891]

Serra, mi amigo generoso:

Un solo mérito hay en estas líneas sobre Espadero que tan bien le han parecido a Vd.—y es el de poner, por sobre la obra, la página en que pidió justicia para los desdichados. Por lo que mueven los corazones, y por lo que se inspiran en ellos, mido yo el mérito de las obras de arte. Lo demás es trabajo de nubes y pompa de papelería.

A los hombres, buen Serra, los iremos poco a poco enderezando, y ya Vd. conoce la medicina que yo he llegado a descubrir; y es tratar de valer por el cultivo de las facultades naturales tanto como el más empinado y desdeñoso—y más que él, por el desinterés y la indulgencia. El mundo, al fin y al cabo, está a lo que es, y no a lo que parece. Donde la igualdad resulta patente por los hechos, un día sobre otro, no prospera la predica de la desigualdad. No se me ponga a pensar en «las injusticias de los hombres». Estime al justo.—Y al injusto, como de alto a bajo, compadézcalo y perdónelo. Y para lo práctico de la vida, prescinda de él, como si no existiera. La voluntad crea y mata. Un hombre que se cultiva, y se levanta por sí propio, es el más alto de los reyes; y puede mirar como a inferior a todos estos vanos encopetados que no hayan vencido tanto como él. Ése es mi evangelio, que yo mismo me he hecho, y con él he ido subiendo, en las cosas del alma, a la serenidad en que Vd. me ve, y que nada turba, ni altera en lo más mínimo, aunque la impotencia en que me veo para hacer todo el bien que pudiera me tenga a veces padeciendo, como ahora, de un apetito desordenado de la muerte.

No tenga por muy buenas esas líneas sobre Espadero, en que no hallo de bueno, fuera de lo que le he dicho, sino el que me lo haya movido a escribir, su carta generosa.

Hasta la noche en que, esté como esté, irá a la clase querida, su

MARTÍ

AL SECRETARIO DE LA SOCIEDAD LITERARIA HISPANO-AMERICANA

New York, 30 de octubre de 1891

El primer deber del Presidente de la Sociedad Literaria es velar por su conservación, y apartar de ella los obstáculos que puedan oponerse al logro de sus ideales. Y por vivo que sea su agradecimiento a ella, por grande que sea el honor de guiarla, por preferible que sea el placer de la oscuridad al deber de salir de ella en beneficio común, es superior a todo la obligación de privar a los enemigos naturales que levanta toda obra cordial, del pretexto de que se pudieran valer para impedirla.

La Sociedad Literaria no existe para satisfacer pasiones de parcialidad, ni aun las más nobles y justas; no existe para promover intereses personales, ni para perpetuar en los únicos rincones esclavos de América el poder contra el que toda la América se ha rebelado; no existe para rebajar programa tan grandioso como el de la realización de los ideales de la América nueva, a una mezquina e interesada disputa por representaciones de localidad. La Sociedad Literaria existe para levantar en los Estados Unidos el crédito de toda Hispanoamérica; para juntar a todos los hispanoamericanos, con las ideas y los propósitos que ya les son urgentes, en un pueblo ante el cual es indispensable enseñarse con toda las cualidades de fuerza mental, y cultura visible, y organización decorosa que puedan inclinarlo al respeto. La Sociedad Literaria no existe para el servicio de ambiciosos, o de logreros, o de enemigos históricos de los pueblos americanos. Existe para alzar aquí, cuando es ya preciso que se le vea, el estandarte nuevo y enérgico de nuestra América.

Un incidente personal ha dado al Presidente de la Sociedad Literaria un carácter individual tan marcado que, por medio sutiles y malignos, pudiera sacarse ventaja de él para privar en horas

solemnés a la Sociedad Literaria del concurso público,—ya que de ningún otro se pudiera intentar ni lograr privarla,—de hispanoamericanos de valía que por razones de mera forma podrían verse compelidos a sofocar, en una u otra ocasión, aquellas simpatías por las ideas de América que no pueden ocultarse sin indecoro personal, y sin justa pérdida de crédito ante nuestra familia de naciones.

Y el Presidente cree de su deber, sin reparar en consideraciones de cualquiera otro orden, quitar con la renuncia terminante que aquí hace de la presidencia, la ocasión que su permanencia en ella daría tal vez para entorpecer, con alegaciones de carácter personal, nuestra obra americana. Para el servicio de Hispanoamérica se ha creado, y vive, la Sociedad Literaria; no para servirse de Hispanoamérica; ni para comprometerla o perturbarla.

No cuenta en su vida humilde el Presidente de la Sociedad Literaria honor más memorable que el de la elección que en él se hizo para poner, en el cumplimiento de los deberes de su cargo, el amor a América en cuya virtud vino a él; ni entre sus recuerdos los hay más gratos que los que se ligan, con orgullo y ternura, al desarrollo de la Sociedad Literaria. Pero, por lo mismo que le debe tanto, y la ama tanto, se depone ante ella.

Y ruega al señor Secretario se sirva poner esta comunicación en manos de la Junta Directiva, para que tome las medidas que le sean consiguientes.

JOSÉ MARTÍ

A GONZALO DE QUESADA

[Cayo Hueso, diciembre, 1891]

Gonzalo querido:

En cama, muy mal. Mucho mérito en el pueblo y muchos corazones nobles. Desde la cama, junto. Aquí me tiene, rodeado de una guardia de amor. Pero no puedo escribir, ni me iré sino cuando todo esté en sazón. Ya Vd. está bueno, y su madre; y la fiesta, ¡qué hermosa!

¡Qué diferente este Cayo de almas, y de abnegaciones que hacen llorar, del Cayo turbio que antes nos pintaban, y veo que apenas quedan restos! Y ¡qué bondad en el pueblo máximo y embanderado!

Su

J. M.

A LA MADRE

[1892]

Madre mía:

Todavía no me siento con fuerzas para escribir. No es nada, no es ninguna enfermedad; no es ningún peligro de muerte:—la muerte no me mata, caí unos días cuando la infamia fue muy grande; pero me levanté. La gente me quiere, y me ha ayudado a vivir. Mucho la necesito: mucho pienso en Vd.: nunca he pensado tanto en Vd.: nunca he deseado tanto tenerla aquí. No puede ser. Pobreza. Miedo al frío. Pena del encierro en que la habría de tener. Pena de tenerla y no poderla ver, con este trabajo que no acaba hasta las diez y media de la noche. Bueno: los tiempos son malos, pero su hijo es bueno.—Nada más ahora: Vd. lo sabe todo: esta palabra de hijo me quema. Lea ese libro de versos:⁶⁷ empiece a leerlo por la página 51. Es pequeño—es mi vida. Pero no crea que se afloja, ni que corre riesgo ninguno, ni que está en salud peor de lo que estaba este hijo que nunca la ha querido tanto como ahora.—

J. MARÍ

⁶⁷ Se refiere a sus *Versos Sencillos*, y en particular a los que recuerdan los sucesos del Teatro Villanueva.

AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ⁴⁸

Santiago de los Caballeros, Santo Domingo

13 de Septiembre de 1892

Sr. Mayor General del Ejército

Libertador de Cuba

Máximo Gómez

Señor Mayor General:

El Partido Revolucionario Cubano, que continúa, con su mismo espíritu de creación [redención] y equidad, la República donde acreditó Vd. su pericia y su valor, y es la opinión unánime de cuanto hay de visible del pueblo libre cubano, viene hoy a rogar a Vd., previa meditación y consejos suficientes, que repitiendo [renovando] su [el] sacrificio⁴⁹ ayude a la revolución como encargo supremo del ramo de la guerra, a organizar dentro y fuera de la Isla el ejército libertador que ha de poner a Cuba, y a Puerto Rico con ella, en condición de realizar, con métodos ejecutivos y espíritu republicano, el [su] deseo manifiesto y legítimo de su independencia.

Si el Partido Revolucionario Cubano fuese una mera intentona, o serie de ellas, que desatase sobre el sagrado suelo de la patria una guerra tenebrosa, sin composición bastante ni fines de desinterés, o una campaña rudimentaria que pretendiese resolver con

⁴⁸ De esta trascendental carta de Martí hay dos versiones: la de la carta auténtica y la que se publicó en *Patria*. Las palabras que aparecen entre corchetes son las que en la versión del periódico corrigen las de la carta original.

⁴⁹ En la publicada en *Patria*, se añade aquí la frase «con que ilustró su nombre».

las ideas vagas y el valor ensoberbcedo los problemas complicados de ciencia política de un pueblo donde se reúnen, entre vecinos codiciados o peligrosos, todas las crudezas de la civilización y todas sus capacidades y perfecciones:—si fuese una revolución incompleta, de más adorno [palabras] que alma, que en el roce natural y sano con los elementos burdos que ha de redimir, vacilara o se echase atrás, por miedo a las consecuencias naturales y necesarias de la redención, o por el puntillo desdeñoso de una inhumana y punible superioridad;—si fuese una revolución falseada, que por el deseo de predominio o el temor a la sana⁷⁰ novedad o trabajo directo de una república naciente, se disimulase bajo el lema santo de la independencia, a fin de torcer, con el influjo ganado por él, las fuerzas reales de la revolución, y contrariar, con una política sinuosa y parcial, sin libertad y sin fe, la voluntad democrática y composición equitativa de los elementos confusos e impetuosos del país;—si fuese un ensayo imperfecto, o una recaída histórica, o el empeño novel del apetito de renombre, o la empresa inoportuna del heroísmo fanático,—no tendría derecho el Partido Revolucionario Cubano a solicitar el concurso de un hombre cuya gloria merecida, en la prueba larga y real de las virtudes más difíciles, no puede contribuir a llevar al país⁷¹ más conflictos que remedios, ni a arrojarlo en una guerra de mero sentimiento o destrucción, ni a estorbar y corromper, como en otras y muy tristes ocasiones históricas, la revolución piadosa y radical que animó a los héroes de la guerra de Yara, y le anima a Vd., hoy como ayer, la idea y el brazo.

Pero como el Partido Revolucionario Cubano, arrancando del conocimiento sereno de los elementos varios y alterados de la situación de Cuba, y del deseo de equilibrarlos en la cordialidad y la justicia, es aquella misma revolución decisiva, que al deseo de constituir un pueblo próspero con el carácter libre, une ya, por las lecciones [pruebas] de la experiencia, la pericia requerida para su ordenación y gobernación;—como el Partido Revolucionario Cubano, en vez de fomentar la idea culpable de caer con una porción de cubanos contra la voluntad declarada de los demás, y la odiosa ingratitud de desconocer la abnegación conmovedora, y el

⁷⁰ Tachado «sana» en *Patria*.

⁷¹ En *Patria* añade la palabra «aflijido».

derecho de padres de los fundadores de la primera república, es la unión, sentida e invencible, de los hijos de la guerra con sus héroes, de los cubanos de la Isla con los que viven fuera de ella, de todos los necesitados de justicia en la Isla, hayan nacido en ella o no, de todos los elementos revolucionarios del pueblo cubano, sin distingos peligrosos ni reparos mediocres, sin alardes de amo ni prisas de liberto, sin castas ni comarcas,—puede el Partido Revolucionario Cubano confiar en la aceptación de Vd., porque es digno de sus consejos y de su renombre. [su consejo y renombre.]

La situación confusa del país, y su respuesta bastante a nuestras preguntas, allí donde no ha surgido la solicitud vehemente de nuestro auxilio; nos dan derecho, como cubanos que vivimos en libertad, a reunir enseguida, y mantener dispuestos, en acuerdo con los de la Isla, los elementos con que podamos favorecer⁷² la decisión del país. Entiende el Partido que está ya en guerra, así como que estamos ya en república, y procura sin ostentación ni intransigencia innecesaria, ser fiel a la una y a la otra. Entiende que debe reunir, y reúne, los medios necesarios para la campaña inevitable, y para sostenerla con empuje; y que,—luego que tenemos la honrada convicción de que el país nos desea y nos necesita, y de que la opinión pública aprueba los propósitos a que no podríamos faltar sin delito, y que no debemos propagar si no los hemos de cumplir,—es el deber del Partido tener en pie de combate su organización, reducir a un plan seguro y único todos sus factores, levantar sin demora todos los recursos necesarios para su acometimiento, y reforzarlos sin cesar, y por todas partes, después de la acometida.—Y al solicitar su concurso, señor Mayor General, ésta es la obra viril que el Partido le ofrece.

Yo ofrezco [invito] a Vd., sin temor de negativa, [a] este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración que brindarle [para ofrecerle] que el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres. El tesón con que un militar de su pericia,—una vez que a las causas pasadas de la tregua sustituyen las causas constantes de la revolución, y el conocimiento de sus yerros remediables,—mantiene la posibilidad de triunfar allí donde se fue ayer vencido; y la fe inquebrantable de Vd. en la capacidad del

⁷² «y mantener», en *Patria*.

cubano para la conquista de su libertad y la práctica de las virtudes con que se le ha de mantener en la victoria, son prueba sobrada [pruebas suficientes] de que no nos faltan los medios de combate, ni la grandeza de corazón, sin la cual cae, derribada o desacreditada, la guerra más justa. Vd. conoció, hombre a hombre a aquellos héroes incansables. [inmortales] Vd. vio nublarse la libertad, sin perder por eso la fe en la luz del sol. Vd. conoció y practicó aquellas virtudes que fingen desdeñar, [afectan ignorar] o afean de propósito,⁷³ los que así creen que alejan el peligro de verse obligados, de nuevo o por segunda vez,⁷⁴ a [o] imitarias, y que sólo niegan los que en la estrechez de su corazón no pueden concebir mayor anchura, o los soberbios que desconocen en los demás el mérito de que ellos mismos no se sienten capaces. Vd. que vive y cría a los suyos en la pasión de la libertad cubana, ni puede, por un amor insensato de la destrucción y de la muerte, abandonar el retiro respetado y el amor de su ejemplar familia, ni puede negar la luz de su consejo, y su enérgico trabajo, a los cubanos que, con su misma alma de raíz, quieren asegurar la independencia amenazada de las Antillas y el equilibrio y porvenir de la familia de nuestros pueblos en América.

Los tiempos grandes requieren grandes sacrificios; y yo vengo confiado a pedir [rogar] a Vd. que deje en manos de sus hijos nacientes y de su compañera abandonada la fortuna que les está levantando con rudo trabajo, para ayudar a Cuba a conquistar su libertad, con riesgo de la muerte: vengo a pedirle que cambie el orgullo de su bienestar y la paz gloriosa de su descanso por los azares de la revolución, y la amargura de la vida consagrada al servicio de los hombres. Y yo no dudo, señor Mayor General, que el Partido Revolucionario Cubano, que es hoy cuanto hay de visible de la revolución en que Vd. sangró y triunfó, obtendrá sus servicios en el ramo que le ofrece, a fin de ordenar, con el ejemplo de su abnegación y su pericia reconocida, la guerra republicana que el Partido está en la obligación de preparar, de acuerdo con la Isla, para la libertad y el bienestar de todos sus habitantes, y la independencia definitiva de las Antillas.

⁷³ Omitido en *Patria*: «no afean de propósito».

⁷⁴ Sustituido en *Patria* «de nuevo, o por segunda vez» por «a continuárlas».

Y en cuanto a mí, Señor Mayor General, por el término en que esté sobre mí la obligación que me ha impuesto el sufragio cubano, no tendré orgullo mayor que la compañía y el consejo de un hombre que no se ha cansado de la noble desdicha, y se vio día a día durante diez años en frente de la muerte, por defender la redención del hombre en la libertad de la patria.

Patria y Libertad.

El Delegado

JOSÉ MARTÍ

A GONZALO DE QUESADA

[Nueva York, 1892]

Gonzalo querido:

Estoy postrado hoy. Pocas veces he padecido tanto. Imposible bajar ahora. Y Vd. solo allá. Quiero que lo sepa, p^a q. me excuse: a las 2½ tengo hoy conversación mayor, que no es para perdida, y si este dolor loco se ha atenuado, iré, p^a volver a acostarme. Véngase por acá a la noche, p^a distribuir, con los sucesos y cartas, el material del periódico. Pienso mucho en su quehacer de hoy. Pero los paquetes grandes, q. yo creí tener hechos p^a cdo. V. fuera al lunch, son fáciles, y uno ó 2 mensajeros se los llevan a Produce Exchange. Me avergüenza mi inutilidad.

Su

MARTÍ

A JUAN GUALBERTO GÓMEZ

N. Y., 5 agosto, 1893

Hermano querido:

Mi corazón, Ud. se lo sabe de memoria, como que no tiene más que verse el suyo; y de lo que está en él, y compongo con él, no le necesito hablar, a no ser para agradecerle que haya visto en mí la condición que con juicio sumo me pide que no pierda, y es la de domarme a mí propio. Y de otras cosas, no le quiero escribir, porque no digan que estas líneas de amigo, y de gratitud por la amistad nueva y profunda que me liga al distinguido viajero, tienen más objeto que el de llevarle el cariño más tierno y cabal que puede tener hombre por hombre. Sin libertad, no puedo escribir.

Quiera mucho a su

JOSÉ MARTÍ

AL GENERAL ANTONIO MACEO

Key West, 15 de diciembre, 1893

Sr. General Antonio Maceo

General y amigo:

Mi silencio no le habrá extrañado. He vivido, desde que nos vimos, en una entrevista continua con Vd. De la visita que le hice me traje una de las más puras emociones de mi vida. «¡Por supuesto, me dije después de verlo, que Cuba puede ser libre,—y ser feliz después de ser libre!» Las manos las he tenido ocupadas desde entonces en una labor bestial y sin descanso,—en atender, de una tierra en otra, a lo grande y a lo pequeño,—en ir levantando, hombre por hombre, todo este edificio. A Vd., acá en mi corazón, escribirle era ofenderle. Vd. debe ver de allá mi agonía, mi responsabilidad, la imposibilidad absoluta de valerse de medianeros, la cura de almas incesante que permitió la acumulación de estas fuerzas.

Esto es lo que estoy escribiendo entre un mitin y otro. Vengo de tres días de esfuerzo angustioso en Tampa, para ponerle un poco más de harina al pan: y aquí estoy, como a la callada, haciendo lo mismo y confirmando detalles con Roloff y Serafín, pero de modo que nada de cuanto haga dé idea de la proximidad en que están nuestras cosas, si todos queremos que estén próximas. Cuba las espera, con el gobierno encima, y una agitación sorda y ya extrema. Yo de aquí puedo hacer lo que dijimos y lo tuve listo y anunciado para el caso de que, contra lo avisado a la Isla para evitar engaños y contra la orden local mía expresa, hubiese cedido—aunque nuestra tierra está ya muy astuta para eso—el alzamiento mandado hacer con una orden falsa mía, y la cual sólo supo engañar a Esquerra que anda por el campo, resuelto a no entregarse, con unos pocos hombres.

Pero esta trama, cuyo objeto era justificar en Cuba las persecuciones, provocar alzamiento incompleto y debilitar las emigraciones con un segundo aparente fracaso,—si bien no pudo tener ese éxito afuera ni adentro,—ha producido, por la sangre que ya corrió, las prisiones de primera hora, y la de Moncada y la disimulada de Carrillo, aún libres, un malestar que sería imperdonable mantener cuando tenemos allegados los medios, modestos y bastantes, de ponerle fin. El gobierno cree que vamos, y sólo aguarda a la evidencia más cercana para segarnos allá el país: y nosotros, con la rapidez que no se espera de nosotros, sin aparato de invasión, deslizándonos sencillamente de donde mismo estábamos, podemos ir antes de que el enemigo nos espere, y caiga sobre la buena gente revolucionaria. No tenemos más que ajustar los detalles, de modo de ahorrar tiempo. Ahora sólo estas líneas le puedo poner, y la seguridad de que, lo que yo haya de hacer, ni con ligereza ni con demora será hecho. Yo no trabajo por mi fama, puesto que toda la del mundo cabe en un grano de maíz, ni por bien alguno de esta vida triste, que no tiene ya para mí satisfacción mayor que el salir de ella: trabajo para poner en vías de felicidad a los hombres que hoy viven sin ella. No espere, pues, de mí,—harto lo sabe Vd.—precipitación alguna, ni el crimen de azuzar y comprometer, por salvar la honrilla de la tentativa,—sobre que, con hombre del juicio de Vd., eso sería pueril e inútil. Este hombre, lo ama y lo conoce, y no faltaría así al respeto que merece su vida. Su María no se ha equivocado.

Y de su gran pena de ahora ¿no ve que no le he querido hablar? Su madre ha muerto. En *Patria* digo lo que me sacó del corazón la noticia de su muerte: lo escribí en el ferrocarril, viniendo de agenciar el modo de que le demos algún día libre sepultura, ya que no pudo morir en su tierra libre: ése, ese oficio continuo por la idea que ella amó, es el mejor homenaje a su memoria. Vi a la anciana dos veces, y me acarició y miró como a hijo, y la recordaré con amor toda mi vida.

Aquí tiene que cesar su

JOSÉ MARTÍ

A RAFAEL SERRA

[1893]

Estimado Serra:

Ya sé lo que me quiere, y lo ofendido que está conmigo, en lo que me muestra que no me quiere como debe, porque ni la presencia ni la voz son necesarias para tener delante, y entender, la agonía del que nos ha dado todo su corazón. ¿Qué sabe Vd. de las angustias, y de las tormentas de este amigo suyo, que no es más que criatura humana, y del peso que lleva sobre los hombres? Cae un roble y seca el mar: ¿y no quiere Vd. que en la desigualdad de mis intentos con mis medios, y en soledades como la tiniebla, que no son para dichas, demore de un día a otro, hasta echarme en sus brazos, el ver—con un poco más de sonrisa—a aquellos que tienen, créalo Vd. o no lo crea, los asientos mejores en mi corazón? Serra: ¿que necesito yo ante Vd. pasaportes, ni pruebas, ni excusas? ¿O Vd. no sabe ver ya, o yo no soy el que creía? Y soy. Déjeme y verá. Véame ir, sangrando y adelantando. Todo lo que yo consiga, ¿no es para Vd.,—y para Vds.?—Hasta mañana, lo espero en casa. Tiene Vd. triste, y como enojado a su amigo

JOSÉ MARTÍ

A SERAFÍN SÁNCHEZ

[1893]

Mi amigo Serafín:

Hice cuanto pude en estos días y hoy, para parecer más fuerte de lo que estoy. Pero me rinde, con este cielo oscuro, la enfermedad sorda. Las fuerzas me han alcanzado para esas cartas mías. Mañana hay que estar en pie, porque es día de clubs—y de fundar de nuevo. Lo que le deseo, y le envidio, es la fiesta de amistad en que va a vivir con las almas leales de ese buen Cayo. Acuérdese de su

JOSÉ MARTÍ

120 Front St.

A NÉSTOR PONCE DE LEÓN

[Nueva York] Feb. 17/94

Amigo mío:

Sé que le voy a dar un placer, y no se lo quiero escatimar. Cuba entera, cara a cara de España, ha honrado el valor y la constancia de Fermín Valdés Domínguez, a quien de fama y persona conoce Vd.; y acá es ya deseo público el de tributarle un homenaje semejante al que le ha tributado Cuba.

Yo tengo la culpa de que no se le haya tributado ya, porque por ser él como hermano mío, podría pensarse que mi intención, o mi sentimiento inmediato, era más de mi cariño que de nuestra justicia.

Mañana nos juntamos unas cuantas personas de seso a discutir el mejor modo de dar forma a este deseo natural, y yo tendré mucho placer en que deje Vd. caer en esa conversación de amigos su consejo.

Como es tan gran placer, y tan propio de gente de valía honrar a quien lo merece, tengo por seguro que me dará el gusto de verlo mañana domingo, a las cuatro de la tarde, por este rincón: 424 W. 57 Street.—Allí le esperan manos cubanas y amistosas,—y las de

Su

JOSÉ MARTÍ

A ULPIANO DELLUNDE

N. Y. 20 de abril, [1894]

Mi muy querido doctor:

Se me cae la pluma de las manos al escribirle. No es ingratitud, sino mucho cariño. Le escribo tanto, en los deberes menores de la vida, que da como ira tener que hablar de lo íntimo y puro con las mismas palabras. Y luego esta agonía que no cesa, y el esperar la hora de la calma que no llega. Se lo dije una vez, y es siempre así; no me regañe. Mi carta a Vd. es mi pequeña obra. ¿No le place, más que todas, esa manera de escribirle?

Se va el General; y al vuelo, al saber que el vapor toca ahí, todo lo dejé y de mi pobreza grande le mando a Rosa la música que le prometí y a Lola y a Mercedes esa chuchería—menos fina que su cariño.—Nunca olvidaré yo a Lola, ni a Vd.

Su

JOSÉ MARTÍ

A LA MADRE

Mayo 15 de 1894

Madre querida:

Ud. no está aún buena de sus ojos, y yo no me curo de este silencio mío, que es el pudor de mis afectos grandes y mi modo de queja contra la fortuna que me los roba y como venganza de esta fatal necesidad de hablar y escribir tanto en las cosas públicas, contra esta pasión mía del recogimiento, cada vez más terca y ansiosa.

Pero mientras haya obra que hacer, un hombre entero no tiene derecho a reposar. Preste cada hombre, sin que nadie lo regañe el servicio que lleve en sí. ¿Y de quién aprendí yo mi entereza y mi rebeldía, o de quien pude heredárlas sino de mi padre y de mi madre?

Ahora voy al Cayo, por unos cuantos días y de allí sigo mi labor, más pura, madre mía, que un niño recién nacido, limpia como una estrella, sin una mancha de ambición, de intriga o de odio. Y vea---¿cuántas veces no se lo he dicho?---por qué no puedo escribirle

A otros puedo hablar de otras cosas. Con Ud. se me escapa el alma, aunque Ud. no pruebe con el cariño que yo quisiera, sus oficios; y a esa tierra infeliz donde Ud. vive no le puedo escribir sin imprudencia, o sin mentira. Mi pluma corre de mi verdad; c digo lo que está en mí, o no lo digo. Luego, este hablar de sí mismo tan feo y tan enojoso. Déjeme emplear sereno, en bien de los demás, toda la piedad y orden que hay en mí. Y crea, por que es lo cierto, que en nada pudiera su hijo estar empleado. Ni nada, aun en lo egoísta, hubiera podido adormecer mejor mi bárbara, mi inacabable pena. Muerde, muerde, no me la puedo arrancar del costado.

De ustedes sé sin cesar, más de lo que quiero yo que sepan de mí porque no les llegarían más que angustias. Esa Carmen no escarmienta: o es que es muy buena y por eso padece tanto. ¿Llegaré a tiempo para alegrarles un poco la casa?

Mi porvenir es como la luz del carbón blanco, que se quema él, para iluminar alrededor. Siento que jamás acabarán mis luchas. El hombre íntimo está muerto y fuera de toda resurrección, que sería el hogar franco y para mí imposible, adonde está la única dicha humana, o la raíz de todas las dichas. Pero el hombre vigilante y compasivo está aún vivo en mí, como un esqueleto que se hubiese salido de su sepultura; y sé que no le esperan más que combates y dolores en la contienda de los hombres, a que es preciso entrar para consolarlos y mejorarlos. Sólo los infelices que llegan pocas veces al poder y suelen llegar con demasiada ira, tendrán paces conmigo. La muerte o el aislamiento serán mi premio único:—y si vivo, la autoridad de mi conciencia, en los rincones de la gente buena y el trabajo, de que podré sacar siempre un mijajón para mi hermana Carmen.

Allá dejo a Carmita⁷⁵ en Central Valley, que es un cesto de colinas, donde, en verano al menos, se puede vivir en pobreza alegre. Pasé allá unos días, con el hijo de Gómez, que me va sirviendo de hijo; y no volveré por allá en algún tiempo. Solas llegaron la madre y las hijas, en una fiera nevada; pero ya les ha salido flor a los manzanos y a los cerezos; y tienen su cría de pollitos y su acre de hortalizas. No he conocido humildad y honradez como la de Carmita. Ahora le veré a Manuel; que volvió de sus paseos por el aire y aprende a tabaquero; para que se ejercente en la hermandad del hombre y en el decoro del trabajo. ¿Y ese gentil Oscar, que quisiera yo tener junto a mí, y ese Mario fundador, que ha de ayudarme a hacer un lindo pueblo de campo, y ese Alfredo paciente, leal y administrativo? Si empiezo a recordar, se me acongoja el alma, y llega turbia y ensangrentada al trabajo que tiene que hacer esta misma noche. Callo.

Sí, quisiera que me escribiesen todos, por el vapor de vuelta a Tampa, donde estaré, bajo sobre, a Ramón Rivera y Rivera, Ibor Factory, Tampa.

Y que me escribiesen sin pena, como si me estuviesen viendo todos los días. Yo las estoy viendo siempre, a mi Chata románti-

⁷⁵ Carmen Miyares.

ca, a mi Carmen digna, a mi dolorosa Amelia, a mi sagaz Antonia: yo no ceso de verlas un instante. Un rayo dejó una vez mudo a un hombre; ¿y no quieren que haya enmudecido yo?

A usted, madre mía, ni una palabra. La quiero y la sufro demasiado para eso. Toda la verdad y la tristeza de su hijo

JOSÉ

V. LA GUERRA NECESARIA

AL GENERAL ANTONIO MACEO

New York, 31 de enero de 1895

St. General Antonio Maceo

Mi amigo muy querido:

Llegan cartas tales de Cuba, que—sea cualquiera la labor que aquí interrumpe—salgo con Mayía, lleno de brío, y justa fe, para Santo Domingo.

Ni un minuto tengo. Sale el vapor y salgo. De allá recibirá un cable mío por New York, de Barranco, diciendo acaso,—y espero que se lo enviaré—*remito*. Eso quiere decir que, si ha aceptado mi pensamiento, el único hoy posible, y el que yo mismo realizo, debe ponerse a él, porque con ese mismo cablegrama entenderán aquí que deben enviar a Vd. o alzar al punto si no los tienen,—y es gente que lo hace—los \$2000 que estimo posibles para la empresa. Salgo. Bien ve Vd. a lo que vamos. La Isla salta, y aun aguarda un poco. Acá, soberbio espíritu, y hoy mejor. Sólo falta llegar. Despues queda cargo *comprado* ya y amplio parque para tres expediciones. Esto he hecho. ¿Qué no hará Vd? ¿Qué no le ayudaré a hacer, afuera o adentro?

Me buscan ya. Decirle más es lastimarlo. Mucho lo estima y quiere, y a María.

Su

JOSÉ MARTÍ

A Flor digo lo mismo, para que le abra el camino por su parte, sin pérdida de tiempo.

A MARÍA MANTILLA

[Atlas Line of Mail Steamers S. S. Athos]

Febrero 2,—1895

Mi niña querida:

Tu carita de angustia está todavía delante de mí, y el dolor de tu último beso. Los dos seremos buenos, yo para merecer que me vuelvas a abrazar, y tú para que yo te vea siempre tan linda como te vi entonces. No tengas nunca miedo a sufrir. Sufrir bien, por algo que lo merezca, da juventud y hermosura. Mira a una mujer generosa: hasta vieja es bonita, y niña siempre,—que es lo que dicen los chinos, que sólo es grande el hombre que nunca pierde su corazón de niño: y mira a una mujer egoísta, que aun de joven, es vieja y seca. Ni a las arrugas de la vejez ha de tenerse miedo. «Esas arrugas que tú tienes, madre mía»—dice algo que leí hace mucho tiempo—«no son las arrugas feas de la cólera, sino las nobles de la tristeza».—Quiere y sirve, mi María.—Así te querrán, y te querré.—¿Y cómo no te querré yo, que te llevo siempre a mi lado,—que te busco cuando me siento a la mesa; que cuanto leo y veo te lo quiero decir, que no me levanto sin apoyarme en tu mano, ni me acuesto sin buscar y acariciar tu cabeza? ¿Y tú me olvidarás, o te distraerás de mí y querrás más a quien te quiera menos que yo?

¿Qué has hecho desde que te dejé? Entre niños y enfermos y las primeras visitas habrás tenido poco tiempo en los primeros días; pero ya estarás tranquila, cuidando mucho a tu madre tan buena, y tratando de valer tanto como quien más valga, que es cosa que en la mayor pobreza se puede obtener, con la receta que yo tengo para todo, que es saber más que los demás, vivir humildemente, y tener la compasión y la paciencia que los demás no tienen.—A mí vuelta sabré si me has querido, por la mu-

sica útil y fina que hayas aprendido para entonces: música que exprese y sienta, no hueca y aparatoso: música en que se vea un pueblo, o todo un hombre, y hombre nuevo y superior. Para la gente común, su poco de música común, porque es un pecado en este mundo tener la cabeza un poco más alta que la de los demás, y hay que hablar la lengua de todos, aunque sea ruin, para que no hagan pagar demasiado cara la superioridad.—Pero para uno, en su interior, en la libertad de su casa, lo puro y lo alto.—

Los libros, se habrán quedado en Central Valley, y yo lo he de sentir, sobre todo si se quedó allá el Larousse, que ahora te serviría en un trabajo de cariño que quiero que hagas, para ver si te acuerdas de mí,—y es que vayas haciendo como una historia de mi viaje, a modo de diccionario, con la explicación de los nombres curiosos de este viaje mío.—*Atlas*, por ejemplo, es el nombre de la compañía de estos vapores: busca *Atlas*, y escribe lo que encuentres.—*Athos*, es el nombre del vapor: busca *Athos*.—*Cap Haitien* es el lugar a donde vamos ahora; búscalos, en el Larousse y en las geografías. Y así harás un libro curioso, e irás pensando en mí.—El Larousse está en casa de Gonzalo, y Blanche tiene un buen libro de Mitología, donde puedes leer de *Atlas* y *Athos*: «*Goldfinch*» es el autor del libro, o cosa así—con láminas.—De *Cap Haitien* habla mucho una geografía de las Antillas que tenemos, pero está en Central Valley.—Tú hallarás.—No se sabe bien sino lo que se descubre.

Y ahora un abrazo muy largo, para que te duermas con él.—Visita en nombre mío a Aurora, y al *bebito*, y diles que es leal mi corazón. Estarás hecha una madre, con los hijos de Luis.—Es lo que me gusta más de ti: que te quieren los niños.—Pero nadie te quiere más, ni desea más verte y oírte que tu

A GONZALO DE QUESADA

Febrero/95

Mi Gonzalo querido:

¿Y su adorable Angelina, y su fina Aurora, y mi noble amiga Lucianita, que es de la raza superior que saca en salvo de la vida el entusiasmo, y mi Doctor sincero y hospitalario? Hicieron bien en darme casa en aquellos crudos días porque he quedado esclavo de ella. ¿Y dónde, sino allí, se me hubiera podido calmar la ansiedad? Va veloz el vapor, sin duda a nueva agonía mía, que harto sé y temo; pero amo, siento, dulcemente, el bálsamo de aquella amistad. Ver pena es bueno, porque nos hace creer, y nos aviva la capacidad de consolarla. Pero, ¿quién me hubiese aliviado la mía con tanta delicadeza como Vds.? De lo verdadero se habla poco: yo callo, acaricio desde aquí esas manos generosas, les pido que a la hora del cariño me busquen con los ojos a su alrededor, como si debiera estar yo allí, y más cerca a la hora de la pena,—y acá, en la corta y severa familia de mi alma, pongo del lado del tesoro esta nueva obligación.—Véanme siempre andando por la casa querida, y quiéranme siempre, de cerca o de lejos, que de la amistad impalpable es la fuerza, y contra el mundo sutil del desamor;—en la pelea invisible en que va revuelta nuestra vida,—hay que ir levantando fortalezas de cariño. Creo en el poder de las almas, y en el empuje que de lejos da al brazo mi pensamiento cariñoso,—y en la esterilidad del corazón abandonado. Miren a lo que tengo que vencer,—y enséñenle mi nombre a Aurora. ¿No me sienten en la casa, apagado, presente, resuelto a no irme? Si vuelvo, para nuevas luchas, recíbanme con una sonrisa. Si no vuelvo, será la hora de enseñar a la niña a que junte sus

manecitas para que vuelva a los cobarde el valor, y junte yo a los hombres en la paciencia y la piedad.

Ahora nosotros, mi hijo Gonzalo. Pero no de nuestro cariño. Silencio es mejor. Toco en Fortune Island, y quiero dejarle estas líneas.

Mañana a Cap Haitien. De allí en bote a Montecristi. De allí, acaso a caballo, a lo que haya que hacer, que yo sé lo que es pero tal vez sea menos de lo debido y posible, o más lento y diverso.—O de frente,—o con pensamiento nuevo, y sin que se me apague la luz vuelvo a realizarlo. ¿A qué minuciosidades, e instrucciones nulas, a tanta distancia? Todo está en mi mente como cuando salí. Fío en que a la Habana pudieron ir los \$400,—y que entre Fraga, D. Tomás, Castillo y su padre y Emilio, o quien usted piense, se habrá cubierto la transacción del Amadís—que Rubens habrá obviado cualquier dificultad con Borden, Vds. atendido como se pueda a libertar y recobrar el cargo.—Benjamín lo habrá recibido, y acaso puesto en las manos que dijimos, o totalmente fuera de más noticia que la nuestra, que es tal vez lo mejor, aunque no es de ahí por cierto de donde fue especificada la noticia exacta de las 146⁷⁶ enviadas al Pennsylvania.—Eso es lo principal. Lo demás, ayudado del sagaz consejo y mano rápida de Benjamín, ya V. lo tendrá en cauce. Dé sobre lo hecho. El periódico es la vida. No deje caer los hilos levantados. Dos notas hay que acentuar incesantemente en *Patria*,—el convite continuo a los españoles,— y lo que importa aún más que esto, la declaración continua de que,—sea cualquiera la aspereza cariñosa con que el deber superior de la unidad cubana haya denunciado en el instante necesario la condescendencia excesiva, y la inútil timidez,—jamás sea osado nadie a creer que pueda haber mañana en la hora del esfuerzo común, el menor recelo, la menor censura, la menor lejanía, la menor reminiscencia de amargura, la menor arrogancia fraticida de prioridad de parte de los cubanos confesos de la revolución con los cubanos tácitos,—con los autonomistas. Desechen este temor, que nunca,—honradamente,—tuvo el más preocupado, ni pudo tener. Échese del falso miedo a quien lo finja,

⁷⁶ Una abreviatura ininteligible, pero que parece ser de «cajas».

y por él ponga obstáculo a venir de lleno a nuestra acción, con la cubierta del temor de hallarse en ella con enemigos: Enemigos, sólo de la soberbia incapaz, de las preocupaciones inconvenientes y destructivas, de la acumulación sorda y funesta de las vanidades codiciosas e infecundas, de la escisión y apartamiento imprudentes entre los factores inevitables, y amalgamables, de la sociedad cubana. De eso, sin ira contra las personas, ni pelea sino con esos vicios sociales, todo cubano constructor ha de ser enemigo. ¡Pero a tierra, de un revés, la desvergüenza, urdida en la sombra, de que esta revolución, toda amor y cemento, toda previsión y piedad, aborreza o rechace o vea con desdén a los que aún ayer se llamaban cubanos autonomistas! Y esa nota, un día y otro,—con fe en nuestra obra,—dando recio al soslayo contra aquellos defectos destructivos, pero de modo que resplandezca el cariño.—Y póngalo de manera que se sepa que ése fue siempre, y es ahora, mi modo de pensar. Vd. hallará modo pintoresco y ferviente de decirlo.—Por ahí no se nos espera, y ese argumento se va a hacer.—Hay que asomar por ahí, antes de que aparezca el argumento.—De eso, mucho a la Habana. Que vean que eso es esencia; y predica constante, de nuestra doctrina.

De lo demás, Gonzalo, sólo esto: Vd. me habrá mandado cuando haya podido. Yo lo empleo, o me vuelvo con ello, y el alma atraíada, o acaso contenta, a algo inmediato,—o dejo esto aquí,—y vuelvo, desnudo, a abrir otra rama. Aún no tengo qué decirle. Por si eso último ha de ser, y es lo que preveo, tégamelo encendido todo,—vea la fiesta ahí,—organicen en Filadelfia otra—que Navarro, ofrecido, no haya de tropezar con el ofrecimiento anterior de Agramonte: pero eso, si puede ser cosa mayor: si no, apláceloslo, por si he de alzar otra vez al mundo, en el caso de la vuelta.—Y de métodos, calle. No dé vueltas excesivas en la mente a cosas que se traslucen siempre, cuando la preocupación de ellas es demasiado constante. Créame. Sólo consigo mismo piense. Y haga, en eso de detalles, como si nada hubiera que hacer. De todos modos, depende de lo futuro. Hasta aquí he escrito, y ya la cabeza se me niega. He escrito con dolor. Vamos bien; pero yo ¿cómo estaré bien? Las adjuntas a J. G. G.⁷ la suya,—y a J. C. la

⁷ Juan Gualberto Gómez.

de Gener, con sobre a Mr. R. Truffin, cubriendo el de J.,—y el de afuera a Mon. R. Truffin & Co., Obrapía 32, Habana. Cables a Anido.—Cartas, la misma a dos, Anido en Sto. Domingo y De-llundé en Cap Haitien.

Adios, Gonzalo. Adios a la casa. Y de Vd., aún siento en mí el calor de sus abrazos.

Su

J. MARTÍ

A GONZALO DE QUESADA

Santiago de los Caballeros,

19 Febrero, 1895.

Mi Gonzalo querido:

Montamos a caballo en Montecristi el 11 de este mes, por caminos y a jornadas que no nos permitieron escribir por el *New York*: pero ahora, de vuelta a Montecristi, y con el corazón ya más ligero, nos detenemos unas cuantas horas en Santiago, para escribirles por Puerto Plata, y seguir viaje. Lo primero, y lo mayor, es esto: por error de concepto, imposible desarraigat, prefiriendo la *sucesión* en los dos golpes a la *conjunción* de ellos, que preferiría yo, podía peligrar nuestra obra, o demorarse, si por irresolución, o temor, o consecuencia de ese error de concepto, demora la Isla; pero, a esta hora ya, y vadeadas desde aquí en todo lo posible las dificultades de la distancia, y de las formas necesarias para la confianza plena del interior, y del sigilo acá, no parece que,—si encaja bien, como espero, la remesa ahí pedida por cable,—deba haber aquí dificultad ni tardanza. Compuesto ya a esta fecha lo necesario a este fin,—y por dos lados, contra el caso improbable de fallo en uno,—volvemos a Montecristi, a aguardar de Vds. y de Cuba. Acaso yo, para despistar,—sin miramiento por mi cuerpo,—me eche al camino otra vez, luego de asegurado lo que pende aún, para una visita a la capital: cinco días a caballo. Si no, escribiré tendido en Montecristi, que será lo mejor, para dejar afuera bien abiertos los caminos por donde deben variarse, fáciles y crecientes, los recursos, y el modo de emplearlos con seguridad periódica, cuyo servicio queda ya casi enteramente organizado. De aquí, eso es la sustancia. ¿Y de allá?

Le hablaré de los cablegramas. El del miércoles 13: *Ready etc.*, en respuesta al mío. El encargo, sólo llegó a mis manos en San-

tiago el domingo por la mañana, cuando yo, muy ansioso, me preparaba, a pesar de los riesgos del paso, a pedirles acuse de recibo: pero como en ese cablegrama me pedían en la 4^a palabra, o me pareció que me pedían, *instrucciones*, que yo había dejado en 2^o cable de Montecristi para aligerar el 1^o, creí que, por cualquier causa indescifrable—por esto que de aquí sin denuncia no podemos usar el telégrafo interior—no habían puesto a Vds. el 2^o cablegrama, y decidí repetirlo: luego, por carta de Montecristi, vi que el cable de Vds. estaba allí desde el miércoles; y que probablemente ya habían recibido, cuando la respuesta *Ready etc.* llegó a mí, el 2^o cablegrama *Mausoleum P etc.* Ahora ¿hallaré en Montecristi de Vds. el anuncio de la entrega? Lo anhelo. Ayer martes pudo salir de New York el *Clyde*. Así se anda, como Vds. han andado. El que no falla, convida y obliga a los demás a no fallar. Acá, no he hallado obstáculos, sino cariño, buena suma aún salvada, y voluntad y facilidad: hallaría obstáculo invencible, que por tanto no promuevo, en la idea, a mi juicio no desatendible, y esencial tal vez, de confluir lo nuestro con lo de adentro; pero no lo hallo, de ninguna especie visible, en irlo agrupando todo, de modo que esté a punto de caer sobre la isla alzada. Y acá es todo difícil, porque cada paso crece y resuena: un comisionado importantísimo, que sale hoy a Cuba, no ha podido ir sin que por escrito lo diga así el General Gómez al gobernador, antes de que éste le concediese el pasaporte. Ayer fue un día hermoso, de buenas almas. Volví a abrazar a Mayía,⁷⁸ que no cesa, ni permite. Trabajamos bien, valió el viaje las 10 leguas de ida, y las de vuelta. Llegará allá el eco, con la visita—no muy inmediata—de un hombre bueno, de un eje. Y ayer fue cuando recibí el cablegrama de Vd. sobre Julio:⁷⁹ ¡con qué deseos espero carta de Vd.! He capeado, con la verdad como siempre, la dificultad que el cablegrama denuncia: respondí ya: *Resisbless etc.: (Return commissioner assuring brother command reserved him)*. Aquí incluyo carta a J. G.⁸⁰ Otras han ido por otras vías. Ese caso estaba previsto. Vd. habrá mandado a Julio mis dos cartas, las que escribí por el camino a la venida. Prudencia sin desaire, con sincero propósito de confianza plena al fin. Vds. por esa vía, nada concreto. Ni a nadie:

⁷⁸ General José María Rodríguez.

⁷⁹ Julio Sanguily.

⁸⁰ Juan Gualberto Gómez.

a J. G.—si se sigue escribiendo (como que eso va escrito)—la indicación general, que encierra la realidad, y no la revele. Para Juan recibirá Vd. el otro cablegrama: *Tell Smith.*

Lo de Maceo,⁸¹ sólo por cartas, cuando V. me cuente lo del magnifico viaje a la Florida, lo podré atender. Lo que el cable dice, es imposible e innecesario. No haya pena. Éste es tiempo virtuoso, y hay que fundirse en él. Luego caerán sobre mí las venganzas. Bueno. El comerciante en poder compra del dinero público las simpatías venideras que lo deban encumbrar. Mi poder, invencible y humilde, no necesita de compras. Mientras más lo ofendan, mejor florecerá. Está en desdeñar la autoridad mundana, en echármela al hombro cuando da sudor de muerte, en salir de ella huyendo, a vivir de mi pan, y a que me den Vds. un domingo de comer, entre Angelina y Aurora. Vea quien puede quitarme este título, sino el faltar a la obligación de hoy por ambiciones de mañana. Ya Vd. sabe que llevo los ojos claros por este camino sangriento: si me dejan poner vivo el pie en nuestro país ¿quiere que le diga desde ahora cómo y de quiénes, uno por uno, será la campaña, implacable, de la codicia burlada, del miedo de no ser ayudado de mí en el apetito del poder, del desamor natural en ciertos hombres a una honradez más enérgica que su tentación? Viejos y jóvenes de una región y de otra, odiándose entre sí, y sólo unidos en celarme, se están ya afilando los dientes. Aquí está la carne. Mi gusto está en el deber, y en cumplirlo sin fatiga y sin ira: y en tener en Vd. un hijo. ¿Quién me quitará, en la pelea rabiosa de los hombres, ese tierno remanso? En esto como en todo, Gonzalo, estaremos a lo inevitable, cuando esto sea útil al país, y se nos pudiera acusar de quitarle un brazo bueno por el valor de un higo: pero no seremos aturdidos ni precipitados.

¿Qué más, que le interese? No pasa ahora sin que hablemos de Vd. y de Benjamín, de Tomás Estrada⁸² y de la casa de Carmita.⁸³ Acá todo es contento y fe en Vds. ¿Y *Patria*? ¿Y las reuniones de N. York y Filadelfia? ¿Y el concierto? De todo, grande y pequeño, me traerá el *Clyde*. Yo, andando por los caminos, siento a veces que llevo más floja la brida en las manos: y es que me acuerdo de aquel último instante que vi pena de cosa mía en el

⁸¹ Antonio Maceo.

⁸² Tomás Estrada Palma.

⁸³ Carmen Mantilla.

rostro de Angelina, y calló Aurora en su hombro, como amorosa y sobre cogida, y le vi aún más nobleza al alma recta y entusiasta de Lucianita, y toda su amistad al corazón bueno del Doctor. No me lastime a Angelina, ni con una flor. Es raro en el mundo, y entre las mujeres de este mundo, hallar en tan pocos años, cualidades venerables. ¿La volveré a ver? Vamos de frente y acaso no vuelva; pero siento alrededor de mí su presencia benéfola y pura.

Adiós ahora. Perdone, en nuestras cosas, cualquier falta ajena. Haga y perdone. Hacer, es el único modo eficaz de responder. Sólo empuja el ejemplo y el éxito. Vallas a la picardía, y magnífico silencio a los pícaros. Y a los arrepentidos, paz lenta y decorosa: ni la arrogancia del vencedor, ni la confianza sólo debida, en justicia y prudencia, a aquellos que no tienen culpa grave y voluntaria de qué arrepentirse. Por la piedad inmoderada suele entrar, en los hombres y en los pueblos, la desdicha.

Adiós de veras. Esta carta va de serinón porque un zapatero, que está disimulando unas suelas, me da media hora de respiro; y con Vd. se me pone el alma charlatana. ¿Toma Angelina su vino Delaroche? ¿Aurora pasea? ¿Dejé en Lucianita alguna buena memoria? ¿Merezco aún la defensa valiosa, y valerosa, de mi sincero Doctor? A Vd., mi orgullo. Y mi encargo de que en nada se trasluzca mi actividad por estas tierras, o la posible utilidad de ellas. Que crean que vuelvo. Nada ahora para nosotros,—ni decirnos que nos queremos,—porque va mejor sin decir, y porque no es nuestra ahora nuestra persona, y hablar de sí mismo parece un robo. Un gran cariño de

Su

J. MARTÍ

Urge la adjunta a Juan Gualberto Gómez (para el vecino).

Concepción Román

Sitios 95

No está de más, por si ha habido algún trastorno, que, si el trastorno ha sido de nuestra parte ahí al embarque, diga que lo que deseé significar con mi 2º cable de Montecristi, repetido en parte desde Santiago luego, fue que las cajas, bien disimuladas, debían marcarse con una P (Poloney) y ser enviadas simplemen-

te, sin necesidad de expresar remitente, o inventándolo, para evitar misterio, a la casa de Klindworth, para Mr. Poloney. Él reside en Montecristi, pero las cajas no vienen a Montecristi. La casa sabe. Ojalá no haya habido trastorno. De Santiago no pude decir las señas de Klindworth, por no haberlas yo sabido nunca: las dejé en blanco, la noche de salida de Montecristi, para que al poner el cable las llenase al día siguiente. Lea todo esto a Benjamín, y él le leerá su carta. Allá van súplicas para los dos.

A MARÍA MANTILLA

Maricusa mía:

¿Cuántos días hace ya que no te acuerdas de mí? Yo te necesito más, mientras menos te veo. Anoche, a las cuatro de la madrugada, estaba en el *batey*, como aquí llaman al patio de las casas de campo, al claro desyerbado que rodea la casa de vivienda: en el cielo, de un azul que parecía vivo, estaban encendidas las estrellas: la luna recortada, y como de un fuego suave, iluminaba de arriba un mazo de palmas: las hojas de las palmeras se mecían suavemente, en el claro silencio: yo pensaba en ti.—Y cuando el día antes había pasado por el camino, lleno todo, a un lado y otro, de árboles de frutas, de cocos y mangos, de caimitos y mameyes, de aguacates y naranjos, pensaba en Vds., y en tenerlas conmigo, para sentarlas en la yerba, y llenarles la falda de frutas.—Estás lejos, entusiasmada con los héroes de colorín del teatro, y olvidada de nosotros los héroes verdaderos de la vida, los que padecemos por los demás, y queremos que los hombres sean mejores de lo que son. Malo es vestir de saco viejo, y de sombrero de castor: cualquier tenor bribón, con un do en la garganta, le ocupa los pensamientos a una señorita, con tal que lleve calzas lisas y jubón azul, y sombrero de plumas.—Ya ves que estoy celoso, y que me tienes que contentar. Es que por el aire, que lleva y trae almas, no me han llegado las cartas que esperaba recibir de ti.—Le hablé de ti en el camino a una guajirita que sabe leer letra de pluma: a una huérfana de nueve años:—ahora le llevo de regalo un libro: se lo llevo en tu nombre.—Haz algo bueno cada día en nombre mío. Visita a Aurora, y a mi gran *baby*.—Y no le dejes solo el pensamiento a tu mamá. Rodéala y cuídala.—Un beso triste de tu

JOSÉ MARTÍ

Santiago de los Caballeros, 19 Feb. [1895]
Busca, pa. tu diario, *Santiago*; y *batey*.

A JOSÉ DOLORES POYO

Santiago de los Caballeros, febrero 19 de 1895

Sr. José Dolores Poyo

Poyo querido:

En un hato, justamente contento, sin haber perdido hora, y de vuelta a mi punto de partida, sin causa alguna de queja, y con causa plena de entusiasmo, quiero decirle, al pie del caballo, en este retazo de papel, la gratitud indecible de cubano y de amigo con que leí su artículo *Marti*. Parézcalle exageración: todos mis dolores estaban bien empleados, por haberle merecido ese juicio, por haberle conmovido así su alma sincera. Mi gusto no es por mí, es por Vd. Déjeme ahora andar por la mar y alejarme de Vd. Nos llegará algún día de paz, de paz pobre y erguida, y entonces sabrá Vd. el orgullo que en Vd. tiene su amigo.

Me hacen acabar. Ya son muchas las veces, en estos pocos días, que el General Gómez y yo lo recordamos. También en él le llegó Vd. a la amistad; y lo recuerda con cariño y respeto.

Será digno de Vd. su amigo

J. MARTÍ

AL GENERAL ANTONIO MACEO

Montecristi, 26 de febrero de 1895

St. General Antonio Maceo

Al General escribo hoy, aún más que al amigo: la guerra, a que estamos obligados, ha estallado en Cuba. Y a la vez que la noticia de ella, que por obedecer a nuestros anuncios y arreglos nos revela su importancia, y nos llena de solemne deber, recibo de New York la confirmación de su declaración de Vd.— que a quien le conociese menos que yo parecería un obstáculo, injusto e imprevisto, pero que para mí no lo es. El patriotismo de Vd. que vence a las balas, no se dejará vencer por nuestra pobreza,—por nuestra pobreza, bastante para nuestra obligación.

El vapor del Norte sale momentos después de recibidos estos cables, y mi resolución tiene que ser inmediata. Conociendo hombre por hombre la fuente de nuestros recursos, y seguros de que no tendríamos más de lo imprescindible, ni menos,—una vez desviados nuestros vapores, escribí a Vd. a mí acelerada salida de New York, diciéndole que, ajustado con la Isla y a petición de ella el alzamiento—y teniendo presente lo que en Costa Rica vi, y traté con Flor y dije a Vd., sobre los modos de ir,—(puse) a su disposición, la suma de \$2,000 en oro, única que podría ofrecerle, para un plan de salida igual al que lleva al General Gómez y a mí. «Decidido» rogué a Vd. que me pusiera por cable, lo que quería decir que Vd. estaba dispuesto a ir con ese plan; pero el cable me decía a la vez que necesitaba seis mil pesos, suma hoy imposible de allegar. Y hoy, estallada ya la revolución en Cuba, recibo otra vez la noticia de que Vd. considera indispensable, para su salida, la suma de *cinco mil pesos oro*:—suma que no se tiene, siendo así que se tiene en la mano la de dos mil, y está enfrente, ardiendo ya la revolución en Cuba.

¿Qué hacer en este conflicto? Vd. debe ir, con su alta representación, y los valientes que están con Vd. Pero Vd. me dice una vez y otra, que requiere una suma que no se tiene. Y como la ida de Vd. y de sus compañeros es indispensable, en una cáscara o en un leviatán, y Vd. ya está embarcado, en cuanto le den la cáscara,—y yo tengo de Flor Crombet la seguridad de que, con menos de la suma ofrecida, puede tentarse con éxito la salida de los pocos que de ahí pueden ir en una embarcación propia,—decido que Vd. y yo dejemos a Flor Crombet la responsabilidad de atender ahí a la expedición, dentro de los recursos posibles porque si él tiene modo de que Vds. puedan arrancar de ahí con la suma que hay, ni Vd. ni yo debemos privar a Cuba del servicio que él puede prestar. Y él pondrá a las órdenes de Vd. la labor que Vd. me reitera que no puede hacer en su San José, sino por una suma hoy imposible,—y que no puede quedarse sin hacer, cuando hay quien la echa sobre sí, por una suma que se tiene, y la pondrá hecha en manos de Vd. Ahora, detalles, abnegación, abandono de todo, menos de la idea de subir al tren y a la mar, costo de los pocos de San José que deben bajar a la costa, olvido inmediato de las cosas tentadoras de la tierra, para lo cual se requiere más valor que para encararse al enemigo ¿cómo he de proponerme yo hablar de estas cosas. con Vd? ¿A pedirle virtud? ¿A permitir que nadie dude de que la mostrará suprema? ¿A creer que hay en nadie más valor y desinterés que en Vd? Cuba está en guerra, General. Se dice esto, y ya la tierra es otra. Lo es ya para Vd. y lo sé yo. Que Flor, que lo tiene todo a mano, lo arregle todo como pueda. ¿Que de Vd. pudiera venirle el menor entorpecimiento?, ¿De Vd. y Cuba en guerra? No me entrará ese veneno en el corazón. Flor tendrá sus modos. Del Norte irán las armas. Ya sólo se necesita encabezar. No vamos a preguntar, sino a responder. El ejército está allá. La dirección puede ir en una uña. Ésta es la ocasión de la verdadera grandeza. De aquí vamos como le decimos a Vd. que vaya. Y yo no me tengo por más bravo que Vd., ni en el brío del corazón, ni en la magnanimitad y prudencia del carácter. Allá arréglense, pues, ¡y hasta Oriente! Cree conocerlo bien su amigo,

JOSÉ MARTÍ

A CARMEN MANTILLA

Mi Carmita buena:

Manuel se me va, y con él como una raíz de mi corazón: con él aquí me parecía que estaban aún cerca de mí, y me defendían de mis penas: ahora él se va; y me han de pensar mucho, para que sus pensamientos vengan volando a defenderme.—Me quedé muy solo; y mi alma extraña, por su misma capacidad para sufrir, enoja a los hombres, y los invita a angustiarla y herirla.

¿Y tu carta generosa, tu cartica linda, donde estás tú toda, con la delicadeza y la inteligencia que sólo yo conozco en ti bien, y te he de consolar y de premiar si vivo?

En otro tiempo, cuando los hombres peleaban de lanza y casco en los torneos, rodeados de gente, como ahora pelean a lengua y pluma, el orgullo del caballero, que de veras iba a caballo, era el lazo o la banda de colores que le había dado su hermana, o su novia o su amiga: y yo llevo así tu carta conmigo, como los caballeros de antes el lazo de colores.—Sobre cartas así, resbalan las balas.

Tú me volverás a ver. Aún me queda mucho que sufrir. Ahorra, sálvate del mundo, desdeña, como sabes, lo que tanta mujer ligera persigue sin decoro, que es la falsa distinción, y la publicidad dañina, cuida bien a Manuel, que va contento de sí mismo, y capaz de grandes cosas, y a esa riqueza de tu madre, sin lo que me siento pobre de verdad. Un beso en esa frente pensadora—y que vengan, volando, pensamientos.

Tu

MARTÍ

m. c. 18 marzo [1895]

A MARÍA MANTILLA

Mi María y mi Carmita:

Salgo de pronto a un viaje, sin pluma ni tinta, ni modo de escribir en mucho tiempo. Las abrazo, las abrazo muchas veces sobre mi corazón. Una carta he de recibir siempre de Uds. y es la noticia, que me traerán el sol y las estrellas, de que no amarán en este mundo sino lo que merezca amor,—de que se me conservan generosas y sencillas,—de que jamás tendrán de amigo a quien no las iguale en mérito y pureza. ¿Y en qué pienso ahora, cuando las tengo así abrazadas? En que este verano tengan muchas flores: en que en el invierno pongan, las dos juntas, una escuela: una escuela para diez niñas, a seis pesos, con piano y español, de nueve a una: y me las respetarán, y tendrá pan la casa.

¿Mis niñas me quieren?

—Y mi honrado Ernesto.—Hasta luego. ¡Pongan la escuela! No tengo qué mandarles—más que los brazos. Y un gran beso de su

MARTÍ

25 Marzo. [1895].

A LA MADRE

Montecristi, 25 marzo, 1895.

Madre mía:

Hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en Vd. Yo sin cesar pienso en Vd. Vd. se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nací de Vd. con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.

Abrace a mis hermanas, y a sus compañeros. ¡Ojalá pueda algún día verlos a todos a mí alrededor, contentos de mí! Y entonces sí que cuidaré yo de Vd. con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición.

Su

J. MARTÍ

Tengo razón para ir más contento y seguro de lo que Vd. pudiera imaginarse. No son inútiles la verdad y la ternura. No padezca.

A FEDERICO HENRÍQUEZ Y CARVAJAL

Montecristi, 25 de marzo, 1895

Sr. Federico Henríquez y Carvajal

Amigo y hermano:

Tales responsabilidades suelen caer sobre los hombres que no niegan su poca fuerza al mundo, y viven para aumentarle el albedrío y decoro, que la expresión queda como velada e infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora, al contestar, en el pórtico de un gran deber, su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo, y me dio la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber que nos las ve con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación, o de humanidad. Y queda, después de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar después de ganar, en causa justa, una buena batalla. De la preocupación real de mi espíritu, porque Ud. me la adivina entera, no le hablo de propósito: escribo, conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va a quedar, hoy mismo acaso, abandonado. Lo menos que, en agradecimiento de esa virtud puedo yo hacer, puesto que así más ligero que quebranto deberes, es encarar la muerte, si nos espera en la tierra o en el mar, en compañía del que, por la obra de mis manos y el respeto de la propia suya, y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de su casa enamorada y feliz a pisar, con una mano de valientes, la patria cuajada de enemigos. De vergüenza me iba muriendo—aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como afuera,—cuando creí que en tamaña riesgo pudiera llegar a convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo y de que un pueblo se deja ser-

vir, sin cierto desdén y despego de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida. Donde esté mi deber mayor, adentro o afuera, allí estaré yo. Acaso me sea dable u obligatorio, según hasta hoy parece, cumplir ambos. Acaso pueda contribuir a la necesidad primaria de dar a nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la revolución y a la seguridad de la república. La dificultad de nuestras guerras de independencia y la razón de lo lento e imperfecto de su eficacia, ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente a la naturaleza humana, en la falta de forma que a la vez contuviese el espíritu de redención y decoro que, con suma activa de ímpetus de pureza menor, promueven y mantienen la guerra,—y las prácticas y personas de la guerra. La otra dificultad, de que nuestros pueblos amos y literarios no han salido aún, es la de combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno que sin descontar a la inteligencia primada del país, contengan—y permitan el desarrollo natural y ascendente—a los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aun cuando fuera bello y generoso, llevara a la anarquía o a la tiranía. Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza en ella, en vez de acabar. Para mí la patria, no será triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable, al sacrificio; hay que hacer viable, e inexpugnable, la guerra; si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma, irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Quien piensa en sí, no ama a la patria; y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimulen sutilmente, en los estorbos o prisas que el interés de sus representantes ponen al curso natural de los sucesos. De mí espere la deposición absoluta y continua. Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. Vea lo que hacemos, Ud. con sus canas juveniles,—y yo a rastras, con mi corazón roto.

De Santo Domingo ¿por qué le he de hablar? ¿Es cosa distinta de Cuba? ¿Ud. no es cubano, y hay quien lo sea mejor que Ud? ¿Y Gómez, no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelo? ¿No fue mía, y orgullo mío, el alma que me envolvió, y alrededor mío palpitó, a la voz de Ud., en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquello, y va con aquello. Yo obedezco, y aun diré que acato como superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

Me arranco de Ud., y le dejo, con mi abrazo entrañable, el ruego de que en mi nombre, que sólo vale por ser hoy el de mi patria, agradezca, por hoy y para mañana, cuanta justicia y caridad reciba Cuba. A quien me la ama, le digo en un gran grito: hermano. Y no tengo más hermanos que los que me la aman.

Adiós, y a mis nobles e indulgentes amigos. Debo a Ud. un goce de altura y de limpieza, en lo áspero y feo de este universo humano. Levante bien la voz: que si caigo, será también por la independencia de mi patria.

Su

JOSÉ MARTÍ

A GONZALO DE QUESADA⁸⁴

Montecristi, 1 de abril, 1895

Gonzalo querido:

De mis libros no le he hablado. Consérvenlos; puesto que siempre necesitará la oficina, y más ahora: a fin de venderlos para Cuba en una ocasión propicia, salvo los de la *Historia de América*, o cosas de América,—geografía, letras, etc.—que V. dará a Carmita a guardar, por si salgo vivo, o me echan, y vuelvo con ellos a ganar el pan. Todo lo demás lo vende en una hora oportuna. Vd. sabrá cómo. Enviéme a Carmita los cuadros, y ella irá a recoger todos los papeles. Vd. aún no tiene casa fija, y ella los unirá a los que ya me guarda. Ni ordene los papeles, ni saque de ellos literaturas; todo está muerto, y no hay aquí nada digno de publicación, en prosa ni en verso: son meras notas. De lo impreso, caso de necesidad, con la colección de *La Opinión Nacional*, la de *La Nación*, la del *Partido Liberal*, la de *América* hasta que cayó en Pérez y aun luego la del *Economista* podría irse escogiendo el material de los seis volúmenes principales. Y uno o dos discursos y artículos cubanos. No desmigaje el pobre *Lalla Rookh* que se quedó en su mesa. Antonio Batres, de Guatemala, tiene un drama mío, o borrador dramático, que en unos cinco días me hizo escribir el gobierno sobre la independencia guatemalteca, *La Edad de Oro*, o algo de ella sufriría reimpresión. Tengo mucha obra perdida en periódicos sin cuenta: en México del 75 al 77:—en la *Revista Venezolana*, donde están los arts. sobre Cecilio Acosta y Miguel Peña:—en diarios de Honduras, Uruguay y Chile:—en no sé cuantos prólogos:—a saber. Si no vuelvo, y us-

⁸⁴ Carta conocida como el testamento literario de Martí.

ted insiste en poner juntos mis papeles, hágame los tomos como pensábamos:

- I.—Norteamericanos.
- II.—Norteamericanos.
- III.—Hispanoamericanos.
- IV.—Escenas Norteamericanas.
- V.—Libros sobre América.
- VI.—Letras, Educación y Pintura.

Y de versos podría hacer otro volumen: *Ismaelillo, Versos Sencillos*, y lo más cuidado o significativo de unos *Versos Libres*, que tiene Carmita. No me los mezcle a otras formas borrosas, y menos características.

De los retratos de personajes que cuelgan en mi oficina escoja dos V., y otros dos Benjamín. Y a Estrada,⁸⁵ Wendell Phillips.

Material hallará en las fuentes que le digo para otros volúmenes: el IV podría doblarlo, y el VI.

Versos míos, no publique ninguno antes del *Ismaelillo* ninguno vale un ápice. Los de después, al fin, ya son unos y sinceros.

Mis Escenas, núcleo de dramas, que hubiera podido publicar o hacer representar así, y son un buen número, andan tan revueltas, y en tal taquigrafía, en reversos de cartas y papelucos, que sería imposible sacarlas a luz.

Y si V. me hace, de puro hijo, toda esa labor, cuando yo ande muerto, y le sobra de los costos, lo que será maravilla, ¿qué hará con el sobrante? La mitad será para mi hijo Pepe, la otra mitad para Carmita⁸⁶ y María⁸⁷

Ahora pienso que del *Lalla Rookh* se podría hacer tal vez otro volumen. Por lo menos, la *Introducción* podría ir en el volumen VI. Andará V. apurado para no hacer más que un volumen del material del 6º *El Dorador* pudiera ser uno de sus artículos, y otro *Vereschagin* y una reseña de los pintores *Impresionistas*, y el *Cristo* de Munkacsy. Y el prólogo de Sellén,—y el de Bonalde, aunque es tan violento,—y aquella prosa aún no había cuajado,

⁸⁵ Tomás Estrada Palma.

⁸⁶ Carmita Miyares de Mantilla.

⁸⁷ María Mantilla.

y estaba como vino al romper,—V. sólo elegirá por supuesto lo durable y esencial.

De lo que podría componerse una especie de *espíritu*, como decían antes a esta clase de libros, sería de las salidas más pintorescas y jugosas que V. pudiera encontrar en mis artículos ocasionales. ¿Qué habré escrito sin sangrar, ni pintado sin haberlo visto antes con mis ojos? Aquí han guardado los *En Casa* en un cuaderno grueso: resultan vivos y útiles.

De nuestros hispanoamericanos recuerdo a *San Martín, Bolívar, Páez, Peña, Heredia, Cecilio Acosta, Juan Carlos Gómez, Antonio Bachiller*.

De norteamericanos: *Emerson, Beecher, Cooper, W. Phillips, Grant, Sheridan, Whitman*. Y como estudios menores, y más útiles tal vez, hallará, en mis correspondencias a *Arthur, Hendricks, Hancock, Conkling, Alcott*, y muchos más.

De *Garfield* escribí la emoción del entierro, pero el hombre no se ve, ni lo conocía yo, así que la celebrada descripción no es más que un párrafo de gacetilla. Y mucho hallará en *Longfellow* y *Lanier*, de *Edison* y *Blaine*, de poetas y políticos y artistas y generales menores. Entre en la selva y no cargue con rama que no tenga fruto.

De Cuba ¿qué no habré escrito?: y ni una página me parece digna de ella: sólo lo que vamos a hacer me parece digno. Pero tampoco hallará palabra sin idea pura y la misma ansiedad y deseo de bien. En un grupo puede poner hombres: y en otro, aquellos discursos tanteadores y relativos de los primeros años de edificación, que sólo valen si se les pega sobre la realidad y se ve con qué sacrificio de la literatura se ajustaban a ella. Ya usted sabe que servir es mi mejor manera de hablar. Esto es lista y entretenimiento de la angustia que en estos momentos nos posee. ¿Fallaremos también en la esperanza de hoy, ya con todo al cinto? Y para padecer menos, pienso en usted y en lo que no pienso jamás, que es en mi papelería.

Y falló aque! día la esperanza—el 25 de marzo. Hoy 1º de abril, parece que no fallará. Mi cariño a Gonzalo es grande, pero me sorprende que llegue, como siento ahora que llega, hasta a mo-

verme a que le escriba contra mi natural y mi costumbre, mis emociones personales. De ser más sólo, las escribiría; por el gusto de pagarle la ternura que le debo: pero en ellas habrían de ir las ajenas, y de eso no soy dueño. Son de grandeza en algunos momentos, y en los más, de indecible y prevista amargura. En la cruz murió el hombre en un día: pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días. Martí no se cansa, ni habla. ¿Conque ya le queda una guía para un poco de mis papeles?

De la venta de mis libros, en cuanto sepa Vd. que Cuba no decide que vuelva, o cuando,—aun indeciso esto,—el entusiasmo pudiera producir con la venta un dinero necesario, Vd. la dispone, con Benjamín hermano, sin salvar más que los libros sobre nuestra América,—de historia, letras o arte—que me serán base de pan inmediato, si he de volver, o si caemos vivos. Y todo el producto sea de Cuba, luego de pagada mi deuda a Carmita: \$220.00. Estos libros han sido mi vicio y mi lujo, esos pobres libros casuales, y de trabajo. Jamás tuve los que deseé, ni me creí con derecho a comprar los que no necesitaba para la faena. Podría hacer un curioso catálogo, y venderlo, de anuncio y aumento de la venta. No quisiera levantar la mano del papel, como si tuviera la de Vd. en las mías; pero acabo, de miedo de caer en la tentación de poner en palabras cosas que no caben en ellas.

Su

J. MARTÍ

A MARÍA MANTILLA

[Cabo Haitiano, 1895]

Mi María:

¿Y cómo me doblo yo, y me encojo bien, y voy dentro de esta carta, a darte un abrazo? ¿Y cómo te digo esta manera de pensarte, de todos los momentos, muy fina y penosa, que me despierta y que me acuesta, y cada vez te ve con más ternura y luz? No habrá quien más te quiera; y sólo debes querer más que a mí a quien te quiera más que yo.

¿A que de París, de ese París que veremos un día juntos, cuando los hombres me hayan maltratado, y yo te lleve a ver mundo antes de que entres en los peligros de él,—a que de París vas a recibir un gran recuerdo mío, por mano de un amigo generoso de Cabo Haitiano, del padre de Rosa Dellundé? Yo voy sembrándote, por donde quiera que voy, para que te sea amiga la vida. Tú, cada vez que veas la noche obscura o el sol nublado, piensa en mí.

En mi nombre visita a Benjamincito, y a Aurora, y a Mercedes, a quien escribiré antes de salir de aquí, y ve con ella a llevarte flores a mi pobrecita Patria. Que tu madre sienta todos los días el calor de tus brazos. Que no hagan nunca nada que me dé tristeza, o yo no quisiera que tú hicieses. Que te respeten todos, por decorosa y estudiosa. Que entiendas cuánto, cuánto te quiere

Tu

MARTÍ.

¿Y esa oreja de mi leal Ernesto? Le mando un beso, allí donde se le heló, tú se lo das.

A MARÍA MANTILLA

A mi María.

¿Y mi hijita? ¿qué hace, allá en el Norte, tan lejos? ¿Piensa en la verdad del mundo, en saber, en querer,—en saber, para poder querer,—querer con la voluntad, y querer con el cariño? ¿Se sienta, amorosa, junto a su madre triste? ¿Se prepara a la vida, al trabajo virtuoso e independiente de la vida, para ser igual o superior a los que vengan luego, cuando sea mujer, a hablarle de amores,—a llevársela a lo desconocido, o a la desgracia, con el engaño de unas cuantas palabras simpáticas, o de una figura simpática? ¿Piensa en el trabajo, libre y virtuoso, para que la deseen los hombres buenos, para que la respeten los malos, y para no tener que vender la libertad de su corazón y su hermosura por la mesa y por el vestido? Eso es lo que las mujeres esclavas,—esclavas por su ignorancia y su incapacidad de valerse,—llaman en el mundo «amor». Es grande, amor; pero no es eso. Yo amo a mi hijita. Quien no la ame así no la ama. Amor es delicadeza, esperanza fina, merecimiento, y respeto. ¿En qué piensa mi hijita? ¿Piensa en mí?

Aquí estoy, en Cabo Haitiano; cuando no debía estar aquí. Creí no tener modo de escribirte, en mucho tiempo, y te estoy escribiendo. Hoy vuelvo a viajar, y te estoy otra vez diciendo adiós. Cuando alguien me es bueno, y bueno a Cuba, le enseño tu retrato.

Mi anhelo es que vivan muy juntas, tu madre y ustedes, y que pases por la vida pura y buena. Espérame, mientras sepas que yo viva. Conocerás el mundo, antes de darte a él. Elévate, pensando y trabajando. ¿Quieres ver cómo pienso en ti,—en ti y en Carmita? Todo me es razón de hablar de ti, el piano que oigo, el libro que veo, el periódico que llega. Aquí te mando, en una hoja verde, el anuncio del periódico francés a que te suscribió

Dellundé. El *Harper's Young People* no lo leíste, pero no era culpa tuya, sino del periódico, que traía cosas muy inventadas, que no se sienten, ni se ven, y más palabras de las precisas. Este *Petit Français* es claro y útil. Léelo, y luego enseñártás. Enseñar, es crecer.—Y por el correo te mando dos libros, y con ellos una tarea, que harás, si me quieres; y no harás si no me quieres.—Así, cuando esté en pena, sentiré como una mano en el hombro, o como mi cariño en la frente, o como las sonrisas con que me entendías y consolabas;—y será que estás trabajando en la tarea, y pensando en mí.

Un libro es *L'Histoire Générale*, un libro muy corto, donde está muy bien contada, y en lenguaje fácil y limpio, toda la historia del mundo, desde los tiempos más viejos, hasta lo que piensan e inventan hoy los hombres. Son 180 sus páginas: yo quiero que tú traduzcas en invierno o en verano, una página por día; pero traducida de modo que la entiendas, y de que la puedan entender los demás, porque mi deseo es que este libro de historia quede puesto por ti en buen español, de manera que se pueda imprimir, como libro de vender, a la vez que te sirva, a Carmita y a ti, para entender, entero y corto, el movimiento del mundo, y poderlo enseñar. Tendrás, pues, que traducir el texto todo, con el resumen que va al fin de cada capítulo, y las preguntas que están al pie de cada página; pero como éstas son para ayudar al que lee a recordar lo que ha leído, y ayudar al maestro a preguntar, tú las traducirás de modo que al pie de cada página escrita sólo vayan las preguntas que corresponden a esa página. El resumen lo traduces al acabar cada capítulo.—La traducción ha de ser natural, para que parezca como si el libro hubiese sido escrito en la lengua a que lo traduces, que en eso se conocen las buenas traducciones. En francés hay muchas palabras que no son necesarias en español. Se dice,—tú sabes—*il est*, cuando no hay *él* ninguno, sino para acompañar a *est*, porque en francés el verbo no va solo: y en español, la repetición de esas palabras de persona,—del *yo* y *el* y *nosotros* y *ellos*,—delante del verbo, ni es necesaria ni es graciosa. Es bueno que al mismo tiempo que traduzcas,—aunque no por supuesto a la misma hora,—leas un libro escrito en castellano útil y sencillo, para que tengas en el oído y en el pensamiento la lengua en que escribes. Yo no recuerdo, entre los que tú puedes tener a mano, ningún libro escrito en

este español simple y puro. Yo quise escribir así en *La Edad de Oro*; para que los niños me entendiesen, y el lenguaje tuviera sentido y música. Tal vez debas leer, mientras estés traduciendo, *La Edad de Oro*.—El francés de *L'Histoire Générale* es conciso y *directo*, como yo quiero que sea el castellano de tu traducción; de modo que debes imitarlo al traducir, y procurar usar sus mismas palabras, excepto cuando el *modo de decir francés* cuando la *frase francesa*, sea diferente en castellano.—Tengo, por ejemplo, en la página 19, en el párrafo No. 6, esta frase delante de mí: «*Les Grecs ont les premiers cherché à se rendre compte des choses de monde*».—Por supuesto que no puedo traducir la frase así, palabra por palabra.—«Los Griegos han los primeros buscado a darse cuenta de las cosas del mundo»,—porque eso no tiene sentido en español. Yo traduciría: «Los griegos fueron los primeros que trataron de entender las cosas del mundo.» Si digo: «Los griegos han tratado los primeros», diré mal, porque no es español eso. Si sigo diciendo «de darse cuenta», digo mal también, porque eso tampoco es español. Ve, pues, el cuidado con que hay que traducir, para que la traducción pueda entenderse y resulte elegante,—y para que el libro no quede, como tantos libros traducidos, en la misma lengua extraña en que estaba.—Y el libro te entretendrá, sobre todo cuando llegues a los tiempos en que vivieron los personajes de que hablan los versos y las óperas. Es imposible entender una ópera bien,—o la romanza de Hildegonda, ejemplo,—si no se conocen los sucesos de la historia que la ópera cuenta, y si no se sabe quién es Hildegonda y dónde y cuándo vivió, y qué hizo.—Tu música no es así, mi María, sino la música que entiende y siente.—Estudia, mi María,—trabaja, y espérame.

Y cuando tengas bien traducida *L'Histoire Générale* en letra clara, a renglones iguales y páginas de buen margen, nobles y limpias ¿cómo no habrá quien imprima,—y venda para ti, venda para tu casa,—este texto claro y completo de la historia del hombre, mejor, y más atractivo y ameno, que todos los libros de enseñar historia que hay en castellano? La página al día, pues: mi hijita querida. Aprende de mí. Tengo la vida a un lado de la mesa, y la muerte a otro, y mi pueblo a las espaldas:—y ve cuántas páginas te escribo.

El otro libro es para leer y enseñar: es un libro de 300 páginas, ayudado de dibujos, en que está, María mía, lo mejor—y

todo lo cierto—de lo que se sabe de la naturaleza ahora. Ya tú leíste, o Carmita leyó antes que tú, las *Cartillas de Appleton*. Pues este libro es mucho mejor,—más corto, más alegre, más lleno, de lenguaje más claro, escrito todo como que se lo ve. Lee el último capítulo, *La Physiologie végétale*,—la vida de las plantas, y verás qué historia tan poética y tan interesante. Yo la leo, y la vuelvo a leer, y siempre me parece nueva. Leo pocos versos, porque casi todos son artificiales o exagerados, y dicen en lengua forzada falsos sentimientos, o sentimientos sin fuerza ni honradez, mal copiados de los que los sintieron de verdad. Donde yo encuentro poesía mayor es en los libros de ciencia, en la vida del mundo, en el orden del mundo, en el fondo del mar, en la verdad y música del árbol, y su fuerza y amores, en lo alto del cielo, con sus familias de estrellas,—y en la unidad del universo, que encierra tantas cosas diferentes, y es todo uno, y reposa en la luz de la noche del trabajo productivo del día. Es hermoso, asomarse a un colgadizo, y ver vivir al mundo: verlo nacer, crecer, cambiar, mejorar, y aprender en esa majestad continua el gusto de la verdad, y el desdén de la riqueza y la soberbia a que se sacrifica; y lo sacrifica todo, la gente inferior e inútil. Es como la elegancia, mi María, que está en el buen gusto, y no el costo. La elegancia del vestido,—la grande y verdadera,—está en la altivez y fortaleza del alma. Un alma honrada, inteligente y libre, da al cuerpo más elegancia, y más poderío a la mujer, que las modas más ricas de las tiendas. Mucha tienda, poca alma. Quien tiene mucho adentro, necesita poco afuera. Quien lleva mucho afuera, tiene poco adentro, y quiere disimular lo poco. Quien siente su belleza, la belleza interior, no busca afuera belleza prestada: se sabe hermosa, y la belleza echa luz. Procurará mostrarse alegre, y agradable a los ojos, porque es deber humano causar placer en vez de pena, y quien conoce la belleza la respeta y cuida en los demás y en sí. Pero no pondrá en un jarrón de China un jazmín: pondrá el jazmín, solo y ligero, en un cristal de agua clara. Ésa es la elegancia verdadera: que el vaso no sea más que la flor. Y esa naturalidad, y verdadero modo de vivir, con piedad para los vanos y pomposos, se aprende con encanto en la historia de las criaturas de la tierra. Lean tú y Carmita el libro de Paul Bert— a los dos o tres meses vuelvan a leerlo; léanlo otra vez, y téngalo cerca siempre, para una página a otra, en las horas perdidas. Así sí serán maestras,

contando esos cuentos verdaderos a sus discípulos, en vez de tanto quebrado y tanto decimal, y tanto nombre inútil de cabo y de río, que se ha de enseñar sobre el mapa como de casualidad para ir a buscar el país de que se cuenta el cuento, o donde vivió el hombre de que habla la historia. Y cuentas, pocas, sobre la pizarra, y no todos los días. Que las discípulas amen la escuela, y aprendan en ella cosas agradables y útiles.

Porque ya yo las veo este invierno, a tí y a Carmita, sentadas en su escuela, de 9 a 1 del día, trabajando las dos a la vez, si las niñas son de edades desiguales, y hay que hacer dos grupos, o trabajando una después de otra, con una clase igual para todas. Tú podías enseñar piano y lectura, y español tal vez, después de leerlo un poco más;—y Carmita una clase nueva de deletreo y composición a la vez, que sería la clase de gramática, enseñada toda en las pizarras, al dictado, y luego escribiendo lo dictado en el pizarrón, vigilando porque las niñas corrijan sus errores,—y una clase de geografía, que fuese más geografía física que de nombres, enseñando cómo está hecha la tierra, y lo que alrededor la ayuda a ser, y de la otra geografía, las grandes divisiones, y éas bien, sin mucha menudencia, ni demasiados detalles yankis,—y una clase de ciencias, que sería una conversación de Carmita, como un cuento de veras, en el orden en que está el Libro de Paul Bert, si puede entenderlo bien ya, y si no, en el que mejor pueda idear, con lo que sabe de las cartillas, y la ayuda de lo que en Paul Bert entienda, y astronomía. Para esa clase le ayudarían mucho un libro de Arabella Buckley, que se llama *The Fairy-Land of Science*, y los libros de John Lubbock, y sobre todo dos, *Fruits, Flowers and Leaves* y *Ants, Bees and Wasps*. Imaginate a Carmita contando a las niñas las amistades de las abejas y las flores, y las coqueterías de la flor con la abeja, y la inteligencia de las hojas, que duermen y quieren y se defienden, y las visitas y los viajes de las estrellas, y las casas de las hormigas. Libros pocos, y continuo hablar.—Para historia, tal vez sean aún muy nuevas las niñas. Y el viernes, una clase de muñecas,—de cortar y coser trajes para muñecas, y repaso de música, y clase larga de escritura, y una clase de dibujo.—Principien con dos, con tres, con cuatro niñas. Las demás vendrán. En cuanto sepan de esa escuela alegre y útil, y en inglés, los que tengan en otra escuela hijos, se los mandan allí: y si son de nuestra gente,

les enseñan para más halago, en una clase de lectura explicada—explicando el sentido de las palabras—el español: no más gramática que ésa: la gramática la va descubriendo el niño en lo que lee y oye, y ésa es la única que le sirve.—Y si tú te esforzaras, y pudieras enseñar francés como te lo enseñé yo a tí, traduciendo de libros naturales y agradables. Si yo estuviera donde tú no me pudieras ver, o donde ya fuera imposible la vuelta, sería orgullo grande el mío, y alegría grande, si te viera desde allí, sentada, con tu cabecita de luz, entre las niñas que irían así saliendo de tu alma,—sentada, libre del mundo, en el trabajo independiente. Ensáyense en verano: empiecen en invierno. Pasa, callada, por entre la gente vanidosa. Tú alma es tu seda. Envuelve a tu madre, y mímala, porque es grande honor haber venido de esa mujer al mundo. Que cuando mires dentro de tí, y de lo que haces, te encuentres como la tierra por la mañana, bañada de luz. Siéntete limpia y ligera, como la luz. Deja a otras el mundo frívolo: tu vales más. Sonríe, y pasa. Y si no me vuelves a ver, haz como el chiquitín cuando el entierro de Frank Sorzano: pon un libro, el libro que te pido,—sobre la sepultura. O sobre tu pecho, porque ahí estaré enterrado yo si muero donde no lo sepan los hombres.—Trabaja. Un beso. Y espérame.

Tu

MARTÍ

Cabo Haitiano, 9 de abril, 1895

A BENJAMÍN GUERRA Y GONZALO DE QUESADA

Cabo Haitiano, 10 de Abril [1895]

Benjamín y Gonzalo:

El 1º de abril salimos para no volver. Volvemos a salir—si no llegáramos ahora, volveríamos a salir. Eso es lo que han de desear saber. Corrimos riesgo de encallar, de ser asediados en un islote sin salida, de ser clavados en él: nos salvamos del riesgo. Los detalles, no son para el papel, que puede perderse, o indicar una ruta que debe quedar cubierta, aun después de usada. El cable, no he debido usarlo, porque por él, que está vigilado o vendido, se sabría nuestro camino,—el que se torció, y el de ahora,—que aún no se sabe. Llegar, ordenar, empujar, deshacer a habilidad energética y con encabezamiento respetable y amable, los pocos obstáculos que nos presenten los nuestros mismos—esa es la labor, y vamos. A mi alrededor, como van viendo, todo se encarna y unifica, y ese es alivio grande. Estos días han sido útiles, y me siento creído. No puede ser que pasen inútiles por el mundo la piedad incansable del corazón y la limpieza absoluta de la voluntad. Quiero, y veo con creciente ternura, el sacrificio pleno y sencillo que me acompaña. No quieren que hable. Me avergüenza, y no sé. Los llevo conmigo, les digo me veo en Vds., se lo fío todo. Del mar les escribiré,—les enviaré acaso una ayuda valiosa,—o decisiva para la empresa mayor,—ayuda de hombre. Repetir, no es necesario. Del manifiesto^{**} todo hace prever, por la malignidad autonomista y la benevolencia española, que es oportunuo, y que será de influjo real. De prisa y bien repártanlo. Que en todas formas cunda en Cuba, no perdonen esfuerzos para espaciarlo en Cuba. De pensamiento es la guerra mayor que se nos hace: ganémosla a pensamiento. Por eso, Gonzalo y Benjamín.

** Se refiere, desde luego, al ya citado Manifiesto de Montecristi.

Patria ha de ser ahora un periódico especialmente alto y hermoso. Antes, pudimos descuidarlo, o levantarla a braceadas: ahora no. Ha de ser continuo, sobre las mismas líneas, afirmando con majestad lo contrario de lo que se afirma de nosotros, mostrando—en el silencio inquebrantable sobre las personas—el poco influjo real que les concedemos. A lengua sinuosa nos están batiendo: cerrémosles el camino a mejor lengua, la hermosa—por ejemplo—del artículo sobre la proclama de Massó: Sólo ese número me ha llegado desde febrero. Y en él, una pequeñez que extirpar, con mano firme, y es el tono burlón o jocoso de los comentarios sobre la guerra. La guerra es grave, y nosotros, y se espera de nosotros gravedad. Fue unánime alrededor mío el deseo de que se mudase el tono leve y novicio de los comentarios. Nos quita peso. No necesitamos argüir. Decir no más, por el servicio del periódico, y la verdad corriente. Y siempre los mismos puntos principales: capacidad de Cuba para su buen gobierno,—razones de esta capacidad,—incapacidad de España para desenvolver en Cuba capacidades mayores,—decadencia fatal de Cuba, y alejamiento de sus destinos, bajo la continuación del dominio español, diferencias patentes entre las condiciones actuales de Cuba y las de las repúblicas americanas cuando la emancipación,—moderación y patriotismo del cubano negro, y certeza probada de su colaboración pacífica y útil,—afecto leal al español respetuoso—concepto claro y democrático de nuestra realidad política; y de la guerra culta con que se le ha de asegurar. Eso cada día, y en formas varias y en el periódico todo. ¿Por qué no un artículo sobre cada uno de estos puntos? O un número donde estuvieran todos ellos tratados explícitamente. Ésa es buena idea. Un número para eso, sobre esos temas, que Vds. escriban, como de la casa, o que escriban y firmen varios. Me llaman. Nos vamos ya. Un abrazo fuerte. El día está hermoso. Una a una recuerdo a las mujeres, y les beso la mano. Paseen juntos Aurora y Benjamín. Vean por Carmita buena, y por sus hijas: ¿Y Rafael? ¿Y Calixto? ¿Y Serafín? ¡Cuánto, si llego, he de hablar de Vds. con aquellos hombres, y con aquellos árboles! Adiós.

Su

J. MARTÍ

A BERNARDA TORO DE GÓMEZ

[11 de abril de 1895]

Manana querida:

Yo sólo quiero que estas letras mías le lleguen como prueba de que las penas que pueda reservarnos este mundo, tienen Vds. por dondequiera que ande yo en pie, un vigilante compañero.

Toda esa casa es mía, y son mías sus obligaciones. Hemos decidido, y vamos venciendo, y en este instante nos sentimos más seguros que nunca: por todas partes con esa ternura del peligro que Vd. conoce también, siento que van con nosotros, y que las tranquilizo, y que les hablo. Me parece que las voy defendiendo, y eso me da ingenio y fuerza. Vamos cosidos uno a otro, el padre y yo, con un solo corazón, y la mayor amistad y dulzura que da la compañía cariñosa en las cosas difíciles. Entre los compañeros no va una sola alma repulsiva ni hostil. El padre va robusto, y con la fe justa que nos anima a todos: de cuando en cuando, sin que nadie más que yo lo note, vuelve los ojos a las costas donde Vds. viven: y yo lo noto, porque los vuelvo yo también. Vds. son míos.

De afuera, Manana querida, no tenga temor. Si hacemos lo que pensamos, es en condiciones de la mayor seguridad posible, y de mucha seguridad, porque si no, no se nos lo permitiría hacer: y a esta hora está casi hecho. De adentro, sabemos ya mucho más, y habrá menos riesgos y agonía, y tardaremos mucho menos, que en los diez años de Vd., los diez años que dan tal dignidad, tal majestad, tal obligación, en la vida a los hijos que le nacieron a Vd. del seno de ellos. El mundo marca, y no se puede de ir, ni hombre ni mujer, contra la marca que nos pone el mundo. A Clemencia me le dice que en el lugar donde la vida es más débil, llevo de amparo una cinta azul, y que la hermanita va sentada a la cabecera de mi barco, mirándome y conversando. A Pan-

cho, que la pureza de su último beso me ha hecho un hombre mejor. Y Máximo, que ayudará a sostener la casa; que de seguro ha sentido ya, desde el día del sacrificio de su padre como que entraba en una vida augusta y nueva, y las llevaba a Vds. de la mano, y era todo hombre. Urbano ardiente y servicial, no se me quita de los ojos, ni Bernardo bueno, que debe seguir aprendiendo a maestro, ni Andrés lindo, que va a pensar de prisa, y necesita, en cuanto crezca más, de mucho estudio de cosas verdaderas; ni la Mariposita, que me he traído pegada al corazón: ciervo los ojos, y la veo. ¿Y cree Vd. de veras, Manana querida, que cercada así el alma, va a sucedernos nada, ni al padre, con quien voy yo, y lleva así dos vidas?

No siento como quien va a correr riesgo; sino como el trabajador, que sale alegre a su trabajo, y trabajara todo el día, y luego vuelve a su casa, al lado de sus hijos y su mujer. Ya yo sé dónde tengo hijos, dónde tengo hermanos.

Sientan en las suyas el calor de mi mano. A Clemencia alta, a Pancho padre, a Máximo trabajador, a todos mi ternura. Y a mi Margarita. Y por Vd., Manana, aunque no fuera por él, querré y miraré siempre al compañero de su vida.

Su

MARTÍ

Un recuerdo a las tías.

DIARIO DE MONTECRISTI A CABO HAITIANO⁹

Mis niñas:

Por las fechas arreglen esos apuntes, que escribí para Vds., con los que les mandé antes. No fueron escritos sino para probarles que día por día, a caballo y en el mar, y en las más grandes angustias que pueda pasar hombre, iba pensando en Vds.

Su

M.

14 DE FEBRERO

Las seis y media de la mañana serían cuando salimos de Montecristi el General,¹⁰ Collazo y yo, a caballo para Santiago: Santiago de los Caballeros, la ciudad vieja de 1507. Del viaje, ahora que escribo, mientras mis compañeros sestean, en la casa pura de Nicolás Ramírez, sólo resaltan en mi memoria unos cuantos árboles,—unos cuantos caracteres, de hombre o de mujer,—unas cuantas frases. La frase aquí es añeja, pintoresca, concisa, sentenciosa: y como filosofía natural. El lenguaje común tiene de base el estudio del mundo, legado de padres a hijos, en máximas finas, y la impresión pueril primera. Una frase explica la arrogancia innecesaria y cruda del país:—«Si me traen (regalos, regalos de amigos y parentes a la casa de los novios) me deprimen, por-

⁹ Este diario de Martí, dedicado a Martha y Carmen Mantilla, corresponde a la penúltima etapa de su peregrinar revolucionario. Comienza el 14 de febrero de 1895, en Montecristi, y termina, el 8 de abril del mismo año, en Cabo Haitiano, Haití.

¹⁰ Se refiere al General Máximo Gómez

que yo soy el obsequiado.» Dar, es de hombre; y recibir, no. Se niegan, por fiereza, al placer de agradecer. Pero en el resto de la frase está la sabiduría del campesino:—«Y si no me traen, tengo que matar las gallinitas que le empiezo a criar a mi mujer.» El que habla es bello mozo de piernas largas y sueltas, y pies descalzos, con el machete siempre en puño, y al cinto el buen cuchillo, y en el rostro terroso y febril los ojos sanos y angustiados. Es Arturo, que se acaba de casar, y la mujer salió a tener el hijo donde su gente de Santiago. De Arturo es esta pregunta: «¿Por qué si mi mujer tiene un muchacho dicen que mi mujer parió,—y si la mujer de Jiménez tiene el suyo dicen que ha dado a luz?»—Y así por el camino, se van recogiendo frases. A la moza que pasa, desgoznada la cintura, poco al seno el talle, atado en nudo flojo el pañuelo amarillo, y con la flor de campeche al pelo negro:—«¡Qué buena está esa pailita de freír para mis chicharrones!» A una señorona de campo, de sortija en el guante, y pendientes y sombrilla, en gran caballo moro, que en malhora casó a la hija con un *musié* de letras inútiles, un orador castelaruno y poeta zorrillesco, una «luz increada», y una «sed de ideal inextinguible»,—el marido, de sombrero de manaca y zapatos de cuero, le dice, teniéndole el estribo: «Lo que te dije, y tú no me quisiste oír: cada peje en su agua». A los caballos les pica mos el paso, para que con la corrida se resfrequen, mientras bebemos agua del río Yaque en casa de Eusebio; y el General dice esta frase, que es toda una teoría del esfuerzo humano, y de la salud y necesidad de él:—«El caballo se baña en su propio sudor.»—Eusebio vive de puro hombre: lleva amparada de un pañuelo de cuadros azules la cabeza vieja, pero no por lo recio del sol, sino porque de atrás, de un culatazo de fusil, tiene un agujero en que le cabe medio huevo de gallina, y sobre la oreja y a media frente, le cabe el filo de la mano en dos tajos de sable: lo dejaron por muerto.

«Y Don Jacinto, ¿está ahí?» Y nuestros tres caballos descansan de quijadas en la cerca. Se abre penosamente una puerta, y allí está Don Jacinto; aplanado en un sillón de paja, con un brazo flaco sobre el almohadón atado a un espaldar, y el otro en alto, sujetado por los dos lazos de una cuerda nueva que cuelga del

techo: contra el ventanillo reposa una armazón de catre, con dos clavijas por tuercas; el suelo de fango seco, se abre a grietas: de la mesa a la puerta están en hilera, apoyadas de canto en el suelo, dos canecas de ginebra, y un pomo vacío, con tapa de tusa: la mesa, coja y polvosa, está llena de frascos de un inhalador, de un pulverizador, de polvos de asma. A Don Jacinto, de perfil rapaz, le echa adelante las orejas duras el gorro de terciopelo verde: a las sienes lleva parches; el bigote, corvo y pesado, se le cierra en la mosquilla: los ojos ahogados se le salen del rostro, doloroso y fiero: las medias son de estambre de color de carne, y las pantuflas destañadas, de estambre rojo. Fue proliombre, y general de fuego: dejó en una huida confiada a un compadre la mujer, y la mujer se dio al compadre: volvió él, supo, y de un tiro de carabina, a la puerta de su propia casa, le cerró los ojos al amigo infiel. «¡Y a ti, adiós!: no te mato porque eres mujer.» Anduvo por Haití, entró por tierra nueva, se le juntó la hija lozana de una comadre del rincón, y entra a besarnos, tímida, una hija linda de ocho años, sin medias, y en chanclas.—De la tienda, que da al cuarto, nos traen una botella, y vasos para el ron. Don Jacinto está en pleitos: tiene tierras—y un compadre,—el compadre que lo asiló cuando iba huyendo del carabinazo,—le quiere pasear los animales por la tierra de él. «Y el mundo ha de saber que si me matan, el que me mató fue José Ramón Pérez. Y que a mí no se me puede decir que él no paga matadores: porque a mí vino una vez a que le buscara por una onza un buen peón que le balease a Fulano; y otra vez tuvo que matar a otro, y me dijo que había pagado otra onza.»—«Y el que viene aquí, Don Jacinto, ¿todavía se come un alacrán?» Esto es: se halla con un bravo: se topa con un tiro de respuesta. Y a Don Jacinto se le hinchan los ojos, y le sube el rosado enfermizo de las mejillas. «Sí», dice suave, y sonriendo. Y hunde en el pecho la cabeza.

Por la sabana de aromas y tunas, cómoda y seca, llegamos, ya a la puesta, al alto de Villalobos, a casa de Nené, la madraza del poblado, la madre de veinte o más crianzas, que vienen todas a la novedad, y le besan la mano. «Utedes me dipensen», dice al sentarse junto a la mesa a que comemos, con ron y café, el arroz blanco y los huevos fritos: «pero toíto ei día e stao en ei conuco jalando ei machete». El túnico es negro, y lleva pañuelo a la cabeza. El poblado todo de Peña la respeta. Con el primer sol

salimos del alto, y por entre cercados de plátanos o maíz, y de tabaco o yerba, llegamos, echando por un trillo, a Laguna Salada, la hacienda del General: a un codo del patio, un platanal espeso: a otro, el boniatal: detrás de la casa, con cuatro cuartos de frente, y de palma y penca, está el jardín, de naranjos y ador-napatiros, y, rodeada de lirios, la cruz, desnuda y grande, de una sepultura. Mercedes, mulata dominicana, de vejez limpia y fina, nos hace, con la leña que quiebra en la rodilla su haitiano Albonó, el almuerzo de arroz blanco, pollo con llerén, y boniato y auyama: al pan, prefiero el casabe, y el café pilado tiene por dulce, miel de abeja. En el peso del día conversamos, de la guerra y de los hombres, y a la tarde nos vamos a la casa de Jesús Domínguez, padre de muchas hijas, una de ojos verdes, con cejas de arco fino, y cabeza de mando, abandonado el traje de percal carmesí, los zapatos empolvados y vueltos, y el paraguas de seda, y al pelo una flor:—y otra hija, rechoncha y picante, viene fumando, con un pie en media y otro en chancleta, y los diez y seis años del busto saliéndosele del talle rojo y a la frente, en el cabello rizo, una rosa. Don Jesús viene del conuco, de quemarle los gusanos al tabaco, «que da mucha briega», y recostado a la puerta de su buena casa, habla de sus cultivos, y de los hijos que vienen con él de trabajar, porque él quiere «que los hijos sean como él», que ha sido rico y luego no lo ha sido, y cuando se le acaba la fortuna sigue con la cabeza alta, sin que le conozca nadie la ruina, y a la tierra le vuelve a pedir el oro perdido, y la tierra se lo da: porque el minero tiene que moler la piedra para sacar el oro de ella,—pero a él la tierra le da «el oro jecho, y el peso jecho». Y para todo hay remedio en el mundo, hasta para la mula que se resiste a andar, porque la resistencia no es sino con quien sale a viaje sin el remedio, que es un limón o dos, que se le expreme y frota bien en las uñas a la mula,—«y sigue andando». En la mesa hay pollo y frijoles, y arroz y viandas, y queso del Norte, y chocolate.—Al otro día por la mañana, antes de montar para Santiago, Don Jesús nos enseña un pico roído, que dice que es del tiempo de Colón, y que lo sacaron de la Esperanza, «de las excavaciones de los indios», cuando la mina de Bulla: ya le decían «Bulla» en tiempo de Colón, porque a la madrugada se oía de lejos el rumor de los muchos indios, al levantarse para el trabajo. Y luego Don Jesús trae una

buenas espadas de taza, espada vieja castellana, con la que el General, puesto de filo, se guarda el cuerpo entero de peligro de bala, salvo el codo, que es lo único que deja afuera la guardia que enseñó al General su maestro de esgrima.—La hija más moza me ofrece tener sembradas para mi vuelta seis matas de flores.—Ni ella siembra flores, ni sus hermanos, magníficos chiquuelos, de ojos melosos y pecho membrudo, saben leer.

Es la Esperanza, el paso famoso de Colón, un caserío de palma y yaguas en la explanada salubre, cercado de montes. «La Providencia» era el nombre de la primera tienda, allá en Guayubin, la del marido puertorriqueño, con sus libros amarillos de medicina vejancona, y su india fresca, de perfil de marfil, inquieta sonrisa, y ojos llameantes: la que se nos acercó al estribo, y nos dio un tabaco. «La Fe» se llama la otra tienda, la de Don Jacinto. Otra, cerca de ella, decía en letras de tinta, en una yagua: «La Fantasía de París.» Y en Esperanza nos desmontamos frente a «La Delicia».—De ella sale, melenudo y zancón, a abrirnos su talanquera, «a abrirnos la pueita» del patio para las monturas, el general Candelario Lozano. No lleva medias, y los zapatos son de vaqueta. Él cuelga la hamaca; habla del padre, que está en el pueblo ahora, «a llevarse los cuaitos de las confirmaciones»; nos enseña su despacho, pegado en cartón, de general de brigada, del tiempo de Báez; oye, con las piernas colgantes en su taburete reclinado, a su Ana Vitalina, la niña letrada, que lee de corrido, y con desembarazo, la carta en que el ministro exhorta al general Candelario Lozano a que continúe «velando por la paz», y le ofrece llevarle «más tarde» la silla que le pide. Él vende cerveza, y tiene de ella tres medias, «poique no se vende más que cuando viene el padre». Él nos va a comprar vomo.—Allá, un poco lejos, a la caída del pueblo, están las ruinas del fuerte de la Esperanza, de cuando Colón,—y las de la primera ermita.

De la Esperanza, a marcha y galope, con pocos descansos, llegamos a Santiago en cinco horas. El camino es ya sombra. Los árboles son altos. A la izquierda, por el palmar frondoso, se le sigue el cauce al Yaque. Hacen arcos, de un borde a otro, las ceibas potentes. Una, de la raíz al ramaje, está punteada de bala;

A vislumbres se ve la vega, como chispazo o tentación de serena hermosura, y a lo lejos el azul de los montes. De lo alto de un repecho, ya al llegar a la ciudad, se vuelven los ojos, y se ve el valle espeso, y el camino que a lo hondo se escurre, a dar ancho a la vega, y el montío leve al fondo, y el copioso verdor que en luengo hilo marca el curso del Yaque.

15 DE FEBRERO

Es Santiago de los Caballeros, y la casa de yagua y palma de Nicolás Ramírez, que de guajito insurrecto se ha hecho médico y buen boticario: y enfrente hay una casa como pompeyana, mas sin el color, de un piso corrido, bien levantado sobre el suelo, con las cinco puertas de ancho marco tallado, al espacioso colgadizo, y la entrada a un recodo, por la verja rica, que de un lado lleva por la escalinata a todo el frente, y del fondo, por una puerta de agraciado medio punto, lleva al jardín, de rosas y cayucos: el cayuco es el cactus:—las columnas, blancas y finas, del portal, sustentan el friso, combo y áiroso. Los soldados, de dril azul y kepis, pasan relucientes, para la misa del templo nuevo, con la bandera de seda del Batallón del Yaque. Son negros los soldados, y los oficiales: mestizos o negros.—El arquitecto del templo es santiaguero, es Onofre de Lora:— la puerta principal es de la mano cubana de Manuel Boitel.

Manuel Boitel vive a la otra margen del río. Paquito Borrero, con su cabeza santa y fina, como la del San Francisco de Elcano, busca el vado del río en su caballo blanco, con Collazo atrás, en el melado de Gómez. Gómez y yo aguardamos la balsa, que ya viene, y se llama «La Progresista.» Remontamos la cuesta, y entramos por el batey limpio de Manuel Boitel. De allí se ve la otra ribera, que en lo que sube del río es de veredas y chozas, y al tope el verde oscuro, por donde asoman las dos torres y el cimborrio del templo blanco y rosado, y a lo lejos, por entre techos y lomas, el muro aspillado y la torre de bonete del «reducto patriótico», de la fortaleza de San Luis.

En la casita, enseña todo la mano laboriosa: ésta es una carreta de juguete, que a poco subirá del río cargada de vigas,—aquel

es un faetón, amarillo y negro, hecho todo, a tuerca y torno, por el hábil Boitel,—allí el perro sedoso, sujeto a la cadena, guarda echado la puerta de la casa pulcra. En la mesa de la sala, entre los libros viejos, hay una bíblia protestante, un tratado de Apicultura. De las sillas y sillones, trabajados por Boitel, vemos, afuera, el sereno paisaje, mientras Collazo lo dibuja. La madre nos trae merengue criollo. El padre está en el aserradero. El hijo mayor pasa, arreando el buey, que halá de las vigas. El jardín es de albahaca y guacamaya, y de algodón y varita de San José. Cogemos flores, para Rafaela, la mujer de Ramírez, con sus manos callosas del trabajo, y en el rostro luminoso el alma augusta:—No menos que augusta:—Es leal, modesta y tierna.—El sol enciende el cielo, por sobre el monte oscuro. Corre ancho y claro el Yaque.

Me llevan, aún en traje de camino, al «Centro de Recreo», a la sociedad de los jóvenes. Rogué que desistiesen de la fiesta pública y ceremoniosa con que me querían recibir; y la casa está como de gala, pero íntima y sencilla. La buena juventud aguarda, repartida por las mesas. El gentío se agolpa a las puertas. El estante está lleno de libros nuevos. Me recibe la charanga, con un vals del país, fácil y como velado, a piano y flauta, con güiro y pandereta. Los «mamarrachos» entran, y su música con ellos: las máscaras, que salen aquí de noche, cuando ya anda cerca el carnaval:—salen la tarasca, tragándose muchachos, con los gigantones. El gigante iba de guantes, y Máximo, el niño de Ramírez, de dos y medio, dice que «el gigante trae la corbata en las manos».—

En el centro fue mucha y amable la conversación: de los libros nuevos del país,—del cuarto libre de leer, que quisiera yo que abriese la sociedad, para los muchachos pobres,—de los maestros ambulantes, los maestros de la gente del campo, que en un artículo ideé, hace muchos años, y puso por ley, con aplauso y arraigo, el gobierno dominicano, cuando José Joaquín Pérez, en la presidencia de Billini. Hablamos de la poquedad, y renovación regional, del pensamiento español: de la belleza y fuerza de las obras locales: del libro en que se pudieran pintar las costumbres, y juntar las leyendas, de Santiago, trabajadora y épica.

Hablamos de las casas nuevas de la ciudad, y de su construcción apropiada, de aire y luz.

Oigo este cantar:

*El soldado que no bebe
Y no sabe enamorar,
¿Qué se puede esperar de él
Si lo mandan avanzar?*

16 DE FEBRERO

Nos rompió el día, de Santiago de los Caballeros a la Vega, y era un bien de alma, suave y profundo, aquella claridad. A la vaga luz, de un lado y otro del ancho camino, era toda la naturaleza americana: más gallardos pisaban los caballos en aquella campiña floreciente, corsada de montes a lo lejos, donde el mango frondoso tiene al pie la espesa caña: el mango estaba en flor, y el naranjo maduro, y una palma caída, con la mucha raíz de hilo que la prende aún a la tierra, y el coco, corvo del peso, de penacho áspero, y el ceibo, que en el alto cielo abre los fuertes brazos, y la palma real. El tabaco se sale por una cerca, y a un arroyo se asoman cajimitos y guanábanos. De autoridad y fe se va llenando el pecho. La conversación es templada y cariñosa.—En un ventorro nos apeamos, a tomar el *cafecito*, y un *amargo*.—Rodado de oyentes está, en un tronco, un haitiano viejo y harapiento, de ojos grises fogosos, un lío mísero a los pies, y las sandalias desflecadas. Le converso, a chorro, en un francés que lo aturde, y él me mira, entre fosco y burlón. Calló, el peregrino, que con su canturria dislocada tenía absorto al gentío. Se le ríe la gente: ¿conque otro habla, y más aprisa que el santo, la lengua del santo?—«¡Mírenlo, y él que estaba aquí como Dios en un platanal!»—«Como la yuca éramos nosotros, y él era como el guayo.» Carga el lío el viejo, y echa a andar, comiéndose los labios: a andar, al santo cerro.—De las paredes de la casa está muy oronda la ventorrillera, por los muñecos deformes que el hijo les ha puesto, con pintura colorada. Yo, en un rincón, le di-

bujo, al respaldo de una carta inútil, dos cabezas, que mira él codicioso. Está preso el marido de la casa: *es un político*.

15 DE FEBRERO

Sofre que, de dos lanzas que había, sobre la lanza oxidada no daba luz el sol, y era un florón de luz, y estrella de llamas, la lanza bruñida. Del alma perezosa, no se saca fuego.—Y admité, en el batey, con amor de hijo, la calma elocuente de la noche encendida, y un grupo de palmeras, como acostada una en la otra, y las estrellas, que brillaban sobre sus penachos. Era como un arco perfecto y súbito, y la revelación de la naturaleza universal del hombre.—Luego, ya al mediodía, estaba yo sentado, junto a Manuelico, a una sombra del batey. Pilaban arroz, a la puerta de la casa, la mujer y una ayuda: y un gallo pica los granos que saltan.—«Ese gallo, cuidao, que no le dejen comer arroz, que lo afloja mucho.» Es gallero Manuelico, y tiene muchos, amarrados a estacas, a la sombra o al sol. Los «solean» para que «sepan de calor», para que «no se ahoguen en la pelea», para que «se maduren»: «ya sabiendo de calor, aunque corra no le hace». «Yo no afamo ningún gallo, por bueno que sea: el día que está de buenas, cualquier gallo es bueno. El que no es bueno, ni con carne de vaca. Mucha fuerza que da al gallo la carne de vaca. El agua que se les da es leche; y el maíz, bien majado. El mejor cuidado del gallo, es ponerlo a *juchar*, y que esté donde escarbe; y así no hay gallo que se tulla.» Va Manuelico a mudar de estaca a un giro, y el gallo se le encara, erizado el cuello, y le pide pelea.—De la casa traen café, con anís y nuez moscada.

18 DE FEBRERO

18.—Y vamos conversando, de la miel de limón, que es el zumo muy hervido, que cura las úlceras tenaces; del modo moro, que en Cuba no se conoció, de estancarse la herida con puñados de tierra; de la guacaica, que es pájaro gustoso, que vive de gusanos, y da un caldo que mueve al apetito; de la miel de abeja, «me-

jor que el azúcar, que fue hecha para el café». «El que quiera alimento para un día, exprima un panal que ya tenga pichones, de modo que salga toda la leche del panal, con los pichones revueltos en la miel. Es vida para un día, y cura de excesos.»—«A Carlos Manuel le vi yo hacer una vez, a Carlos Manuel de Céspedes, una cosa que fue de mucho hombre: coger un panal vivo es cosa fácil, porque las avispas son de olfato fino, y con pasarse la mano por la cuenca del brazo sudorosa, ya la avispa se aquietá, del despegó al olor acre, y deja que la muden, sin salir a picar. Me las quise dar de brujo, en el cuarto de Carlos Manuel, ofreciéndome a manejar el panal; y él me salió al paso: "Vea, amigo: si esto se hace así." Pero parece que la medicina no pareció bastante poderosa a las avispas, y vi que dos se le clavaron en la mano, y él, con las dos prendidas, sacó el panal hasta la puerta, sin hablar de dolor, y sin que nadie más que yo le conociera las punzadas de la mano.»

18 DE FEBRERO

18.—A casa de Don Jesús vamos a la cena, la casa donde vi la espada de taza del tiempo de Colón, y la azada vieja, que hallaron en las minas, la casa de las mocetonas que regañé porque no sembraban flores, cuando tenían tierra de luz y manos de mujer, y largas horas de ocio. De burdas las acusó aquel día un viajero, y de que no tenían alma de flor.—Y ahora ¿qué vemos? Sabían de nuestra vuelta, y Joaquina, que rebosa de sus dieciocho años, sale al umbral, con su *tábano* encendido entre dos dedos, y la cabeza cubierta de flores: por la frente le cae un clavel, y una rosa le asoma por la oreja: sobre el cerquillo tiene un moño de jazmines: de geranios tiene un mazo a la nuca, y de la flor morada del guayacán. La hermana está a su lado, con un penacho de rosas amarillas en la cabellera cogida como tiesto, y bajo la fina ceja los dos ojos verdes. Nos apeamos, y se ve la mesa, en un codo de la sala, ahogada de flores: en vasos y tazas, en botellas y fuentes; y a lo alto, como orlando un santo, en dos pomos de aceitunas, dos lenguas de vaca, de un verde espeso y largo, con cortes acá y allá, y en cada uno un geranio.

19 DE FEBRERO

19.—De Ceferina Chaves habla todo el mundo en la comarca: suya es la casa graciosa, de batey ancho y jardín, y caserón a la trasera, donde en fina sillería recibe a los viajeros de alcurnia, y les da a beber, por mano de su hija, el vino dulce: ella compra a buen precio lo que la comarca da, y vende con ventaja, y tiene a las hijas en colegios finos, a que vengan luego a vivir, como ella, en la salud del campo, en la casa que señorea, con sus lujos y hospitalidad, la pálida región: de Ceferina, por todo el contorno, es la fama y el poder. Nos paramos a una cerca, y viene de lo lejos de su conuco, por entre sus hombres que le cogen el tabaco. A la cerca se acoda, con unas hojas en la mano seca y elegante, y habla con idea y soltura, y como si el campo libre fuera salón, y ella la dueña natural de él. El marido, se enseña poco, o anda en quehaceres suyos: Ceferina, que monta con guantes y prendas cuando va de pueblo, es quien de ama propia, y a brío de voluntad, ha puesto a criar la tierra ociosa, a tenderse al buniatal, a cuajarse el tabaco, a engordar el cerdo. Casará la hija con letrado; pero no abandonará el trabajo productivo, ni el orgullo de él. El sillón, junto al pilón. En la sala porcelanas, y al conuco por las mañanas. «Al pobre, algo se ha de dejar, y el divi-divi de mis tierras, que los pobres se lo lleven.» Su conversación, de natural autoridad fluye y chispea. La hija suave, con el dedal calzado, viene a darnos vino fresco: sonríe ingenua, y habla alta, de injusticias o esperanzas: me da a hurtadillas el retrato de su madre que le pido: la madre está diciendo, en una mecida del sillón: «Es preciso ver si sembramos hombres buenos.»

1º DE MARZO

Salimos de Dajabón, del triste Dajabón, último pueblo dominicano, que guarda por el norte la frontera. Allí tengo a Montesinos, el canario volcánico, guanche aún por la armazón y rebeldía, que desde que lo pusieron en presidio, cuando estaba yo, ni calor acepta de mano española. Allí vive «Toño» Calderón, de gran fama de guapo, que cuando pasé la primera vez en su tiempo de Comandante de armas, me hizo apear, a las pocas palabras, del

arrenquín en que ya me iba a Montecristi, y me dio su caballo melado, el caballo que a nadie había dado a montar, «el caballo que ese hombre quiere más que a su mujer»: «Toño» de ojos grises, amenazantes y misteriosos, de sonrisa insegura y ansiosa, de paso velado y cabellos lacios y revueltos. Allí trabaja, como a nado y sin rumbo, el cubano Salcedo, médico sin diploma,—«mediquín, como decímos en Cuba»,—azorado en su soledad moral, azotado, en su tenacidad inútil; vencido, con su alma suave, en estos rincones, de charlatán y puño: la vida, como los niños, maltrata a quien la teme,—y respeta y obedece a quien se le encara: Salcedo, sin queja ni lisonja,—porque me oye decir que vengo con los pantalones deshechos,—me trae los mejores suyos, de dril fino azul, con un remiendo honroso: me deslía con su mano, largamente, una dosis de antipirina: y al abrazarme, se pega a mi corazón. Allí, entre Pancho y Adolfo,—Adolfo, el hijo leal de Montesinos, que acompaña a su padre en el trabajo humilde,—me envuelven capa y calzones en un maletín improvisado, me ponen para el camino el ron que se beberá la compañía, y pan puro, y un buen vino, áspero y sano, del Piamonte: y dos cocos. A caballo, en la silla de Montesinos, sobre el potro que él alquiló a un «compadre» del general Corona. «Ya el general está aquí, que es ya amigo», «por la mira que nos hemos echado»: panamá ancho, flus de dril, quitasol con un puño de hueso: buen trigueño, de bigote y patillas guajiras. A caballo, al primer pueblo haitiano, que se ve de Dajabón a Ouanaminthe.

Se pasa el río Massacre, y la tierra florece. Allá las casas caídas, y un patio u otro, y el suelo seco, o un golpe de árboles, que rodea al fuerte de Bel Air, de donde partió, cuando la independencia, el disparo que fue a tapar la boca del cañón de Haití: y acá, en la orilla negra, todo es mango el seguido, y guanábana y anón, y palma y plátano, y gente que va y viene: en un sombrío, con su montón de bestias, hablan, al pie mismo del vado, haitianos y dominicanos: llegan bajando, en buenas monturas, los de Ouanaminthe, y otro de más lejos y un chalán del Cabo: sube, envuelta en un lienzo que le ciñe el tronco redondo, una moza quinceña: el lienzo le coge el seno, por debajo de los brazos y no baja del muslo: de la cabeza, menuda y crespuda, le salen, por la nuca, dos moños: va cantando. «Bon jour, commère», «Bon jour, compère»:

es una vieja descalza, de túnico negro, muy cogido a la cintura, que va detrás del burro, con su sombrero quitasol. Es una mocetona, de andar cazador, con la bata morada de cola, los pechos breves y altos, la manta negra por los hombros, y a la cabeza el pañolón blanco de puntas.—Ya las casas no son de palma y yaguia, leprosas y polvosas; sino que es limpio el batey, lleno de árboles frutales, y con cerca buena, y las casas son de embarrado sin color de su pardo natural, grato a los ojos, con el techo de paja, ya negruzca de seca, y las puertas y ventanas de tabla ce-pillada, con fallebas sólidas,—o pintadas de amarillo, con borde ancho de blanco a las ventanas y puertas. Los soldados pasan, en el ejercicio de la tarde, bajos y larguirutos, enteros y rotos, azules y destenidos, con sandalias o con botines, el kepis a la nariz, y la bayoneta calada: marchan y ríen: un cenagal los desbanda, y rehacen la hilera alborotosos. Los altos uniformes ven desde el balcón.—El cónsul dominicano pone el visto bueno al pasaporte, «para continuar, debiendo presentarse a la autoridad local»,—y me da una copa de vino de garnacha.—Corona llega caracoleando: quitaipón de fieltro, y de la cachucha consular: salimos con el oro de la tarde.

2 DE MARZO

Duerme mal, el espíritu despierto. El sueño es culpa, mientras falta algo por hacer. Es una deserción. Hojeo libros viejos: *Origines des Découvertes attribuées aux Modernes*, de Dutens, en Londres, en 1776, cuando a los franceses picaba la fama de Franklin, y Dutens dice que «una persona fidedigna le ha asegurado que se halló recientemente una medalla latina, con la inscripción *Jupiter Elicius*, o Eléctrico, representando a Júpiter en lo alto, rayo en mano, y abajo un hombre que empina una cometa, por cuya manera se puede electrizar una nube, y sacar fuego de ella»; a lo que pudiese yo juntar lo que me dijo en Belize la mujer de Le Plongeon, del que se quiso llevar de Yucatán las ruinas de los mayas, donde se ve, en una de las piedras pintadas de un friso, a un hombre sentado, de cuya boca india sale un rayo, y otro hombre frenete a él, a quien da el rayo en la boca.—Otro libro es un Goethe en francés. En Goethe, y mucho más lejos, en la antología griega,—y

en la poesía oceánica, como los pantunes,—se encuentran los ritorneños, refranes y estrambotes que tiene la gente novelera, y de cultura de alfíler, como cosa muy contemporánea: la profecía y censura de las minimeces de hoy y huecas elegancias, se encuentran, enteras, en los versos sobre *Un chino en Roma*.

2 DE MARZO

En un crucero, con el río a la bajada, está de un lado, donde se abre la vía, un Cristo de madera, bajo dosel de zinc, un Cristo francés, fino y rosado, en su cruz verde, y la cerca de alambre. Enfrente, entre las ruinas desdentadas de una ancha casa de ladrillo, hay un rancho embarrado, y un centinela a la puerta, de sombrero azul, que me presenta el arma. Y el oficial saluda.—Me entro por una enramada, a rociar el agua con ron de anís del ventorrillo, y nadie tiene cambio para un peso.—Pues ¿dejaré el peso, porque he hecho gasto aquí?—*Pas ça, pas ça mosié.* No me quieren el peso. Reparto saludos.—*Bon blanc! Bon blanc!*—A las ocho me llamó hermano Nephtalí en Fort Liberté: a las cinco, cosiendo la concha de la bahía, entro, por la arena salina, en Cabo Haitiano. Echo pie a tierra delante de la puerta generosa de Ulpiano Dellundé.⁹¹

La fiesta está en el sol, que luce como más claro y tranquilo, dorándolo todo de un oro como de naranja, con los trajes planchados y vistosos, y el gentío sentado a las puertas, o bebiendo refrescos, o ajenjo o anisado, en las mesas limpias, al sombrío de los árboles, o apiñado bajo un guanábano, donde oye el coro de carcajadas a un vejancón que tienta de amores a una vieja, y los mozos, de dril blanco, echan el brazo por la cintura a las mozas de bata morada. Una madre me trae, al pie del caballo, su mulatito risueño, con camisolín de lino y cintas, el gorro rosado y los zapatos de estambre blanco y amarillo. Y los ojos me comen, y luego se echa a reír, mientras se lo acaricio y se lo beso. Vuelvo riendas, sobre la tienda azul, a que el potro repose unos

⁹¹ Al margen de la página del original que comienza en el párrafo siguiente hay una nota del propio Martí, entre paréntesis, que dice: (Aquí sigue la nota del 2 de marzo, interrumpida, sobre *Petit Trou*, después de la de Nephtalí, en Fort Liberté.)

minutos, y a tender sobre una mesa mi queso y mi empanada, con la cerveza que no bebo. Con el bastón en alto perora un ochentón, de listado fino y botines de botonadura. La esposa, bella, y triste, me mira, como súplica y cuenta, medio escondida al marco de una puerta; y juega con su hija, distraída. El amo, de espaldas, me cubre con los ojos redondos desde su sillón, de botín y saco negro, y reloj bueno de plata, y la conversación pesada y espantadiza. Con los libros de la iglesia, y los cabos del pañuelo a la nuca, entra la amiga, hablando buen francés. De un ojo copio la sala, *embarrada de verde*, con la cenefa de blando amarillo, y una lista rosada por el borde. El aire mueve en las ventanas, las cortinas. Adios. Sonríe el amo, solícito a mi estribo.

2 DE MARZO

Vadeé un riachuelo, que al otro lado tiene un jabillal, de fronda alta y clara, por donde cae, arrasando hojas y quebrando ramos, la jabilla madura que revienta. Me detengo a remendar las amarras de mi capote, que son de cordel rabón, a poco de andar, a la salida del río, junto a un campesino dominguero, que va muy abotonado en su burro ágil, con la pipa a los labios barbudos, y el cabo del machete saliéndole por la rotura del saco de dril blanco. De un salto se apea, a servirme. —*Ah, compere! ne vous dérangez pas.* —*Pas ça, pas ça l'ami. En chemin, garçon aide garçon. Tous sommes haïtiens ici.* Y muerde, y desdobla, y sujetá los cordeles; y seguimos hablando de su casa y de su mujer y de los tres hijos con que *Dieu m'a favorisé*, y del bien que el hombre siente cuando da con almas amigas, que el extraño de pronto le parece cosa suya, y se le queda en el alma recio y hondo, como una raíz. —*Ah, oui!*, con el *oui* haitiano, hablado y profundo: —*Quand vous parlez de chez un ami, vous parlez de chez Dieu.*

2 DE MARZO

Por los fangales, que eran muchos, creí haber perdido el camino. El sol tuesta, y el potro se hala por el lodo espeso. De la

selva, a un lado y otro, cae la alta sombra. Por entre un claro veo una casa, y la llamo. Despacio asoma una abuela, y la moza luego con el niño en brazos, y luego un muchachón, con calzones apenes, un harapo por sombrero, y al aire la camisa azul. Es el camino. Dieciséis años tiene la madre traviesa. Por dejarles una pequeñez en pago de su bondad les pido un poco de agua, que el muchachón me trae. Y al ir a darle unas monedas, *Non: argent non; petit livre, oui.* Por el bolsillo de mi saco asomaba un libro, el segundo prontuario científico de Paul Bert.—De barro y paja, en un montón de maíz, es la *habitation de Mamenette, chemin du Cap.* Alrededor, fango, y selva sola. Sobre la cerca pobre empinaba los ojos luminosos Auguste Etienne.

2 DE MARZO

Ouanaminthe, el animado pueblo fronterizo, está alegre, porque es sábado, y de tarde. Otra vez lo vi, cuando mi primera entrada en Santo Domingo: me traía deprisa, en lo negro de la tormenta, el mozo haitiano que me fue hablando de su casita nueva, y el matrimonio que iba a hacer con su enamorada, y de que iba a poner cortinas blancas en las dos ventanas de la sala: y yo le ofrecí las cintas. Sin ver, de la mucha agua, y de la oscuridad del anochecer, entramos aquella vez en Ouanaminthe con los caballos escurridos, yo a la lluvia, y mi mozo bajo el quitasol de Dellundé. A la guardia fuimos, buscando al Comandante de armas, para que refrendase los pasaportes. Y eso fue cuanto entonces vi de Ouanaminthe: el cuarto de guardia, ahumado y fangoso, con teas por luz, metidas en las grietas de la pared, un fusil viejo cruzado a la puerta, hombres mugrientos y descalzos que entraban y salían, dando fumadas en el tabaco único del centinela, y la silla rota que por especial favor me dieron, cercada de oyentes. Hablaban el criollo del campo, que no es el de la ciudad, más fácil y francés, sino crudo, y con los nombres indios o africanos. Les dije de guerra y de nuestra guerra, e iba cayendo la desconfianza, y encendiéndose el cariño. Y al fin exclamó uno esta frase tristísima: *Ab! gardez ça: blanc, soldat aussi!* El cuarto de guardia vi, y al comandante luego, en una casa de amigas, con pobre lámpara en la mesa de pino, ellas sentadas, de pañuelo a

la cabeza, en sillones mancos, y él, flaco y cortés. Así pasé entonces.

Esta vez, la plaza está de ejercicios, y los edecanes corretean por frente a las filas, en sus caballos blancos o amarillos, con la levita de charreteras y el tricornio, que en el jefe lleva pluma. Pasan, caracoleando, los caballos que vienen a la venta. En casas grandes se ve sillería de Viena. La iglesia es casi pomposa, en tal villorrio, con su recia mampostería, y sus torres cuadradas. Hay sus casas de alto, con su balcón de colgadizo, menudo y alegre. Es el primer caserío haitiano, y ya hay vida y fe. Se sale del poblado saludando al cónsul dominicano en Fort Liberté, un brioso mulato, de traje azul y sombrero de panamá, que guía bien el caballo blanco, sentado en su montura de charol. Y pasan recuas, y contrabandistas. Cuando los aranceles son injustos, o rencorosa la ley fronteriza, el contrabando es el derecho de insurrección. En el contrabandista se ve al valiente, que se arriesga; al astuto, que engaña al poderoso; al rebelde, en quien los demás se ven y admirán. El contrabando viene a ser amado y defendido, como la verdadera justicia. Pasa un haitiano, que va a Dajabón a vender su café: un dominicano se le cruza, que viene a Haití a vender su tabaco de mascar, su afamado andullo:—«Saludo.»—«Saludo.»

2 DE MARZO

Corona, «el general Corona», va hablándome al lado. «Es cosa muy grande, según Corona, la amistad de los hombres.» Y con su «dimpues» y su «inorancia» va pintando en párrafos frondosos y floridos el consuelo y fuerza que para el corazón «sofocado de tanta malinidad y alevosía como hai en este mundo» es el saber que «en un conuco de por áhi está un eimano poi quien uno puede dai la vida». «Puede Uté decir que, a la edad que tengo, yo he peleado más de ochenta peleas.» Él quiere «decencia en el hombre», y que el que piense de un modo no se dé por dinero, ni se rinda por miedo, «a quien le quiere prohibir ei pensar». «Yo ni Comandante de aimas quiero ser, ni inteiventor, ni ná de lo que quieren que yo sea, poique eso me lo ofrece ei gobierno poique me ve probe, pa precuraime mi deshonor, o pa que me entre temó de su venganza, de que no le aceite ei empleo.» «Pero yo voy viviendo, con mi honradé y con mi caña.» Y me cuenta los par-

tidos del país: y cómo salió a cobrar, con dos amigos, la muerte de su padre al partido que se lo mató; y cómo con unos pocos, porque falló el resto, defendió la fortaleza de Santiago, «el reducto de San Luis», cuando se alzó con él, contra Lili, Filo Patiño «que aorita etá de empleado dei gobierno». «Poi ete hombre o poi ei otro no me levanto yo, sino de la ira muy grande y de la desazón que me da e vei que los hombres de baiba tamafía obedecen o siven a la tiranía.» «Cuando yo veo injusticia, las dos manos me bailan, y me le voi andando ai rifle, y ya no quiero má cuchillo ni tenedor.» «Poi que yo de aita política no sé mucho, pero a mí acá en mi sentimiento me parece sabé que política e como un debé de dinidá.» «Poique yo, o todo, o nada.» «Trece hijos tengo, amigo, pero no de la misma mujei; poique eso sí tengo yo, que cuando mito asina, y veo que voi a tener que etai en un lugai má de un me o do, ensegúia me buco mi mejó comodidá; y luego, a la despedida, «ella ve que no tiene remedio, y la dejo con su casita y con aiguños cuaitos: poique a mi mujei legítima poi nada de ete mundo le deberé faitai». A ella vuelve siempre, ella le guardó la hacienda cuando su destierro, le pagó las deudas, le ayuda en todos sus trabajos, y «que ella tiene mi mesma dinidá, y si yo tengo que echame a la mala vida a pasai trabajo, yo sé que mis hijito quedan detrá mui bien guardaos, y que esa mujé no me tiene a mal que yo me conduca como un hombre».—De pronto, ya caída la noche, pasa huida, arrastrando el aparejo, que queda roto entre dos troncos, una mula de la recua de Corona. El se va con sus dos hombres a buscar la mula por el monte, en lo que pasará la noche entera. Yo me buscaré un guía haitiano en aquella casita del alto donde se ve luz. Yo tengo que llegar esta noche a Fort Liberté. Corona vuelve, penoso por mí.—«Vd. no va a jallá ei hombre que buca.» Les habla él, y no van. Lo hallé.

2 DE MARZO

Mi pobre negro haitiano va delante de mí. Es un cincuentón zancudo, de bigote y pera, y el sombrero deshecho, y el retazo de camisa colgándole del codo, y por la espalda un fusil de chispa, y la larga bayoneta. Se echa a trancos por el camino, y yo, a criollo y francés, le pago sus dos *gourdes*, que son el peso

de Haití, y le ofrezco que no le haré pasar de la entrada del pueblo, que es lo que teme él porque la ordenanza de la patrulla es poner preso al que entre al poblado después del oscurecer: *Mosié blanc pringarde: li metté mosié prison.* De cada rama me va avisando. A cada charco o tropiezo vuelve la cara atrás. Me sujetaba una rama, para que no dé contra ella. La noche está velada, con luz de luna a trechos, y mi potro es saltón y espantadizo. En un claro, al salir, le enseño al hombre mi revolver Colt, que reluce a la luna: y él, muy de pronto, y como chupándose la voz, dice:—*;Bon, papá!*

2 DE FEBRERO⁹²

Ya después de las diez entro en Fort Liberté, solo. De lejos venía oyendo la retreta, los ladridos, el rumor confuso. De la casa cerrada de una Feliciana, que me habla por la pared y no tiene alojamiento, voy buscando la casa de Nephtalí, que lo puede tener. Ante el listón de luz que sale de la puerta a medio cerrar recula y se me sienta mi caballo.—«*¿Es acá Nephtalí?*»—Oigo ruido, y una moza se acerca a la puerta. Hablamos y entra ...*Bien sellé, bien bridé: pas commun...* Eso dicen, adentro, de mí. Si puedo entrar; y la moza, con su medio español, va a abrirmé la puerta del patio. En la oscuridad desensillo mi caballo y lo amarro a una higuereta. La gallera está llena de hamacas, donde duerme gente que vino de sábado a gallear. Y adentro «de caridad» ¿habrá dónde duerma y qué coma, un pasajero respetuoso? Me viene a hablar, en camiseta y calzones negros, un mocete blancucho, de barbija, bigotín y bubones, que habla un francés castizo y pretencioso. En la mesa empolvada revuelvo libros viejos: textos descuadernados, catálogos, una Biblia, periódicos masones. Del cuarto de al lado salen risas,—y la moza luego, la hija de la casa, a arreglar hacia el medio las sillas de Viena,—y luego sale el colchón: que echo yo por tierra, y las sillas a un lado. ¿De allá adentro, quien me ha dado su colchón? Por la puerta asoma una cabeza negra, un muchachón que ríe en canisola de dormir. De cena, dulce de maní, y casabe: y el vino piamontés que me puso Montesinos en la cañonera, y parto con la hija, segura y

⁹² Equivocación de Martí: febrero por marzo.

sonriente. El castizo se fue en buena hora. *Le chemin est voiturable*: el camino a Fort Liberté: *Oh, monsieur: l'aristocratie est toujours bien reçue!*: y que no hay que esperar nada de Haití, y que hay mucha superstición, y que «todavía» no ha estado en Europa, y que si «las señoras de al lado quieren que las vaya a ayudar». Le acaricio la mano fina a la buena muchacha, y duerme tendido, bajo el techo amable.—A las seis, está en pie Nephtalí a mi cabecera: bienvenido sea el huésped: el huésped no ha molestado: perdónelo el huésped porque no estaba anoche a su llegada. Todo él sonríe, con su dril limpio, y sus patillas de chuleta: van saliendo en la plática nombres conocidos: Montesinos, Montecristi, Jiménez. No me pregunta quién me envía. Para mí es el almuerzo oloroso, que el mocetín, muy encorbatado, se sienta a gustar conmigo: y Nephtalí y la hija me sirven: el almuerzo es buen queso, y pan suave, del horno de la casa, y empanadillas de honor, de la harina más leve, con gran huevo: el café es oro, y la mejor leche. «Madame Nephtalí» se deja ver, alta y galana, con su libro de misa, de mantón y sombrero, y me la presenta con ceremonia Nephtalí. En el patio, baña el sol los rosales, y entran y salen a la panadería, con tableros de masa, y la gallera está como una joya, de limpia y barrida, y Nephtalí dice al castizo que «superstición en Haití, hay y no hay: y que el que la quiere ver la ve, y el que no, no da nunca con ella, y él, que es haitiano, ha visto en Haití poca superstición». Y ¿en qué se ocupa *monsieur Lespinasse*, el castizo, amigo de un músico de bailes que lo viene a ver? ¡Ah! escribe uno u otro artículo en *L'Investigateur: on est journaliste: l'aristocratie n'a pas d'avenir dans ce pays-ci*. Para el camino me pone Nephtalí del queso bueno, y empanadilla y panetela. Y cuando me llevo al buen hombre a un rincón, y le pregunto temeroso lo que le debo ase por los brazos, y me mira con reproche: *Comment, frère? On ne parle pas d'argent, avec un frère*. Y me tuvo el estribo, y con sus amigos me siguió a pie, a ponerme en la calzada.

3 DE MARZO

Como un cestón de sol era Petit Trou aquel domingo. A vagos grupos, planchados y lucientes, veía el gentío de la plaza los ejercicios de la tropa.

3 DE MARZO

Hallo, en un montón de libros olvidados bajo una consola, uno que yo no conocía: *Les Mères Chretiennes des Contemporains Illustres*. Lo hojeo, y le descubro el espíritu: con la maña de la biografía es un libro escrito por el autor de *L'Académie Française au XIX^{me} Siècle*, para fomentar, dándola como virtud suprema y creatriz, la devoción práctica en los casos: la confesión, el «buen cura», el «santo abad», el rezo. Y el libro es rico, de página mayor, con los cantos dorados, y la cubierta roja y oro. El índice, más que del libro, lo es de la sociedad, ya hueca, que se acaba: «Las altas esferas de la sociedad». — «El mundo de las letras». — «El clero». — «Las carreras liberales». — Carrera: el cauce abierto y fácil, la gran tentación, la satisfacción de las necesidades sin el esfuerzo original que desata y desenvuelve al hombre, y lo cría, por el respeto a los que padecen y producen como él, en la igualdad única duradera, porque es una forma de la arrogancia y el egoísmo, que asegura a los pueblos la paz sólo asequible cuando la suma de desigualdades llegue al límite mínimo en que las impone y retiene necesariamente la misma naturaleza humana. Es inútil, y generalmente dañino, el hombre que goza del bienestar de que no ha sido creador: es sostén de la injusticia, o tímido amigo de la razón, el hombre que en el uso inmetecido de una suma de comodidad y placer que no está en relación con su esfuerzo y servicio individuales, pierde el hábito de crear, y el respeto a los que crean. Las carreras, como aún se las entiende, son odioso, y pernicioso, residuo de la trama de complicidades con que, desviada por los intereses propios de su primitiva y justa potencia unificadora, se mantuvo, y mantiene aún la sociedad autoritaria: — sociedad autoritaria es, por supuesto, aquella basada en el concepto, sincero o fingido, de la desigualdad humana, en la que se exige el cumplimiento de los deberes sociales a aquellos a quienes se niegan los derechos, en beneficio principal del poder y placer de los que se los niegan: mero resto del estado bárbaro. — Lo del índice de «Las Madres Cristianas»: «Las altas esferas de la sociedad». — «El mundo de las letras». — «El Clero». — «Las carreras liberales».

Por donde dice «Madame Moore» abro el libro. Madame Moore, la madre de Tomás Moore, a cuya «Betsy» admiro, leal y leve;

y siempre fiel, y madre verdadera, a su esposo danzarín y vano. Como muy santa madre da el libro a la de Moore, y lo de ella lo prueba por la vida del hijo. Pero no dice lo que es: que poi donde el hijo cristiano comenzó, fue por la traducción picante y feliz de las odas de Anacreonte.—De Margarita Bosco habla mucho, que es madre de cardenal, que recuerda mucho la del cura mimado de *La Regenta*, de Alas,—aquel cura sanguíneo a quien la madre astuta le ponía la cama y la mesa. Conocí yo a un hijo del príncipe Bosco: el padre había sido amante de la reina de Nápoles, de la última reina: el hijo había sido en Texas capitán de la milicia montada, y en Brooklyn era domador de caballos.—Una madre es «*Madame Río*», de A. del Río, «el ilustre autor de *L'Art Chrétien*». Otra «*Madame Pie*», la del obispo de Poitiers. «*Madame Osmond*» es otra, la del conde que escribió *Reliques et Impressions*. Otra es la madre de Ozanam, el católico elocuente y activo. Y otra la de Gerando, aquel cuyas metafísicas leía atento Michelet, cuando vestía frac y zapatos de hebilla, y daba clase de historia a las princesas.

3 DE MARZO

Me voy a pelear, a la misera barbería de Martínez, en la calle de la Playa: él reluce de limpio, chiquitín y picante, en la barbería empapelada a retazo, con otros de mugre, y cromos viejos: y en techo muy alto, de listones de lienzo, seis rosas de papel.—«¿Y Vd., Martínez, será hombre casado?»—«Hombre como yo, ambulante, no puede casar.»—«Y dónde aprendió su español?»—«En San Thomas: yo era de San Thomas, santomeño.»—«¿Y ya no lo es Vd.?»—«No, ahora soy haitiano. Soy hijo de danés, no vale de nada: soy hijo de inglés, no vale de nada: soy hijo de español, peor: España es la más mala nación que hay en el mundo. Para hombre de color, nada vale de nada.»—«¿Con que no quiere ser español?»—«Ni cubano quiero yo ser, ni puertorriqueño, ni español. Si era blanco español inteligente, sí, porque le doy la gobernación de Puerto Rico, con \$500 mensuales: si era hijo de Puerto Rico, no. Lo peor del mundo, español.»—A la pordiosera que llega a la puerta: «Todavía no he ganado el primer cobre.»

4 DE MARZO

Y abrí los ojos en la lancha, al canto del mar. El mar cantaba. Del Cabo salimos, con nubarrón y viento fuerte, a las diez de la noche; y ahora, a la madrugada, el mar está cantando. El patrón se endereza, y oye erguido, con una mano a la tabla y otra al corazón: el timonel, deja el timón a medio ir: «Bonito eso»: «Eso es lo más bonito que yo haya oído en este mundo»: «Dos veces no más en toda mi vida he oído yo esto bonito.» Y luego se echa a reír: que los *vaudous*, los hechiceros haitianos, sabrán lo que eso es: que hoy es día de baile *vaudou*, en el fondo de la mar, y ya lo sabrán a hora los hombres de la tierra: que allá abajo están haciendo los hechiceros sus encantos. La larga música, extensa y afinada, es como el son unido de una tumultuosa orquesta de campanas de platino. Vibra igual y seguro el eco resonante. Como en ropa de música se siente envuelto el cuerpo. Cantó el mar una hora,—más de una hora.—La lancha piafa y se hunde, rumbo a Montecristi.

6 DE MARZO

¡Ah, el eterno barbero, con el sombrero de paja echado a la nunca, los rizos perfumados a la frente, y las pantuflas con estrellas y rosas! En la barbería no hay más que dos espejos, de marco de madera, con la repisa de pomos vacíos, un cepillo mugriento, y pomadas viejas. A la pared está un muestrario de pañamás de cinta fina, libros descuadernados, y papelería revuelta. En medio del salón, de grandes manchas de agua, está la silla donde el pinche empolva al que se alza de afeitarse.—«Mira, muchacho de los billetes: ven acá.»—«Cómprale un billete: dale un peso.»

6 DE MARZO

Oigo un ruido, en la calle llena del sol del domingo, un ruido de ola, y me parece saber lo que es. ¡Es! Es el fustán almidon-

nado de una negra que pasa triunfante, quemando con los ojos, con su bata limpia de calicó morado oscuro, y la manta por los hombros. La haitiana tiene piernas de ciervo. El talle natural y flexible de la dominicana da ritmo y poder a la fealdad más infeliz. La forma de la mujer es conyugal y cadenciosa.

29 DE MARZO

De sobremesa se habló de animales: de los caos negros, y capaces de hablar, que se beben la leche,—de cómo se salva el ratón de las pulgas, y se relame el rabo que hundió en la mantequilla,—del sapo, que se come las avispas,—del murciélagos, que se come al cocuyo, y no la luz. Un cao bribón veía que la conuquera ordeñaba las vacas por las mañanas, y ponía la leche en botellas: y él, con su pico duro, se sorbía la primer leche, y cuando había secado el cuello, echaba en la botella piedrecitas, para que la leche subiera. El ratón entra al agua con una mota de algodón entre los dientes, adonde las pulgas por no ahogarse vuelan; y cuando ya ve la mota bien negra de pulgas, la suelta el ratón. El sapo hunde la mano en la miel del panal, y luego, muy sentado, pone la mano dulce al aire, a que la avispa golosa venga a ella: y el sapo se la traga. El murciélagos trinca al cocuyo en el aire y le deja caer al suelo la cabeza luminosa.

29 DE MARZO

Venimos de la playa, de ver haces de campeche y mangle espeso: venimos por entre la tuna y el aroma. Y un descalzo viene cantando desde lejos, con voz rajada y larga, una trova que no se oye, y luego ésta:

*Te quisiera retratar
En una concha de nacle
Para cuando no te vea
Alzar la concha, y mirarte.*

30 DE MARZO

César Salas, que dejó ir su gente rica a Cuba, para no volver más que «como debe volver un buen cubano», es hombre de crear, sembrador e industrioso, con mano para el machete y el pincel, e igual capacidad para el sacrificio, el trabajo y el arte. De las cuevas de San Lorenzo, allá en Samaná, viene ahora; y cuenta las cuevas. La mayor es como la muestra de las muchas que por allí hay, con el techo y las paredes de pedrería destinada, que a veces cuelga por tierra como encaje fino, y otras exprime, gota a gota, «un agua que se va cuajando en piedra». Es grande el frescor, y el piso de huano blanco y fino, que en la boca no desagrada, y se disuelve. La galería, de trecho en trecho, al codear, cría bóveda, y allí, a un mismo rumbo, hay dos caras de figuras pintadas en la pared, a poco más de altura de hombre, que son como redondelos imperfectos, donde está de centro un rostro grande humano sobre el vértice de un triángulo, cretado a todo el borde, con dos rostros menores a los lados, y a todo el rededor dibujos jeroglíficos de homúnculos con la azada en una mano, o sin ella; de caballo o mula; de gallina:—la conquista acaso, y las minas bárbaras, ofrecidas a la religión del país, en los altares de las cuevas de asilo.—Allí ha hallado César Salas caracoles innúmeros, de que debió vivir la indiada; y hachas grandes de sílex, de garganta o de asta. Los caracoles hacen monte a las aberturas. Por cuatro bocas se entra a la cueva. Por una, espumante y resonante, entra el mar. De una boca, por entre bejucos, se sube al claro verde.

1º DE ABRIL

A paso de ansia, clavándonos de espinas, cruzábamos, a la media noche oscura, la marisma y la arena. A codazos rompemos la malla del cambrón. El arenal, calvo a trechos, se cubre a manchones del árbol punzante. Da luz como de sudario, al cielo sin estrellas, la arena desnuda: y es negror lo verde. Del mar se oye la ola, que se exhala en la playa; y se huele la sal.—De pronto, de los últimos cambroneros, se sale a la orilla, espumante y ve-

lada—y como revuelta y cogida—con ráfagas húmedas. De pie, a las rodillas el calzón, por los muslos la camisola abierta al pecho, los brazos en cruz alta, la cabeza aguileña, de pera y bigote, tocada del yarey, aparece impasible, con la mar a las plantas y el cielo por fondo, un negro haitiano.—El hombre asciende a su plena beldad en el silencio de la naturaleza.

3 DE ABRIL

La ingratitud es un pozo sin fondo,—y como la poca agua, que aviva los incendios, es la generosidad con que se intenta corregirla. No hay para un hombre peor injuria que la virtud que él no posee. El ignorante pretencioso es como el cobarde, que para disimular su miedo da voces en la sombra. La indulgencia es la señal más segura de la superioridad. La autoridad ejercitada sin causa ni objeto denuncia en quien la prodiga falta de autoridad verdadera.

3 DE ABRIL

Pasan volando por lo alto del cielo, como grandes cruces, los flamencos de alas negras y pechos rosados. Van en filas, a espacios iguales uno de otro, y las filas apartadas hacia atrás. De timón va una hilera corta. La escuadra avanza ondeando.

3 DE ABRIL

En el medio de la mar, recuerdo estos versos:

*Un rosal cría una rosa
Y una maceta un clavel
Y un padre cría a una hija
Sin saber para quién es.*

4 DE ABRIL

En la goleta «Brothers», tendido en cubierta, veo, al abrirse la luz, el rincón de Inagua, de árbol erizado, saliendo, verdeoso, de entre sus ruinas y salinas. Rosadas como flamencos, y de carmín negruzco, son las nubes que se alzan, por el cielo perlado, de las pocas casas. Me echo a la playa, a sujetar bribones, a domarlos, a traerles a la mano el sombrero triunfador. Lo logro. En las idas y las venidas, ojeo el pueblo: mansiones desiertas y descabezadas, muros roídos del abandono y del fuego, casas blancas de ventanas verdes, arbolejos de púas, y florales venenosos. No tiene compradores la mucha sal de la isla; yace el ferrocarril; quien tuvo barcos los vende; crece penosa la industria del henequén; el salón de leer tiene quince socios, a real mensual; el comerciante de más brillo es tierno amigo de un patrón contrabandista; el capitán del puerto,—ventrudo mozo—es noble de alma, y por tanto cortés, y viste de dril blanco: el sol salino ciega. Contra una pared rota duerme una pila de guayacancillo, el «leño de la vida», que «arde como una antorcha», con su corazón duro: dos burros peludos halan de un carro, mal lleno de palos de rosa, rajados y torcidos: junto a un pilar hay un saco de papas del país: de una tienda, mísera, sale deshecha una vieja blanca, de espejuelos, pamela y delantal, a ofrecernos pan, anzuelos, huevos, gallinas, hilo: la negraza, de vientre a la nariz, y los pendientes de coral al hombro, dice, echada en el mostrador de su tienda vacía, que «su casa de recibir no es allí», donde tres hombres escaldados reposan un instante, secándose el sudor sangriento, en los cajones que hacen de sillas: y por poder sentarse, compran a la tendera, de dientes y ojos de marfil, todo el pan y los dulces de la casa:—tres chelines: ella cubre de sus anchas sonrisas el suelo.—Pasa Hopkins, cuarentón de tronco inglés y tez de cobre, vendiendo «su gran corazón», su «pecho valiente, que sirve por dos pechos», los botines rastreros, que se saca de los pies, un gabán roto. Él irá «a todas partes, si le pagan», porque «él es un padre de familias, que tiene dos mujeres»: él es «un alma leal»:—él se cose a los marineros, y les va envenenando la voluntad, para que no acepten el oficio que no se quisiera poner en él: revende un pollo, que le trae de las patas un

policía de casco de corcho, patillas de chuleta y casimir azul de bocas rojas.—Pasa el guadalupeño, de torso color de chocolate, y la cana rizosa de sus setenta y cuatro años: lleva al aire los pechos y los pies, y el sombrero es de penca: ni bebió ni fumó, ni amó más que en casa, ni necesita espejuelos para leer de noche: es albañil, y contratista, y pescador.—Pasa, con su caña macaca de puño neoyorquino, el patrón contrabandista, de sortija recia al anular, y en la cabeza de respeto el panamá caro.—Pasa el patrón blandílocuo, de lengua patriarcal y hechos de zorro, el que a la muerte del hijo «no lloró el dolor, sino que lo sudó»: y rinde, balbuceando, el dinero que robaba. Pero él es «un caballero, y conoce a los caballeros»: y me regala, sombrero en mano, una caneca de ginebra.

5 DE ABRIL

El vapor carguero, más allá de la mar cerúlea de la playa, vacía su madera de Mobila en la balsa que le flota al costado, de popa a proa, en el oleaje turquí. Descuelgan la madera, y los trabajadores la halan y la cantan. Puja el vapor al sesgo por arrimar la balsa a la orilla: y los botes remolcadores se la llevan, con los negros arriba en hilera, halando y cantando.

5 DE ABRIL

David, de las islas Turcas, se nos apegó desde la arrancada de Montecristi. A medias palabras nos dijo que nos entendía, y sin esperar de paga mayor, ni tratos de ella, ni mimos nuestros, él iba creciéndonos con la fuga de los demás; y era la goleta él solo, con sus calzones en tiras, los pies roídos, el levitón que le colgaba por sobre las carnes, el yarey con las alas al cielo. Cocinaba él el «locrio», de tocino y arroz; o el «sancocho», de pollo y pocas viandas; o el pescado blanco, el buen «*button-fish*», con salsa de mantequilla y naranja agria: él traía y llevaba, a «gudilla» pura,—a remo por timón,— el único bote: él nos tenía de almohada, en la miseria de la cubierta, su levitón, su chaquetón, el saco que le era almohada y colcha a él: él, ágil y en-

juto, ya estaba al alba bruñiendo los calderos. Jamás pidió, y se daba todo. El cuello fino, y airoso, le sujetaba la cabeza seca: le reían los ojos, sinceros y grandes: se le abrían los pómulos, decidores y fuertes: por los cabos de la boca desdentada y leve, le crecían dos rizos de bigote: en la nariz, franca y chata, le juggedaba la luz. Al decirnos adiós se le hundió el rostro, y el pecho, y se echó de bruces, llorando, contra la vela atada a la botavara.—David, de las islas Turcas.

6 DE ABRIL

Es de pilares, de buena caoba, la litera del capitán del vapor,—el vapor carguero alemán, que nos lleva al Cabo Haitiano. La litera cubre las gavetas, llenas de mapas. En la repisa del escritorio, entre gaceteros y navegadores, está Goethe todo, y una novela de Gaudy. Preside la litera el retrato de la mujer, cándida y huesuda. A un rincón, la panoplia es de una escopeta de caza, dos puñales, un pistolín perrero, y dos pares de espadas,—«que uso para los marineros algunas veces». Y junto hay un cuadro, bordado de estambre, «del estambre de mi mujer», que dice, en letras góticas:

*In allen Stürmen,
In aller Noth,
Mög er dich beschirmen
Der treue Gott.*

7 DE ABRIL

Por las persianas de mi cuarto escondido me llega el domin go del Cabo. El café fue «caliente, fuerte y claro». El sol es leve y fresco. Chacharea y pelea el mercado vecino. De mi silla de escribir, de espaldas al cancel, oigo el fustán que pasa, la chancleta que arrastra, el nombre del poeta Tertulien Guilbaud, el poeta grande y pulido de Patrie,—y el grito de una frutera que vende «caimité!» Suenan, lejanos, tambores y trompetas. En las piedras

de la calle, que la lluvia desencajó ayer, tropiezan los caballos me-
nudos. Oigo *le bon Dieu*,—y un bastón que se va apoyando en
la acera. Un viejo elocuente predica religión, en el crucero de
las calles, a las esquinas vacías. Le oigo: «Es preciso desterrar
de este fuerte país negro a esos mercaderes de la divinidad
salvaje que exigen a los pobres campesinos, como el ángel a
Abraham, el sacrificio de sus hijos a cambio del favor de Dios;
el gobierno de este país negro, de mujeres trabajadoras y de hom-
bres vírgenes, no debe matar a la infeliz mujer que mató ayer
a su hija, como Abraham iba a matar a Isaac, sino acabar, «con
el rayo de la luz, al *papa-boco*, al sacerdote falso que se les en-
tra en el corazón con el prestigio de la medicina y el poder sa-
grado de la lengua de los padres». Hasta que la civilización no
aprenda criollo, y hable en criollo, no civilizará.» Y el viejo sigue
hablando, en soberbio francés, y puntúa el discurso con los bas-
tonazos que da sobre las piedras. Ya lo escuchan: un tambor, dos
muchachos que ríen, un mocete de corbata rosada, pantalón de
perla, y bastón de puño de marfil. Por las persianas le veo al
viejo el traje pardo, aflautado y untoso. A los pies le corre, calla-
da, el agua turbia. La vadea de un salto, con finos botines, una
mulata cincuentona y seca, de manteleta, y sombrero, y libro de
horas y sombrilla: escarban, sus ojos verdes. Del libro a que
vuelvo, en mi mesa de escribir, caen al suelo dos tarjetas, cogidas
por un lazo blanco: la mínima, de ella, dice «Mlle. Elise Etienne,
Cap Haitien»: la de él, la grande, dice: «Mr. Edmond Fére-
re:—Francés».—Es domingo de Ramos.

8 DE ABRIL

Por el poder de *resistencia* del indio se calcula cuál puede ser
su poder de *originalidad*, y por tanto de *iniciación*, en cuanto lo
encariñen, lo muevan a fe justa, y emancipen y deshielen su na-
turaleza.—Leo sobre indios.

8 DE ABRIL

Del flaco Moctezuma acababa de leer, y de la inutilidad de
la timidez y de la intriga. Con mucho amor leí de Cacama, y de

Cuitláhuac, que a cadáveres heroicos le tupían los cañones a Cortés. Leí con ira de la infame o infortunada Tecuichpo, que con Cuauhtémoc en la piragua real defendió el águila, y a pecho de pluma se echó sobre el arcabuz, y luego—la que había dormido bajo los besos indios del mártir,—se acostó a dormir, de mujer de español, en la cama de Alonso de Grado, y de Pedro Callejo, y de Juan Cano. El verso caliente me salta de la pluma. Lo que refreno, desborda. Habla todo en mí, lo que no quiero hablar,—ni de patria, ni de mujer. A la patria ¡más que palabras! De mujer, o alabanza, o silencio. La vileza de nuestra mujer nos duele más, y humilla más, y punza más, que la de nuestro hombre.—Entra Tom a mi cuarto escondido.—Tom, el negro leal de San Thomas, que con el siglo a espaldas sirve y ama a la casa de Dellundé. Con un doblez de papel en que pido libros, para esco-ger, a la librería de la esquina, la librería haitiana, le doy un bi-llete de dos pesos, a que lo guarde en rehenes, mientras escojo.—Y el librero, el caballero negro de Haití, me manda los libros,—y los dos pesos.

A.....

Cerca de Guantánamo, 28 de Abril de 1895.

Son las nueve de la noche, toca a silencio la corneta del campamento, y yo reposo del alegre y recio trabajo del día escribiendo, mientras en las hamacas del portal, Maceo, Gómez, Bonne y Borrego, se cuentan batallas. Rafael Portuondo, que acaso siga viaje conmigo, me ha estado ayudando hoy, con el valiente y juciosos hijo de Urbano Sánchez Echevarría. ¡Cuán bello es ver a estos jóvenes de casa privilegiada, servir de capitanes al jefe negro, caballero y moderado, que los abraza y mimá como hijos! A mi lado, en un rincón de yagüas, sufre un tísico, que sirvió con el arma en la guerra entera, y esta vez también sigue pálido y seco a su columna, sentado a la mujeriega en su arrenquín; está serena afuera la noche de este día en que no vi el sol sino cuando las fuerzas formadas quisieron oír hablar al que, con un cariño que en esto rechazo, llaman «el Presidente». Mi alma es sencilla. En vez de aceptar, siquiera en lo íntimo de la conciencia soberbia, este título con que desde mi aparición en estos campos me saludaron, lo pongo aparte, y ya en público lo rechacé, y lo rechazaré oficialmente, porque ni en mí, ni en persona alguna, se ajustaría a las conveniencias y condiciones recién nacidas de la Revolución. Ella crece natural y sana, exquisita como una niña en sus afectos, pura como sólo lo es en el mundo el aire de la libertad. Es innegable el afán revolucionario en campos y poblaciones: no llega noticia hostil, y cuantas vienen son de adhesión y de servicio: corre aire heroico: ya es una carta de mujer, amiga admirable, que guía y salva desde su vejez enferma a las tropas hermanas: ya son dos jinetes frenéticos que se lanzan, dando vivas, a nuestro cuello: y es un pueblo todo,

que se quiere salir y pide ayuda; ya la comisión que va montada en los caballos que tomó a la guardia civil, a recoger las armas que le tiene guardadas el vecino. Y a mí también me han regalado un caballo blanco. De aquí a dos días, volveremos al camino; a seguir ordenando, como aquí, y poniendo en vía igual estas sanas voluntades; a recorrer el Oriente entero, cubierto de nuestra gente, y deponer ante sus representantes nuestra autoridad, y que ellos den gobierno propio a la República.—Me siento puro y leve, y siento en mí algo como la paz de un niño.

¿Por qué me vuelvo a acordar ahora de la larga marcha,—para mí la primera marcha de batalla—que siguió al combate victorioso con que nos recibió el valiente y sencillo José Maceo?

Porque fue muy bella, y quisiera que Vds. la hubieran visto conmigo. ¿O tenía el cielo balcones, y los seres que me son queridos estaban asomados a uno de ellos? A la mañana veníamos aún los pocos de la expedición de Baracoa, los seis, y los que se nos fueron uniendo revueltos por el monte de espinas y con la mano al arma, esperando por cada vereda al enemigo. Retumba de repente el tiroteo como a pocos pasos de nosotros, y el fuego es de dos horas. Los nuestros han vencido. Cien cubanos bisoños han apagado treinta hombres de la columna entera de Guantánamo: trescientos teníamos, pero sólo pelearon cien.

Ellos se van pueblo adentro, deshechos, ensangrentados, con los muertos en brazos, regando las armas. En el camino mismo del combate nos esperaban los cubanos triunfadores: se echan de los caballos abajo: se abrazan y nos vitorean: nos suben a caballo; y nos calzan las espuelas. ¿Cómo no me inspira horror la mancha de sangre que hay en el camino, ni la sangre a medio secar de una cabeza que ya está enterrada, en la cartera que le puso de almohada un jinete nuestro? Y al sol de la tarde emprendemos la marcha de victoria, de vuelta al campamento: a las doce de la noche habían salido por ríos y cañaverales y espinares, a salvarnos: acaban de llegar, ya cerca, cuando les cae encima el español, sin almuerzo pelearon las dos horas; y con gallinas engañaron el hambre del triunfo: y emprendían el viaje de ocho leguas, con tarde primero, alegre y clara, y luego, por bóvedas de púas, en la noche oscura. En fila de a uno iba la columna larga. Los ayudantes pasan corriendo y voceando. Nos revolvíamos caballos y de a pie; en los altos ligeros. Entra el ca-

ñáveral, y cada soldado sale con una caña de él. «Párese la columna, que hay un herido atrás.» Uno hala su pierna atravesada y Gómez lo monta a su grupa. Otro herido no quiere: «No, amigo, yo no estoy muerto», y con la bala en el hombro sigue andando. ¡Los pobres pies, tan cansados! Se sientan, rifle al lado, al borde del camino: y nos sonreían gloriosos. Se oye algún ¡ay!, y más risas y el habla contenta. «¡Abran camino!». Y llega montado el recio Cartagena, Teniente Coronel que lo ganó en la guerra grande, con un hachón prendido de cardona, clavado como una lanza al estribo de cuero. Y otros hachones de tramos en tramos. O encienden los árboles que escaldan y chisporrotean, y echan al cielo su fuste de llama y una pluma de humo.

El río nos corta. Aguardamos a los cansados. Ya están a nuestro alrededor, los yareyes en la sombra. Ya es la última agua, y del otro lado el sueño. Hamacas, candelas, calderas. Ya duerme el campamento: al pie de un árbol grande iré luego a dormir, junto al machete y el revólver, y de almohada mi capa de hule: ahora hурgo el jolongo y saco de él la medicina para los heridos. ¡Qué cariñosas las estrellas...a las tres de la madrugada! A las cinco, abiertos los ojos, y a caballo.

Y han de saber que me han salido habilidades nuevas, y que a cada momento alzo la pluma, o dejo el taburete, y el corte de palma en que escribo, para adivinarle a un doliente la maluquera, porque de piedad o casualidad se me han juntado en el bagaje más remedios que ropa, y no para mí, que no estuve más sano nunca. Y ello es que tengo acierto, y ya me he ganado mi poco de reputación, sin más que saber cómo está hecho el cuerpo humano, y haber traído conmigo el milagro del yodo. Y el cariño que es otro milagro: en él que ando con tacto, y con rienda severa, no vaya la humanidad a parecer vergonzosa adulación, aunque es rara la claridad del alma, y como finura en el sentir, que embellece, por entre palabras pícaras y disputas y fritos y guisos, esta vida de campamento.

¡Si nos vieran a la hora de comer! Volcamos el taburete, para que en uno nos sentemos dos: de la carne hervida con plátanos, y a poca sal, nos servimos en Jícara de coco y en platos escasos: a veces es festín, y hay plátano frito y tasajo con huevos, y gallina entomatada: lo usual es carnaza, y de postre un plátano verdín, o una uña de miel de abeja. Otros más diestros, cuecen

fino; pero este cuartel general, con su asistente español, anda muy ocupado. ¿Y mi traje? Pues pantalón y chamarreta azul, sombrero negro y alpargatas.

Se va el correo...

A Estrada, el alma henchida. Cuanto escribo es para él.
Escribeme por Gonzalo

MARTÍ

A MANUEL MERCADO

Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895.

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir, ya puedo decirte con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos—como ése de Ud. y mío,—más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia,—les habían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos.

Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas:—y mi honda es la de David. Ahora mismo, pues días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del *Herald*, que me sacó de la hamaca en mi rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni creación, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le pide sin fe la autonomía de Cuba, con-

tenta sólo de que haya un amo, yanki o español, que les mantienga o les cree, en premio de oficio de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante, la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país, la masa inteligente y creadora de blancos y de negros.

Y de más me habla el correspondiente del *Herald*, Eugenio Bryson:—de un sindicato yanki—que no será—con garantía de las aduanas, harto empeñadas con los rapaces bancos españoles, para que quede asidero a los del Norte;—incapacitado afortunadamente, por su entrabada y compleja constitución política, para emprender o apoyar la idea como obra de gobierno. Y de más me habló Bryson,—aunque la certeza de la conversación que me refería, sólo la puede comprender quien conozca de cerca el brío con que hemos levantado la revolución,—el desorden, desgano y mala paga del ejército novicio español,—y la incapacidad de España para allegar en Cuba o afuera los recursos contra la guerra, que en la vez anterior sólo sacó de Cuba—Bryson me contó su conversación con Martínez Campos, al fin de la cual le dio a entender éste que sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos.—Y aun me habló Bryson más: de un conocido nuestro y de lo que en el Norte se le cuida, como candidato de los Estados Unidos, para cuando el actual Presidente desaparezca, a la Presidencia de México.

Por acá yo hago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas, a que sólo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aun contra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarán de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará la anexión, el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana.

Y México, ¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí, lo hallará,—o yo se lo hallaré.—Esto es muerte o vida, y no cabe errar. El modo discreto es lo único que se ha de ver. Ya yo lo habría hallado y propuesto. Pero he de tener más autoridad en mí, o de saber quién la tiene, antes de obrar o aconsejar. Acabo de llegar. Puede aún tardar dos meses, si ha de ser real y estable, la constitución de

nuestro gobierno, útil y sencillo. Nuestra alma es una, y la sé, y la voluntad del país: pero estas cosas son siempre obra de relación, momento y acomodos. Con la representación que tengo, no quiero hacer nada que parezca extensión caprichosa de ella. Llegué, con el General Máximo Gómez y cuatro más, en un bote en que llevé el remo de proa bajo el temporal, a una pedrera desconocida de nuestras playas; cargué, catorce días, a pie por espinas y alturas, mi morral y mi rifle;—alzamos gente a nuestro paso;—siento en la benevolencia de las almas la raíz de este cariño mío a la pena del hombre y a la justicia de remediarla; los campos son nuestros sin disputa, a tal punto, que en un mes sólo he podido oír un fuego; y a las puertas de las ciudades, o ganamos una victoria, o pasamos revista, ante entusiasmo parecido al fuego religioso, a tres mil armas; seguimos camino, al centro de la Isla, a deponer yo, ante la Revolución que he hecho alzar, la autoridad que la emigración me dio, y se acató adentro, y debe renovar conforme a su estado nuevo, una asamblea de delegados del pueblo cubano visible, de los revolucionarios en armas. La revolución desea plena libertad en el ejército, sin las trabas que antes le opuso una Cámara sin sanción real, o la suspicacia de una juventud celosa de su republicanismo, o los celos, y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor; pero quiere la revolución a la vez sucinta y respetable representación republicana,—la misma alma de humanidad y decoro, llena del anhelo de la dignidad individual, en la representación de la república, que la que empuja y mantiene en la guerra a los revolucionarios. Por mí, entiendo que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que lo mueve, o sin ella, y sé cómo se encienden los corazones, y cómo se aprovecha para el revuelo incesante y la acometida el estado fogoso y satisfecho de los corazones. Pero en cuanto a formas, caben muchas ideas, y las cosas de hombres, hombres son quienes las hacen. Me conoce. En mí, sólo defenderé lo que tenga yo por garantía o servicio de la Revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad. Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúmplame esto a mí, o a otros.

Y ahora, puesto delante lo de interés público, le hablaré de mí, ya que sólo la emoción de este deber pudo alzar de la muerte apetecida al hombre que, ahora que Nájera no vive donde se

le vea, mejor lo conoce y acaricia como un tesoro en su corazón la amistad con que Vd. lo enorgullece.

Ya sé sus regaños, callados, después de mi viaje. ¡Y tanto que le dimos, de toda nuestra alma, y callado él! ¡Qué engaño es éste y qué alma tan encallecida la suya, que el tributo y la honra de nuestro afecto no ha podido hacerle escribir una carta más sobre el papel de carta y de periódico que llena al día!

Hay afectos de tan delicada honestidad...⁹³

19 de mayo de 1895

⁹³ Es de suponer que esta carta la suspendió Martí para continuarla luego.

DIARIO DE CABO HAITIANO A DOS RÍOS²⁴

9 Abril.—Lola, jolongo, llorando en el balcón. Nos embarcamos.

10.—Salimos del Cabo.—Amanecemos en Inagua.—Izamos velas.

11.—*bote*. Salimos a las 11. Pasamos (4) rozando a Maisí, y vemos la farola. Yo en el puente. A las $7\frac{1}{2}$, oscuridad. Movimien-

²⁴ Este diario de Martí, de la última etapa de su peregrinar revolucionario, fue publicado por primera vez en el *Diario de Campaña del Mayor General Máximo Gómez, 1868-1899* (págs. 287-325), en edición homenaje al cumplirse el 104 aniversario del natalicio del General Máximo Gómez, 18 de noviembre de 1940, y por separado, en edición extraordinaria, con una introducción y notas bibliográficas y pensamientos martianos, en 1941, por el historiador Gerardo Castellanos G., hijo del comandante Gerardo Castellanos Leonart, hombre de toda la confianza del Maestro y su primer comisionado a la Isla, después de fundado el Partido Revolucionario Cubano. En esta labor de dar a conocer tan precioso documento intervinieron el ya mencionado Gerardo Castellanos G., Luis Ángel Gorordo, y el doctor Bernardo Gómez Toro, hijo del Generalísimo.

Por considerarlo de especial interés reproducimos la siguiente nota final de Gerardo Castellanos G. al *Diario de Martí*:

Este diario del Maestro se compone actualmente (y es lo que se halla en el Archivo de Máximo Gómez) de veintisiete pequeñas hojas o cuartillas, útiles y escritas todas de puño y letra del mismo, en escritura microscópica alternativamente con tinta y lápiz: con tamaño cada cuartilla de dieciséis centímetros de alto por once de ancho. Están marcadas con los folios del Archivo que corren del 4650 al 4676, ambos inclusive. Y con paginación, del mismo Maestro, del número uno al cincuenta y siete. Comienza el día nueve de abril de 1895 y termina el diecisiete de mayo, esto es, dos días antes de morir.

Es de llamar la atención —extremo que seguramente habrá advertido el lector en el curso del texto de este Diario— que hay un salto en el orden de las fechas, al faltar la anotación correspondiente al día seis de mayo. Y, efectivamente, no aparecen en el Archivo las cuartillas que comprenden del número veintiocho al treinta y uno, ambos inclusive, es decir, cuatro, que abarcan, justamente, todo el citado día seis de mayo.

to a bordo. Capitán conmovido. Bajan el bote. Llueve grueso al arrancar. Rumbamos mal. Ideas diversas y revueltas en el bote. Más chubasco. El timón se pierde. Fijamos rumbo. Llevó el remo de proa. Salas rema seguido. Paquito Borrero y el General ayudan de popa. Nos ceñimos los revólveres. Rumbo al abra. La luna asoma, roja, bajo una nube. Arribamos a una playa de piedras, *La Playita* (al pie de *Cajobabo*). Me quedo en el bote el último vaciándolo. Salto. Dicha grande. Viramos el bote, y el garrafón de agua. Bebemos málaga. Arriba por piedras, espinas y cenagal. Oímos ruido, y preparamos, cerca de una talanquera. Ladeando un sitio, llegamos a una casa. Dormimos cerca, por el suelo.

12.—A las 3 nos decidimos a llamar. Blas, Gonzalo, y la *Niña*.—José Gabriel, vivo, va a llamar a Silvestre.—Silvestre dispuesto.—Por repechos, muy cargados, salimos a buscar a Mesón, al Tacre, (Záguere). En el monte claro esperamos, desde las 9, hasta las 2.—Convenzo a Silvestre a que nos lleve a Imía.—Seguimos por el cauce del Tacre.—Decide el General escribir a Fernando Leyva, y va Silvestre. Nos metemos en la cueva, campamento antiguo, bajo un farallón, a la derecha del río. Dormimos—hojas secas—Marcos derriba: Silvestre me trae hojas.

13.—Viene Abraham Leyva, con Silvestre cargado de carne de puerco, de cañas, de buniatos, del pollo que manda la *Niña*. Fernando ha ido a buscar el práctico.—Abraham, tosario al cuello. Alarma; y preparamos, al venir Abraham, a trancos. Seguía Silvestre con la carga; a las 11. De mañana nos habíamos mudado a la vera del río, crecido en la noche, con estruendo de piedras que parecía de tiros.—Vendrá práctico. Almorzamos. Se va Silvestre. Viene José a la una con su yegua. Seguiremos con él.—Silbidos y relinchos: saltamos: apuntamos: sin Abraham.—Y Blas.—Por una conversación de Blas supo Ruenes que habíamos llegado, y manda a ver, a unírsenos. Decidimos ir a encontrar a Ruenes al Sao del Nejesial.—Saldremos por la mañana. Cojo hojas secas, para mi cama.—Asamos buniatos.

14.—Día mamblí.—Salimos a las 5. A la cintura cruzamos el río, y recruzamos por él—bayás altos a la orilla. Luego, a zapato nuevo, bien cargado, la altísima loma de yaya de hoja fina, maja-gua de Cuba, y cupey, de piña estrellada. Vemos, acurrucada en un lechero, la primera jutía. Se descalza Marcos, y sube. Del pri-

mer machetazo la degüella: *Está aturdida: Está degollada*. Comemos naranja agria, que José coge, retorciéndolas con una vara: «¡qué dulce!» Loma arriba. Subir lomas hermano hombres. Por las lomas llegamos al Sao del Nejesial: lindo rincón, claro en el monte, de palmas viejas, mangos y naranjas. Se va José. Marcos viene con el pañuelo lleno de cocos. Me dan la manzana Guerra y Paquito de guardia. Descanso en el campamento. César me cose el tahalí. Lo primero fue coger yaguas, tenderlas por el suelo. Gómez con el machete corta y trae hojas; para él y para mí. Guerra hace su rancho; cuatro horquetas: ramas en colgadizo: yaguas encima. Todos ellos, unos raspan coco, Marcos, ayudado del General, desuella la jutía. La bañan con naranja agria y la salan. El puerco se lleva la naranja, y la piel de la jutía, en la parrilla improvisada, sobre el fuego de leña. De pronto hombres: «¡Ah hermanos!» Salto a la guardia. La guerrilla de Ruenes, Félix Ruenes, Galano, Rubio, los 10.—Ojos resplandecientes. Abrazos. Todos traen rifles, machetes, revólver. Vinieron a gran loma. Los enfermos resucitaron. Cargamos. Envuelven la jutía en yagua. Nos disputan la carga. Sigo con mi rifle y mis 100 cápsulas, loma abajo, Tibisial abajo. Una guardia. Otra. Ya estamos en el rancho de Tavera, donde acampa la guerrilla. En fila nos aguardan. Vestidos desiguales, de camiseta algunos, camisa y pantalón otros, otros chamarretas y calzón crudo: yareyes de pico: negros, pardos, dos españoles,—Galano, blanco. Ruenes nos presenta. Habla erguido el General. Hablo. Desfile, alegría, cocina, grupos. En la nueva avanzada: volvemos a hablar. Cae la noche, velas de cera, Lima cuece la jutía y asa plátanos, disputa sobre guardias, me cuelga el General mi hamaca bajo la entrada del rancho de yaguas de Tavera. Dormimos, envueltos en las capas de goma. ¡Ah! antes de dormir, viene, con una vela en la mano, José, cargado de dos catauros, uno de carne fresca, otro de miel. Y nos pusimos a la miel ansiosos. Rica miel, en panal.—Y en todo el día, ¡qué luz, qué aire, qué lleno el pecho, qué ligero el cuerpo angustiado! Miro del rancho afuera, y veo, en lo alto de la cresta atrás, una paloma y una estrella. El lugar se llama Vega de la...

15.—Amanecemos entre órdenes. Una comisión se mandará a las Veguitas, a comprar en la tienda española. Otra al parque dejado en el camino. Otra a buscar práctico. Vuelve la comisión con sal, alpargatas, un cucuricho de dulces, tres botellas de licor, chocolate, ron y... José viene con puercos. La comida—puerco guisa-

do con plátanos y malanga.—De mañana... frangollo, el dulce de plátano y queso, y agua de canela y anís, caliente. Viene a ... Colombié, montero, ojos malos: va... de su perro amarillo. Al caer la tarde, en fila la gente, sale a la cañada el General, con Paquito, Guerra y Ruenes. ¿Nos permite a los 3 solos? Me resigno mohino. ¿Será algún peligro? Sube Ángel Guerra, llamándome, y al capitán Cardoso Gómez, al pie del monte, en la vereda sombreada de plátanos, con la cañada abajo, me dice, bello y enternecedo, que aparte de reconocer en mí al Delegado, el Ejército Libertador, por él su Jefe, electo en consejo de jefes, me nombra Mayor General. Lo abrazo. Me abrazan todos.—A la noche, carne de puerco con aceite de coco, y es buena.

16.—Cada cual con su ofrenda—buniato, salchichón, licor de rosa, caldo de plátano.—Al mediodía, marcha loma arriba, río al muslo, bello y ligero bosque de pomarrosas; naranjas y caimitos. Por abras tupidas y manglares sin frutas llegamos a un rincón de palmas, y al fondo de dos montes bellísimos.—Allí es el campamento. La mujer india...de ojos ardientes, rodeada de 7 hijos, en traje negro roto, con el pañuelo de toca atado a lo alto por las trenzas, pila café. La gente cuelga hamacas, se echa a la caña, junta candela, traen caña al trapiche para el guarapo del café. Ella mete la caña, descalza.—Antes, en el primer paradero, en la casa de la madre e hijona espantada, el General me dio a beber miel, para que probara que luego de tomarla se calma la sed. Se hacen ron de pomarrosa.—Queda escrita la correspondencia de N. Y., y toda la de Baracoa.

17.—La mañana en el campamento.—Mataron res ayer y al salir el sol, ya están los grupos a los calderos. Domitila, ágil y buena, con su pañuelo egipcio, salta al monte y trae un acopio de tomates, culantro y orégano. Uno me da un chopo de malanga. Otro, en taza caliente, guarapos y hojas.—Muelen un mazo de cañas. Al fondo de la casa, la vertiente con sus sitieríos cargados de cocos y plátanos, de algodón y tabaco silvestre: al fondo, por el río, el cuajo de potreros; y por los claros, naranjos, alrededor los montes, redondos, apacibles: y el infinito azul arriba con esas nubes blancas, y surcan perdidas... detrás la noche.—Libertad en lo azul.—Me entristece la impaciencia.—Saldremos mañana.—Me meto la *Vida de Cicerón* en el bolsillo en que llevo 50 cápsulas. Escribo cartas.—Prepara el General dulce de raspa de coco con miel. Se arregla la salida para mañana. Compramos miel al ran-

chero de los ojos azorados y la barbija.—Primero, 4 reales por el galón, luego, después del sermón, regala dos galones.—Viene «Jaragüita»—Juan Telesforo Rodríguez,—ya no quiere llamarse Rodríguez, porque ese nombre llevaba de práctico de los españoles,—y se va con nosotros. Ya tiene mujer. Al irse, se escurre.—El pájaro, bizambo y desorejado, juega al machete; pie formidable; le luce el ojo como marfil donde da el sol en la mancha de ébano. Mañana salimos de la casa de José Pineda:—Goya, la mujer.—(Jojó arriba.)

18.—A las 9½ salimos. Despedida en la fila.—G. lee las promociones. El sargento *Pto. Rico* dice: «Yo muero donde muera el G. Martí.»—Buen adiós a todos, a Ruenes y a Galano, al Capitán Cardoso; a Rubio, a Dannery, a José Martínez, a Ricardo Rodríguez.—Por altas lomas pasamos seis veces el río Jobo.—Subimos la recia loma de Pavano, con el Panalito en lo alto y en la cumbre la vista de naranja de china. Por la cresta subimos... y otro flotaba el aire leve, veteado... A lo alto de mata a mata colgaba, como cortinaje, tupido, una enredadera fina; de hoja menuda y lanceolada. Por las lomas, el café cimarrón. La pomarrosa, bosque. En torno, la hoya, y más allá los montes azulados, y el penacho de nubes. En el camino a los calderos,—de Ángel Castro—decidimos dormir en la pendiente. A machete abrimos claro. De tronco a tronco tendemos las hamacas; Guerra y Paquito por tierra. La noche bella no deja dormir. Silba el grillo; el lagartijo quiiquea, y su coro le responde; aún se ve, entre la sombra, que el monte es de cupey y de *paguá*, la palma corta y espinada; vuelan despacio en torno las *animitas*; entre los nidos estridentes, oigo la música de la selva, compuesta y suave, como de finísimos violines; la música ondea, se enlaza y desata, abre el ala y se posa, titila y se eleva, siempre sutil y mínima—es la miríada del son fluido: ¿qué alas rozan las hojas?, ¿qué violín diminuto, y oleadas de violines, sacan son, y alma, a las hojas? ¿qué danza de almas de hojas? Se nos olvidó la comida; comimos salchichón y chocolate y una lonja de *chopo* asado. La ropa se secó a la fogata.

19.—Las dos de la madrugada. Viene Ramón Rodríguez, el práctico, con Ángel; traen hachos y café.—Salimos a las 5, por loma áspera. A los calderos, en alto. El rancho es nuevo, y de adentro se oye la voz de la mambisa: «Pasen sin penas, aquí no tienen que tener pena.» El café en seguida, con miel por dulce:

ella seria, en sus chanclas, cuenta, una mano a la cintura y por el aire la otra, su historia de la guerra grande: murió el marido, que de noche pelaba sus puercos para los insurrectos, cuando se lo venían a prender: y ella rodaba por el monte, con sus tres hijos a rastro, «hasta que este buen cristiano me recogió que aunque le sirva de rodillas nunca le podré pagar». Va y viene ligera; le chispea la cara; de cada vuelta trae algo, más café, culantro de Castilla, «para que cuando tenga dolor al estómago por esos caminos masquen un grano y tomen agua encima»,—trae limón. Ella es Caridad Pérez y Piñó.—Su hija Modesta de 16 años, se puso zapatos y túnico nuevo para recibirnos, y se sienta con nosotros, conversando sin zozobra, en los bancos de palma de la salita. De las flores de muerto, junto al cercado, le trae Ramón una, que se pone ella al pelo. Nos cose. El General cuenta «el machetazo de Caridad Estrada en el Camagüey».

El marido mató al chino denunciante de su rancho, y a otro—a Caridad la hirieron por la espalda; el marido se rodó muerto—la guerrilla huyó—Caridad recoge a una hija al brazo, chorreando sangre, se les va detrás: «si hubiera tenido un rifle». Vuelve, llama a su gente, entierran al marido, manda por Boza: «¡Vean lo que me han hecho!» Salta la tropa: queremos ir a encontrar a ese capitán. No podía estar sentado en el campamento. Caridad enseñaba su herida. Y siguió viviendo, predicando, entusiasmando en el campamento. Entra el vecino dudoso Pedro Gómez y trae de ofrenda café y una gallina.—Vamos haciendo almas.—Valentín, el español que se le ha puesto a Gómez de asistente, se afana en la cocina.—Los seis hombres de Ruenes hacen su *sancocho* al aire libre.—Viene Isidro, muchachón de ojos garzos, muy vestido, con sus zapatos orejones de vaqueta: ése fue el que se nos apareció donde Pineda, con un dedo recién cortado: no puede ir a la guerra: «tiene que mantener a tres primos hermanos». A las 2½ después del chubasco, por lomas y el río Guayabo, al mangal, a 1 legua de Imía. Allí Felipe Dom, el alcalde de P.—Juan Rodríguez nos lleva, en marcha ruda de noche, costeando vecinos, a cerca del alto de la Yaya.

20.—La marcha con velas, a las 3 de la mañana. De allí Teodoro Delgado, al Palenque: monta pedregoso, palos amargos y naranja agria: alrededor casi es grandioso el paisaje; vamos cercados de montes, serrados, tetudos, picudos; monte plegado a todo el rededor; el mar al Sur. A lo alto paramos bajo unas palmas.

Viene llena de cañas la gente. Los vecinos: Estévez, Fromita, Antonio Pérez, de noble porte, sale a San Antonio. De una casa nos mandan café, y luego gallina con arroz. Se huye Jaraguíta. ¿Lo azoraron? ¿Va a buscar a las tropas? Un montero trae de Imías la noticia de que han salido a perseguirnos por el Jobo. Aquí esperaremos, como lo teníamos pensado, el práctico para mañana. Jaragua, cabeza cónica. Un momento antes me decía que quería seguir ya con nosotros hasta el fin. Se fue a la centinela, y se escurrió. Descalzo, ladrón de monte, práctico español; la cara angustiada, el hablar ceceado y chillón, bigote ralo, labios secos, la piel en pliegues, los ojos vidriosos, la cabeza cónica. Caza sinsontes, pichones, con la lirica del lechuzo. Ahora tiene animales y mujer.—Se descalzó por el monte. No lo encuentran. Los vecinos lo temen.—En un grupo hablan de los remedios de la nube en los ojos: agua de sal—leche del ítamo, «que le volivó la vista a un gallo—la hoja pinuda de la romerilla bien majada—«una gota de sangre del primero que vio la nube». Luego hablan de los remedios para las úlceras: la piedra amarilla del río Jojo, molida en polvo fino; el excremento blanco y pelado del perro, la miel del limón; el excremento, cernido, y malva. Dormimos por el monte en yaguas.—Jaragua, palo fuerte.

21.—A las 6 salimos con Antonio, camino de San Antonio. En el camino nos detenemos a ver derribar una palma, a machetazos al pie, para coger una colmena, que traen seca, y las celdas llenas de hijos blancos. Gómez hace traer miel, exprime en ellas los pichones, y es leche muy rica. A poco, sale por la vereda el anciano negro y hermoso, Luis González, con sus hermanos, y su hijo Magdaleno, y el sobrino Eufemio. Ya él había enviado aviso a Perico Pérez, y con él, cerca de San Antonio, esperaremos la fuerza. Luis me levanta del abrazo. ¡Pero qué triste noticia! ¿Será verdad que ha muerto Flor, el gallardo Flor?—¿que Maceo fue herido en traición de los indios de Garrido; que José Maceo rebanó a Garrido de un machetazo? Almorzábamos buniato y puerco asado cuando llegó Luis—ponen por tierra, en un mantel blanco, el casabe de su casa. Vamos lomeando a los charrascales otra vez, y de lo alto divisamos al ancho río de Sabanalamar, por sus piedras lo vadearmos, nos metemos por sus cañas, acampamos a la otra arilla.—Bello, el abrazo de Luis, con sus ojos sonrientes, como su dentadura, su barba cana al rape, y su rostro, espacioso,

sereno, y de limpio color negro. Él es el padre de todo el contorno, viste buena rusia, su casa libre es la más cercana al monte. De la paz del alma viene la total hermosura a su cuerpo ágil y majestuoso. De su tasajo de vaca y sus plátanos comimos mientras él fue al pueblo, y a la noche volvió por el monte sin luz, cargado de vianda nueva, con la hamaca al costado, y de la mano el catauro de miel lleno de hijos.—Vi hoy la *yamagua*, la hoja fénica que estanca la sangre, y con su mera sombra beneficia al herido: «machuque bien las hojas y métalas en la herida; que la sangre se seca». Las aves buscan su sombra.—Me dijo Luis el modo de que las velas de cera no se apagasen en el camino, y es empapar bien un lienzo, y envolverlo alrededor, y con eso, la vela va encendida y se consume menos cera.—El médico preso, en la traición a Maceo, ¿no será el pobre Frank? ¡Ah,—Flor!

22.—Día de espera impaciente.—Baño en el río, de cascadas y hoyas y grandes piedras, y golpes de cañas a la orilla. Me lavan mi ropa azul, mi chamarreta. A mediodía vienen los hermanos de Luis, orgullosos de la comida casera que nos traen: huevos fritos, puerco frito y una gran torta de pan de maíz. Comemos bajo el chubasco; y luego de un macheteo, izan una tienda, techada con las capas de goma. Toda la tarde es de noticias inquietas: viene desertado de las escuadras de Guantánamo un sobrino de Luis que fue a hacerse de arma, y dice que bajan fuerzas; otro dice que de Baitiquirí,—donde está de teniente el cojo Luis Bertot traidor en Bayamo,—han llegado a San Antonio dos exploradores, a registrar el monte. Las escuadras, de criollos pagados, con un ladrón feroz a la caza, hacen la pelea de España, la única pelea temible en estos contornos. A Luis, que vino al anochecer, le llegó carta de su mujer: que los exploradores,—y su propio hermano es uno de ellos—van citados por Garrido, el teniente ladrón, a juntársele a la Caridad y ojear a todo Cajuerí; que en Vega Grande y los Quemados y en muchos otros pasos nos tienen puestas emboscadas.—Dormimos donde estábamos, divisando el camino.—Hablamos hoy de Céspedes y cuenta Gómez la casa de portal en que lo halló en las Tunas, cuando fue, en mala ropa, con quince rifles a decirles cómo subía, peligrosa, la guerra desde Oriente. Ayudantes pulcros, con polainas.—Céspedes: kepis y tenacillas de cigarros. La guerra abandonada a los jefes que pedían en vano dirección, contrastaba con la festividad del cortejo tunero. A poco

el gobierno tuvo que acogerse a Oriente.—«No había nada, Martí»—ni plan de campaña, ni rumbo tenaz y fijo.—Que la sabina, olorosa como el cedro, da sabor y eficacia medicinal, al aguardiente. Que el té de yagruma,—de las hojas grandes de la yagruma,—es bueno para el asma.—Juan llegó, el de las escuadras, él vió muerto a Flor, muerto, con su bella cabeza fría, y su labio roto, y dos balazos en el pecho; el 10 lo mataron. Patricio Corona, errante once días de hambre, se presentó a los voluntarios. Maceo y dos más se juntaron con Moncada.—Se vuelven a las casas los hijos y los sobrinos de Luis.—Ramón, el hijo de Eufemio, con su suave tez achocolatada, como bronce carmíneo, y su fina y perfecta cabeza, y su ágil cuerpo púber,—Magdaleno, de magnífico molde, pie firme, caña enjuta, pantorrilla volada, muslo largo, tórax pleno, brazos graciosos, en el cuello delgado la cabeza pura, de bozo y barba crespa—el machete al cinto y el yarey alón y picudo.—Los duerme con nosotros.

23.—A la madrugada, listos; pero no llega Eufemio, que debía ver salir a los exploradores ni llega respuesta de la fuerza. Luis va a ver, y vuelve con Eufemio. Se han ido los exploradores. Emprendemos marcha tras ellos. De nuestro campamento de dos días, en el Monte de la Vieja salimos monte abajo, luego. De una loma al claro donde se divisa, por el Sur, el palmar de San Antonio, rodeado de jatiales y charrascos, en la hoya fértil de los cañadores, y a un lado y otro montes, y entre ellos el mar. Ese monte, a la derecha, con un tajo como de sangre, por cerca de la copa, es doña Mariana, ése, al Sur alto entre tantos, es el Pan de Azúcar. De 8 a 2 caminamos, por el jatíal espinudo, con el pasto bueno, y la flor roja y baja del *guisazo de tres puyas*: tunas, bestias sueltas. Hablamos de las excursiones de Gómez cuando la otra guerra.—Gómez elogia el valor de Miguel Pérez: «dió un traspíe, lo perdonaron, y él fue leal siempre al gobierno»; «en una yegua recogieron su cadáver; lo hicieron casi picadillo»; «eso hizo español a Santos Pérez». Y al otro Pérez, dice Luis, Policarpo le puso las partes de antiparras. «Te voy a cortar las partes», le gritó en pelea a Policarpo. «Y yo a ti las tuyas.» Y se las puso. —«Pero ¿por qué pelean contra los cubanos esos cubanos? Ya veo que no es por opinión, ni por cariño imposible a España».—«Pelean esos puercos, pelean así por el peso que les pagan, un peso al día, menos el rancho que les quitan. Son los vecinos malos de los caseríos, o los que tienen un delito que pagar a la justicia,

o los vagabundos que no quieren trabajar, y unos cuantos indios de Baitiquirí y de Cajuerí. Del café hablamos, y de los granos que lo sustituyen: el platanillo y la boruca. De pronto bajamos a un bosque alto y alegre, los árboles caídos sirven de puente a la primer poza, por sobre hojas mullidas y frescas pedreras, vamos, a grata sombra, al lugar de descanso: el agua corre, las hojas de la yagruma blanquean el suelo, traen de la cañada a rastros, para el chubasco, pencas enormes, me acerco al rumor, y veo entre piedras y helechos, por remansos de piedras finas y alegres cascadas, correr el agua limpia. Llegan de noche los 17 hombres de Luis, y él, sólo con sus 63 años, una hora delante: todos a la guerra: y con Luis va su hijo.

24.—Por el cañadón, por el monte de Acosta, por el roncalal de piedra roída, con sus pozos de agua limpia en que bebe el sínsonte y su cama de hojas secas, halamos, de sol a sol, el camino fatigoso. Se siente el peligro. Desde el Palenque nos van siguiendo de cerca las huellas. Por aquí pueden caer los indios de Garrido. Nos asimos en el portal de Valentín, mayoral del ingenio Santa Cecilia.—Al Juan fuerte, de buena dentadura, que sale a darnos la mano tibia; cuando su tío Luis lo llama al cercado:—«¿Y tú por qué no vienes?» «¿Pero no ve como me come el bicho?» El bicho—la familia—¡Ah, hombres alquilados,—salario corruptor! Distinto, el hombre propio, el hombre de sí mismo. ¿Y esta gente?, ¿qué tiene que abandonar? ¿La casa de yaguas, que les da el campo, y hacen con sus manos? ¿Los puercos, que pueden criar en el monte? Comer, lo da la tierra; calzado, la yagua y la majagua; medicina, las yerbas y cortezas; dulce, la miel de abejas.—Más adelante, abriendo hoyos para la cerca, el viejo barbón y barrigudo, sucia la camiseta y el pantalón a los tobillos—y el color terroso y los ojos viboreznos y encogidos: ¿Y ustedes qué hacen? «Pues aquí estamos haciendo estas cercas».—Luis maldice y levanta el brazo grande por el aire.—Se va a anchos pasos, temblándole la barba.

25.—Jornada de guerra.—A monte puro vamos acercándonos, ya en las garras de Guantánamo, hostil en la primera guerra, hasta Arroyo Hondo. Perdímos el rumbo. Las espinas nos tajaban. Los bejucos nos ahorcaban y azotaban. Pasamos por un bosque de jígueras, verdes, puyadas al tronco desnudo, o a tramo ralo.—La gente va vaciando jígueras, y emparejándoles la boca. A las once, redondo tiroteo. Tiro graneado, que retumba; contra tiros

velados y secos. Como a nuestros mismos pies es el combate; entran, pesadas, tres balas que dan en los troncos. «¡Qué bonito es un tiroteo de lejos!», dice el muchachón agraciado de San Antonio, un niño. «Más bonito es de cerca», dice el viejo. Siguiendo nuestro camino subimos a la margen del arroyo. El tiroteo se espesa. Magdaleno, sentado contra un tronco, recorta adornos en su jíguera nueva. Almorzamos huevos crudos, un sorbo de miel y chocolate de «La Imperial» de Santiago de Cuba.—A poco, las noticias nos vienen del pueblo. Y ya han visto entrar un muerto, y 25 heridos. Maceo vino a buscarnos y espera en los alrededores: a Maceo, alegremente. Dije en carta a Carmita: «En el camino mismo del combate nos esperaban los cubanos triunfadores: se echan de los caballos abajo, los caballos que han tomado a la guardia civil: se abrazan y nos vitorean: nos suben a caballo y nos calzan la espuela», ¿cómo no me inspira horror, la mancha de sangre que vi en el camino?, ¿ni la sangre a medio secar, de una cabeza que ya está enterrada, con la cartera que le puso de descanso un jinete nuestro? Y al sol de la tarde emprendimos la marcha de victoria, de vuelta al campamento.

A las 12 de la noche habían salido, por ríos y cañaverales y espinares, a salvarnos; acababan de llegar, ya cerca, cuando les cae encima el español: sin almuerzo pelearon las 2 horas, y con galletas engañaron el hambre del triunfo: y emprendían el viaje de 8 leguas, con tarde primera alegre y clara, y luego, por bóvedas de púas, en la noche oscura. En fila de a uno iba la columna larga. Los ayudantes pasan corriendo y voceando. Nos revolvemos, caballos y de a pie, en los altos ligeros. Entra al cañaveral, y cada soldado sale con una caña de él. (Cruzamos el ancho ferrocarril: oímos los pitazos del oscurecer en los ingenios: vemos, al fin del llano, los faros eléctricos.) «Párese la columna, que hay un herido atrás.» Uno hala una pierna atravesada, y Gómez lo monta a su grupa. Otro herido no quiere: «No amigo: yo no estoy muerto» y con la bala en el hombro sigue andando. ¡Los pobres pies, tan cansados! Se sientan, rifle al lado, al borde del camino: y nos sonríen gloriosos. Se oye algún ¡ay! y más risas, y el habla contenta. «Abran camino» y llega montado el recio Cartagena, Teniente Coronel que lo ganó en la guerra grande, con un hachón prendido de cardona, clavado como una lanza, al estribo de cuero. Y otros hachones, de tramo en tramo... encienden los árboles se-

cos, que escaldan y chisporrotean, y echan al cielo su fuste de llama y una pluma de humo. El río nos canta. Aguardamos a los cansados. Ya están a nuestro alrededor, los yareyes en la sombra. Tal la última agua, y del otro lado el sueño. Hamacas, candelas, calderadas, el campamento ya duerme; al pie de un árbol grande iré luego a dormir, junto al machete y el revólver, y de almohada mi capa de hule; ahora hurgó el jolongo y saco de él la medicina para los heridos. Cariñosas las estrellas, a las 3 de la madrugada. A las 5, abiertos los ojos, Colt al costado, machete al cinto, espuela a la alpargata, y ja caballo!

Murió *Alcil Duvergié*, el valiente: de cada fogonazo, un hombre; le entró la muerte por la frente: a otro, tirador, le vaciaron una descarga encima: otro cayó, cruzando temerario el puente. —¿Y a dónde, al acampar, estaban los heridos? Con trabajo los agrupo, al pie del más grave, que creen pasmado, y viene a andas en una hamaca, colgado de un palo. Del jugo del tabaco, apretado a un cabo de la boca, se le han desclavado los dientes. Bebe descontento un sorbo de Marrasquino. ¿Y el agua, que no viene, el agua de las heridas, que al fin traen en un cubo turbio? La trae fresca el servicial Evaristo Zayas, de Ti Arriba.—Y el practicante, ¿dónde está el practicante, que no viene a sus heridos? Los otros tres se quejan, en sus capotes de goma. Al fin llega, arrebujado en una colcha, alegando calentura. Y entre todos, con Paquito Borrego, de tierna ayuda, curamos al herido de la hamaca, una herida narigona, que entró y salió por la espalda; en una boca cabe un dedal y una avellana en la otra: lavamos, iodoformo, algodón fenicado. Al otro, en la cabeza del muslo; entró y salió. Al otro, que se vuelve de bruces, no le salió la bala de la espalda: allí está al salir, en el manchón rojo e hinchado; de la sífilis tiene el hombre comida la nariz y la boca: el último, boca y orificio, también en la espalda: tiraban, rodilla en tierra, y el balaizo bajo les atrevesaba las espaldas membrudas. A Antonio Suárez, de Colombia, primo de Lucía Cortés, la mujer de Merchán, la misma herida. Y se perdió a pie, y nos halló luego.

26.—A formar, con el sol. A caballo, soñolientos. Cojea la gente, aun no repuesta. Apenas comieron anoche. Descansamos, a eso de las 10 a un lado y otro del camino. De la casita pobre envían de regalo una gallina al «general Matías»,—y miel. De tarde y noche escribo, a New York, a Antonio Maceo que está cerca e ignora nuestra llegada; y la carta de Manuel Fuentes al *World*,

que acabé con lápiz sobre la mano, al alba. A ratos ojeé ayer el campamento tranquilo y dichoso: llama la corneta; traen cargas de plátanos al hombro; mugen las reses cogidas, y las degüellan: Victoriano Garzón, el negro juicioso de bigote y perilla, y ojos ferosos, me cuenta, humilde y ferviente, desde su hamaca, su asalto triunfante al Ramón de las Yaguas: su palabra es revuelta e intensa, su alma bondadosa y su autoridad natural: mimá, con verdad, a sus ayudantes blancos, a Mariano Sánchez y a Rafael Portuondo; y si yerran en un punto de disciplina, les levanta el yerro. De carnes seco, dulce de sonrisa: la camisa azul y negro el pantalón: cuida, uno a uno de sus soldados.—José Maceo, formidable, pasea el alto cuerpo: aún tiene las manos arpadas, de la maraña del pinar y del monte, cuando se abrió en alas la expedición perseguida de Costa Rica, y a Flor lo mataron, y Antonio llevó a dos consigo, y José quedó al fin solo; hundido bajo la carga, moribundo de frío en los pinos húmedos, los pies gordos y rotos: y llegó, y ya vence.

27.—El campamento al fin, en la estancia de Filipinas. Atiendiendo en seguida al trabajo de la jurisdicción: Gómez escribe junto a mí, en su hamaca.—A la tarde, Pedro Pérez, el primer sublevado de Guantánamo: de 18 meses de escondite, salió al fin, con 37, seguido de muerte, y hoy tiene 200. En el monte, con los 17 de la casa, está su mujer, que nos manda la primera bandera. ¡Y él sirvió a España en las escuadras, en la guerra grande! Lealtad de familia a Miguel Pérez.—Apoyado en su bastón, bajo de cuerpo, con su leontina de plata, caídas las patillas pocas por los lados del rostro enjuto y benévolos, fue con su gente brava, a buscar a Maceo en vano por todo Baracoa, en los dientes de los indios: su jipijapa está tinto de púrpura, y bordada de mujer es la trenza de color de su sombrero, con los cabos por la espalda.—Él no quiere gente a caballo, ni monta él, ni tiene a bien los capotes de goma, sino la lluvia pura, sufrida en silencio.

28.—Amanezco al trabajo. A las 9 forman, y Gómez, sincero y conciso arenga: Yo hablo, al sol. Y al trabajo. A que quede ligada esta fuerza en el espíritu unido: a fijar, y dejar ordenada, la guerra energética y magnánima: a abrir vías con el Norte, y servicio de parque: a reprimir cualquier intentona, de perturbar la guerra con promesas. Escribo la circular a los jefes, a que castiguen con la pena de traición la intentona,—la circular a los hacendados,—la nota de Gómez a las fincas,—cartas a amigos probables,—cartas

para abrir el servicio de correo y parque,—cartas para la cita a Brooks,—nota al gobierno inglés, por el cónsul de Guantánamo, incluyendo la declaración de José Maceo sobre la muerte casual, de un tiro escapado de Corona, de un marino de la goleta *Honor*, en que vino la expedición de Fortune Island,—instrucciones a José Maceo, al que se nombra Mayor General,—nota a Ruenes, invitándole a enviar el representante de Baracoa a la Asamblea de Delegados del pueblo cubano revolucionario—para elegir el gobierno que debe darse la revolución,—carta a Masó.—Vino Luis Bonne, a quien se buscaba, por sagaz y benévolos, para crear-me una escolta. Y de Ayudante trae a Ramón Garriga y Cuevas, a quien de niño solía yo agasajar, cuando lo veía travieso o desarmado en New York, y es manso, afectuoso, lúcido y valiente.

29.—Trabajo. Ramón queda a mi lado. En el ataque de Arroyo Hondo un flanco nuestro, donde estaba el hermano de un teniente criollo, mató al teniente, en la otra fuerza.—Se me fue, con su ahijada, Luis González. «Ese rostro quedará estampado aquí.» Y me lo decía con rostro celeste.

30.—Trabajo. Antonio Suárez, el colombiano, habla quejoso y díscolo, que desatendido, que coronel.—Maceo, alegando operación urgente, no nos esperará. Salimos mañana.

1º Mayo.—Salimos del campamento de Vuelta Corba. Allí fue donde Policarpo Pineda, el Rustán, el Polilla, hizo abrir en pedazos a Francisco Pérez, el de las escuadras. Polilla, un día, fusiló a Jesús: llevaba al pecho un gran crucifijo, una bala le metió todo un brazo de la cruz en la carne: y a la cruz, luego, le descargó los cuatro tiros. De eso íbamos hablando por la mañana, cuando salió al camino, ya en la región florida de los cafetales, con plátano y cacao, a una mágica olla, que llaman la fontina, y en lo hondo del vasto verdor enseña apenas el techo de guano, y al lado, con su flor morada, el árbol del caracolillo. A poco más, el *Kentucky*, el cafetal de Pezuela, con los secaderos grandes de mampostería frente a la casa, y la casa, alegre y espaciosa, de blanco y balcones; y el gran bajo con las máquinas, y a la puerta Nazario Soncourt, mulato fino, con el ron y el jarro de agua en un taburete, y vasos. Salen a vernos los Thoreau, de su vistoso cafetal, con las casitas de mampostería y teja: el menor, colorado, de... y los ojos ansiosos y turbios, tartamudea: «—¿pero podemos trabajar aquí, verdad?, podemos seguir, trabajando?».—Y eso no más dice, como un loco.—Llegamos al monte.—Estanislao Cru-

zat, buen montuno, caballerizo de Gómez, taja dos árboles por cerca del pie, clava al frente de cada uno dos horquetas, y otras de apoyo al tronco, y cruces, y varas a lo largo, y ya está el banco. Del descanso corto, a la vereda espesa, en la fértil tierra de Ti Arriba. El sol brilla sobre la lluvia fresca: las naranjas cuelgan de sus árboles ligeros: yerba alta cubre el suelo húmedo: delgados troncos blancos cortan, salteados, de la raíz al cielo azul la selva verde; se trenza a los arbustos delicados el bejuco, a espiral de aros iguales, como de mano de hombre; caen a tierra de lo alto, meciéndose al aire, los cupeyes: de un curujey, prendido a un jobo, bebo el agua clara: chirrían, en pleno sol los grillos.—A dormir, a la casa del «español malo»: huyó a Cuba: la casa, techo de zinc y suelo puerco: la gente se echa sobre los racimos de plátanos montados en vergas por el techo, sobre dos cerdos, sobre palomas y patos, sobre un rincón de yucas. Es la Demajagua.

2.—Adelante, hacia Jaragüeta. En los ingenios. Por la caña vasta y abandonada de Sabanilla: va Rafael Portuondo a la casa, a traer las 5 reses: vienen en mancuerna: ¡pobre gente, a la lluvia! llegamos a *Leonor* y ya, desecharando la tardía comida, con queso y pan nos habíamos ido a la hamaca, cuando llega, con caballería de Zeff, el correspondal del *Herald*, George Eugene Bryson. Con él trabajo hasta las 3 de la mañana.

3.—A las 5, con el Coronel Ferié, que vino anoche a su cafetal de Jaragüeta, en una altura, y un salón como escenario y al pie un vasto cuadro, el molino ocioso, del cacao y café. De lo alto, a un lado y otro, cae, bajando, el vasto paisaje, y dos aguas cercanas, de lecho de piedras en lo hondo, y palmas sueltas y fondo de monte, muy lejanos. Trabajo el día entero, en el manifiesto al *Herald* y más para Bryson. A la 1, al buscar mi hamaca, veo a muchos por el suelo, y creo que se han olvidado de colgarla. Del sombrero hago almohada: me tiendo en un banco: el frío me echa a la cocina encendida: me dan la hamaca vacía: un soldado me echa encima un mantón viejo: a las 4, diana.

4.—Se va Bryson. Poco después, el consejo de guerra de Masabó. Violó y robó. Rafael preside, y Mariano acusa. Masabó sombrío, niega: rostro brutal. Su defensor invoca nuestra llegada, y pide merced. A muerte. Cuando leían la sentencia, al fondo del gentío, un hombre pela una caña. Gómez arenga: «Este hombre no es nuestro compañero: es un vil gusano.» Masabó, que no se ha sentado, alza con odio los ojos hacia él. Las fuerzas, en gran silen-

cio, oyen y aplauden: «¡Que viva!» Y mientras ordenan la marcha, en pie queda Masabó, sin que se le caigan los ojos, ni en la caja del cuerpo se vea miedo: los pantalones, anchos y ligeros, le vuelan sin cesar, como a un viento rápido. Al fin van, la caballería, el reo, la fuerza entera, a un bajo cercano; al sol. Grave momento, el de la fuerza callada, apañada. Suenan los tiros, y otros más, y otro de remate. Masabó ha muerto valiente. «¿Cómo me pongo, Coronel? ¿De frente o de espalda?» «De frente.» En la pelea era bravo.

5.—Maceo nos había citado para Bocucy, a donde no podemos llegar a las 12, a la hora que nos cita. Fue anoche el propio, a que espere en su campamento. Vamos, con la fuerza toda. De pronto, unos jinetes. Maceo, con un caballo dorado, en traje de holanda gris: ya tiene plata la silla, airosa y con estrellas. Salió a buscarnos, porque tiene a su gente de marcha; al ingenio cercano; a Mejorana, va Maspon a que adelanten almuerzo para cien. El ingenio nos ve como de fiesta: a criados y trabajadores se les ve el gozo y la admiración: el amo, anciano colorado y de patillas, de jipijapa y pie pequeño, trae vermouth, tabacos, ron, malvasía. «Maten tres, cinco, diez, catorce gallinas.» De seno abierto y chancletas viene una mujer a ofrecernos aguardiente verde, de yerbas: otra trae ron puro. Va y viene el gentío. De ayudante de Maceo lleva y trae, agil y verboso, Castro Palomino. Maceo y G. Hablan bajo, cerca de mí: me llaman a poco, allí en el portal: que Maceo tiene otro pensamiento de gobierno: una junta de los generales con mando, por sus representantes,—y una Secretaría General:—la patria, pues, y todos los oficios de ella, que crea y anima al ejército, como Secretaría del Ejército. Nos vamos a un cuarto a hablar. No puedo desenredarle a Maceo la conversación: «pero V. se queda conmigo o se va con Gómez?» Y me habla, cortándome las palabras, como si fuese yo la continuación del gobierno leguleyo, y su representante. Lo veo herido—«lo quieto—me dice—menos de lo que lo quería»—por su reducción a Flor en el encargo de la expedición, y gasto de sus dineros. Insisto en deponerme ante los representantes que se reúnan a elegir gobierno. No quiere que cada jefe de operaciones mande el suyo, nacido de su fuerza: él mandará los cuatro de Oriente: «dentro de 15 días estarán con Ud.—y serán gentes que no me las pueda entredar allá el doctor Martí».—En la mesa, opulenta y premiosa, de gallina y lechón, vuélvese al asunto: me hiere, y

me repugna: comprendo que he de sacudir el cargo, con que se me intenta marcar, de defensor ciudadano de las tramas hostiles al movimiento militar. Mantengo, rudo: el Ejército, libre,—y el país, como país y con toda su dignidad representado. Muestro mi descontento de semejante indiscreta y forzada conversación, a mesa abierta, en la prisa de Maceo por partir. Que va a caer la noche sobre Cuba, y ha de andar seis horas. Allí cerca, están sus fuerzas: pero no nos lleva a verlas: las fuerzas reunidas de Oriente—Rabí, de Jiguaní, Busto, de Cuba, las de José, que trajimos. A caballo, adiós rápido. «Por ahí se van Uds.»—y seguimos, con la escolta mohína; ya entrada la tarde, sin los asistentes, que quedaron con José, sin rumbo cierto, a un galpón del camino, donde no desensillamos. Van por los asistentes: seguimos, a otro rancho fangooso, fuera de los campamentos, abierto a ataque. Por carne manda G, al campo de José: la traen los asistentes. Y así, como echados, y con ideas tristes, dormimos.⁹⁵

7.—De Jagua salimos, y de sus mambises viejos y leales, por el Mijial. En el Mijial, los caballos comen la piña forastera, y de ella, y de cedros hacen tapas, para galones. A César le dan agua de hojas de guanábana, que es pectoral bueno, y cocimiento grato. En el camino nos salió Prudencio Bravo, el guardián de los heridos, a decírnos adiós. Vimos a la hija de Nicolás Cedeño, que habla contenta, y se va con sus 5 hijos a su monte de Holguín. Por el camino de Barajagua—«aquí se peleó mucho», «todo esto llegó a ser nuestro»—vamos hablando de la guerra vieja. Allí, del monte tupido de los lados, o de los altos y codos enlomados del camino, se picaban a las columnas, que al fin, cesaron: por el camino se va a Palma y a Holguín. Zefí dice que por ahí trabajó él a Martínez Campos, cuando vino a su primera conferencia con Maceo: «El hombre salió colorado como un tomate, y tan furioso que tiró el sombrero al suelo, y me fue a esperar a media legua.» Andamos cerca de Baraguá. Del camino salimos a la sabana de Pinalito, que cae, corta, al arroyo de las Piedras, y tras él, a la loma de La Risueña, de suelo rojo y pedregal, combada como un huevo, y al fondo graciosas cabezas de monte, de extraños contornos: un bosquecillo, una altura que es como una silla de montar, una escalera de lomas. Damos de lleno en la sabana de Vío, concha verde, con el monte en torno, y palmeras en él, y

⁹⁵ Faltan las hojas correspondientes al 6 de mayo.

en lo abierto un cayo u otro, como florones, o un espino solo, que da buena leña: las sendas negras van por la yerba verde, matizada de flor morada y blanca. A la derecha, por lo alto de la sierra espesa, la cresta de pinos. Lluvia recia. Adelante va la vanguardia, uno con la yagua a la cabeza, otro con una caña por el arzón, o la yagua en descanso, o la escopeta. El alambre del telégrafo se revuelca en la tierra. Pero pasa, con el portabandera desnudo,—una vara de...: A Zefí, con la cuchara de plomo en la cruz de la bandolera, le cose la escarapela el ala de atrás. A Chacón, descalzo, le relumbra, de la cintura a la rodilla, el pavón del rifle. A Zambrana, que se hala, le cuelga por la cadera el cacharro de hervir. Otro, por sobre el saco, lleva una levita negra. Miro atrás, por donde vienen, de cola de la marcha, los mulos y los bueyes, y las tercerolas de retaguardia, y sobre el cielo gris veo, a paso pesado, tres... y uno, como poncho, lleva por la cabeza una yagua. Por la sabana que sigue, por Hato del Medio, famosa en la guerra, seguimos con la yerba ahogada del aluvión, al campamento, allá detrás de aquellas pocas reses. «Aquí, me dijo Gómez, nació el cólera, cuando yo vine con doscientas armas y 4,000 libertos, para que no se los llevasen los españoles, y estaba esto cerrado de reses, y mataron tantas, que del hedor se empezó a morir la gente, y fui regando la marcha con cadáveres: 500 cadáveres dejé en el camino a Tacajó.» Y entonces me cuenta lo de Tacajó, el acuerdo entre Céspedes y Donato Mármol. Céspedes, después de la toma de Bayamo, desapareció. Eduardo Mármol, culto y funesto, aconsejó a Donato, la dictadura. Félix Figueredo pidió a Gómez que apoyase a Donato, y entrase en lo de la dictadura, a lo que Gómez le dijo que ya lo había pensado hacer, y lo hacía, no por el consejo de él, sino para estar dentro, y de adentro impedirlo mejor: «Sí, decía Félix, porque a la revolución le ha nacido una víbora.» «Y lo mismo era él», me dijo Gómez. De Tacajó envió Céspedes a citar a Donato a conferencia cuando ya Gómez estaba con él, y quiso Gómez ir primero, y enviar luego recado. Al llegar donde Céspedes, como Gómez se venía con la guardia que halló como a un cuarto de legua, creyó notar confusión y zozobra en el campamento, hasta que Marcano salió a Gómez que le dijo: «Ven acá, dame un abrazo».—Y cuando los Mármol llegaron, a la mesa de cincuenta cubiertos, y se habló allí de la diferencia, desde las primeras consultas se vio que, como Gómez, los demás opinaban por el acatamiento a la

autoridad de Céspedes. «Eduardo se puso negro.» Nunca olvidaré el discurso de Eduardo Arteaga: «El sol, dijo, con todo su esplendor, suele ver oscurecida su luz por repentino eclipse; pero luego brilla con nuevo fulgor, más lucente por su pasajero oscurecimiento: así ha sucedido al sol Céspedes.» Habló José Joaquín Palma. «¿Eduardo? Dormía la siesta un día, y los negros hacían bulla en el batey. Mandó callar, y aún hablaban. «Ah, no quieren entender?» Toinó el revólver,—él era muy buen tirador: y hombre al suelo, con una bala en el pecho. Siguió durmiendo».—Ya llegamos, a son de corneta, a los ranchos, y la tropa formada bajo la lluvia de Quintín Banderas. Nos abraza, muy negro, de bigote y barbija, en botas, capa y jípijapa, Narciso Moncada, el hermano de Guillermo: «¡Ah, sólo que falta un número!» Quintín, sesentón, con la cabeza metida en los hombros, troncudo el cuerpo, la mirada baja y la palabra poca, nos recibe a la puerta del rancho: arde de la calentura: se envuelve en su hamaca: el ojo, pequeño y amarillo, parece como que le viene de hondo, y hay que asomarse a él: a la cabeza de su hamaca hay un tamboril. Deodato Carvajal es su teniente, de cuerpo fino, y mente de ascenso, capaz y ordenada: la palabra, por afinarse, se revuelve, pero hay en él método y mando, y brío para su derecho y el ajeno: me dice que por él recibía mis cartas Moncada. Narciso Moncada, verboso y fornido, es de bondad y pompa: «en verbo de licor, no gasto nada»: su hermano está enterrado—«más abajo de la altura de un hombre, con planos de ingeniero, donde sólo lo sabemos unos pocos, y si yo me muero, otro sabe, y si ése se muere, otro, y la sepultura siempre se salvará». «¿Y a nuestra madre, que nos la han tratado como si fuera la madre de la patria?» «Dominga Moncada ha estado en el Morro tres veces: y todo porque aquel Genetal que se murió la llamó para decirle que tenía que ir a proponerle a sus hijos, y ella le dijo: Mire, General, si yo veo venir a mis hijos, por una vereda, y lo veo venir a V. por el otro lado, les grito: huyan, mis hijos, que éste es el general español. A caballo entramos al rancho, por el muchacho fango de afuera, para podernos desmontar, y del lodo y el aire viene hedor, de la mucha res que han muerto cerca: el rancho gacho, está tupido de hamacas. A un rincón, en un cocinazo, hierven calderos. Nos traen café, agengibre, cocimientos de hojas de guanábana. Moncada, yendo y viiendo, alude al abandono en que dejó Quintín a Guillermo.—Quintín me habla así: «y lue-

go tuvo el negocio que se presentó con Moncada, o lo tuvo él conmigo, cuando me quiso mandar con Masó, y pedí mi baja». Carvajal había hablado de las decepciones sufridas por Banderas. Ricardo Sartorius, desde su hamaca, me habla de Purnio, cuando les llegó el telegrama falso de Cienfuegos para alzarse: me habla de la alevosía con su hermano Manuel, a quien Miró hurtó sus fuerzas, y «forzó a presentarse»: «le iba esto», la garranta.—Vino *Calunga*, de Masó, con cartas para Maceo: no acudirá a la cita de M. muy pronto, porque está amparando una expedición del Sur, que acaba de llegar. Se pelea mucho en Bayamo. Está en armas Camagüey. Se alzó el Marqués, y el hijo de Agramonte.—Hiede.

8.—A trabajar, a una altura vecina, donde levantan el nuevo campamento: ranchos de troncos, atados con bejuco, techados con palma.—Nos limpian un árbol, y escribimos al pie.—Cartas a Miró:—de G., como a Coronel, seguro de que ayudará «al Brigadier Ángel Guerra, nombrado Jefe de Operaciones»,—mía, con el fin de que, sin desnudarle el pensamiento, vea la conveniencia y justicia de aceptar y ayudar a Guerra.—Miró hace de árbitro de la comarca, como Coronel. Guerra sirvió los 10 años, y no le obedecería.—Cartas a prominentes de Holguín, y circulantes:—a Guadalupe Pérez, acaudalado,—a Rafael Manduley, procurador,—a Francisco Frexes, abogado.—En la mesa, sin rumbo, funge el consejo de guerra de Isidro Tejera, y Onofre y José de la O. Rodríguez: los pacíficos dijeron parte del terror en que pusieron al vecindario: el capitán Juan Peña y Jiménez.—Juan el Cojo, que sirvió «en las tres guerras», de una pierna sólo tiene el muñón, y monta a caballo de un salto,—oyó el susto a los vecinos, y vio las casas abandonadas, y define que los tres le negaron las armas, y profirieron amenazas de muerte.—El consejo, enderezado de la confusión, los sentencia a muerte. Vamos al rancho nuevo, de alas bajas, sin paredes.—José Gutierrez, el corneta afable que se lleva Paquito, toca a formación. Al silencio de las filas traen los reos; y lee Ramón Garriga la sentencia, y el perdón. Habla Gómez de la necesidad de la honra en las banderas: «ese criminal ha manchado nuestra bandera». Isidro, que venía llorando, pide licencia de hablar: habla gimiendo, y sin idea, que muere sin culpa, que no le dejarán morir, que es imposible que tantos hermanos no le pidan el perdón. Tocan marcha. Nadie habla. Él gime, se re-

tuerce en la cuerda, no quiere andar. Tocan marcha otra vez, y las filas siguen, de dos en fondo. Con el reo implora Chacón y entre rifles, empujándolos. Detrás, solo, sin sus polainas, saco azul y sombrero pequeño, Gómez.—Otros atrás, pocos, y Moncada,—que no ve al reo, ya en el lugar de muerte, llamando desolado, sacándose el reloj, que Chacón le arrebata, y tira en la yerba... manda Gómez, con el rostro demudado, y empuña su revólver, a pocos pasos del reo. Lo arrodillan, al hombre, espantado, que aún, en aquella rapidez, tiene tiempo, sombrero en mano, para volver la cara dos o tres veces. A dos varas de él, los rifles bajos. ¡Apúnten!, dice Gómez: ¡Fuego! Y cae sobre la yerba muerto.—De los dos perdonados,—cuyo perdón aconsejé y obtuve,—uno, ligeramente cambiando de color pardo, no muestra espanto, sino sudor frío: otro, en sus cuerdas por los codos, está como si aún se hiciese atrás, como si huyese el cuerpo, ido de un lado lo mismo que el rostro, que se le chupó y desencajó.—Él, cuando les leyeron la sentencia, en el viento y las nubes de la tarde, sentados los tres por tierra, con el pie en el cepo de varas, se apretaba con la mano las sienes. El otro, Onofre, oía como sin entender, y volvía la cabeza a los ruidos. «El Brujito», el muerto, mientras esperaba el fallo, escarbaba, doblado, la tierra,—o alzaba de repente el rostro negro, de ojos pequeños y nariz hundida de puente ancho.—El cepo fue hecho al vuelo: una vata recia en tierra, otra más fina al lado, atada por arriba,—y clavada abajo de modo que deje paso estrecho al pie preso.—«El Brujito», decían luego, era bandido de antes: «puede usted jurar, decía Moncada, que deja su entierro de catorce mil pesos».

Sentado en un baúl, en el rancho, alrededor de la vela de cera, Moncada cuenta la última marcha de Guillermo moribundo; cuando iba a la cita con Masó. A la prisión entró Guillermo sano, y salió de ella delgado, caído, echando sangre en cuajos a cada tos. Un día, en la marcha, se sentó en el camino, con la mano en la frente: «me duele el cerebro»; y echó a chorros, la sangre, en cuajos rojos.—«Estos son de la pulmonía»—decía luego Guillermo, revolviéndolos;—«y éstos, los negros, son de la espalda». Zeffí cuenta, y Gómez, de la fortaleza de Moncada. «Un día, dice, lo hirieron en la rodilla y se le montó un hueso sobre el otro así» y se puso al pecho un brazo sobre otro: «no se podía poner los huesos en lugar, y entonces, por debajo de los brazos, lo col-

gamos, en aquel rancho más alto que éste, y yo me abracé a su pierna, y con todas mis fuerzas me dejé descolgar, y el hueso volvió a su puesto, y el hombre no dijo palabra». Zeffi es altazo, de músculo seco: «y me quedo de bandido en el monte si quieren otra vez acabar esto con infamias». «Una cosa tan bien planificada como ésta, dice Moncada, y andar con ella trafagando.» Se queja él, con amargura, del abandono y engaño en que tenía a Guillermo, Urbano Sánchez.—Guillermo, ansioso siempre de la compañía blanca: «le digo que en Cuba hay una división horrorosa». Y se le ve el recuerdo rencoroso en la censura violenta a Mariano Sánchez cuando en el *Ramón de las yaguas* abogó porque se cumpliese al Teniente rendido la palabra de respetarle las armas, y M. que se veía con escopeta, y otros más, quería echarse sobre los 60 rifles.—«¿Y usted quién es?, dice N. que le dijo M., para dar voto en esto?»—Y G. expresa la idea de que M. «no tiene cara de cubano, por más que usted me lo diga,—y dispénseme». Y de que el padre anda fuera, y mandó al hijo adentro, para estar a la vez en los dos campos. Mucho vamos hablando de la necesidad de picar al enemigo aturdido, y sacarlo sin descanso a la pelea,—de cuajar con la pelea el ejército revolucionario desocupado,—de mudar campos como éste, de 400 hombres, que cada día aumentan y comen en paz y guardan 300 caballos, en fuerza más ordenada y activa, que: «yo, con mis escopetas y mis dos armas de precisión, sé como armarme», dice Banderas: Banderas, que pasó allá abajo el día, en su hamaca solitaria, en el rancho fétido.

9.—Adiós, a Banderas,—a Moncada,—al fino Carvajal que quisiera irse con nosotros, a los ranchos donde asoma la gente, saludando con los yareyes: «¡Dios los lleve con bien, mis hermanos!» Pasamos, sin que uno solo vuelva a ella los ojos, junto a la sepultura. Y a poco andar, por el hato lodoso se sale a la sabana, y a unos mangos al fondo: es Baraguá: son los mangos, aquellos dos troncos con una sola copa, donde Martínez Campos conferenció con Maceo. Va de práctico un mayoricero que estuvo allí entonces: «Martínez Campos lo fue a abrazar, y Maceo le puso el brazo por delante, así: ahí fue que tiró el sombrero al suelo. Y cuando le dijo que ya García había entrado, viera el hombre cuando Antonio le dijo: «¿quiere usted que le presente a García?»: García estaba allí, en ese monte; todo ese monte era de cubanos no más. Y de ese lado había otra fuerza, por si venían con traidores.

ción.» De los llanos de la protesta salimos al borde alto, del rancho abandonado, de donde se ve el brazo del río, aún seco ahora, con todo el cauce de yerbal y los troncos caídos cubiertos de bejucos, con flores azules y amarillas, y luego de un recodo, la súbita bajada: «Ah, Cauto,—dice Gómez,—cuánto tiempo hacía que no te veía!» Las barrancas feraces y elevadas pendían, desgaradas a trechos, hacia el cauce, estrecho aún, por donde corrían, turbias y revueltas las primeras lluvias.

De suave reverencia se hincha el pecho y cariño poderoso, ante el vasto paisaje del río amado. Lo cruzamos, por cerca de una ceiba, y, luego del saludo a una familia mambí, muy gozosa de vernos, entramos al bosque claro, de sol dulce, de arbolado ligero, de hoja acuosa. Como por sobre alfombra van los caballos, de lo mucho del césped. Arriba el curujejal da al cielo azul, o la palma nueva, o el dagame que da la flor más fina, amada de la abeja, o la guásima, o la jatía. Todo es festón y hojedo, y por entre los claros, a la derecha, se ve el verde del limpio, a la otra margen, abrigado y espeso. Veo allí el ateje, de copa alta y menuda, de parásitas y curujejes; el caguairán, «el palo más fuerte de Cuba», el grueso júcaro, el almácigo, de piel de seda, la jagua, de hoja ancha, la preñada güira, el jigüe duro, de negro corazón para bastones, y cáscara de curtir, el jubabán, de fronda leve, cuyas hojas, capa a capa, «vuelven raso el tabaco», la caoba, de corteza brusca, la quiebrahacha, de tronco estriado, y abierto en ramos recios, cerca de raíces, (el caimitillo y el cupey y la pícapica) y la yamagua, que estanca la sangre:—A Cosme Pereira nos hallamos en el camino, y con él a un hijo de Eusebio Venero, que se vuelve a anunciarnos a Altavista. Aún está en Altavista Manuel Venero, tronco de patriotas, cuya hermosa hija Panchita murió, de no querer ceder, al machete del asturiano Federicón. Con los Venero era muy íntimo Gómez, que de Manuel osado hizo un temido jefe de guerrilla, y por Panchita sentía viva amistad, que la opinión llamaba amores. El asturiano se llevó la casa un día y en la marcha iba dejando a Panchita atrás y solicitándola y resistiendo ella.—«Tú noquieres porque eres la querida de Gómez.» Se irguió ella, y él la acabó, con su propia mano.—Su casa hoy nos recibe con alegría, en la lluvia oscura y con buen café.—Con sus holguineros se alberga allí Miró, que vino a alcanzarnos al camino: de aviso envió a Pancho Díaz, mozo que por

una muerte que hizo se fue a asilar a Montecristi, y es práctico de ríos, que los cruza en la cresta, y enlazador y hoecedor de puercos, que mata a machetazos. Miró llega, cortés en su buen caballo: le veo el cariño cuando me saluda: él tiene fuerte habla catalana; tipo fino, barba en punta y calva, ojos vivaces. Dio a Guerra su gente, y con su escolta de mocetones subió a encontrarnos.—«Venga, Rafael».—Y se acerca, en su saco de nipe amarillo, chaleco blanco, y jipijapa de ala corta a la oreja, Rafael Manduley, el Procurador de Holguín, que acaba de salir al campo. La gente, bien montada, es de muy buena cepa. Jaime Muñoz, peinado al medio, que administra bien, José González, Bartolo Rocaval, Pablo García, el práctico astuto, sagaz, Rafael Ramírez, Sargento primero de la guerra, enjuto, de bigotillo negro, Juan Oro, Augusto Feria, alto y bueno, del pueblo, cajista y de letra, Teodorico Torres, Nolasco Peña, Rafael Peña, Luis Pérez, Francisco Díaz, Inocencio Sosa, Rafael Rodríguez,—y Plutarco Artigas, amo de campo, rubio y tuerto, puro y servicial: dejó su casa grande, su bienestar, y «nueve hijos de los diez que tengo, porque el mayor me lo traje conmigo». Su hamaca es grande, con la almohadilla hecha de manos tiernas; su caballo es recio, y de lo mejor de la comarca; él se va lejos, a otra jurisdicción, para que de cerca «no lo tenga amarrado su familia»: y «mis hijitos se me hacían una piña alrededor y se dormían conmigo». Aún vienen Miró y Manduley henchidos de su política local; a Manduley «no le habían dicho nada de la guerra», a él que tiene fama de erguido, y de autoridad moral; trae espejeras: iba a ver a Masó: «yo, que alimentaba a mis hijos científicamente; quién sabe lo que comerán ahora». Miró, de gesto animado y verbo bullente, alude a su campaña de siete años en *La Doctrina* de Holguín, y luego en *El Liberal* de Manzanillo que le pagaban Calvar y Beattie, y donde les sacó las raíces a los «cuadrilongos», a los «astures», a «la malla integrista». «Dejó hija y mujer, y ha paseado, sin mucha pelea, su caballería de buena gente por la comarca.» Me habla de los esfuerzos de Gálvez, en la Habana, para rebajar la revolución: del grande odio con que Gálvez habla de mí, y de Juan Gualberto: «a usted, a usted es a quien ellos le temen»: «a voz en cuello decían que no vendría usted, y eso es lo que los va ahora a confundir».—Me sorprende, aquí como en todas partes, el cariño que se nos muestra, y la unidad de alma, a que no se permitirá condensación, y a la que se desconocerá, y de la que

se prescindirá, con daño, o por lo menos el daño de demora, de la revolución, en su primer año de ímpetu. El espíritu que sembré, es el que ha cundido, y el de la Isla, y con él, y guía conforme a él, triunfaríamos brevemente, y con mejor victoria, y para paz mejor. Preveo que, por cierto tiempo al menos, se divorciará a la fuerza a la revolución de este espíritu,—se le privará del encanto y gusto, y poder de vencer de este consorcio natural,—se le robará el beneficio de esta conjunción entre la actividad de estas fuerzas revolucionarias y el espíritu que las anima.—Un detalle: *Presidente* me han llamado, desde mi entrada al campo, las fuerzas todas, a pesar de mi pública repulsa, y a cada campo que llego, el respeto renace, y cierto suave entusiasmo del general cariño, y muestras del goce de la gente en mi presencia y sencillez.—Y al acercarse hoy uno: *Presidente*, y sonréir yo: «No me le digan a Martí Presidente: díganle General: él viene aquí como General: no me le digan Presidente.» «¿Y quién contiene el impulso de la gente, General?»; le dice Miró: «eso les nace del corazón a todos». «Bueno: pero él no es Presidente todavía: es el Delegado.»—Callaba yo, y noté el embarazo y desagrado en todos, y en algunos como el agravio.—Miró vuelve a Holguín, de Coronel; no se opondrá a Guerra; lo acatará: hablamos de la necesidad de una persecución activa, de sacar al enemigo de las ciudades, de picarlo por el campo, de cortarle todas las proveedurías, de seguirle los convoyes. Manduley vuelve también, no muy a gusto, a influir en la comarca que lo conoce, a ponérsele a Guerra de buen consejero, a amalgamar las fuerzas de Holguín e impedir sus choques, a mantener el acuerdo de Guerra, Miró y Feria.—Dormimos, apiñados, entre cortinas de lluvia. Los perros, ahítos de la matazón, vomitan la res. Así dormimos en Altamaria.—En el camino, el único caserío fue Arroyo Blanco: la tienda vacía: el grupo de ranchos: el ranchero barrigudo, blanco, egoísta, con el pico de la nariz caído entre las alas del poco bigote negro: la mujer, negra: la vieja ciega se asomó a la puerta, apoyada a un lado, y en el báculo amarillo el brazo tendido: limpia, con un pañuelo a la cabeza: «¿Y los patipeludos matan gente ahora?» Los cubanos no me hicieron nadita a mí nunca,—no, señor.

10.—De Altamaria vamos a La Travesía.—Allí volví a ver de pronto, a la llegada, el Cauto, que ya venía crecido, con su curso ancho en lo hondo, y a los lados, en vasto declive, los barrancos.

Y pensé de pronto, ante aquella hermosura, en las pasiones bajas y feroces del hombre. Al ir llegando, corrió Pablo una novilla, negra, de astas nacientes, y la echan contra un árbol donde a vueltas, le van acortando la soga. Los caballos, erguidos, resoplan: les brillan los ojos. Gómez toma del cinto de un escolta el machete, y abre un tajo, rojo, en el muslo de la novilla.—«¡Desjarren esa novilla!» Uno, de un golpe, la desjarreta, y se arrodilla el animal, mugiendo: Pancho, al oír la orden de matar, le mete, mal, el machete por el pecho, una vez y otra: uno, más certero, le entra hasta el corazón; y vacila y cae la res, y de la boca sale en chorro la sangre. Se la llevan arrastrando. Viene Francisco Pérez, de buen continente, enérgico y carirredondo, capitán natural de sus pocos caballos buenos, hombre sano y seguro. Viene el capitán Pacheco, de cuerpo pequeño, de palabra tenaz y envuelta, con el decoro y la aptitud abajo: tomó un arría, sus mismos cubanos le maltrataron la casa y le rompieron el burén, «yo no he venido a aspirar, sino a servir a la patria», pero habla sin cesar y como a medias, de los que hacen y de los que no hacen, y de que los que hacen menos suelen alcanzar más que el que hace, «¡pero él sólo ha venido a servir a la patria!» «¡Mis polainas son éstas!»,—las pantorillas desnudas: el pantalón a la rodilla, los borcugües de vaqueta: el yarey, amarillo y púrpura. Viene Bellito, el coronel Bellito de Jiguaní, que por enfermo había quedado acá. Lo adivino leal, de ojo claro de asalto, valiente en hacer y en decir. Gusta de hablar su lengua confusa, en que, en las palabras inventadas, se le ha de sorprender el pensamiento. «La revolución murió por aquella infamia de deponer a su caudillo». «Eso llenó de tristeza el corazón de la gente.» «Desde entonces empezó la revolución a volver atrás.» «Ellos fueron los que nos dieron el ejemplo»,—ellos, los de la Cámara.—Cuando Gómez censura agrio las rebeliones de García, y su cohorte de consejeros: Belisario Peñalta, el venezolano Barreto, Bravo y Senties, Fonseca, Limbano Sánchez y luego Collado,—Bello habla dándose paseos, como quien espía al enemigo, o lo divisa, o cae sobre él, o salta de él. «Eso es lo que la gente quiere: el buen carácter en el mando.» «No, señor, a nosotros no se nos debe hablar así, porque no se lo aguanto a hombre nacido.» «Yo he sufrido por mi patria cuanto haiga sufrido el mejor General.» Se encara a Gómez, que lo increpa porque los oficiales dejan pasar a Jiguaní las reses que llevan pase en nombre de Rabí.—«Los que sean; y además ésa es

la orden del jefe, y nosotros tenemos que obedecer a nuestro jefe.» «Ya sé que eso está mal, y no debe entrar res; pero el menor tiene que obedecer al mayor.» Y cuando Gómez dice: «Pues lo tienen a usted bueno con lo de Presidente. Martí no será Presidente mientras yo esté vivo»: y enseguida, «porque yo no sé qué le pasa a los Ptes., que en cuanto llegan ya se echan a perder, excepto Juárez, y eso un poco y Washington».—Bello, animado, se levanta, y da dos o tres brincos, y el machete le baila a la cintura: «Eso será a la voluntad del pueblo»: y murmura: «Porque nosotros,—me dijo otra vez, acodado a mi mesa con Pacheco,—hemos venido a la revolución para ser hombres, y no para que nadie nos ofenda en la dignidad de hombre».—En lluvias, jarros de café, y plática de Holguín y Jiguaní llega la noche. Por noticias de Masó esperamos. ¿Habrá ido a la concentración con Maceo? Miró a oscuras, roe en la púa una paloma rabiche. —Mañana mudaremos de casa.

11.—A más allá, en la misma Travesía, a casa menos fangosa. Se va Miró, con su gente. Llegamos pronto. A Rosalío Pacheco; que sirvió en toda la guerra, y fue deportado a España en la Chiquita y allá casó con una andaluza, lo increpa reciamente Gómez.—Pacheco sufre, sentado en la camilla de varas al pie de mi hamaca.—Notas, conversación continua sobre la necesidad de activar la guerra, y el asedio de las ciudades.

12.—De la Travesía a la Jatía, por los potreros, aun ricos en reses, de la Travesía, Guayacanes y la Vuelta. La yerba ya se espesa, con la lluvia continua. Gran pasto, y campo, para caballería. Hay que echar abajo las cercas de alambre, y abrir el ganado al monte, o el español se lo lleva, cuando ponga en La Vuelta el campamento, al cruce de todos estos caminos. Con barrancas como las del Cauto asoma el Contramaestre, más delgado y claro y luego lo cruzamos y bebemos. Hablamos de hijos: Con los tres suyos está Teodosio Rodríguez, de Holguín; Artigas trae el suyo; con los dos suyos de 21 y 18 años, viene Bellito. Una vaca pasa rápido, mugiendo dolorosa y salta el cercado: despacio viene a ella, como viendo poco, el ternero perdido; y de pronto, como si la reconociera, se enarca y arrima a ella, con la cola al aire, y se pone a la ubre: aún muge la madre.—La Jatía es casa buena, de cedro, y de corredor de zinc, ya abandonada de Agustín Maysana, español rico; de cartas y papeles están los suelos llenos. Escribo al aire, al Camagüey, todas las cartas que va a llevar Calunga, di-

ciendo lo visto, anunciando el viaje, al Marqués, a Mola, a Montejó.—Escribo la circular prohibiendo el pase de teses, y la carta a Rabí. Masó anda por la sabana con Maceo, y le escribimos: una semana hemos de quedarnos por aquí, esperándolo.—Vienen tres veteranos de las Villas, uno con tres balazos en el ataque imprudente a Arimao, bajo Mariano Torres,—y el hermano, por salvarlo, con uno: van de compra y noticias a Jiguaní: Jiguaní tiene un fuerte, bueno, fuera de la población, y en la plaza dos tambores de mampostería, y los otros dos sin acabar, porque los carpinteros, que atendían a la madera desaparecieron: y así dicen: «vean como están estos paisanos, que ni pagados quieren estarse con nosotros».—Al acostarnos, desde las hamacas, luego de plátano y queso, acabado lo de escribir, hablamos de la casa de Rosalío, donde estuvimos por la mañana, al café, a que nos esperaba él, de brazos en la cerca. El hombre es fornido, y viril, de trabajo rudo, y bello mozo, con el rostro blanco ya rugoso, y barba negra corrida.—«Aquí tienen a mi señora», dice el marido fiel, y con orgullo: y allí está en su túnica morada, el pie sin medias en la pantufla de flores, la linda andaluza, subida a un poyo, pilando el café. En casco tiene alzado el cabello por detrás, y de allí le cuelga en cauda; se le ve sonrisa y pena. Ella no quiere ir a Guantánamo, con las hermanas de Rosalío: ella quiere estar «donde esté Rosalío». La hija mayor, blanca, de puro óvalo, con el rico cabello corto abierto en dos y enmarañado, aquietó a un criaturín huesoso, con la nuca de hilo, y la cabeza colgante, en un gorrito de encaje; es el último parto. Rosalío levantó la finca; tiene vacas, prensa quesos: a lonjas de una libra nos comemos su queso, remojado en café: con la tetera, en su taburete, da leche Rosalío a un angelón de hijo, desnudo, que muerde a los hermanos que se quieren acercar al padre: Emilia de puntillas, saca una taza de la alacena que ha hecho de cajones, contra la pared del rancho. O nos oye sentada; con su sonrisa dolorosa, y alrededor se le cuelgan sus hijos.—

13.—Esperaremos a Masó en lugar menos abierto, cerca de Rosalío, en casa de su hermano. Voy aquietando: a Bellito, a Pacheco, y a la vez impidiendo que me muestren demasiado cariño. Recorremos de vuelta los potreros de ayer, seguimos Cauto arriba, y Bellito pica espuelas para enseñarme el bello estribo, de copiudo verdor, donde, con un ancho recodo al frente se encuentran los dos ríos: el Contramaestre entra allí al Cauto. Allí, en aquel

estribo, que da por su fondo a los potreros de la Travesía, ha tenido Bellito campamento: buen campamento: allí arboleada oscura, y una gran ceiba. Cruzamos el Contramaestre, y, a poco, nos apeamos en los ranchos abandonados de Pacheco. Aquí fue cuando esto era monte, el campamento de Los Ríos, donde O'Keilly se dio primero con los insurrectos, antes de ir Céspedes.—Y hablamos de las tres Altas Gracias.—Altagracia la Cubana, donde estuvimos.—Altagracia de Manduley.—Y Altagracia la Bayamesa.—De sombrios: «tanta tejedora que hay en Holguín». De Holguín, que es tierra seca, que se bebe la lluvia, con sus casas a cordel y sus patios grandes, «hay mil vacas paridas en Holguín».—Me buscan hojas de zarza, o de tomate, para untarlas de sebo, sobre los nacidos. Artigas le saca flecos a la jáquima que me trae Bellito.—Ya está el rancho barrido: hamaca; escribir; leer; lluvia; sueño inquieto.

14.—Sale una guerrilla para *La Venta*, el caserío con la tienda de Rebentoso, y el fuerte de 25 hombres. Mandan, horas después, al alcalde; el gallego José González, casado en el país, que dice que es alcalde a la fuerza, y espera en el rancho de Miguel Pérez, el pardo que está aquí de cuidador, barbero. Escribo, poco y mal, porque estoy pensando con zozobra y amargura. ¿Hasta qué punto será útil a mi país mi desistimiento? Y debo desistir, en cuanto llegase la hora propia, para tener libertad de aconsejar, y poder moral para resistir el peligro que de años atrás preveo, y en la soledad en que voy, impere acaso, por la desorganización e in comunicación que en mi aislamiento no puedo vencer, aunque, a campo libre, la revolución entraría, naturalmente, por su unidad de alma, en las formas que asegurarían y acelerarían su triunfo.—Rosalío va y viene, trayendo recados, leche, cubiertos, platos: ya es prefecto de Dos Ríos. Su andaluza prepara para un enfermo una purga de higuera, de un catre le hace hamaca, le acomoda un traje: el enfermo es José Gómez, granadino, risueño, de franca dentadura: «Y usted, Gómez, ¿cómo se nos vino para acá? Cuénteme, desde que vino a Cuba.» «Pues yo vine hace dos años, y me rebajaron, y me quedé trabajando en el Camagüey. Nos rebajaron así a todos, para cobrarse nuestro sueldo, y nosotros de lo que trabajábamos vivíamos. Yo no veía más que criollos, que me trataban muy bien: yo siempre vestí bien, y gané dinero, y tuve amigos: de mi paga en dos años, sólo alcancé doce pesos.—Y ahora me llamaron al cuartel, y no sufri tanto como otros, por-

que me hicieron cabo; pero aquello era maltratar a los hombres, que yo no lo podía sufrir, y cuando un oficial me pegó dos cocomatzos, me callé y me dije que no me pegaría más, y me tomé el fusil y las cápsulas y aquí estoy.» Y a caballo, en su jípijapa y saco pardo, con el rifle por el atzón de su potranca, y siempre sonriendo,—se agolpan al rancho, venideros de la Sabana, de Hato del Medio, los balseros que fueron a preguntar si podían arrear la madera: vuelven a Cauto del Embarcadero, pero no a arrearla: prohibidos, los trabajos que den provecho directo o indirecto, al enemigo. Ellos no murmurran: querían saber: están preparados a salir con el comandante Contiño.—Veo venir a caballo, a paso sereno bajo la lluvia, a un magnífico hombre, negro de color, con gran sombrero de ala vuelta, que se queda oyendo, atrás del grupo y con la cabeza por sobre él. Es Casiano Leyva, vecino de Rosalío, práctico por Guamo, entre los triunfadores el primero, con su hacha potente: y al descubrirse le veo el noble rostro, frente alta y fugitiva, combada al medio, ojos mansos y firmes, de gran cuenca; entre pómulos anchos, nariz pura; y hacia la barba aguda la pera canosa: es heroica la caja del cuerpo, subida en las piernas delgadas: una bala, en la pierna: él lleva permiso de dar carne al vecindario; para que no maten demasiada res. Habla suavemente; y cuanto hace tiene inteligencia y majestad. Él luego irá por Guamo.—Escribo las instrucciones generales a los jefes y oficiales.

15.—La lluvia de la noche, el fango, el baño en el Contramaestre: la caricia del agua que corre: la seda del agua. A la tarde viene la guerrilla: que Masó anda por la Sabana, y nos lo buscan: traen un convoy, cogido en La Ratonera. Lo vacían a la puerta: lo reparte Bellito: vienen telas, que Bellito mide al brazo: tanto a la escolta,—tanto a Pacheco, el capitán del convoy, y la gente de Bellito,—tanto al Estado Mayor: velas, una pieza para la mujer de Rosalío, cebollas y ajos, y papas y aceitunas para Valentín.

Cuando llegó el convoy, allí el primero Valentín, al pie, como diciendo, ansioso. Luego, la gente alrededor. A ellos, un galón de «vino de composición para tabaco»,—más vino dulce: Que el convoy de Bayamo sigue sin molestar a Baire, repartiendo raciones. Lleva once prácticos, y Francisco Diéguez entre ellos: «Pero él vendrá: él me ha escrito: lo que pasa es que en la fuerza teníamos a los bandidos que persiguió él, y no quiere venir, los ban-

didos de *El Brujito*, el muerto de Hato del Medio.»—Y no hay fuerzas alrededor con que salirle al convoy, que va con 500 hombres. Rabí,—dicen—atacó el tren de Cuba en San Luis, y quedó allá.—De Limbano hablamos, de sobremesa: y se recuerda su muerte, como la contó al práctico de Mayarí, que había acudido a salvarlo, y llegó tarde. Limbano iba con Mongo, ya deshecho, y llegó a casa de Gabriel Reyes, de mala mujer, a quien le había hecho mucho favor: le dio las monedas que llevaba; la mitad para su hijo de Limbano y para Gabriel la otra mitad, a que fuera a Cuba, a las diligencias de su salida, y el hombre volvió, con la promesa de 2,000 pesos, que ganó envenenando a Limbano, Gabriel fue al puesto de la guardia civil, que vino, y disparó sobre el cadáver, para que apareciera muerto de ella. Gabriel vive en Cuba, acusado de todos los suyos: su ahijado le dijo: «Padrino, me voy del lado de usted, porque usted es muy infame.»—Artigas, al acostarnos pone grasa de puerco sin sal sobre una hoja de tomate, y me cubre la boca del nacido.

16.—Sale Gómez a visitar los alrededores. Antes, registro de los sacos, del Teniente Chacón, Oficial Díaz, Sargento P. Rico, que murmuran, para hallar un robo de $\frac{1}{2}$ botella de grasa.—Conicción de Pacheco, el Capitán: que el cubano quiere cariño, y no despotismo: que por el despotismo se fueron muchos cubanos al gobierno y se volverán a ir: que lo que está en el campo, es un pueblo, que ha salido a buscar quien lo trate mejor que el español, y halla justo que le reconozcan su sacrificio. Calmo,—y desvió sus demostraciones de afecto a mí, y las de todos. Marcos, el dominicano: «¡Hasta sus huellas!» De casa de Rosalío vuelve Gómez.—Se va libre el alcalde de La Venta: que los soldados de La Venta, andaluces, se nos quieren pasar. Lluvia, escribir, leer.

17.—Gómez sale, con los 40 caballos, a molestar el convoy de Bayamo. Me quedo, escribiendo con Garriga y Feria, que copian las Instrucciones Generales a los jefes y oficiales-conmigo doce hombres, bajo el Teniente Chacón, con tres guardias, a los tres caminos; y junto a mí Graciano Pérez Rosalío, en su arrenquín, con el fango a la rodilla, me trae, en su jaba de casa, el almuerzo cariñoso: «por usted doy mi vida». Vienen, recién salidos de Santiago, los hermanos Chacón, dueño el uno del arria cogida antier, y su hermano rubio, bachiller, y como letrado,—y José Cabrera, zapatero de Jiguaní, trabado y franco,—y Duane, negro joven, y como... en camisa, pantalón y gran cinto, y ... Ava-

los, tímido, y Rafael Vázquez, y Desiderio Soler, de 16 años, a quien Chacón trae como hijo.—Otro hijo hay aquí, Ezequiel Morales, con 18 años, de padre muerto en las guerras. Y estos que vienen, me cuentan de Rosa Moreno, la campesina viuda que le mandó a Rabí su hijo único Melesio, de 16 años: «allá murió tu padre: ya yo no puedo ir: tú ve». Asan plátanos, y majan tasajo de vaca, con una piedra en el pilón, para los recienvenidos. Está muy turbia el agua crecida del Contramaestre,—y me trae Valentín un jarrón hervido en dulce, con hojas de higo.

AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

19 de mayo de 1895.

Sr. General Máximo Gómez
General:

Como a las cuatro salimos, para llegar a tiempo a la Vuelta, a donde pasó desde las diez la fuerza de Masó, a acampar, y reposar su muy cansada caballería: desde anoche llegaron.

No estaré tranquilo hasta no verlo llegar a Vd. Le llevo bien cuidado el jolongo.

La fuerza aunque sin animales útiles, hubiera querido salir a seguirlo en la busca del convoy; pero temían confundirse en idas y venidas, en vez de serle útil. Mucho ha violentado a Masó el viaje inútil a la Sabana.

Su

MARTÍ

CRONOLOGIA

NINÉZ, ADOLESCENCIA: FORMACIÓN. (1853-1874)

1853. 28 de enero. Nace en La Habana, en la calle de Paula, José Martí y Pérez, hijo de Mariano Martí y Navarro, natural de Valencia (España), celador de policía, muerto el 2 de febrero de 1887, y de Leonor Pérez y Cabrera, natural de Santa Cruz de Tenerife (Islas Canarias) que murió en La Habana, el 17 de diciembre de 1907. En dicha casa se encuentra actualmente el Museo José Martí.
1857. Viaja con sus padres a España.
1859. Junio. Regreso a Cuba.
1862. Octubre. Pasa algún tiempo en Hanábana (Jagüey Grande) acompañando a su padre que desempeñaba allí el cargo de capitán pedáneo.
1866. 27 de agosto. Rafael María Mendive solicita del Director del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, el examen de admisión de Martí para ingresar en ese centro de estudios preuniversitarios.
1869. 19 de enero. Publica sus primeros trabajos en *El Diablo Cojuelo*. Poco después en *La Patria Libre* aparece su poema dramático *Abdala*. Octubre. Acusado en causa por infidencia es detenido y llevado a la cárcel.
1870. 4 de marzo. El Consejo de Guerra lo condena a seis años de cárcel. Ingresó en el presidio con el número 113.
- 13 de octubre. Trasladado a Isla de Pinos, es alojado en «El Abra», de José María Sardá.
1871. 15 de enero. Sale deportado a España. Publica *El presidio político en Cuba*. Matricula en la Universidad de Madrid. Por motivos de salud se traslada a Zaragoza matriculándose en la universidad zara-gozana.
1873. Febrero. Publica el folleto *La república española ante la revolución cubana*.
1874. Termina en Zaragoza su drama *Adúltera*. Concluye sus estudios universitarios y obtiene dos licenciaturas: en Filosofía y Letras, y en Derecho. En diciembre sale de España en compañía de Fermín Valdés Domínguez. Breve estancia en París. Embarca en «El Havre» hacia Inglaterra para viajar a México con escala en Southampton y Nueva York.

CONOCIMIENTO DE NUESTRA AMÉRICA (1875-1881).

1875. 8 de febrero. Llega a Veracruz, México.
 7 de marzo. Publica en la *Revista Universal* su primer trabajo, un poema dedicado a su hermana Ana, muerta recientemente.
 5 de mayo. Comienza a redactar los Boletines de la *Revista Universal* que firma con el seudónimo Orestes.
 19 de diciembre. Estreno de su proverbio dramático *Amor con amor se paga* en el Teatro Principal de México.
1876. 28 de enero. Participa en la fundación de la «Sociedad Alarcón» destinada a fomentar la producción teatral.
 19 de noviembre: Aparece el último número de la *Revista Universal*.
 29 de diciembre. Sale hacia La Habana vía Veracruz utilizando su segundo nombre y su segundo apellido: Julián Pérez.
1877. 24 de febrero. Retorna a México de donde sale hacia Guatemala.
 29 de mayo. Designado catedrático de literatura y de historia de la filosofía en la Escuela Normal Central de Guatemala.
 Julio. Pronuncia un discurso en la Escuela Normal Central y por su capacidad oratoria se le da el nombre de «el doctor Torrente». Diciembre. Contrae matrimonio en México con Carmen Zayas Bazán. Deja en México su manuscrito *Guatemala* para ser impreso.
1878. Regresa a Guatemala.
 6 de abril. Renuncia a su cargo en la Escuela Normal Central. Anuncia la publicación de la *Revista Guatimalteca* de la que, según parece, no pudo publicar ningún número.
 Sale editado en México su folleto: *Guatemala*
 3 de septiembre. Llega a La Habana con su esposa. Comienza a trabajar en el bufete de Nicolás Azcárate y en el de Miguel F. Viundi.
 Noviembre. Nace su hijo José.
1879. 22 de enero. Discurso en el sepelio de Alfredo Torroella.
 8 de febrero. Discurso en la inauguración del Liceo de Regla.
 28 de febrero. Discurso en la velada fúnebre en el Liceo de Guanabacoa en homenaje a Alfredo Torroella.
 29 de marzo. Participa en el Liceo de Guanabacoa en el debate sobre el idealismo y el realismo en el arte.
 21 de abril. Discurso en el banquete al periodista Adolfo Márquez Sterling oponiéndose a las soluciones autonomistas.
 Abril. Elogio del violinista Rafael Díaz Albertini en el Liceo de Guanabacoa asistiendo el capitán general Blanco.
 17 de septiembre. Es detenido por conspiración.
 25 de septiembre. Sale deportado por segunda vez a España.
 Diciembre. Sale de España hacia París y embarca inmediatamente hacia Nueva York.
1880. 3 de enero. Llegada a Nueva York.
 24 de enero. Lectura en Steck Hall ante los emigrados cubanos, la que edita de inmediato.

- 13 de mayo. Proclama del Comité Revolucionario escrita por Martí con motivo de la llegada de Calixto García a Cuba para asumir la jefatura de la insurrección.
- Octubre. Con la capitulación de Emilio Núñez concluye el movimiento insurreccional conocido con el nombre de Guerra Chiquita.
1881. Febrero. Embarca hacia Venezuela.
- 21 de marzo. Discurso en la inauguración del Club de Comercio en Caracas. Comienza a dar clases.
- 1 de julio. Aparece el primer número de *Revista Venezolana*.
- 15 de julio. Segundo y último número de esta publicación.
- 28 de julio. Sale hacia Nueva York.

HACIA UNA PLENITUD, (1881-1890)

1882. Abril. Concluye la impresión de su primer libro de poemas: *Ismaelillo*, en Nueva York.
- 15 de julio. Envía su primera colaboración a *La Nación* de Buenos Aires que se publica el 15 de septiembre.
1883. Marzo a septiembre. Comienza como redactor y después ocupa la dirección de la revista *La América*. Traduce varios libros para la editorial Appleton.
1883. 24 de julio. Discurso en la conmemoración del centenario de Simón Bolívar.
1884. Nombrado miembro corresponsal en Nueva York de la sociedad Amigos del Saber, de Caracas.
- 10 de octubre. Discurso con motivo del aniversario de la Primera Guerra de Independencia.
- 20 de octubre Carta a Máximo Gómez separándose de los planes revolucionarios de Gómez y Maceo.
1885. Publica *Amistad funesta* (Lucía Jerez) en *El Latino Americano* de Nueva York bajo el seudónimo Adelaida Ral. Aparece en junio 23 un suelto de Martí «A los cubanos de Nueva York» para una reunión en Clarendon Hall con el objetivo de responder a cuantos cargos se le pudieran hacer.
- Diciembre. Concluye la traducción de *Calle back*, de Hugh Conway a la que dio el título *Misterio*.
1886. Envía sus colaboraciones a los periódicos *La Nación*, de Buenos Aires, *El Partido Liberal*, de México y a *La República* de Honduras. Colabora también en *La Opinión Pública*, de Montevideo. Otros periódicos reproducen sus artículos.
1887. 2 de febrero. Muere su padre en La Habana.
- 16 de abril. Designado cónsul de Uruguay en Nueva York.
- Estancia de su madre en Nueva York.
- Septiembre. Concluye la traducción de la novela *Ramonina*, de Helen Hunt Jackson.

- 10 de octubre. Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868. Colabora en *El economista americano*.
1888. Febrero. Trabaja en la traducción del poema *Lalla Rook*, de Thomas Moore, sin que se halla encontrado este manuscrito.
- 23 de septiembre. Nombrado socio corresponsal de la Academia de Ciencias y Bellas Artes, de San Salvador
- 10 de octubre. Nuevo discurso en el aniversario del alzamiento de Carlos Manuel de Céspedes.
- Octubre. Designado representante de la Asociación de la Prensa, de Buenos Aires, en los Estados Unidos y Canadá.
1889. Publica en *The Evening Post* una réplica, *Vindicación de Cuba*, después recogida en un folleto.
- Julio. Aparece el primer número de *La Edad de Oro*.
- Octubre. Discurso en recordación del inicio de la guerra del 1868.
- 20 de noviembre. Discurso en Hardman Hall en homenaje a José María Heredia, con motivo del cincuentenario de su muerte.
- 19 de diciembre. Discurso en la velada de la Sociedad Literaria Hispano Americana en honor de los delegados a la Conferencia Internacional Americana.
1890. 22 de enero. Inauguración de La Liga, sociedad protectora de la instrucción para obreros negros y mulatos.
- 16 de junio. Designado cónsul de la Argentina en Nueva York.
- 24 de julio. Recibe la misma distinción del Paraguay.
- 30 de julio. Discurso en Hardman Hall, en beneficio del club los Independientes.
- 23 de diciembre. Representante del Uruguay a la Conferencia Monetaria Internacional, en Washington.
- Diciembre. Designado presidente de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en Nueva York.

MADUREZ Y DEFINICIÓN. (1890-1894).

1891. 30 de marzo. Informe leído, en español e inglés, en la Conferencia Monetaria Internacional.
- Abril. Discurso en homenaje a México en la Sociedad Literaria Hispanoamericana.
- Junio. Discurso en homenaje a las repúblicas centroamericanas efectuado en la Sociedad Literaria Hispano Americana.
- 11 de octubre. Renuncia a los consulados de Argentina y Uruguay.
- 30 de octubre. Renuncia a la presidencia de la Sociedad Literaria Hispanoamericana.
- 27 de noviembre. Discurso en el Liceo Cubano, de Tampa. Discurso en la Convención Cubana, de Tampa. Aparece en Nueva York su obra *Versos sencillos*.
- 25 de diciembre. Llega a Cayo Hueso invitado por un grupo de obreros cubanos.
1892. 5 de enero. Se acuerda la organización del Partido Revolucionario Cubano y se redactan sus bases y estatutos.

- 17 de febrero. Discurso sobre su viaje a Tampa y Cayo Hueso a su regreso a Nueva York.
- 14 de marzo. Aparece el primer número de *Patria*.
- 8 de abril. Elegido Delegado del Partido Revolucionario.
- 10 de abril. Proclamación del Partido.
- Septiembre. Viaja a Santo Domingo; encuentro con M. Gómez.
- Octubre. Sale rumbo a Jamaica, y a Nueva York.
- Noviembre. Visita a Cayo Hueso y Tampa.
1893. 15 de enero. Discurso en Hardman Hall, en Nueva York.
- Febrero y marzo. Viaje a la Florida.
- 24 de mayo. Discurso en Hardman Hall, donde está presente Ru-bén Darío.
- 26 de mayo. Sale de viaje a Santo Domingo.
- 5 de junio. Viaje a Costa Rica.
- 8 de julio. Breve estancia en Panamá.
- Diciembre. Viaje a Filadelfia, Tampa y Cayo Hueso.
1894. 8 de abril. Llega a Nueva York Máximo Gómez.
- 10 de abril. Reelecto como Delegado del Partido.
- Junio. Viaje a Costa Rica, Panamá, Jamaica.
- Julio. Viaje a México.

LA GUERRA NECESARIA. (1895)

- 10 de enero. Debido a una delación se frustra el «Plan de Fernan-dina» con la ocupación de tres barcos por agentes yanquis.
- 29 de enero. Se firma la orden para iniciar la guerra en Cuba.
- 31 de enero. Embarca hacia Santo Domingo. En Montecristi recibe la noticia del comienzo de la guerra en Cuba.
- Marzo. Recorre distintos pueblos haitianos y dominicanos.
- 25 de marzo. Firma con Máximo Gómez el Manifiesto de Montecristi.
- 1 de abril. Embarca en una goleta en busca de las costas de Cuba.
- 2 de abril. Llegan a Inagua y obtiene pasaje en un vapor frutero ale-mán, regresando a Cabo Haitiano.
- 11 de abril. Parten de Inagua y desembarcan en Playitas.
- 13 de abril. Encuentra la columna de Félix Ruenes.
- 16 de abril. Es proclamado Mayor General del Ejército Libertador.
- 26 de abril. Envía circulares. Va escribiendo su último diario.
- 2 de mayo. Carta al Director de *New York Herald* sobre los objetivos de la guerra de independencia.
- 5 de mayo. Entrevista en La Mejorana con Gómez y Maceo.
- 18 de mayo. Su última carta, inconclusa, dirigida a Mercado.
- 19 de mayo. Muerte en la acción de combate en Dos Ríos.

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy agradecida si recibe de usted su opinión acerca de esta obra, de su presentación y diseño, así como de los títulos editados por esta Colección. Le agradecerá también cualquier otra sugerencia. Nuestra dirección es: Editorial Letras Cubanás, calle G, núm. 505, El Vedado, Ciudad de La Habana.

Esta edición de 1000 ejemplares de
MARTÍ POR MARTÍ,
selección, prólogo y cronología de
Salvador Bueno Menéndez,
e introducción de
Fredo Arias de la Canal,
se terminó de imprimir
el 28 de enero del 2003,
a siglo y medio del nacimiento
del prócer cubano.